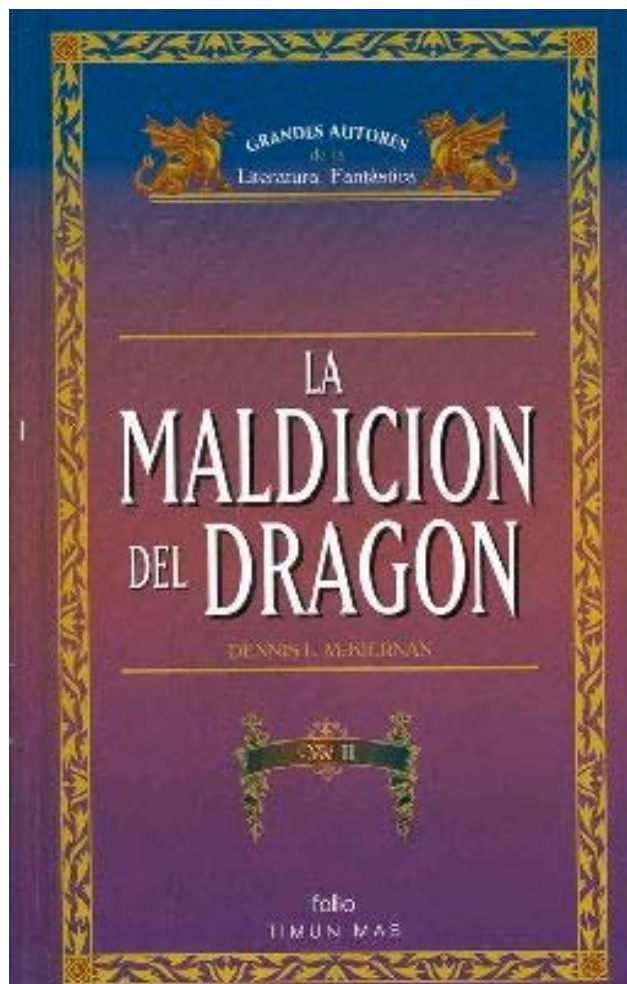


LA MALDICIÓN DEL DRAGÓN II



Dennis L. McKiernan



Dennis L. McKiernan

Título original: Dragondoom

Traducción: Francisco Rodríguez de Lecea

© 1990 by Dennis L. McKiernan

© 1992 Editorial Timun Mas S.A.

ISBN 84-413-0825-X

Edición digital: kitiara

R6 12/02

Habían pasado diez días desde que el ejército de Jord salió del Palacio, y Elyn y Mala pasaron aquel tiempo volcadas en una actividad frenética, disponiendo los suministros que habían de transportarse a la hueste, planeando la defensa de Jord en el caso de que otro enemigo los atacara, y dirigiendo los asuntos del Estado. En ocasiones, se solicitaba de Elyn que arbitrara un conflicto, y ella detestaba aquel tipo de tarea. En cambio, sorprendentemente, Mala demostró ser una consejera sumamente valiosa en tales ocasiones; porque por fin tenía la sensación de que se le pedía que hiciera algo valioso. A lo largo del mes transcurrido, Elyn había observado que el mal humor habitual de Mala había cedido su lugar a un estado de ánimo más alegre, aunque la expresión no sea del todo exacta porque la solterona conservaba una expresión seria y ceñuda. El cambio fue haciéndose más evidente de día en día; eso no significaba que Mala no conservara su firmeza de carácter, pero sí podía afirmarse que se mostraba más pensativa. Y en más de una ocasión, al consultarla Elyn, Mala había sopesado los pros y los contras de las diferentes opciones, y preguntado más detalles relacionados con el problema, antes de dar su opinión; y después de evaluar toda la información disponible, paso a paso Mala llegaba a una conclusión lógica y objetiva, basando su juicio en los hechos y no en nociones preconcebidas; y en casi todas las ocasiones, Elyn se descubría de acuerdo con dicho juicio. Sin ninguna advertencia previa, Mala se había visto empujada a desempeñar un papel de gran responsabilidad, y para afrontar el reto se había crecido, quebrando al hacerlo la cáscara de las pequeñeces en que hasta entonces se había entretenido.

Y ahora comenzaba el undécimo día desde que la hueste partió del Palacio, y durante toda la mañana Elyn se vio asaltada por fuertes presentimientos, porque juzgaba que los harlingar debían de estar ya acampados frente a la puerta de Kachar desde hacía al menos cuatro días, dado el ritmo habitual de la cabalgada de los vanadurin; con toda seguridad, se habría entablado ya la batalla: en aquel mismo momento, podían estar cayendo en la lucha muchos harlingar, y la doncella guerrera no se encontraba allí para ayudarlos con la fuerza de su brazo.

Con una sacudida de cabeza para ahuyentar aquellos pensamientos sombríos, Elyn levantó la vista de la mesa de despacho a la que se sentaba.

—Trigo —anunció a la delegación compuesta por una docena de hombres que esperaban, en pie y silenciosos, ante ella—, avena y grano: servirán de alimento tanto a los harlingar como a sus caballos.

—Sí, princesa, así sería si pudiéramos roturar la tierra. —El portavoz era un hombre anciano, vestido con los calzones bastos, el grueso justillo y las pesadas botas propias de un granjero—. Pero la realidad es que la mayoría de los hombres han ido a esa guerra con los enanos, y no quedan los suficientes para labrar los campos.

Elyn se volvió a Mala, sentada en el extremo de la mesa.

—¿Hay los suficientes para que los más fuertes y dispuestos se dediquen a arar todos los campos, los más débiles se encarguen de desbrozarlos, y el resto de la siembra? —La mirada de Mala recorría el conjunto de los delegados, y advirtió que algunos de ellos se daban cuenta de dónde pretendía ir a parar—. ¿No podéis unir vuestras fuerzas en estos tiempos de prueba, de modo que cada cual trabaje en aquello que está en mejores condiciones de hacer, y entre todos podáis hacerlo todo?

—Sí, señora, creo que podríamos hacerlo —respondió el portavoz—. Si trabajamos todos los campos en común, en lugar de dedicarse cada cual al suyo propio, la cosa es factible.

—Entonces os sugiero que os organicéis para trabajar así concluyó Mala.

Los delegados se volvieron a la princesa y ésta, sonriente, les tendió las manos como despedida. Y ellos se retiraron después de saludar torpemente a su princesa, aquella doncella guerrera y administradora de Jord, vestida con arneses de cuero.

—¡Mala, eres una joya! —exclamó Elyn cuando se hubieron ido.

—Tonterías —gruñó Mala, aunque era fácil darse cuenta de que se sentía satisfecha de sí misma, y también del hecho de que la princesa supiera apreciar su valor—. Habrían llegado a la misma conclusión por sí mismos. Los granjeros siempre se han ayudado entre ellos..., aunque nunca en una escala tan grande.

—Aun así, tía, enriqueces la corte con un noble aire de sabiduría —replicó Elyn—, especialmente necesario en estos tiempos sombríos.

La solterona empezó a revolver los papeles que tenía delante con la mirada baja, y la princesa advirtió que la remilgada Mala se sentía confusa.

—Bueno, veamos —dijo por fin su tía—, ¿cómo podemos conseguir más carros?

Con un suspiro, Elyn volvió a enfrascarse en sus listas.

—A medida que la hueste vaya gastando los suministros, habrá carros que quedarán vacíos. Éstos regresarán aquí para recibir una nueva carga y serán reexpedidos al paso de Kaagor. Lo difícil es acertar el número exacto de los que podrán dedicarse a esa ronda continua de idas y vueltas, y determinar cuántos más necesitaremos para suplementarios...

Casi dos horas después, una frenética llamada del cuerno recorrió las almenas del castillo: ¡A-ro, a-ran! ¡A-ro, a-ran! ¡A-ro, a-ran! [¡Alerta, enemigos!] Dejando caer su pluma de ave y olvidando sus papeles desordenados, Elyn se levantó de la mesa con tanto ímpetu que la silla cayó hacia atrás con estruendo. Empuñando el sable, salió a la carrera de la habitación, mientras Mala se apresuraba a colocar en su lugar la silla caída y a recoger los documentos esparcidos. El cuerno continuaba sonando.

Mientras la princesa cruzaba el patio de armas a la carrera, la puerta forrada de hierro se cerró de golpe, se colocó en su lugar la enorme viga que la atrancaba, y se bajó el rastrillo. Elyn llegó junto al centinela apostado en la barbacana, y su mirada siguió la dirección indicada por su brazo extendido: señalaba el cielo, en dirección este. Allí, precipitándose desde la altura, se divisaba una maciza silueta del color del ébano. Era un dragón.

Había llegado Kalgath el Negro.

Y en su presencia, todos se echaron a temblar.

Elyn llegó a lo alto de la muralla en el momento en que el poderoso dragón irrumpía en el patio, en medio del ruido atronador causado por el aire que desplazaban sus alas. Los hombres estaban pálidos de miedo; muchos huyeron a la carrera. Los caballos relinchaban aterrorizados, se removían y coceaban. Puertas y ventanas se cerraron de golpe. Y el dragón rugió —¡RRROOOAAARRR!— con tanta fuerza que la vibración del aire rompió muchos tímpanos, y la sangre fluyó de muchas narices. Los cristales de las ventanas se hicieron añicos, los ladrillos se cuartearon y los tejados de los establos se hundieron.

En lo alto de la muralla, Elyn de Jord se llevó las manos a los oídos, se estremeció de dolor y cayó de rodillas sujetándose la cabeza. Temblaba de miedo, porque había caído sobre el Palacio de los harlingar una calamidad inmensa, y sabía que no podía hacer nada para impedirla.

Y del dragón de ébano surgió un sonido macizo, parecido al de dos inmensos bloques de bronce que chocaran el uno contra el otro, se frotaran, ludieran; en el seno de aquel martilleo estrepitoso, las estentóreas reverberaciones formaron la articulación de unas palabras:

—¿Dónde está ese Elgo matador de dragones? Quiero enfrentarme a él en combate y vengarme. ¿Dónde está el hombre que ha osado dar muerte a uno de la estirpe de los dragones? ¡Sal, pigmeo, y afronta tu destino!

El desafío de Kalgath el Negro únicamente encontró el silencio como respuesta.

—¡RRROOOAAARRR! —rugió de nuevo.

¡FUSH! Un grueso chorro de fuego salió de su garganta y prendió en las caballerizas un incendio devastador; los caballos atrapados en el interior relinchaban aterrorizados, y los que estaban en el corral al aire libre se precipitaron sobre la cerca o la saltaban en su instinto de huir.

—Elgo —volvió a oírse el estruendo broncéo—, sal fuera. Enfréntate a tu matador.

—Mi hermano ha muerto, maldito dragón, y está donde tu venganza no puede alcanzarlo —se oyó la voz de Elyn, débil y temblorosa, en el patio de armas.

La poderosa cabeza de Kalgath el Negro se giró, y sus ojos amarillos se fijaron en la criatura humana plantada de pie sobre el muro de la fortaleza, encima de la puerta de hierro.

Elyn apartó a un lado la cabeza y tendió una mano hacia el dragón, trazando en el aire el signo de Adon, un gesto de defensa porque había oído decir que la mirada de los dragones paraliza el alma e las personas desprevenidas.

La voz de Kalgath volvió a resonar:

—¿Quién me ha estropeado la diversión? ¿Qué tonto me ha arrebatado mi venganza?

—Los enanos de Kachar —fue la respuesta de Elyn—. Ellos dieron muerte al Libertador de Piedra Negra; ellos mataron a mi hermano gemelo.

El odioso rostro de Kalgath se volvió de nuevo al castillo.

—Aranor de Jord —rugió—, padre de ese matador de dragones ahora muerto, tú serás ahora el objeto de mi venganza. ¿Te escondes porque tienes miedo? ¿Estás tembloroso en el refugio de tus aposentos?

—No, maldito dragón. —La voz de Elyn tenía el tono de una persona sometida a una tensión extrema—. Está acampado ante la puerta de Kachar, para exigir un tributo de sangre a los asesinos de su heredero.

Kalgath el Negro volvió a mirar a Elyn, y ella escuchó sus palabras con horror creciente.

—Escúchame entonces, hermana del arrogante Elgo. Aquel que presuma de haber dado muerte a uno de mi estirpe sufrirá las consecuencias, y si no él, lo hará su padre, o su hermano, o sus hijos. Porque ahora, cuando llegue el tiempo del Maelstrom, la percha de Sleeth quedará desocupada, y habrá peleas para determinar quién se traslada más arriba. Alguno puede llegar incluso a pensar en desafiarme ¡a mí! Tan sólo por esa razón mataría sin piedad al causante de tanto trastorno, pero con mucho mayor motivo mataré al que ha dado muerte a uno de los míos.

»Por lo que me has dicho, sé dónde buscar venganza por la fechoría cometida por el canalla de Elgo: iré a Kachar, porque allí encontraré a Aranor, el padre de ese presuntuoso. Y también encontraré allí a los falsas barbas que me robaron el placer de matar a Elgo, y así se enterarán de que lo que es mío es mío, y eso también incluye la venganza debida.

»Pero primero voy a llevarme lo que se me debe: el lecho robado a Sleeth.

Kalgath aguzó sus sentidos, y sintió el oro guardado en los subterráneos del castillo. Y mientras Elyn lo miraba con desesperación impotente, ¡BOOM!, Kalgath el Negro golpeó con su poderosa cola la torre del Homenaje, que se cuarteó por la base y lentamente se derrumbó con un gran estruendo sobre el patio de armas; éste quedó cubierto de piedras, ladrillos y cascotes bajo los cuales podían oírse los gemidos de los moribundos. El dragón se deslizó sobre las ruinas y avanzó hacia la parte todavía intacta del castillo; a su paso, sus poderosas garras todo lo destrozaban, y la estructura de la fortaleza se derrumbaba como si fuera de arena, ante su tremenda fuerza. Seguían

oyéndose los gemidos de las personas aplastadas por los techos hundidos y las paredes derribadas, y los sollozos y lamentos de quienes habían quedado atrapados con vida bajo los cascotes. Finalmente el gran dragón detuvo su avance y empezó a excavar, haciendo volar a un lado los grandes sillares de granito, quebrando las poderosas vigas y haciendo pedazos las losas de piedra con el impacto de sus tremendos golpes.

Muy pronto el tesoro quedó expuesto a la luz del día: el oro brillaba al Sol, y centelleaban las joyas de aquel botín sacado a la luz. A Kalgath le complació su volumen, aunque deseaba más todavía. Buscó en aquel montón con sus sentidos aguzados, pero no descubrió ningún pequeño cuerno de plata. Andrak iba a llevarse un disgusto, pero al dragón le divirtió anticipar la frustración del mago.

El dragón negro alargó su enorme garra palmeada, tomó un puñado del tesoro y lo alzó hasta sus ojos. Brillaba a la luz solar y parecía suave y placentero al tacto. Soltó la presa y dejó caer de nuevo el puñado de oro en el montón; formó una cascada brillante y, al chocar metal contra metal precioso, produjo una música melodiosa. Pero ¿cómo llevar todo aquel botín hasta su guarida?

Se volvió hasta mirar de frente a la humana que seguía en pie, en lo alto del muro. Con rostro ceñudo, empuñaba un arco tenso en el que había colocado una flecha. La disparó, y la saeta voló directa al ojo de Kalgath, pero antes de que hiciese impacto en él, la membrana nictitante descendió sobre la pupila ranurada, de modo que el proyectil fue a estrellarse contra aquella cubierta cristalina, y cayó al suelo sin hacer el menor daño al dragón. Kalgath dejó escapar una carcajada metálica, y propinó un rápido manotazo. Ella se precipitó con el muro en ruina, y cayó junto a los ladrillos arrancados por el impacto hasta estrellarse contra el suelo del patio. Elyn quedó allí inmóvil, caída entre los escombros.

El dragón se deslizó fuera de las ruinas, avanzó hasta la barba cana y arrojó a un lado el rastrillo como si no fuera más que un insignificante estorbo. Pasó bajo el arco, y al llegar a la puerta de hierro golpeó en su centro, combando el forro metálico y quebrando la madera del interior. La viga que atrancaba la puerta quedó partida en dos. La apartó a un lado, y golpeó dos veces más la puerta, haciendo que tomara la forma de un recipiente cóncavo. Contempló su obra, y entonces arrancó el metal abollado de las bisagras que lo sujetaban, extrajo la madera astillada del interior, y apartó los herrajes externos de la puerta destrozada. Conservando sólo la placa metálica moldeada por sus golpes, Kalgath el Negro la colocó en el patio y volvió a encaminarse a la torre derribada.

Cuando se deslizó una vez más hasta el lugar del tesoro, se dio cuenta de que la humana no estaba ya entre los escombros de la barbacana, pero no le importó. Se inclinó para tomar con dos de sus enormes garras el tesoro a puñados, y lo transportó torpemente hasta la plancha de hierro cóncava, despostándolo allí. Luego el dragón retrocedió hasta el tesoro y cogió dos nuevos puñados, que fue a colocar también en el recipiente metálico. Y así, viaje tras viaje, acabó por trasladar todo el tesoro desde el subterráneo hundido hasta la gran bandeja de hierro.

De nuevo aguzó sus sentidos el dragón, y se aseguró de que no había ningún pequeño cuerno de plata entre aquel montón de riquezas. Y rió al pensar en la rabia que sentiría Andrak al saberlo.

Los humanos que trataban de ocultarse no escaparon a su atención; detectó a muchos de ellos atrapados entre las ruinas o corriendo por los campos. De modo que escupió chorros de fuego y abrasó los escondites de aquellas ínfimas criaturas, encogidas y aterrorizadas; las llamas se elevaron de las ruinas del castillo, mataron a los caballos del corral y chamuscaron los prados próximos.

El dragón miró a su alrededor y vio escombros, llamas y muerte, y quedó complacido por el trabajo realizado. Aferró con sus garras traseras la bandeja metálica que contenía el tesoro, y lanzando un ensordecedor rugido emprendió de nuevo el vuelo, y sus

enormes alas negras batieron el aire para ganar altura, llevándose al cielo el tesoro, siempre en dirección este.

Desde la seguridad del escondite al que había conseguido arrastrar a la princesa, Mala estrechó contra su pecho a Elyn, todavía sin sentido, y vio llena de odio cómo Kalgath el Negro, el Destructor, el Saqueador, se alejaba volando del destrozo que había causado, y se perdía finalmente de vista.

28

Maestro y aprendiz

Mediados y final de otoño, 3E1602

[Este año]

En una fortaleza de ébano rodeada de sombras, esquinas, filos y revueltas, de murmullos y de susurros que desconcertarían a cualquier incauto, un mago oscuro se inclinaba sobre un poderoso talismán de poder: aunque aquel objeto estaba hecho de silverón, no podía percibirse a simple vista; con todo, para quienes saben ver, parecía latir con vida propia. Se trataba de un martillo, un martillo de combate. Era el Kammerling, y estaba colocado encima de una mesa abarrotada.

El mago estaba de pie, concentrado, preparándose para ver. Poco a poco, dirigió hacia su interior la mirada exterior, y la mirada interior hacia el exterior; sus ojos giraron hacia arriba y atrás, hasta que la córnea, la pupila y el iris desaparecieron, volviéndose hacia el interior, y sólo quedó visible una pantalla negra, porque la esclerótica de los ojos de aquel mago era negra como el azabache. Entonces pronunció una palabra mágica, que invocaba la visión. Ahora podía ver lo que estaba oculto para la mirada ordinaria, porque el ojo interior percibe lo oculto, lo no visto, lo invisible.

El mago extendió sus manos oscuras, con las palmas hacia afuera, y tocó ligeramente el borde del aura intangible del Kammerling.

—Viven —susurró.

Irritado, aquel hombre, o elfo, se echó atrás en su asiento de respaldo alto y cerró sus ojos de ébano, forzando a sus puños a abrirse; luego palpó con las manos abiertas toda la longitud de los brazos de madera tallada en espiras de su sillón, que acababan en unas garras alzadas y engarfiadas. Colocando sus manos en la misma posición sobre las del trono, murmuró una o dos palabras.

Voló a través de las oscuras crestas dentadas de montañas de marfil, con los colores invertidos: lo claro era oscuro, lo rojo era verde, lo violeta amarillo, lo azul naranja..., todo se había convertido en su opuesto. Sobre las llanuras de color rojo y violeta y las colinas escarlata, lagos anaranjados y bosques bermellones, ríos grises o pardos y rocas jaspeadas, planeó veloz en busca de su presa. Y aunque el Sol brillaba en la altura, Andrak seguía volando porque la luz solar no afectaba a su ser etérico. Finalmente llegó a un bosque rojizo en torno al cual latía una luminiscencia oscura que no pudo penetrar. Erguido al borde mismo del perímetro de aquel lugar, vigilaba un gran lobo del color del ébano..., pero no se trataba de un lobo común sino de un draega, un Lobo plateado. Y aquel Lobo alzó sus ojos centelleantes y miró directamente al visitante oscuro, viendo su auténtica figura, los colores reales del mago etérico. Y el draega no dio señales de temor, porque no existía temor de ninguna clase en aquel ser plateado de Adonar.

El mago fue a estrellarse contra la barrera que protegía el bosque; la sondeó, intentó superarla por distintos medios, pero no la pudo atravesar. Estaba seguro de que los dos que buscaba se hallaban detrás de ella.

Irritado por su impotencia, se retiró deslizándose velozmente sobre aquel paisaje antitético en dirección contraria, hasta llegar por fin a la fortaleza de marfil situada en lo alto de la montaña blanca; allí recorrió a toda prisa las salas rebosantes de luz y entró en

la cámara luminosa donde su yo brillante estaba sentado en el sillón de color esmeralda pálido.

Exhalando un suspiro estremecido, Andrak abrió los ojos, contempló la lóbrega oscuridad que le rodeaba, y dejó caer una maldición en aquellas tinieblas gélidas:

—¡Maldito sea Dalavar, y malditos sus Lobos plateados!

Todos los días, durante un mes aproximadamente, Andrak se encerró en la cámara oscura y se sentó en el trono rojo sangre delante del Martillo de la Rabia, de modo que su mirada interior percibiera el aura del Kammerling. Y todos los días, su yo etérico emprendió la busca de los dos de quienes sospechaba que intentaban apoderarse de aquel talismán de poder. Pero seguían en el bosque de los Lobos, estaba seguro, puesto que las lentas y poderosas pulsaciones de la invisible luminancia del martillo siguieron invariables.

Por fin llegó un día en el que detectó un débil crecimiento de la cadencia de las pulsaciones de aquel nimbo invisible. «¡Se mueven!»

De nuevo su yo etéreo planeó por encima de las tierras subvertidas, pero se sintió desconcertado porque no consiguió localizar su presa en ninguna dirección, y únicamente el azar guió su búsqueda. Maldiciendo, corrió hasta el protegido bosque de los Lobos, pero nada ni a nadie encontró en el exterior de sus límites, y en el interior tampoco esta vez consiguió penetrar. «¿Los habrá reclamado La Muerte? ¿Han abandonado su búsqueda?»

Una vez más, su espíritu oscuro voló de regreso a su fortaleza, y una vez más Andrak comprobó la pulsación del martillo. «Sí, se acelera. Continúan acercándose.» El mago cruzó con largas zancadas la habitación y se detuvo ante la estrecha hendidura de una ventana, cerrada ahora para impedir el paso de la luz solar, porque era de día. Andrak fijó la mirada, sin ver, en el sur, donde estaban las montañas de paredes grises; y entre ellas, una de color negro. Pero su mente no se entretuvo en las montañas de Xian; en su lugar, sopesaba el problema que tenía planteado. «Los dos están protegidos por algún mecanismo. ¡Esto es obra del entrometido de Dalavar! Hasta que no consiga verlos físicamente, con los ojos internos o los externos, no podré anular el hechizo. Llegará el día en que pagará muy caros sus manejos. ¡Ya me ocuparé yo de que sea así!»

Abandonó su busca etérica de los dos, y observó con atención el Kammerling; la casi imperceptible aceleración del ritmo de pulsación del aura reveló a Andrak que la pareja estaba ya más cerca. «¿Serán ellos los dos de que habla la profecía?» No lo sabía con seguridad, pero de día en día se afirmaba en él la sospecha; y con la sospecha, crecía en su interior el miedo.

Los dos se iban aproximando más y más, sobre esta cuestión estaba seguro porque de día en día aumentaba el ritmo de la pulsación. Y lo mismo le sucedía al corazón de Andrak.

Cada nuevo día estaba enhebrado en el mismo hilo de angustia, y a medida que el tiempo pasaba crecía en grosor y en virulencia, porque en esta ocasión eran dos quienes lo buscaban, y la profecía anunciaba que dos triunfarían donde otros habían fracasado. Y así, impulsada por el terror, su tiranía se agudizaba; ¿no son acaso la crueldad y la tiranía manifestaciones externas de un miedo interior?

Día a día, superando una tras otra las angustiosas dificultades del camino, paso a paso, seguían adelante, ganando penosamente terreno. Andrak no podía decir con exactitud en qué punto se encontraban, pero sí sabía la distancia aproximada que le separaba de ellos, porque la pulsación del martillo le permitía apreciar sus progresos. Y se acercaban pulgada a pulgada, como la arena discurre grano a grano por el cuello de un reloj de cristal.

Paseaba sin descanso, furioso como una fiera enjaulada, y sus servidores procuraban evitar sus miradas y sus iras. Sacó sus mapas y examinó los accesos y los posibles caminos desde el bosque de los Lobos hasta su holt. Y utilizando sus artes, envió a

criaturas del inframundo a vigilar esas rutas, a interceptar los caminos; pero nadie descubrió nada. O bien la pareja, no había seguido este o aquel camino, o no habían llegado aún, o ya habían pasado, o el hechizo que llevaban con ellos los protegía también de aquellas criaturas, de los engendros de Andrak.

Y sin embargo, las pulsaciones del aura invisible del martillo se aceleraban, lo que indicaba que los dos seguían ganando terreno lentamente, con firmeza, y día a día acortaban la distancia. Lentamente también, con la misma firmeza, acomodada al ritmo de la pareja, crecía en paralelo la furia de Andrak.

Pero una noche resonaron en la cámara grandes carcajadas; el motivo era que Andrak acababa de idear un plan que le libraría de aquella peste; un plan que no podía llevar a cabo por sí solo, porque carecía del poder suficiente para ello... Pero conocía a alguien que sí tenía ese poder. «Buscaré al Maestro y le pediré que me ayude. Le divertirá hacerlo.»

Muy por debajo de la capa exterior de hielo, en las profundidades de la roca, la forma de Andrak se detuvo delante de una vasta oscuridad que rezumaba malevolencia. La imagen del mago se inclinó en una gran reverencia ante el trono, y una risa silbante surgida de allí lo cubrió como un manto viscoso. A su alrededor, la roca maciza del color del ébano absorbía la oscuridad sin dejar escapar un solo reflejo, y los muros estaban cubiertos por tapices de terciopelo negro. Sirvientes de espaldas encorvadas correteaban entre las sillas colocadas junto a una gran mesa, afanándose en disponer un banquete para muchos comensales, aunque jamás venía nadie. Cientos de metros por encima de aquella morada de las profundidades, los hielos perpetuos cubrían una tierra yerma y desierta, y los vientos huracanados recorrían aullando aquella extensión helada, batiendo las montañas y filtrándose en las grietas de las rocas hasta remodelar con su poderosa fuerza todo el paisaje. Pero ninguno de aquellos poderes desencadenados en el exterior llegaba a las profundidades de la fortaleza subterránea; eran otras las energías que reinaban allí.

—Andrak —susurró la voz del ser oscuro.

—Mi señor Modru —respondió el mago, y guardó silencio de nuevo.

Pasó un largo momento, y seguían los dos frente a frente, maestro y aprendiz, porque fue Modru quien sedujo a Andrak y lo llevó a caminar por los senderos de la oscuridad, capturando primero su mente y después su espíritu. La forma como lo consiguió Modru no podía ser más sencilla; varias eras atrás, una noche, el Susurrante se presentó, disfrazado, y planteó al entonces joven mago una cuestión que parecía inocente:

—¿Quién vive en el espejo cuando no hay luz?

El joven Andrak se obsesionó en su deseo de hallar la respuesta. Y sus estudios lo arrastraron cada vez más por los senderos prohibidos. Pasó años construyendo specula vírgenes de plata —espejos fabricados en una oscuridad total, no tocados por la luz, superficies nunca manchadas por el menor reflejo—, en el interior de grandes esferas cerradas. Vivía allí en la negrura más completa y, ayudado únicamente por el tacto, se asomaba ansioso a la superficie cóncava de tal modo que, de haber habido alguna luz, el reflejo le habría mostrado a él. Pero ninguna luz lo mostraba mientras manipulaba plata y cristal en el interior de la gran esfera: trabajaba con rapidez, porque el aire se agotaba pronto; a riesgo de morir, estaba empeñado en descubrir quién moraba en el speculum oscuro.

De vez en cuando Modru aparecía en la noche y le daba consejos que hundían a Andrak todavía más en los vericuetos de las falsas enseñanzas.

Obsesionado, el mago acabó por ir a vivir con el Susurrante a la fortaleza de Modru en Gron, la Torre de Hierro. Y allí Andrak hurgó en pergaminos arcanos y en tomos olvidados y polvorientos, guardados y sellados con runas de poder.

Y llegó una noche en la que la torre se llenó de alaridos de terror; gemidos agónicos y horrorizados surgían de una garganta incapaz de resistir más. Entonces Modru se sonrió a sí mismo porque supo que Andrak lo había conseguido al fin: había visto.

Y cuando finalmente pudo responder a la pregunta, cuando Andrak supo sin ninguna duda quién..., qué... vivía en el espejo cuando no había luz, su espíritu había quedado ya atrapado inextricablemente en las garras del Mal, en el puño de hierro de Modru.

Ahora estaban de nuevo frente a frente, el aprendiz y el maestro, el maligno y el malo más poderoso; y un instante interminable pereció allí, atrapado en los pasillos del tiempo. Por fin, un largo susurro silbante surgió de la oscuridad en la que estaba inmerso el trono.

—¿Qué es lo que te ha traído hasta mi retiro, mi dulce Andrak? —Maestro —la voz de Andrak estaba llena de adulación—, existe la posibilidad de que se cumpla la profecía del Kammerling.

—¿Qué profecía del Kammerling? —La estancia pareció agitarse con el susurro silbante de Modru.

—La de los dos que triunfarán donde otros han fracasado. Porque hay dos en camino y han escapado a todas las trampas que les he tendido. —El tono servil de Andrak cedió el paso a una rabia mal contenida—. Dalavar los ayuda.

—¿Dalavar, el amante de los Lobos? —El tono de regocijo interior desapareció en la voz de Modru—. Ése es una pesadilla continua.

El silencio se hizo de nuevo en la sala, mientras ambos meditaban en pasados conflictos con el Mago-lobo. Finalmente, volvió a escucharse el susurro de Modru:

—¿Tiene algo que ver con este asunto ese loco de Kalgath el Negro?

—Tal vez, señor Modru, tal vez. —Andrak observó a los sirvientes que seguían afanándose a su alrededor: rücks que correteaban de un lado a otro con sus piernas vendadas—. El drake sigue convencido de que yo guardo el Kammerling para protegerle a él.

—Es un estúpido —siseó Modru—. Pero tú fuiste un estúpido aún mayor al permitir que se enterara de tu verdadero nombre.

Andrak apretó los puños furioso, pero no dijo nada.

—¿Y qué puedo hacer yo, Andrak? ¿Qué deseas de mí en este asunto?

La oscuridad sentada en el trono se inclinó hacia adelante para no perder una palabra de la respuesta.

—Sólo una cosa, maestro —contestó el mago—. Por el propio Kammerling puedo apreciar la distancia que los separa de mi morada. Cuando se adentren en las montañas de Xian desde el sudoeste, y lleguen a la zona en que no hay refugio posible, ni crecen árboles, ni hay nada con que se pueda improvisar el más humilde cobertizo, entonces os pediré que enviéis un ciclón devastador: un viento capaz de extraer hasta la última gota de calor de sus cuerpos! y dispersarlo por las piedras grises de Xian; que les arranque del cuajo la vida y se la lleve lejos, arrastrada por el viento helado; que los congele hasta dejarlos tiesos como el hierro en mitad de su camino; que los atraviese con la garra helada de tu mano lejana. Y cuando hayan muerto lo sabré, porque cesará el latido del Kammerling..., hasta que aparezca otro loco dispuesto a arrebatármelo. Pero de momento esos dos locos son los únicos que van tras él, y los únicos a quienes debo detener; porque aunque la profecía predice que una pareja triunfará, ese augurio ignoraba vuestro terrible poder, mi señor. Vos tenéis poder suficiente para desencadenar una terrible tormenta sobre ellos, tal que no podrán sobrevivir a sus efectos. Enviadla, maestro, si es vuestro deseo; no os pido otra cosa.

Modru se reclinó en su trono con una risita silbante.

—Me gusta ese plan tuyo, Andrak, porque supone para mí una gran expectativa de diversión. He esperado mucho tiempo una ocasión así, porque aquí, en los Yermos, las noches y los días se hacen demasiado largos, y un entretenimiento como el que me ofreces me ayudará a pasar el tiempo. —La oscuridad sentada en el trono pareció

inclinarse hacia afuera—. Llegará el día en que ya no nos veremos obligados a morar en estos parajes, un día en que un cometa me traerá lo que espero en soledad. Entonces Mithgar sentirá el talón de mi bota, la presión de mi mano, el peso de mi puño, la extensión de mi poder, porque entonces pondré en libertad a mi propio Amo, ¡y este mundo será mío!

La oscuridad invadió toda la estancia.

Pero luego, poco a poco, pareció recogerse una vez más en el trono.

—Sí, sí, me gusta tu plan, mi aprendiz. Tendrás puntualmente la tormenta que deseas; hace años que no me dedicaba a cosas de ese estilo; de esa forma estiraré mis alas una vez más.

»Ven a verme cuando llegue el momento, cuando se hayan adentrado lo bastante en las montañas, y entonces yo destruiré a esos intrusos que te buscan, yo arruinaré los planes de Dalavar.

Andrak hizo una reverencia-y se retiró; luego voló a través de la piedra sólida hasta ascender a los páramos desiertos de la superficie, y siguió su viaje en dirección sur, camino de su holt. Mientras tanto, detrás de él, una gran oscuridad seguía sentada en su trono y meditaba en un plan trazado eras atrás, un plan a largo plazo que parecía tener tan sólo una minúscula probabilidad de éxito, en caso de que los más fuertes, o listos, o afortunados, lograran sobrevivir; y los rücks seguían afanándose incesantemente alrededor de la mesa, sirviendo plato tras plato de un banquete que nadie había de consumir jamás.

Transcurrió otra semana, y luego otra aún, y la pareja iba acercándose más y más, hasta que finalmente el Kammerling indicó que estaban muy próximos, que habían llegado a las montañas de Xian, porque el latido del aura intangible revelaba sin confusión posible la cercanía de los dos.

De nuevo el oscuro aprendiz llamó a su vil maestro y viajó hasta la oscuridad maligna, para que Modru desencadenase la furia de los elementos contra los locos que se atrevían a pretender lo que Andrak guardaba.

Y al día siguiente llegó aullando a las montañas un viento devastador, acompañado de enormes nubarrones negros, y las propias rocas se estremecieron ante su fuerza. La nieve y el hielo se adueñaron del paisaje, cubriéndolo todo, enterrándolo, borrando los contornos.

En el interior de su fortaleza oscura, Andrak daba vueltas con impaciencia mientras el viento silbaba, gemía y hacía que todo temblara al cruzar la tórrela superior; era tal su impulso que se colaba por las esquinas y daba vueltas en torno a las torres, aullando furioso mientras la nieve y el hielo, empujados por el viento en forma de grandes copos, iban a martillar los sólidos baluartes con la fuerza de proyectiles.

Andrak visitó entonces la cámara del Kammerling, y observó el ritmo de los latidos del nimbo invisible. Todavía seguía su avance la pareja. La furia de Andrak era inmensa; empezó a recorrer con grandes zancadas las sombras susurrantes y los enrevesados pasillos; de piedra de su holt, y nadie se atrevía a cruzarse en su camino.

Pasaron las horas, cayó la noche, y el mago volvió a consultar j el pulso del martillo. ¡Ah! Su cadencia le informó de que los dos \ vivían todavía, y de que se habían aproximado un poco más aún.

Trémulo de ira, Andrak se precipitó en la bruma agitada y entre las sombras disformes, bajó escaleras de piedra en espiral y dobló muchas esquinas en ángulo hasta cerrar a sus espaldas, con un sonoro portazo, una puerta oscura construida con una madera arcana de color negro, que daba a un patio abierto. Allí luchó con la furia del viento, inclinándose ante su potente soplo; dio unos breves pasos sobre los guijarros hasta llegar a la rampa que subía a las murallas, y allí se asomó por entre las almenas, bien sujeto a la piedra, tratando de atisbar la oscuridad exterior, a pesar del hielo proyectado por el viento, que le cegaba. Y vociferó a aquella negrura rugiente, gritó y se desgañitó..., pero el viento furioso

y el hielo proyectado contra su rostro le arrebataron las palabras, las hicieron añicos y se las llevaron volando hasta estrellarlas contra los riscos de las montañas, sin que nadie oyera sus gritos en la noche.

Castañeteando los dientes, con los labios cubiertos por una espuma gris y los ojos desorbitados, el rostro negro por la ira y salpicado de escarcha, las ropas empapadas, se precipitó de nuevo en las profundidades de su holt. Otra vez cruzó las estancias torcidas llenas de sombras equívocas y obscenos susurros. Otra vez regresó al lugar en el que estaba depositado el maldito Kammerling.

Y miró con odio el talismán, maldiciendo el día en que se lo había traído aquel dragón jactancioso, aunque aquello también coincidía con los planes ocultos de su maestro. Pero cuando su mirada interior se detuvo en aquel objeto abominable, empezó a reír. Rió de una forma salvaje, ominosa. Las paredes de la cámara se estremecieron con sus siniestras carcajadas...

... Porque los latidos del aura habían cesado por completo.

29

Una voz en la tormenta

Finales de otoño, 3E1602

[Presente]

El Sol brillaba sobre Elyn y Thork, pero era muy escaso el calor que desprendían sus rayos. Alrededor de ellos se alzaban las montañas grises, hoscas y áridas. Hacia el nordeste, destacaba entre las demás una cima negra como la noche.

—Allí está nuestro objetivo —musitó Elyn, señalándola.

—No, princesa —respondió Thork con voz grave—. Si el Mago-lobo dijo la verdad, ésta sólo será una escala en nuestro camino. Lo que buscamos es el holt de Andrak, y el Martillo de la Rabia guardado en su interior. Lo único que contiene la Montaña Negra es un mapa que nos indicará nuestro lugar de destino.

Se detuvieron y miraron durante unos momentos; luego, llevando aún del ramal a Cavador y a Viento, emprendieron el descenso del paso montañoso, en dirección nordeste, camino de un valle serpenteante que ascendía hacia las abruptas laderas oscuras que se divisaban al fondo. Cayó la noche antes de que descendieran de las alturas, y agotados, acamparon al resguardo de una pared de la montaña.

Cuando se sentaron, acurrucados y recostados en el frío murallón de piedra, ningún fuego les dio calor porque no había leña que quemar en aquel roquedo estéril. Fue entonces cuando Elyn llegó por fin a la conclusión que habían estado buscando Thork y ella, durante largas semanas.

—Príncipe Thork —habló en voz baja, pero llena de determinación—, querría expresar lo que estoy pensando.

El guerrero châk volvió su rostro hacia ella, y a la pálida luz de la Luna sus ojos brillaron como lo haría el azabache pulimentado. Y aunque las facciones de ella quedaban en sombra porque tenía la Luna situada detrás, la vista del enano era lo bastante aguda para percibir con claridad aquel rostro, pálido como un faro e iluminado interiormente por una visión tan aguda como la del halcón rojo que habían estado observando días atrás.

—Habla, princesa Elyn.

Después de una profunda inspiración, Elyn continuó:

—En las últimas semanas calculo que hemos recorrido más o menos la mitad de la superficie de Mithgar. Y cuando iniciamos nuestro viaje, éramos enemigos. Pero he descubierto que eres una persona sobremanera honorable y noble, con la que estoy en deuda! por haber salvado mi vida en más de una ocasión. No podía desear un compañero mejor a mi lado, ni un defensor mejor a mis espaldas.

»Con todo, en el momento actual nuestras dos naciones son enemigas, por más que no siempre lo hayan sido en el pasado. Nos hemos enfrentado a causa de un tesoro robado, que ahora ha sido robado de nuevo. Son el orgullo y la codicia lo que nos mueve luchar. Luchamos porque, de un lado, murió un príncipe de Jord y del otro un rey de los enanos. Luchamos porque hombres y enanos murieron en una guerra, unos matándose entre ellos, otros el aliento de un dragón.

»Me parece que ha llegado el momento de detener esa locura. No sólo porque el tesoro está de nuevo entre las garras de un dragón, sino porque no existe ninguna razón para que nuestros dos pueblos guerreen entre sí. En los meses pasados, con tus hechos tus palabras, tan sólo con tu modo de actuar espontáneo, me ha convencido de que mi odio a los enanos no era otra cosa que orgullo inoportuno y rencor, y tengo la esperanza de haberte enseñado a: lo mismo respecto de nosotros.

»En Jord interpretamos mal vuestros motivos, y de la misma manera, en Kachar malinterpretasteis los nuestros. No era la codicia lo que os llevó a pedir la devolución de vuestro tesoro; no fue deseo de robaros lo que nos llevó a negarnos. Pensábamos honestamente que lo habíais abandonado, al no tener en cuenta las dimensiones de la vida de los enanos. Vosotros pensabais con toda honestidad que lo habíamos robado, porque no se os ocurrió pensar en la edad de los hombres.

«Hagamos un pacto nosotros dos; que todo lo que hagamos en adelante irá en beneficio de la causa de la paz entre nuestros dos reinos, y que en lugar de enemigos honorables, como ahora somos, nos convertiremos en amigos.

Elyn calló, y esperó la respuesta. No tuvo que esperar mucho rato.

—No podías haber hablado mejor, princesa.

La voz de Thork estaba impregnada de una emoción profunda, pero ni él ni Elyn podían saber el motivo de la misma.

Elyn se inclinó y tomó la mano de Thork, se llevó a la mejilla aquellos dedos nervudos, y sus lágrimas mojaron el dorso de la mano de él. Poco a poco, con timidez, el enano acarició con la punta de los dedos de su otra mano el rostro de ella, enjugando aquellas gotas.

Elyn soltó su mano, él la retiró, y los dos siguieron sentados en silencio, durante largo rato. Finalmente, él habló del tesoro porque sabía que era el motivo central de la guerra entre Jord y Kachar.

—Queda una cuestión por tratar, mi señora. Si conseguimos vencer a Kalgath el Negro, ¿qué será del tesoro? Nuestros dos pueblos preguntarán cómo debe dividirse. Propongo lo siguiente: que se divida en dos y cada uno tome la mitad, no más. Y para impedir cualquier discusión sobre quién se ha llevado la mejor parte, será tu pueblo quien realice la división en dos partes, y mi pueblo elegirá la que prefiera.

La risa de plata de Elyn resonó de súbito; se inclinó, tomó entre las suyas las dos manos del enano y las apretó llenas de alegría.

—Un viejo truco, mi enano guerrero, pero que servirá para garantizar un juego limpio.

Hablaron largamente con respecto a lo que cada uno de ellos podría hacer para concertar la tregua, y sobre cómo convencerían a sus respectivos monarcas, el rey Aranor y el DelfSeñor Baran, de lo razonable de su plan. Con toda seguridad, el hecho de que un príncipe de los châkka y una princesa de Jord hubieran luchado juntos en la adversidad, había de prevalecer. Y durante toda aquella conversación, ella retuvo las manos de él entre las suyas, y la oscuridad helada pareció hacerse un poco más cálida.

La pálida luz del alba encontró a Elyn y Thork dispuestos para seguir su viaje, porque apenas habían dormido en aquella noche frígida. Con la lentitud obligada por su agotamiento, emprendieron el descenso del puerto montañoso, y Viento y Cavor avanzaban también penosamente. A lo lejos, en dirección nordeste, se encontraba su primer objetivo, una montaña tan oscura como el azabache. Y mientras descendían hacia el valle sinuoso y desértico que se extendía ante ellos, el Sol se alzó en el cielo, y sus

rayos parecían de algún modo helar en lugar de calentar el ambiente, de la misma forma que las silenciosas piedras grises de las altas y hoscas montañas de Xian parecían observarlos con desaprobación, como a intrusos en un lugar al que nadie debía acercarse.

Durante un descanso de la mañana, Elyn miró largo tiempo el pico de ébano.

—Mi pueblo suele decir que la Montaña Negra sube hasta el cielo, pero tiene sus raíces en Hèl.

Thork respondió únicamente con un gruñido, y Elyn miró para ver qué era lo que distraía su atención. El enano tenía la mirada fija en dirección este, donde un vasto glaciar discurría a través de una larga abertura existente entre dos paredes abruptas de las altaneras montañas.

—¿Qué crees que puede ser esa mancha oscura que destaca en medio del hielo?

—¿Qué mancha? —La mirada de Elyn había de esforzarse mucho para encontrar lo que le indicaba el enano.

—Allí —señaló Thork, y la mirada de la princesa siguió la dirección del brazo extendido—, un poco a la izquierda de aquel peñasco.

En medio del hielo había un objeto oscuro, empujado por la distancia.

—Lo más probable es que se trate de una roca desprendida del risco, Thork. ¿Qué otra cosa podría ser?

Thork siguió mirando unos momentos aún, luego se volvió y tomó la bolsa de grano del bozal de Cavador.

—En las montañas del Cielo, donde habitan unos parientes de nuestra raza, los châkka han encontrado grandes bestias peludas congeladas en los glaciares: tenían grandes colmillos curvos, orejas largas y colgantes, pies totalmente planos y, lo más extraño de todo, unas narices grandes y flexibles en forma de trompa. Se dice que existen animales muy parecidos en las tierras situadas más allá del mar de Avagon, pero mayores, muy mayores y cubiertos con una espesa capa de pelo.

»A los châkka jóvenes suele contárseles la fábula de que en tiempos esas criaturas servían al rey Invierno, y lo honraban de muchas formas.

»En aquellos días, el Verano, el Invierno, la Primavera y el Otoño habitaban la tierra todos al mismo tiempo.

»Pero un día al rey Invierno se le ocurrió raptar a la reina del Verano y llevársela a su reino helado. Las grandes bestias desaprobaron la fechoría, juzgando que los deshonraba; y guerrearon contra el rey Invierno.

»Las restantes Estaciones vieron aquella poderosa lucha, escucharon el trompeteo de las grandes criaturas y sintieron el temblor de la tierra bajo sus enormes patas. Todos sabían que aquellos animales eran nobles, y corrieron en su ayuda. Y de ese modo las Estaciones empezaron a correr y correr en círculo, persiguiéndose la una a la otra, luchando y golpeándose entre sí, porque no sabían qué partido tomar.

»Pero de súbito la batalla cesó, porque las bestias habían perecido, luchando con valentía para defender a la reina del Verano. Y todos las lloraron, porque amaban con ternura a aquellas criaturas. Incluso el frío rey Invierno derramó lágrimas heladas, y enterró a las bestias en campos de hielo para preservarlas y que todos pudieran ver el gran error que había cometido.

»Desde entonces las Estaciones ya no viven juntas, sino que marchan a través de la tierra en un orden inmutable, y el Verano se mantiene lo más alejado posible del Invierno, vigilado a un lado por la Primavera y al otro por el Otoño.

«También se dice que, en el final de los tiempos, estas criaturas resucitarán y combatirán de nuevo al rey Invierno, pero que en esa ocasión serán ellas las vencedoras.

Mientras Thork hablaba, la mirada de Elyn seguía fija en la mancha lejana del glaciar, y una aguda tristeza invadió su corazón. Cuando él acabó de hablar, ella se volvió con lágrimas brillando en sus pestañas, y le dio un rápido abrazo, pero no dijo una palabra.

Luego se dirigió a donde esperaba Viento y se preparó para continuar el viaje, sin advertir la profunda tristeza que reflejaban también los ojos de Thork.

Durante dos días más descendieron siguiendo los pliegues de aquella áspera tierra gris, acercándose más y más a la montaña de ébano; y cuanto más se aproximaban a ella, mayor era la inquietud de Elyn.

—Thork, no podemos caminar sencillamente hasta la montaña y llamar a una puerta pidiendo que nos dejen entrar. —Elyn pestañeó y engoló la voz para imitar un tono oficial—. Parn, pam. Déjenme entrar, tengo encomendada una misión. Necesito consultar su mapa.

A pesar suyo, Thork rompió a reír y Elyn se sumó a sus carcajadas.

—No, princesa —dijo él entre risas—, no podemos hacer una cosa así.

Repentinamente seria, Elyn preguntó:

—Pues bien, príncipe Thork, tú eres un enano y entiendes de cosas tales como los subterráneos de las fortalezas de las montañas; ¿qué plan debemos seguir?

Viento y Cavador recorrieron muchos metros antes de que Thork respondiera, y durante todo ese tiempo el enano estuvo mirando los abruptos murallones de color negro.

—En las laderas de las montañas hay determinados lugares especialmente adecuados para la colocación de las puertas: disponen de buenas posibilidades de defensa, están al abrigo de los vientos, cuentan con buenos accesos para la entrada y salida de las mercancías, están a salvo de posibles deslizamientos de tierras..., ése es tipo de características que busco, las que preferirían los chákka para colocar una puerta, aunque no he enumerado ni siquiera la mitad. Las puertas secretas son una cuestión distinta, porque han de colocarse en lugares adecuados para su propósito (un respiradero, una salida disimulada), y es imposible encontrarlas a menos que sepas exactamente dónde mirar, o que tengas un plano.

«Pero en lo que respecta a la morada de magos que está en el interior de la Montaña Negra, no sé si se aplicarán las mismas reglas; ignoro si hay un camino de entrada, si el viento tiene o no tiene importancia, ni si se producen desprendimientos de rocas en esas laderas. Y si lo que hemos de encontrar es una puerta secreta de los magos, entonces propongo que demos media vuelta ya desde ahora mismo y nos vayamos a cualquier otra parte, porque me parece una búsqueda sin esperanza.

»No, buscaremos primero lo que a mí me resulta familiar, con la esperanza de que los magos se hayan basado para la construcción de su fortaleza en las mismas características que nosotros los chákka; porque si no es así, el azar será lo único que podrá guiar nuestros pasos.

»Si hemos de basarnos únicamente en el azar, sospecho que nuestra busca será muy larga, porque tu Montaña Negra es grande y aunque hubiera en ella miles de puertas, sin contar con las secretas podríamos pasar semanas antes de dar con la primera.

Avanzaron penosamente; los cascos de los caballos resonaba en la roca, y sus ecos se prolongaban a lo largo del cañón gris que atravesaban. Elyn observó la gran montaña negra que se alzaba delante de ella, ya cercana; pero los ojos de Thork estaban fijos en lugar diferente —el camino por el que pasaban—, y de súbito hizo detenerse a Cavador, desmontó, y se arrodilló para estudiar las piedras del suelo. También Elyn detuvo su montura, se apeó y examinó el camino. Thork levantó la mirada, y al tropezar con la suya, le sonrió orgulloso.

—Éste es un antiguo camino pavimentado, princesa, ahora en ruinas pero en definitiva un camino que probablemente conduce al mismísimo interior del holt de los magos.

—¡Ah, mi guerrero enano! —rió Elyn—. ¡Qué bien hizo el Mago-lobo cuando te dio el nombre de «El que guía»!

—No sé si el nombre que me puso el Mago-lobo es o no adecuado, mi señora —contestó Thork al tiempo que se incorporaba—, pero eso es lo que pienso: fue el Mago-lobo quien nos indicó esta ruta entre el pulgar y el índice de los picos que tenemos ahora

a nuestras espaldas, y creo que él sabía muy bien cómo llegar a la morada de los magos, y guió adecuadamente nuestros pasos.

Todo el resto de aquel día, los dos avanzaron hacia el nordeste, acercándose más y más a las abruptas laderas de color negro. Y cuando más se adentraban en las montañas, más seguros estaban de seguir el camino correcto, porque tropezaban con frecuencia con signos de que en tiempos hubo allí una carretera. Vieron aflorar intacto el antiguo pavimento en algunos tramos, en una longitud de hasta centenares de metros; también un refuerzo ligeramente peraltado en una curva hacia la derecha, un puente hundido sobre un río de poca profundidad, y cornisas de piedra excavadas para permitir el paso en lugares en que las paredes montañosas descendían a plomo: todas esas indicaciones, y aun otras, les mostraban que se encontraban en lo que en tiempos debía de haber sido una ruta comercial muy concurrida.

El camino empezó a ascender; siguieron los pliegues del terreno a lo largo de prolongadas cuestas seguidas de rápidos descensos, pero poco a poco iban ganando altitud. Y al coronar cada nueva cresta, podían ver un amplio panorama de picos que se alzaban detrás de otros picos, hasta el límite que podía alcanzar la vista. Pero siempre la visión dominante era la gran montaña negra del primer plano, que se elevaba hacia el cielo de forma vertiginosa.

Las rocas que los rodeaban empezaron a oscurecerse, y cuanto más avanzaban ellos, más oscuro era el color del terreno.

—Estamos ya en los dominios de la montaña de los magos —señaló Thork—, y su color se extiende hasta afectar también este suelo.

El frío Sol pasó por encima de sus cabezas y fue a ocultarse entre las montañas lejanas, y la oscuridad invadió la tierra. De nuevo los dos debieron acampar sin hacer un fuego, y se acomodaron para pasar la noche entre las piedras frías y negras. Con la espalda apoyada en una alta roca oscura, Thork contempló el cielo sin Luna ni estrellas, y se acurrucó un poco más en su manto forrado de pieles.

—Princesa, hoy, ayer y los días pasados hemos cruzado una tierra hosca e inclemente; pero me temo que mañana las cosas empeoren todavía más, porque siento en mis huesos que se está preparando una tormenta invernal.

Durante unos instantes, Elyn se vio acometida por un escalofrío incontrolable; pero no pudo explicarse la razón. Se había levantado un viento helado que soplaba del norte.

La gran tormenta se abatió sobre la cordillera mediada la mañana del siguiente día, y sorprendió a Elyn y Thork en la parte de la ladera que menos resguardo podía ofrecer. Un viento atronador se abalanzó sobre ellos, aullando y haciendo revolotear delante de sí una cortina blanca de hielo, de modo que apenas podían ver unos pocos metros delante de ellos. Finas agujas de hielo perseguían continuamente a la mujer, al enano, al caballo y al poni, acosándolos, aguijoneándolos, lacerándolos como si se tratase de látigos con puntas de hierro, punzándolos en los ojos y en el rostro con cristales de hielo que ardían de tan fríos. Y el viento era una fuerza desencadenada que los martilleaba, haciendo que los caballos tropezaran y se tambalearan, y obligando a los jinetes a aferrarse a la silla, encorvados, para no ser descabalgados. El caballo y el poni se esforzaban por avanzar en medio de aquella blancura aullante, pero los asustaba el rugido del viento, y a menudo se detenían y rehusaban seguir. Elyn desmontó y se colocó delante de su yegua gris, y lo mismo hizo Thork con Cavador. Así llegaron a un alto peñasco negro, e intentaron refugiarse tras él; pero el viento cruel los azotaba: por todas partes con sus remolinos silbantes.

Elyn acercó su boca al oído de Thork y gritó, para que pudiera oírle:

—¡Thork! Las montañas son tu terreno. ¿Qué podemos hacer?

Los ojos negros de Thork buscaron los de Elyn, y colocando una mano enguantada en la nuca de ella, acercó su cabeza y contestó a voz en cuello, para hacerse oír por encima del rugido del viento:

—Detrás de nosotros no hay ninguna clase de refugio, de eso estamos seguros. Aquí no podemos quedarnos. Tenemos que seguir avanzando, porque antes de que la tormenta nos alcanzara, vi a lo lejos, frente a nosotros, una hondonada en la que tal vez consigamos encontrar refugio. Pero está lejos de aquí, y podemos perecer antes! de llegar a ella. Con todo, antes prefiero morir luchando que rendirme sin presentar batalla.

Una triste sonrisa iluminó las facciones de Elyn.

—Ve tú delante, Pionero; yo te sigo.

La pareja dejó su precario refugio y afrontó de nuevo la furia de la tormenta, a pie, tirando con esfuerzo de sus aterrorizadas monturas. Y la blancura aullante y cegadora se los tragó, zarandeándolos, martilleándolos, extrayendo de ellos el poco calor que aún podían albergar y lanzándolo contra la gélida piedra negra. Pero seguían caminando obstinadamente, encorvados, adelantando los hombros para resistir el arrollador empuje de aquel viento helado.

Pasaron las horas, y seguían ascendiendo con un inmenso esfuerzo, tambaleantes, cayendo una y otra vez para levantarse de inmediato. Cada paso era ahora una tortura porque les faltaba aliento y sus pulmones ardían; pero seguían buscando la hondonada atisbada por Thork. Y el viento blanco seguía abatiéndose sobre ellos, las agujas de hielo los cubrían de la cabeza a los pies y los abrumaban con su peso añadido.

Cayó la noche, pero es difícil decir si notaron o no la presencia de la oscuridad, porque lo único que importaba era seguir ascendiendo. Y cuando los aullidos diurnos se transformaron gradualmente en oscuros alaridos nocturnos, los dos compañeros jadeantes que tiraban de dos caballos temblorosos no hicieron otra cosa que seguir luchando por avanzar, cayendo, levantándose, tambaleantes; y siguieron su camino a pesar de que caían de agotamiento y la fatiga los abrumaba si piedad. Resbalando sin conseguir sostenerse el uno al otro, con los corazones martilleándoles por el esfuerzo inhumano, avanzando pese al viento que los azotaba, pese al calor que había huido de ellos, pese a que todas sus energías estaban ya agotadas.

Tal vez por centésima vez en un kilómetro, Elyn se derrumbó y cayó de bruces sobre la nieve, pero en esta ocasión no volvió a levantarse. Thork corrió a su lado y la subió sobre los lomos de Viento, temblorosos a causa de la fatiga de la yegua.

De nuevo volvió a avanzar, tirando de los dos caballos, empeñado tozudamente en lo que juzgaba ya una causa perdida; pero su terco orgullo de chåk le impedía rendirse. Y siguió caminando montaña arriba, tal vez dos kilómetros más, hasta que Viento dobló las manos y se derrumbó en la nieve, y la desmayada Elyn quedó atrapada debajo de su cuerpo.

A pesar de su cansancio insoportable, Thork consiguió sacarla de debajo de la yegua inmóvil. Rápidamente examinó a la princesa, y le pareció que no tenía roto ningún hueso. Entonces intentó poner en pie a la yegua, pero Viento había muerto, asesinada por la tormenta; su valeroso corazón no había podido resistir un esfuerzo abrumadoramente superior a su capacidad de resistencia.

Thork colocó a Elyn sobre los lomos de Cavador, y continuó ascendiendo la penosa cuesta, dando laboriosamente un paso detrás de otro, sintiendo su cuerpo torpe y helado. Pero siguió adelante. El viento aullante y arrollador lo empujaba, lo zarandeaba, lo magullaba, las agujas de hielo lo punzaban y la nieve le impedía el paso, pero él seguía avanzando entre el rugido de la tormenta, metro a metro, en un esfuerzo que se le antojaba interminable. El poni cayó también en la nieve, dando terribles boqueadas.

De nuevo Thork hubo de extraer a la princesa de debajo del cuerpo de Cavador, y luego se arrastró a cuatro patas hasta sujetar la cabeza del poni, e intentó ponerlo en pie otra vez. Pero Thork no tenía fuerzas suficientes para hacerlo, y cayó de espaldas sobre la nieve, con la cabeza de Cavador sobre su regazo. El caballito resolló diez, quince veces aún, y luego, con un suspiro, quedó inmóvil. Y mientras Thork lo contemplaba impotente, los grandes ojos castaños adquirieron un tono vidrioso. Y en medio de los

rugidos y aullidos de la tempestad, Thork extendió su mano nudosa y rascó por última vez al pequeño y fiel poni entre las orejas. Luego se volvió a la princesa.

A pesar de los latigazos de la nieve y el hielo impulsados por el viento, Thork consiguió cargar con Elyn sobre sus hombros, y seguir avanzando a tropezones, con la mente ofuscada por una fatiga incalculable. Pero avanzó todavía, mientras la noche descargaba sobre él su furia, sus alaridos, su martilleo constante e insoportable.

Una y otra vez Thork cayó, y cada caída suponía para él una terrible agonía. Pero en cada ocasión, el enano consiguió ponerse en pie de nuevo y cargar otra vez a Elyn sobre sus hombros. Ya no era capaz de recordar la meta que se había propuesto alcanzar; no habría podido decir por qué seguía escalando las abruptas laderas; de la Montaña; y tampoco sabía que una furiosa tormenta azotaba la región y descargaba toda su furia sobre él. Lo único que sabía es que tenía que seguir subiendo, y llevar consigo a Elyn.

Y la nieve seguía cayendo sobre él, el viento chupaba el escaso calor de su cuerpo, el hielo golpeaba sus ojos incapaces de ver nada de lo que le rodeaba. El soplo arrollador de la tormenta lo derribaba una y otra vez, y volvía a ponerse en pie, un poco más despacio cada vez, recogía a Elyn y daba un nuevo paso adelante. En su mundo no había nada salvo los aullidos continuos del viento.

Pero en medio del rugir de la tormenta le pareció oír una voz que lo llamaba. Alguien pronunciaba su nombre. ¿Era su padre? ¿Leí estaba dando alguna indicación? «Por aquí, hijo. Por aquí.» Y exhalando su aliento en boqueadas, entre gemidos, con la visión borrosa, las piernas casi sin control, en el límite de sus fuerzas, siguió caminando, midiendo su avance en metros, en pasos, en palmos, «Por aquí, hijo.»

—¡Sí, padre, ya voy! —gritó, pero sus palabras entrecortadas por sollozos fueron dispersadas en la noche por la furia del viento.

El hielo impulsado por el viento redobló su agujijoneo e intentó hacerle retroceder, y la nieve, en la que estaba hundido ya hasta las rodillas, se aferraba a sus piernas como una inmensa mano dispuesta a cerrarle el paso; pero Thork, hijo de Brak el DelfSeñor de Kachar, seguía avanzando, exhalando con su aliento bocanadas de vapor blanco, tapizada la barba por el hielo cristalino formado por su propia respiración congelada. Y Elyn era un fardo olvidado pero que, no obstante, seguía pesando sobre sus hombros; una carga más. Y vacilando, tambaleante, fue finalmente a perder pie y a caer delante de una puerta de hierro excavada en un pliegue oculto del terreno.

La tormenta martilleó su forma inmóvil, clavando sus garras en aquella figura inerme, tironeando de su manto invernal en un intento de arrebatarle la escasa protección de que disponía.

Finalmente el enano se movió, luchó por ponerse de rodillas, se echó atrás hasta quedar sentado, y se recostó de lado contra el portal de hierro. Y por entre los aullidos de los remolinos del viento, una voz parecía llamarle con gemidos lastimeros: «Hijo mío. Hijo mío.»

Confuso, Thork levantó la vista sin comprender, sin ver nada al principio. Pero después, tal vez únicamente por instinto, se incorporó con la ayuda de los grandes remaches de los clavos que sujetaban la puerta de metal. Y miró la superficie de hierro, pero no vio ninguna campanilla ni aldabón; tal vez, aunque hubiera habido uno, en aquel momento no habría tenido la lucidez suficiente para utilizarlo. El viento furioso soplaba también en el pliegue de terreno al que había ido a parar, y su soplo frígido seguía lacerándolo.

«Mi hacha, mi martillo, he de golpear la puerta y conseguir que me dejen entrar.» Pero no tenía a mano ninguna de sus armas porque estaban enterradas en la nieve en algún lugar detrás de él; enterradas con todas sus provisiones y su equipaje; enterradas con Cavador y con Viento.

Thork aporreó la puerta con sus puños, pero apenas le quedaban fuerzas, y no consiguió producir ningún sonido.

—Padre, déjame entrar —gritó, llorando, recostándose en el metal, agarrado a los remaches de los clavos mientras seguía dando golpes ineficaces en el hierro frío—. En el nombre de Adon y de Elwydd, padre, déjame entrar.

Al pronunciar la invocación del Padre de Todos, el portal empezó a abrirse hacia fuera, y una suave luz amarilla escapó hacia el viento devastador y el hielo por la rendija, que lentamente se iba ensanchando.

Thork se tambaleó, cayó hacia atrás y quedó tendido en la nieve, apenas consciente, acariciado por la luz ambarina y azotado por el viento. Con un gruñido, se dio la vuelta y enterró el rostro en la fría blancura. El viento redobló su furia. Por fin, Thork consiguió incorporarse sobre los codos y las rodillas. Pero aún no tenía conciencia de lo que debía hacer, ni siquiera de dónde se encontraba. Finalmente empezó a arrastrarse hacia adelante, hacia la luz.

Pero ¡espera! Algo iba mal, por más que su mente abrumada por la fatiga no consiguiera recordar de qué se trataba. Sus ojos legañosos se volvieron a derecha e izquierda. Y allí al lado, tendida en la nieve, había una mujer, una humana, con el pelo rojizo caído sobre las pálidas facciones que empezaba a cubrir, igual que el resto de su cuerpo inanimado, la nieve arrojada por el viento de la tempestad. «¡Elyn!»

Thork se arrastró hasta el cuerpo inmóvil, y después de un tiempo que le pareció interminable, se forzó a sí mismo a ponerse en pie, tembloroso por un agotamiento inconmensurable. Con otro esfuerzo abrumador consiguió cargar con ella, llegando al hacerlo al límite extremo de sus energías. Dio media vuelta y, entre tropezones, tambaleante, marchó hacia la luz, gimiendo, sollozando por aquel esfuerzo extremo, con la princesa en brazos, advirtiendo la blancura de su rostro, el color azulado de sus labios. Y de su boca jadeante surgieron unas palabras penosamente balbuceadas.

—No mueras, mi reina del Verano, no mueras...

Thork, al borde del colapso, dio un paso vacilante tras otro hacia la luz, entre bandazos y tropezones, hasta chocar con una pared de mármol y caer en el interior de la cámara, y quedó tendido en el suelo, sumido en una inconsciencia total.

Detrás de él, la gran puerta de hierro empezó a girar para cerrarse; la tormenta rugía fuera, el viento aullaba, el hielo se precipitaba contra el portal que se cerraba. Pero la hoja completó su recorrido con un ¡Bum!, dejando que la tempestad de Modru gritara, aullara y golpeará la gran puerta cerrada, como si una enorme criatura amorfa pugnara por entrar, sin que sus lastimeros gritos fueran escuchados.

Y en el preciso momento en que el portal se cerró, en una oscura fortaleza situada más al norte, el aura invisible de un martillo de combate, del Kammerling, dejó de latir, porque ni siquiera aquel poderoso talismán de poder podía penetrar en la bien guardada fortaleza de los magos de Xian y percibir lo que ocurría en su interior.

30

Asilo

Comienzos de verano, 3E1602

[Este año]

Entre la niebla matinal, al pie del valle situado ante la puerta de Kachar, Aranor cabalgaba a lomos de Llama, sobre la hierba humedecida por el rocío del campo vacío. Sus ojos recorrieron en toda su longitud el terreno en el que iba a desarrollarse la inminente batalla; el fuerte hedor de la muerte recorría el valle y parecía concentrarse en su extremo inferior con especial intensidad. En toda la extensión del valle, hasta la lejana cabecera del mismo, grandes bandadas de buitres, cuervos y cornejas hurgaban entre las osamentas de los caballos muertos, empujándose entre ellos y estirando cuellos, picos y alas para atrapar los bocados más jugosos, aunque había más que suficiente para todos. Aquí y allá, cuando la lucha se hacía demasiado reñida, nubes negras de aquellos

carroñeros alzaban el vuelo con gran alboroto de graznidos para volver a tomar posiciones enseguida y reanudar ávidamente el festín, tironeando, desgarrando y engullendo la carne descompuesta en sus gatzates insaciables.

«Los familiares del señor Muerte», pensó Aranor, asqueado por aquella sórdida glotonería que iba dejando mundos los huesos de los nobles corceles.

Cabalgando un caballo negro, Gannor se unió a Aranor, y los dos contemplaron desde lejos el macabro festín.

—¡Malditos pajarracos! —exclamó Gannor.

—Sí—dijo Aranor—. Pero piensa en esto, querido primo: tanto si la fortuna sonrío en el combate a uno como al otro bando, estos carroñeros siempre recogen los frutos de la batalla. Ellos son los eternos vencedores de las guerras, porque nada arriesgan y en cambio ganan todo lo que apetecen.

—Lo que dices es muy cierto, Aranor —replicó Gannor—; pero siempre estarán condenados a esperar en un segundo plano, observando con ansiedad a los bravos y a los audaces. Nunca se adelantarán a hacer nada por lo que merezcan ser recordados. Nunca defenderán lo que consideran justo.

—Sí, Gannor, todos ellos son cobardes —murmuró Aranor—. Pero su misma condición los preservará de caer por una causa que atañe a su rey y señor, sea ésta justa o no lo sea.

Se levantó otra nube negra entre graznidos irritados, y revoloteó unos instantes a la luz indecisa del día naciente, antes de volver a posarse.

—Maldición —gruñó Gannor, removiéndose en su silla de modo que el cuero crujió bajo su peso—, no son esos pájaros los que me preocupan, sino los enanos. Son guerreros poderosos: por cada uno que cae, perdemos casi dos de nuestros hombres.

—No sólo son poderosos, Gannor —respondió Aranor—, sino además hábiles y astutos. Siempre han sabido anticiparse a nuestros cambios de táctica, y han ideado métodos para contrarrestarlos que anulan nuestra fuerza y ponen de relieve nuestras debilidades.

—La culpa es de este valle tan estrecho —estalló Gannor, señalando a uno y otro lado con un gesto expresivo—. Si estuviéramos en las llanuras, esos enanos sentirían todo el peso de nuestro poder. Entonces la balanza de los combates se inclinaría de nuestro lado.

—Sí —concedió Aranor—. Este lugar es demasiado estrecho. Resulta difícil flanquear sus formaciones, rodearlas para atacarlas desde la retaguardia, y es duro tratar de romper su frente cuando tienen las espaldas resguardadas por un murallón de roca y los flancos protegidos también por paredes montañosas.

—Además de que sus picas se asientan en la pendiente del valle, y los virotos de sus ballestas caen del cielo tan espesos como un aguacero —añadió Gannor—. Además, cuentan con algunos paladines notables.

—El guerrero del escudo de la luz rota —murmuró Aranor.

—Y el martillo relampagueante —asintió Gannor. Y continuó, después de una pausa—. También su rey maneja el hacha con una pericia temible.

—¡Maldita sea! —exclamó Aranor—. ¿Cómo es posible que guerreros tan valiosos se dejen devorar por la codicia?

Antes de que Gannor pudiera expresar su opinión, los Reachmariscales Vaeran y Richter salieron de entre los árboles plateados para reunirse con el rey y con su primo. La batalla los esperaba, y desde lo alto de sus monturas examinaron el valle y revisaron los planes decididos la noche anterior.

Y los cuervos, las cornejas y los buitres, con las plumas enrojecidas por la sangre de los despojos, seguían disputándose entre graznidos las piltrafas de carne, y sus cabezas y sus picos se hundían en las carcasas despanzurradas, hurgando para arrancar un bocado apetitoso, chorreante de sangre negra, y tragarlo en un santiamén, mientras sus

ojos inquietos se mantenían constantemente alerta para advertir la presencia de posibles predadores. Las aves se mostraban dispuestas a volar al menor signo de peligro, en especial del peligro que representaban aquellos destructores de dos patas que, por alguna razón incomprensible, realmente imposible de adivinar, daban muerte y luego dejaban abandonada en tierra toda aquella plétora de carne jugosa y madura.

—¡Kruk!—maldijo Baran—, si mis cuentas son exactas, estamos dando muerte a casi dos ladrones por cada guerrero nuestro que cae.

El DelfSeñor probó con el pulgar la agudeza del filo de su hacha, y se volvió a su hermano. Thork tenía en las manos un pedazo de piedra pómez, que empleaba en frotar el mango forrado de cuero de su martillo de batalla.

—Desde ese punto de vista —continuó Baran—, podría parecer que la ventaja es nuestra, pero la relación de fuerzas entre ellos y nosotros es tal, que si seguimos matándonos al mismo ritmo nuestro número irá disminuyendo hasta que al final sólo quedarán vivos dos guerreros suyos por uno nuestro; y después de este último combate, terminará la guerra y no quedará nadie vivo.

—¡Malditos jinetes! —exclamó Thork—. Pero escúchame, Baran: esos bandidos saben contar tan bien como nosotros, de modo que calculo que después de una o dos batallas más, abandonarán el campo y se volverán a su casa con el rabo entre las piernas.

—Sí, hermano mío —respondió Baran—, creo que tienes razón, porque el número de sus bajas es muy considerable. Pero pertenecen a una raza que pare con la facilidad de los conejos, y dentro de muy pocos años sus hogares estarán de nuevo llenos de bebés. En cambio nosotros somos muy lentos en tener descendencia, de modo que nuestras bajas son más difíciles de reponer. Así que, por más que caigan dos de ellos por cada uno de nosotros, a largo plazo somos nosotros quienes llevamos la peor parte.

»Y hay otra cosa, además: aunque se retiren, lo que en justicia nos pertenece seguirá en su poder, bien guardado en los sótanos de su Palacio.

Thork meditó unos instantes las últimas palabras pronunciadas por Baran.

—En ese caso, hermano, creo que debemos convocar a los de nuestra raza (a los de las colinas de Cuarzo, de Mineholt Norte, de las colinas Rojas, de las montañas del Cielo y del poderoso Kraggen-cor), y marchar contra esos saqueadores en tal número que haga imposible su resistencia, para recuperar así lo que nos han robado.

—Sí, eso haremos llegado el caso —dijo Baran después de una pausa.

En ese momento se abrió la puerta de la cámara y un heraldo châk se acercó a Baran.

—Mi señor, los jinetes se están reuniendo al pie del valle.

Baran dirigió una mirada a Thork y el príncipe respondió con un gesto de asentimiento, al tiempo que se colocaba su escudo tornasolado en el brazo izquierdo y empuñaba con la mano derecha el martillo de combate.

—Pues bien, volvamos al campo de la matanza a recoger la cosecha de sangre —dijo Baran ceñudo, al tiempo que se ajustaba el casco de metal, adornado con unas alas desplegadas hacia arriba y atrás; se abrochó el barboquejo, y asió por el mango el hacha de doble hoja.

Los dos salieron de la sala y caminaron hasta la gran sala de las asambleas, situada junto a la puerta exterior. Allí estaban reunidos cerca de dos mil cien châkka. Y cuando Baran irrumpió en la amplia estancia, le saludó un gran clamor de voces y el repiqueteo de las hachas y los martillos sobre los escudos. El DelfSeñor Baran se detuvo delante de las filas de guerreros y alzó una mano para pedir silencio. Cuando todos hubieron callado, habló levantando la voz de modo que todos pudieran oírle.

—Una banda de ladrones y saqueadores está acampada frente a nosotros, con intención de invadir nuestro reino. Pero no conseguirán entrar aquí, porque rechazaremos a esos bandidos delante de la puerta. Nos mantendremos firmes, suceda lo que suceda. Sabed esto: que la justicia está de nuestro lado. Luchad con honor contra un enemigo que ignora lo que es el honor. —Baran arrebató un hacha al guerrero que tenía más próximo,

y cruzándola con la suya propia mantuvo ambas en alto, de modo que formaban la figura del estandarte negro y plata—. ¡Venganza para Brak y para Piedra Negra! —gritó.

—¡Venganza para Brak y para Piedra Negra! —repitió la poderosa voz de la multitud de guerreros reunidos.

Y a una señal del DelfSeñor, las poderosas puertas de Kachar se cerraron a sus espaldas con estruendo, bloqueando el paso al interior, mientras ante ellos la puerta exterior se abría de par en par, dejando penetrar en la sala la brillante luz dorada de la mañana.

Los chákka desfilaron al exterior, como una marea incesante, y las suelas de sus botas golpearon con fuerza la piedra del patio exterior. Las hachas, los martillos, las picas, las ballestas, los virotes, los escudos, las cotas de malla, los cascos..., armas y armaduras brillaban con un reflejo rojizo al luciente Sol.

Y cuando ellos salieron, grandes nubes de aves carroñeras se alzaron graznando en la mañana, y volaron llenas de pánico ante aquellos temibles destructores.

Abajo, al pie del valle, estaban dispuestas las tropas de los harlingar, a caballo: fila tras fila de guerreros montados, con lanzas que relucían contra el cielo.

La hueste de los vanadurin observaba cómo el ejército de los enanos evolucionaba delante de la puerta, espantando a los escandalosos cuervos y a los silenciosos buitres, que alzaron el vuelo y empezaron a girar en el aire como oscuras hojas caídas de los árboles y arrastradas por el viento impetuoso.

Los enanos tomaron posiciones en la cabecera del valle, dispuestos en una formación alargada que trazaba una amplia línea curva cóncava, compuesta por nutridas filas de guerreros.

—No me gusta eso —gruñó Gannor—. El enemigo ha adoptado una formación en segmento de arco, invitándonos a atacar su centro, como es nuestra costumbre. Pero fijaos: aunque han intentado disimularlo, la mayor parte de sus arqueros están situados en los flancos; su fuego cruzado será mortífero..., más aún tratándose de las ballestas de los enanos.

Aranor observó detenidamente.

—Hai, tienes razón, Gannor. Es la primera vez que hemos visto las tenazas de la trampa antes de caer en ellas.

—Mi señor —protestó el mariscal Roth—, ¿cómo sabemos que es ésa la auténtica trampa? Tal vez están ocultando algún otro truco, y nos presentan esa formación únicamente con el objetivo de que nos comportemos precisamente como ellos desean.

—Sí —asintió el Reachmariscal Vaeran—, podría tratarse de una estratagema para hacernos caer en una trampa distinta, que no podremos sospechar hasta que sea demasiado tarde.

—¡Bah! —resopló Gannor, irritado—. Trampas, trucos, estratagemas. Yo digo que adoptemos un plan en función de lo que venios, y no basándonos en elementos desconocidos e incognoscibles. Ellos han desplegado ese tipo de formación. Estudiemos la forma de combatirla, sin preocuparnos de tácticas fantasmales y de movimientos hipotéticos que todavía no hemos visto.

—Rey Aranor—advirtió el Reachmariscal Richter—, vos mismo habéis dicho que esos enanos son hábiles en las artes de la guerra. El primer día de combate nos metieron en una trampa después de enseñarnos un flanco aparentemente desguarnecido. Y sin embargo, aquel flanco «descubierto» era un engaño, y pagamos un alto precio por atacarlo sin haber previsto una estratagema propia para afrontar una posible celada. No caigamos de nuevo en el mismo error.

—Pero no nos dediquemos a preparar planes y más planes y contraplanes, hasta paralizarnos nosotros mismos sin movernos para nada —reconvino el mariscal Boer.

Aranor permaneció pensativo unos instantes.

—Es cierto que pueden estar mostrándonos una máscara, un disfraz que desaparezca de súbito cuando hayamos entablado combate, una cortina de humo que oculta su verdadera formación, la que adoptarán cuando sea demasiado tarde para que nosotros podamos rectificar. Sí, puede ser una hábil añagaza la que nos tienden. Pero tal vez la trampa consiste tan sólo en el mortífero fuego cruzado de las ballestas de los enanos. Si es ése el caso, necesitamos un plan de ataque que anule esa ventaja. Y una vez establecido ese plan, necesitamos idear un segundo plan que se anticipe a la estratagema de los enanos, en el caso de que adopten una formación distinta cuando vean nuestras propias disposiciones de ataque.

—¡Rach! —explotó Gannor—. Ruedas que engranan en otras ruedas.

Largo tiempo estuvieron los châkka con sus picas y sus ballestas dispuestas, las hachas descansando en el suelo junto a los martillos y los escudos; y los vanadurin no se movían. El Sol ascendía en el cielo, y en la fila de los enanos empezó a escucharse un murmullo que indicaba la impaciencia por empezar de una vez la matanza de aquellos ladrones. «¿Se retirarán sin combatir esos saqueadores?», se preguntaba a sí mismo Baran. Apenas se había planteado esa pregunta cuando los harlingar avanzaron en un orden de batalla que adoptaba la forma de una gran herradura abierta, formación que impediría el fuego cruzado de las ballestas. Baran sonrió, porque una vez más los jinetes actuaban de la forma que él había previsto; hizo un gesto al corneta, y el cuerno dio un toque resonante e imperioso. A la siguiente señal, los châkka se reagruparían en el orden previsto, y tomarían por sorpresa a los ladrones.

Aranor oyó la señal de los enanos, e hizo una breve indicación a Reynor; el joven tomó entonces su cuerno de toro negro y esperó la orden de su rey, porque Aranor y sus consejeros habían previsto la trampa que probablemente intentarían poner en práctica aquellos enanos codiciosos. De modo que, a la siguiente orden, las filas de los vanadurin se encadenarían en un poderoso movimiento envolvente dirigido contra el corazón de aquel traicionero enemigo.

Después de apreciar el ritmo de avance de los harlingar, Baran se volvió hacia su heraldo: ¡había llegado el momento! El heraldo se llevó el cuerno a los labios, pero el sonido del toque se perdió, superado por un poderoso rugido.

—¡RRROOOAAARRR!

Y del cielo se precipitó sobre ellos una enorme forma de color del ébano.

Kalgalath el Negro había llegado, vomitando fuego por la boca, y todo lo que tocaba quedaba envuelto en llamas.

Gemidos agónicos llenaron el espacio mientras los enanos corrían en todas direcciones, con los cabellos, las barbas y los vestidos ardiendo. Otros caían al suelo apretándose la garganta con las manos, dando boqueadas sin poder respirar, con los pulmones irremediablemente quemados. Otros aún corrían tambaleantes, con las ropas hechas jirones y el cabello chamuscado, porque las llamas los habían rozado, pero no alcanzado de lleno. Algunos aullaban y corrían para esquivar el chorro de fuego; y tan sólo unos pocos disparaban virotes contra la gran forma negra que rugía al volar por encima de ellos, creando al batir las alas tremendos remolinos de aire que derribaban a los guerreros y los dispersaban como las hojas de los árboles en medio de una tormenta.

Valle abajo se precipitó el dragón, directamente contra los harlingar, escupiendo fuego al tiempo que planeaba a toda velocidad. Los caballos relincharon aterrorizados y corrieron desbocados, sin control. Y Kalgalath el Negro sobrevoló las filas dispersas de los vanadurin, quemándolo todo a su paso. Caían a tierra los hombres y también los caballos, abrasados hasta resultar irreconocibles.

El dragón de Fuego remontó el vuelo con las alas extendidas, giró en el aire y dio una nueva pasada. Su fuego volvió a caer sobre los harlingar, y más guerreros cayeron al suelo envueltos en llamas mientras el dragón se precipitaba ahora sobre los enanos, que se retiraban precipitadamente hacia la puerta de Kachar.

¡FUUUM! Las llamas se abatieron sobre los châkka en fuga, y los gritos de los moribundos quedaron sofocados por el martilleo del batir de aquellas alas poderosas.

De nuevo remontó el vuelo el dragón, para evitar chocar con las paredes verticales de las montañas situadas en la cabecera del valle, y de nuevo giró e inició otro picado, arrasando con su fuego el valle en toda su longitud hasta caer de nuevo sobre los vanadurin en desorden. Y la voz de bronce del dragón clamaba su rabia, semejante a dos enormes bloques de metal que chocaran entre sí y se aplastaran el uno contra el otro. Su fuego alcanzaba por igual a hombres y caballos, arrancando relinchos de agonía y gemidos de dolor de las gargantas de las víctimas abrasadas.

Una y otra vez Kalgalth el Negro sobrevoló el valle en toda su longitud, escupiendo fuego, rugiendo, batiendo con estruendo sus alas. Más hombres, enanos y caballos caían a cada nueva pasada. Buena parte del ejército de los châkka consiguió retirarse al interior de Kachar y cerrar herméticamente la gran puerta. Los vanadurin supervivientes huyeron a los bosques y se dispersaron con rapidez. Finalmente, el poderoso dragón de Fuego se posó sobre la cima de una montaña, y contempló regocijado la devastación que acababa de causar. Una columna de humo ascendía al cielo desde los prados quemados del valle, pero empezaba a tomar cuerpo un incendio de proporciones mucho mayores; era ahora todo el bosque de Plata el que ardía, y las llamas iban extendiéndose hacia el sur.

Al día siguiente, Aranor reunió su legión, llamando a los hombres dispersos con su gran cuerno de toro negro. Cuando estuvieron reunidos, hizo pasar lista, y comprobó que varios centenares de hombres habían sucumbido en el ataque del dragón o bien en el incendio que arrasó el bosque de Plata a su paso. Derrotado, dio la orden de emprender el largo viaje de vuelta a casa. Y los hombres desfilaron por el sinuoso camino, entre los tocones ennegrecidos por el fuego del antiguo bosque, en dirección al paso de Kaagor y a las tierras de Jord situadas más allá. Pretendían dejar aquella tierra nefasta y regresar a sus hogares.

Pero no había de ser así, porque Kalgalth el Negro no había acabado aún de vengarse. Aquellos hombres habían presumido de dar muerte a un dragón —Sleeth estaba muerto—, y pagarían muy cara su afrenta.

El dragón atacó a las huestes de Aranor en el preciso momento en que los harlingar entraban en el desfiladero. De nuevo sus llamas rugientes sembraron la muerte y el pánico sin discriminación, y hombres y corceles huyeron de aquella poderosa criatura. Tan aprisa como pudieron, se dispersaron por los alrededores del paso, entre los gruesos pinos, para protegerse de la ira del dragón; pero el propio bosque fue también presa de las llamas.

Durante los dos días siguientes, Kalgalth siguió hostigando al ejército de Aranor, de modo que al anoecer del segundo día el rey de los vanadurin, con una hueste reducida a menos de quinientos harlingar, se encontró de nuevo en el valle de Kachar.

Era de noche. Baran y Thork estaban sentados en la cámara del Consejo, rodeados por los capitanes en jefe. Ninguno sabía la razón por la que Kalgalth el Negro había irrumpido en el valle, ni si aquello afectaba o no a sus intentos de recuperar lo que en justicia era suyo. Sin embargo, los exploradores habían informado de que el dragón seguía causando estragos en la región, y de que los harlingar no habían conseguido regresar a Jord. Pero con dragón o sin él, seguía pendiente el desenlace de la guerra con los jinetes, y también se abordó la cuestión de cómo recuperar el tesoro robado de Piedra Negra.

Mientras seguían reunidos en Consejo, resonaron en el suelo de la estancia las fuertes pisadas de un heraldo, que se dirigió con determinación hacia el lugar en el que estaba sentado Baran, y habló en voz baja al DelfSeñor. Baran se puso en pie y anunció:

—Un jinete coronado y un portaestandarte están delante de nuestra puerta. Enarbolan la bandera gris.

De la asamblea de los capitanes surgieron gritos de ira, dirigidos en general a maldecir el increíble descaro de aquellos jinetes ladrones, que se atrevían a acercarse al Châkkaholt bajo la protección de la misma bandera gris que habían violado anteriormente de una forma tan flagrante.

Baran alzó las dos manos, pero costó mucho establecer el silencio. Cuando al fin se hizo, habló de la siguiente forma:

—Hablaré una vez más con ese rey.

De nuevo brotaron gritos de rabia de las gargantas de los capitanes, pero Thork se puso en pie y golpeó, ¡clang!, un pilar de plano con la hoja de su hacha; un súbito silencio se extendió entonces por la sala.

Mientras Baran se dirigía a la sala del trono, Thork se colocó a su lado y le dijo en voz baja:

—Hermano, ten cuidado. Ya en una ocasión invitamos a una de esas víboras a entrar en nuestros dominios, y el resultado fue la muerte de nuestro padre.

Baran se limitó a responder con un gruñido de conformidad.

Ojerosos, agotados, sucios de las cenizas del bosque quemado, Aranor y Ruric aguardaban en pie delante de la puerta. Ruric carraspeó:

—Mi señor, sé muy bien que hemos discutido ya este asunto una y otra vez, pero sigo firme en mi opinión. Yo no entraría en una fortaleza de enanos, sea cual sea la razón.

Aranor se volvió a su maestro de armas.

—Ruric, hemos perdido tres mil seiscientos vanadurin: a manos de los enanos, del dragón o del fuego. No quiero perder ni un solo hombre más. Ésta es nuestra única opción.

En ese momento se abrió el postigo, y salió por él el heraldo.

—Mi DelfSeñor os permite la entrada —gruñó, obviamente disconforme con la decisión de Baran.

Dando media vuelta, precedió a los dos hombres por las escaleras que conducían a la pequeña puerta lateral, y de ahí a la sala principal. Luego pasaron por una serie de pasillos iluminados por luces fosforescentes hasta llegar a la sala del Trono, y entre los capitanes en jefe hubo mucho revuelo y no pocos murmullos hostiles a la vista de los intrusos.

Aranor se aproximó a Baran, que le esperaba sentado en el trono. El rey de los harlingar inclinó la cabeza, en señal de reconocimiento del DelfSeñor como su igual. Baran indicó con un gesto a Aranor que tomara asiento en una silla dispuesta al pie del trono. Ruric se colocó en pie detrás de su rey, siempre con la bandera gris en las manos.

—Señor—habló Aranor, alzando la vista hacia el rey de los enanos—, Kalgath el Negro ataca a mi legión día tras día, y nos diezma con su fuego. Hemos intentado regresar a Jord, pero él controla el paso a través del Murallón Sombrío, y nadie puede cruzarlo si él no lo permite.

»Sé que siempre seremos enemigos, porque la cuestión pendiente entre nosotros jamás podrá dirimirse salvo por la fuerza de las armas.

»Con todo, me he trazado un plan, aunque mis hombres se revuelven contra mí por lo que voy a proponer. Pero considero que no nos queda otra opción; enfrentarse a un dragón de Fuego es algo excesivo para nuestras fuerzas.

Aranor guardó silencio mientras sopesaba sus siguientes palabras.

—¿Y cuál es ese plan que os habéis trazado? —preguntó Baran—. ¿Qué es lo que puede causar que una legión se revuelva contra su propio señor? ¿Qué es lo que vais a pedirme?

—Asilo, señor Baran —respondió Aranor después de aclararse la garganta—. Pido asilo en el interior de Kachar.

La sala pareció explotar de rabia: los enanos maldecían y vociferaban. Algunos se tiraban de las barbas, tan grande era su ira. Un capitán en jefe montó su ballesta,

dispuesto a atravesar a aquel ladrón de ladrones, pero no tenía proyectiles y estrelló el arma contra el suelo en un raptó de ira.

De nuevo Thork golpeó de plano su hacha contra una columna de piedra, y después de un rato se hizo la calma.

—Veó que a vuestros guerreros les gusta mi plan tan poco como a los míos —dijo Aranor con una sonrisa amarga—, y tan poco como a mí mismo. Pero no tenemos alternativa.

»Dice un antiguo adagio:
Todos deben ayudar
si ven a un Aragón volar.

»Y en estos momentos tenemos a un dragón encima de nosotros. El prestarnos ayuda en esta situación, el darnos asilo, es una cuestión de honor, porque nadie ha negado jamás asilo a quien trata de escapar de las iras de un dragón.

—¡Honor! —explotó Baran—. ¿Quién de vosotros podrá hablar de honor cuando vuestros propios hombres ultrajaron la misma bandera que ahora enarboláis?

—Yo puedo, señor Baran —Ruric habló en voz baja, pero todos los enanos presentes en la sala pudieron oírle—, yo puedo hablar de honor. Si no pudiera, vos no seríais rey de Kachar, porque habríais perecido con los emisarios que os acompañaban a vuestra misión en Jord.

Por primera vez, Baran miró al portaestandarte que estaba en pie en la sombra, detrás de la silla de Aranor.

—Adelántate, jinete, para que pueda ver más claramente tu rostro.

Ruric se acercó hasta el pie de la tribuna; Baran miró con atención los rasgos del maestro de armas, y reconoció al guerrero que en el paso de Kaagor había detenido la matanza de los emisarios, demasiado tarde para todos ellos excepto para el propio Baran.

Después de una larga pausa, el DelfSeñor habló a sus capitanes reunidos.

—Creo que he hablado antes con excesiva precipitación, porque este hombre, en efecto, supo mantener su honor muy alto. Pero nadie iguala a los châkka en lo que afecta al honor. —Baran miró directamente a los ojos de Ruric—. ¿Tú pides ese favor, hombre de Jord?

—Lo pido, señor Baran —respondió Ruric—. Lo pido en nombre de mi rey y señor, Aranor de Jord.

—No, hombre de Jord —insistió Baran—. No te he pedido que hables en nombre de tu rey, porque está aquí para hablar por sí mismo. Quiero saber si pides ese favor en tu propio nombre.

Ruric estuvo largo rato pensativo, sin mirar a Aranor.

—Sí —suspiró al fin—, lo pido también en mi propio nombre.

Ahora fue Baran quien estuvo un tiempo cavilando, hasta que finalmente gruñó:

—No me gusta la perspectiva, porque estamos en guerra; pero el adagio expresa con toda claridad lo que nos exige el honor: todos deben ayudar, si ven a un dragón volar.

El DelfSeñor se puso en pie, y lo mismo hizo Aranor.

—Marchaos, rey de Jora. Os daré mi respuesta cuando amanezca.

Imposible contar con detalle el furioso debate que se desencadenó entre los enanos; basta decir que la discusión fue larga y encarnizada. Pero, en definitiva, el Honor ganó la partida. Y cuando las primeras luces rosadas del alba asomaron en el cielo del oriente, la gran puerta de hierro del Châkkaholt se abrió de par en par, dejando ver en el interior las nutridas filas de los guerreros enanos, dispuestos a aplastar sin contemplaciones cualquier golpe traicionero que intentaran poner en práctica aquellos jinetes ladrones. Pero delante de la puerta únicamente se encontraban el rey Aranor y el maestro de armas Ruric, montados en Llama y Pedernal. Baran se adelantó y dijo a Aranor unas breves palabras:

—Trae a tus hombres, porque os daremos asilo.

Un amargo rictus cruzó por un instante los rasgos de Aranor, porque no le agradaba lo que se disponía a hacer. Pero se llevó a los labios el cuerno de toro negro, y un toque imperioso quebró el aire matinal: ¡Ta-ru, ta-ru, han! [¡Venid en paz!]

Del bosque carbonizado situado al pie del valle, marchando sobre el césped ennegrecido, surgieron hombres macilentos, extenuados hasta el límite de sus fuerzas. Los cascos de sus caballos levantaban nubéculas de polvo negro al pisar las cenizas de la hierba quemada. Tan sólo unos mil cuatrocientos supervivientes se pusieron en marcha, camino del refugio que se les ofrecía. Sus rostros eran adustos, porque habían dormido poco, cabalgado mucho, y llevaban tres días sin probar bocado. También el agua de los arroyos del bosque estaba enturbiada por los restos de los árboles quemados, de modo que ansiaban beber agua limpia. Y en sus ojos inyectados en sangre se leía el temor, porque los perseguía un dragón furioso, y a duras penas habían conseguido escapar.

Cabalgaron en dirección a la cabecera del valle, hasta el patio de armas. En él desmontaron y condujeron a sus caballos hacia la gran puerta abierta, hacia la seguridad. Los enanos esperaban allí, de mala gana y llenos de resentimiento, a que los ladrones entraran en su fortaleza. Para dar ejemplo, Aranor fue el primero en cruzar el umbral, llevando a Llama, y tras él entraron Ruric y Reynor, también tirando de sus corceles. Detrás venía el grueso de la legión de Aranor, y sus componentes miraban a los enanos con odio y sospecha. Pero cuando los primeros avanzaban entre sus ceñudos enemigos:

¡RRROOOAAARRR! Kalgath el Negro irrumpió en el valle, aullando lleno de ira, vomitando fuego, batiendo las alas poderosas. Se lanzó en picado contra el Châkkaholt, sobre los hombres y los enanos ahora en precipitada fuga, abrasándolos, y los ecos de sus gritos de muerte resonaron entre los riscos de las montañas del Murallón Sombrío. Después de enderezar el vuelo y de girar en el aire, de nuevo volvió a atacar el odioso dragón, y sus escamas de ébano resplandecían tocadas por los rayos rojizos del Sol naciente.

¡FUUUM! Las llamas se abatieron sobre los hombres, y un chorro de fuego entró por la puerta abierta, matando a muchos châkka.

Frenéticamente la hueste de los enanos empezó a maniobrar los grandes mecanismos que cerraban el portal, y lentamente las hojas de la puerta giraron. Los hombres corrían en desorden para entrar por la puerta que se cerraba, y los caballos sueltos huyeron presas del pánico en todas direcciones; unos se abalanzaron al interior de la fortaleza, mientras otros galopaban valle abajo.

Kalgath se posó en el centro del valle, y sus poderosas patas golpearon el suelo como grandes mazas, cuando empezó a correr hacia la puerta que se cerraba, tan rápido como un caballo y más aún. Hombres y enanos gimieron al ver acercarse aquella gigantesca mole rugiente de color negro, que escupía llamas.

Se acercaba a la puerta más y más aprisa, y los hombres luchaban por meterse dentro. Estaba más y más cerca, rugiente, llameante, escupiendo muerte y destrucción.

En el preciso momento en que cruzaba el patio y llegaba al gran portal de hierro, ¡bum!, sonó la puerta al cerrarse. ¡Clang! La barra metálica que atrancaba la puerta quedó colocada en su lugar.

¡BOM! La mole maciza de Kalgath chocó contra el portal cerrado, pero éste no cedió.

Muchos hombres quedaron fuera de la fortaleza. Y los que estaban en el interior pudieron oír sus gritos de agonía.

La ira de Kalgath no conocía límites, y después de dedicarse durante un tiempo a la matanza, cuando a su alrededor no había ya sino muertos esparcidos, voló hacia las abruptas laderas situadas sobre la puerta de la fortaleza de los enanos; allí arrancó una gran porción de la masa rocosa de la montaña y la precipitó sobre el patio que se abría debajo: enormes peñascos y masas rocosas fueron a estrellarse allí, hasta que una enorme rampa de piedra quedó amontonada ante el portal y las rocas seguían cayendo

con estruendo unas sobre otras, y al chocar se partían, quebraban y desgajaban, hasta que una gran montaña enterró completamente la puerta y la pared rocosa, hasta el doble de su altura. Cuando el polvo levantado por aquel inmenso corrimiento empezó a asentarse, pudo verse que la entrada de Kachar había quedado enterrada bajo innumerables toneladas de roca. Kalgalth el Negro se sintió muy complacido al contemplar su obra.

—Ahora veremos cómo se las arreglan esos encarnizados enemigos para dormir juntos en el lecho de espinas que tan estúpidamente se han fabricado —murmuró el dragón.

Se alejó luego del Châkkaholt y emprendió el vuelo, batiendo sus poderosas alas negras y nervudas a la luz roja del amanecer, porque tenía un tesoro sobre el que revolcarse, y su caldera ardiente le aguardaba.

Mientras Kalgalth el Negro volaba en dirección este, no prestó atención al joven de cabello rubio pajizo, montado en un corcel rápido y con otro de fresco sujeto detrás, parado en la linde del bosque quemado, con los ojos agrandados por el horror de la escena que acababa de presenciar. Cuando el dragón hubo desaparecido, el joven harlingar siguió inmóvil por unos instantes, con el rostro pálido, exangüe, pensando en el mensaje de Elyn a Aranor, que Kalgalth acababa de hacer inútil. Luego bajó al valle, recorrió el campo y lloró al ver tantos muertos. Finalmente se alejó de la puerta enterrada bajo una montaña de escombros, lejos de la carne achicharrada, de la sangre y de las víctimas despedazadas, lejos de aquel valle de muerte, y espoleó a su corcel hacia las cenizas ennegrecidas del desaparecido bosque de Plata, camino del paso de Kaagor y de las llanuras de Jord.

31

La Montaña Negra

Finales de otoño e inicios de invierno, 3E1602

[Presente]

Thork gruñó, intentando decir alguna cosa, pero las palabras no salían. Su garganta estaba seca, y el corazón le latía con fuerza. La châkian que tenía ante él se irguió con lentitud siguiendo un ritmo inexpresado, y empezó a girar y a dar vueltas mientras bailaba, agitando al tiempo los velos de seda que cubrían su rostro, desanudándolos con manos ligeras y dejando caer finalmente aquellas gasas flotantes en el suelo de piedra pulimentada. Thork procuró apartar la vista, porque una cosa así no podía suceder hasta que se pronunciaran los votos, se intercambiaran las piedras, y se solicitara y recibiera la bendición de Elwydd; pero no podía dejar de mirar, porque estaba como paralizado, incapaz de moverse, totalmente embrujado por la ágil muchacha que bailaba ante él, subyugado por algo que le resultaba familiar en sus exquisitos movimientos mientras seguía el ritmo de la danza. Y por fin cayó el último velo que ocultaba sus facciones, y mientras ella giraba, se inclinaba y volvía a erguirse llena de gracia sobre sus pies descalzos, arrojó lejos el velo diáfano que cubría su rostro alabastrino, su cabello rojo cobrizo y sus ojos de esmeralda: ¡Elyn!

—¡Elyn! —Thork despertó con un sobresalto de su sueño, los ojos abiertos de par en par—. Elyn.

A su lado, desmadejada e inerte, yacía Elyn de Jord. Su rostro mostraba una intensa palidez, y la piel estaba helada.

Thork miró a su alrededor, y vio que las distantes paredes de aquella enorme estancia estaban cubiertas de tapices cuyo dibujo destacaba vivido a la luz ambarina. El enano se puso en pie con un gemido, a punto de desvanecerse por el esfuerzo, tanteando la pared en busca de apoyo, hasta que desaparecieron los bordes oscuros que limitaban las imágenes percibidas por sus ojos. Cuando su visión se hizo más firme, Thork cruzó cojeando la amplia sala pavimentada con losas de piedra pulida hasta el muro más lejano,

y allí agarró un tapiz con ambas manos y arrancó aquella superficie de tejido tupido del soporte del que colgaba. Arrastrándola tras él, se inclinó sobre la figura inmóvil de Elyn, notando al hacerlo agarrotados por calambres los músculos de sus pantorrillas. Por el procedimiento de extender el tapiz sobre el suelo al lado de ella y empujarla poco a poco, consiguió envolver a la mujer inerte en el pesado tapiz y llevarla hacia el centro de la habitación; después echó la parte sobrante sobre ella y sobre sí mismo, de modo que los abrigara a los dos.

Trabajando a toda prisa, Thork despojó a Elyn de su manto de invierno y de toda su ropa, incluidas las botas, al tiempo que sus ojos miraban en todas direcciones salvo en la de su desnudez; y empezó a frotar con vigor los brazos y las manos, las piernas, los pies, mientras murmuraba todo el rato para sí, sin darse cuenta de lo que decía:

—No te mueras, mi reina del Verano, no te mueras.

Trabajó febrilmente, largo rato, luchando por mantenerse despierto porque su agotamiento era extremo y un remolino de negra inconsciencia le acechaba en el límite de su mente, pugnando por arrastrarlo; aun así, frotaba los miembros de Elyn con viveza, pero ella seguía sin reaccionar, y él la frotó con más fuerza aún, hasta que sus postreras briznas de energía se consumieron y, a pesar de la legendaria resistencia de los enanos, Thork se desvaneció y su mente cayó en el oscuro torbellino de la inconsciencia.

Cuando volvió en sí de nuevo, su cuerpo estaba inundado de sudor bajo la ropa, y corría en riachuelos por su rostro: enfundado en su manto de invierno, se asaba literalmente debajo de la pesada tapicería. Con un sobresalto, advirtió que alguien le abrazaba: era Elyn, dormida, desnuda, apretada contra su cuerpo con el brazo cruzado sobre el pecho de él, la respiración profunda y regular, el rostro sonrosado por el calor. Rápidamente, Thork se apartó de ella, ruborizado de vergüenza, mientras el fugitivo recuerdo del sueño olvidado a medias parpadeaba en los límites de su conciencia. Thork intentó infructuosamente liberar su brazo, y procuró salir de debajo del tapiz, porque, a pesar de su debilidad, se sentía azorado; pero ella gimió suavemente y se aferró a él con más fuerza para que no se marchara, y él no disponía de fuerzas suficientes para insistir. Thork sólo consiguió quitarse su manto y su chaquetón de invierno, antes de caer una vez más en la inconsciencia.

Horas más tarde, Thork despertó de nuevo. Elyn ya no se apretaba contra él, y cuando se volvió para mirarla, ella también estaba despierta, y se había apartado hasta situarse en el borde del espacio cubierto por el tapiz que les servía de manta.

Sus miradas se cruzaron..., y se desviaron de inmediato, evitando el contacto.

Con un gruñido, Thork se dio media vuelta, dándole la espalda. Penosamente, se puso a cuatro patas y salió a rastras de debajo del tapiz. Se sentía como si le golpearan mil martillos, y tardó mucho tiempo en ponerse en pie. Aun entonces, se tambaleó y estuvo a punto de caer de nuevo..., pero no lo hizo. Y murmurando algo sobre que quería ver dónde Hèl había ido a parar, el príncipe Thork empezó a caminar cojeando en busca de algún morador de aquella vivienda excavada en el interior de la Montaña.

Cuando regresó Thork, Elyn estaba sentada con la espalda apoyada en la pared de piedra, el tapiz enrollado en torno a su cuerpo desnudo, la mirada absorta en la contemplación de algún pensamiento recóndito, los labios curvados en una suave sonrisa abstracta. Cuando el enano se detuvo a su lado, la princesa levantó la mirada, sus ojos se iluminaron con un secreto pensamiento íntimo, y las facciones mostraron una misteriosa emoción que bailaba en las comisuras plegadas hacia arriba de su boca.

—¡Hai! —gruñó Thork, que traía un vaso de plata—. He encontrado agua, pero no comida. También he encontrado el mapa de los Magos, princesa, y es la cosa más extraña que exista y de que yo tenga noticia.

—Ahí está, señora, el mapa de los Magos —señaló Thork.

Elyn, completamente vestida ahora, estaba al lado de Thork en una pasarela elevada que daba la vuelta a una gran estancia circular, de unos treinta metros de largo y tal vez

otros tantos de altura. Tenía ante ellos una enorme esfera, quizá de hasta quince metros de diámetro, suspendida en el centro de la sala, a medio camino entre el suelo y el techo, sujeta por un grueso eje metálico fijo en el piso inferior y en el techo. Una gran luz ambarina situada en la pared más lejana iluminaba únicamente un lado del gran globo, mientras que la otra mitad de la esfera quedaba oscurecida por su propia sombra. En la superficie de la enorme bola vieron lo que sin duda pretendía ser un mapa: montañas, ríos, océanos, bosques, desiertos, tierras yermas, todo estaba claramente señalado. Alrededor del globo había un curioso andamiaje, que se utilizaba obviamente para trepar por la esfera y ver de cerca determinadas porciones de la faz del globo. Y mientras Elyn y Thork miraban aquel aparato construido por los magos, se dieron cuenta de que giraba lentamente, deslizándose hacia la derecha, impulsado por alguna maquinaria subterránea fija al eje metálico, y de que éste no era enteramente vertical, sino que estaba ligeramente ladeado. También, al parecer, la luz ambarina de la pared estaba acoplada a un mecanismo de alguna especie, pero su movimiento, si es que existía, no era perceptible a simple vista.

—Mirémoslo más de cerca, Thork —susurró Elyn, reacia al parecer a hablar en voz alta delante de un artefacto tan maravilloso como aquél.

La pasarela se conectaba con el andamiaje por medio de varios puentes provistos de barandillas, y eligieron uno de ellos que los condujo a la porción iluminada de la esfera. Al aproximarse, pudieron apreciar con claridad los detalles de lo que estaba impreso en la superficie del globo.

—¡Hola! —exclamó Thork—. Mira aquí: éstos son los montes del Borde, y ahí arriba está el Murallón Sombrío.

Treparon por el andamiaje —Thork se movía con lentitud, cautelosamente, porque seguía dolorido después de su lucha con la tempestad—, hasta llegar al nivel del área que habían reconocido.

—Seguramente es Mithgar lo que está representado aquí —dijo Elyn—, ¿pero por qué lo han dibujado sobre una gran pelota redonda?

—¿Quién puede explicar la forma de comportarse de los magos? —gruñó Thork, mientras sus ojos recorrían la superficie—. Sólo un mago tomaría una cosa plana y la dibujaría en algo redondo. —El enano se movió hacia la derecha—. ¡Hola! ¡Mira esto! —Y señaló! con su dedo huesudo—. Aquí hay un punto brillante... —su mirada recorrió la superficie—..., y aquí otro. ¿De dónde vienen estas luces?

Elyn tapó con una mano la luz procedente de la lámpara ambarina de la pared situada detrás de ellos.

—No es un reflejo, Thork, porque en la sombra el punto brilla todavía más. Parece venir de dentro.

También Thork examinó el punto de luz con mayor atención.

—Otro truco de los magos —gruñó, desconcertado.

—No te preocupes por lo que produce la luz, Thork —le aconsejó Elyn—, y en cambio intentemos averiguar en qué parte de Mithgar se encuentra.

Thork examinó entonces la parte del mapa que rodeaba a la chispa de luz plateada, y dijo al cabo de unos instantes:

—Yo diría que el resplandor sale del bosque de los Lobos.

—Sí, yo también —asintió Elyn—. Si no es el bosque de los Lobos, desde luego está muy cerca. Veamos lo que nos dicen los demás puntos luminosos.

Thork se movió hacia la derecha mientras Elyn ascendía unos peldaños más por el andamio, y sus miradas resiguieron el itinerario del viaje que habían hecho, situándose ella más arriba para tener una perspectiva diferente.

—¡Mira! —exclamó Thork, señalando con el dedo un racimo de chispas de luz agrupadas en el contorno de una cadena de montañas que en aquel preciso momento aparecía, cruzando el límite entre la sombra y la luz—. ¡Hai! Seguro que todos esos

puntos están reunidos dentro de la mismísima Montaña Negra. Tienen que indicar los lugares en los que viven los magos.

—O a los propios magos —replicó Elyn—. El punto del bosque de los Lobos corresponde al Mago-lobo.

—Si es así, si cada luz corresponde a un mago, esta montaña está llena de ellos. —Y Thork se acarició la barba, sumergido en profundas cavilaciones.

Elyn trepó por la superficie curva.

—¡Thork, ven aquí! Hay luces oscuras, además de las plateadas... Aquí, en el norte...

Penosamente, Thork trepó hasta el lugar donde Elyn examinaba una porción del enorme mapa esférico. Allí, en los Yermos, al nordeste de Gron, destellaba un gran punto oscuro que despedía una extraña luz de ébano.

—Seguramente los puntos negros como éste muestran el lugar en que viven los magos malvados. ¡Modru! —Y la voz de Elyn tembló de horror al pronunciar el nombre del Maligno.

—Si estás en lo cierto —Thork descendió hacia otro lado de la esfera—, y no lo dudo ni por un momento, entonces, de acuerdo con lo que nos dijo el Mago-lobo, el topo negro de Andrak tiene que ser éste de aquí. —Y el dedo de Thork señaló un punto oscuro que parpadeaba justo al norte del racimo de chispas de plata correspondientes a la morada de los magos de Xian.

Después de dejar el globo a sus espaldas, no les costó mucho tiempo reseguir los pasos dados anteriormente por Thork en la primera ocasión en que había explorado la morada de los magos; sólo había allí muy pocas habitaciones, y en ninguna de ellas encontraron comida, mientras que únicamente en una corría una fuente de agua: un chorro ininterrumpido que fluía en un nicho excavado en una pared. Ahora volvieron a colocar el vaso de plata en el gancho dispuesto junto a la fuente, donde Thork lo había encontrado en su visita anterior.

En total había siete estancias: la sala de la entrada, la del globo, y cinco habitaciones adicionales. Pero en lo que respecta al mobiliario, dos de las cámaras restantes carecían de él; la tercera era un retrete; en la cuarta había algunas camas; y para delicia de Elyn, la quinta y última era un cuarto de baño, con baldes para transportar agua y una bañera que podía calentarse desde abajo, porque estaba colocada encima de un hogar provisto de una chimenea que se empotraba en la pared; y ordenadamente dispuesta en un rincón, había leña seca.

A excepción de la estancia que contenía la gran esfera, todas las habitaciones tenían tapices de colores vivos colgados de las paredes, y en ellos aparecían grandes ríos, cordilleras, bosques espesos, desiertos desolados, campos de hielo, cascadas rugientes..., y en general escenas de la naturaleza desprovistas de la presencia de seres vivos, y aparentemente destinadas a dejar descansar la imaginación. Pero en una de las estancias vacías, una vasta tapicería representaba una gran batalla en la que se enfrentaban con encarnizamiento el Falso Pueblo y los libres; en primer plano aparecía una figura de pequeño tamaño en conversación con un ser enorme.

—Un waeran y un utrun —gruñó Thork.

—Reconozco al diminuto, Thork —dijo Elyn—. Nosotros llamamos «waldana» a su raza. Pero el grande..., diría que se trata de un gigante, pero en las leyendas de Jord se habla poco de ellos.

—Estás en lo cierto, señora —respondió Thork—. Son utruni, y también se los llama gigantes de piedra. Viven en el interior de la tierra, y la moldean: constituyen montañas, dan forma a la piedra! viva; son capaces de hender la piedra con sus solas manos, y cerrarla detrás de elfos sin dejar la menor señal, cuando caminan bajo tierra. Y se trata de gigantes, si es cierto lo que cuentan los maestros de tradiciones: llegan a tener de cuatro a cinco metros y medio de estatura, cuando alcanzan su desarrollo pleno. Se dice que en lugar de ojos tienen auténticas piedras preciosas: rubíes, zafiros, esmeraldas, ópalos,

diamantes, y otras... Ignoro bajo qué luz perciben el mundo, pero se afirma que pueden ver a través de la roca.

»En ocasiones percibimos unos golpes que vienen de las profundidades de la piedra viva, y las tradiciones de los châkka afirman que son los utruni, que se hacen señales entre ellos del mismo modo que los châkka nos transmitimos mensajes con golpes de martillo a través de la roca.

»Las tradiciones de los châkka sostienen también que en ocasiones los utruni han ayudado a los pueblos libres (por ejemplo, al viejo rey Durek), y sé que durante la Gran Guerra formaron parte de la Gran Alianza.

—Tal vez este tapiz representa una de las batallas de aquella época, Thork —dijo Elyn, al tiempo que examinaba la orla—. Mira, Thork, aquí en el margen está el título. —Su voz expresó asombro—. ¡Ai-oi, está escrito en valor!

—No, princesa —replicó Thork, que se había acercado a mirar—, está escrito en mi lengua, el châkur.

El dedo de Thork resiguió las runas, mientras Elyn miraba, pero lo que señalaba no eran las letras que ella veía.

Ella a su vez señaló los caracteres que veía, Batalla del Crisol de Hèl, pero no coincidía con lo que veía Thork.

Sin embargo, los dos se dieron cuenta de que, si las letras se traducían y se expresaban en voz alta en la lengua común, el nombre era el mismo.

—Magos —concluyó Thork sin más comentarios, y Elyn hizo un gesto afirmativo.

Estuvieron largo rato mirando la escena de la batalla, conscientes de alguna manera de que lo que estaba pintado allí era un momento clave de la Gran Guerra, pero ninguno de los dos sabía, de los cataclísmicos sucesos ocurridos hacía dieciséis siglos, lo suficiente para poder decir de qué circunstancia se trataba. Finalmente, Elyn se volvió y echó a andar hasta la siguiente habitación, dejando atrás el tapiz y su misterio. Y entró en una habitación que ya habían explorado.

—Sin duda tiene que haber más habitaciones de las que hemos visto, Thork —exclamó Elyn, llamando a su lado al enano—. Después de todo hay decenas, tal vez centenares de chispas de luz en el lugar del mapa que corresponde a la Montaña Negra. Y si esas chispas indican los lugares donde viven los magos, entonces deja que te pregunte, ¿dónde están metidos?

El enano la siguió.

—Esta parte es un refugio, princesa: siete habitaciones preparadas para acoger a quienes lo necesitan. Me imagino que en alguna parte hay una puerta oculta, que conduce al interior —gruñó, al tiempo que hacía un amplio gesto con la mano—. Pero no consigo encontrar ninguna. Yo diría que los magos dan refugio a quienes vienen a buscarlo, pero al mismo tiempo tienen bien guardados sus propios secretos. Hèl se enfriará antes de que consigamos encontrar más habitaciones en este holt.

—¿Pero donde están la cocina y la despensa, para que podamos comer? —preguntó, Elyn, al tiempo que regresaba a la sala de entrada—. Si no existen, el refugio se convierte en una simple cámara para morir de hambre.

—No hay cocina para nosotros, princesa —respondió el enano—, tan sólo lo que has visto. Quizá los magos no proporcionan comida para obligar a los inquilinos a marcharse.

—Garn, estoy hambrienta —refunfuñó Elyn—. Vamos al establo en donde has dejado a Viento y a Cavador, y por lo menos comeremos algo de galleta para evitar morirnos de inanición.

—Señora —dijo Thork, volviéndose a la princesa—, Viento y Cavador están muertos. Hicieron todo lo que pudieron para salvar nuestras vidas, y sucumbieron al esfuerzo.

Elyn sintió que perdía la respiración, y las lágrimas acudieron prestas a sus ojos.

—¿Mi Viento? —Su voz se quebró—. ¡Ah, no! ¡No...!

La princesa sepultó el rostro entre las manos y lloró.

—Esa repentina tormenta fue más de lo que podían resistir —Thork hablaba en voz baja y lenta—, y los abatió, arrancándoles sus vidas brizna a brizna. Pero no se quejaron, y lo dieron todo. Sin duda Elwydd habrá tomado buena nota de su comportamiento, y habrá tomado los espíritus de los dos en su regazo.

Pasaron algún tiempo inmóviles, pero al cabo Thork empezó a enfundarse en su manto de invierno.

—Voy hasta el lugar donde cayeron Viento y Cavador, a recoger la comida y las armas, y vuelvo enseguida.

—Voy contigo —Elyn empezó también a vestir sus ropas de abrigo—, aunque, con tanta nieve, no sé cómo nos las arreglaremos para encontrarlos.

—Olvidas, princesa —dijo Thork mientras se ponía los guantes—, que estás con un châk, capaz de reseguir cualquier camino que haya recorrido antes, por más que se trate de un camino recorrido de noche y en mitad de una tormenta enviada por Hèl.

«El que guía», pensó Elyn mientras los dos se dirigían a la puerta cerrada, pero no dijo nada.

Buscaron largo rato la forma de abrir el portal, pero no encontraron ninguna tranca, ni cerrojo, ni piedra que empujar, ni manija de la que tirar, ni picaporte que girar.

—Garn, Thork, intenta recordar cómo la abriste la primera vez —le urgió Elyn—. Sin duda, si has conseguido meternos aquí a los dos, también podrás sacarnos.

—Princesa —la voz del enano tenía un tono cortante—, no sé cómo conseguí entrar en la morada de los magos. Ni siquiera recuerdo haber entrado. Lo único que alcanza mi memoria es la sensación de que mi padre me llamaba, pero eso es imposible. Estaba agotado, tanto de mente como de cuerpo.

—Sí —respondió Elyn con voz suave—, por haber cargado conmigo.

La princesa se dejó caer sentada en el suelo, y apoyó la espalda en la pared.

—¡Rach! Si al menos hubiera estado consciente, tal vez ahora podría servir de ayuda. Pero tal como están las cosas...

Lleno de frustración, Thork se puso a aporrear con sus puños el portal de hierro.

—¡Por Adon! —suspiró—. Esta puerta...

...Y en el mismo instante la puerta empezó a abrirse hacia fuera, y a través de la rendija que empezaba a ensancharse vieron brillar el Sol sobre la nieve.

Elyn se puso en pie de un salto.

—¿Cómo lo has hecho?

—No lo sé con seguridad, señora —respondió Thork—, pero tengo mis sospechas.

Elyn se dispuso a cruzar la puerta, pero Thork la sujetó por el brazo.

—Espera. Tenemos que asegurarnos de que podremos volver, antes de salir.

Esperaron hasta que la puerta estuvo abierta de par en par, y entonces retrocedieron hasta el fondo de la sala; lentamente, la puerta volvió a cerrarse. Cuando las dos hojas quedaron ajustadas, Thork avanzó hacia la puerta y dijo en voz baja:

—Adon.

De nuevo las dos hojas de hierro de la puerta se abrieron de par en par.

—Saldré yo solo —dijo Thork a Elyn—. Si la puerta no se abre, acércate aquí y di «Adon» para que pueda entrar.

El enano salió, la puerta se cerró detrás de él, y al cabo de un momento estaba de nuevo dentro. Maravillado, recorrió con sus dedos el hierro forjado de la puerta.

—Esta puerta se abre tan sólo por la palabra —musitó—. La única que conozco que utiliza el mismo procedimiento es la Puerta del Crepúsculo, en el extremo occidental del poderoso Kraggen-cor.

—No me importa si se abre con una palabra, un torno o una palanca —contestó Elyn—, porque si no conseguimos algo de comida, la siguiente persona que penetre en este refugio encontrará aquí nuestros dos esqueletos: uno masticando piedra, y el otro admirando una puerta de hierro.

Riendo entre dientes, Thork tendió la mano a Elyn y la invitó a acercarse; la princesa apretó entre las suyas aquella mano tendida, y juntos los dos salieron a la brillante luz diurna y emprendieron el descenso de la ladera.

En un castillo sombrío situado al norte, el nimbo invisible que rodeaba un martillo de combate de silverón empezó a latir, pero no había nadie en la cámara para verlo.

Elyn se arrodilló junto al cuerpo helado de Viento, y las lágrimas inundaron su rostro. En pie detrás de ella estaba Thork, cuyo infalible instinto los había llevado primero hasta los restos de Cavador, y después al lado de Viento, ambos enterrados bajo la nieve. Excavaron en el hielo y desengancharon los arreos de los dos animales muertos por la tormenta, para llevarlos de nuevo a la morada de los magos. Pero Elyn no podía hacerse a la idea de dejar el cuerpo de Viento a merced de los elementos, por más que sabía que no podía hacerse otra cosa. Thork carraspeó.

—Princesa, recuerdo haberte contado la historia del rey del Invierno y la reina del Verano, y de las grandes y nobles bestias que la protegieron. Viento también hizo lo mismo, proteger a su reina; deja que se una a los demás bajo los hielos, y tal vez un día, si resucitan realmente, ella lo hará junto a los otros, su gran corazón se llenará de vida una vez más, y su espíritu volverá a dedicarse a una causa noble.

Elyn se irguió sobre la nieve, rodeó con sus brazos a Thork y lloró; al cabo de un rato, cargaron a hombros con los arreos y ascendieron la cuesta, hasta regresar al interior del refugio de la Montaña Negra.

Pasaron dos días más dentro de la morada de los magos, estudiando el gran globo a partir de la suposición de que el grupo de chispas plateadas señalaba el lugar en el que se encontraban, y el resplandor negro situado exactamente al norte indicaba la fortaleza de Andrak. Calcularon la distancia que los separaba por el procedimiento de medir las distancias entre otros lugares conocidos sobre la superficie de la esfera, para obtener de ese modo la escala. Así, llegaron a la conclusión de que se encontraban a unos cuarenta kilómetros del castillo de Andrak; a cuarenta kilómetros más o menos del Kammerling. Y con frecuencia, Elyn palpaba la pepita de silverón colgada de la correa de cuero, y recordaba las palabras del Mago-lobo, en el sentido de que la protección que les dispensaba era cuando menos frágil. Los dos pasaron aquellos dos días inmersos en planes, decidiendo el equipaje que llevarían y el que dejarían atrás, y discutiendo la estrategia y la táctica que habían de seguir, porque muchas cosas dependían de lo que habían de encontrar en el interior de la fortaleza de su enemigo.

Cuando no se dedicaba a planear sus futuros movimientos, Thork pasaba el tiempo examinando las paredes de las siete habitaciones a las que tenía acceso, y evaluando aquel refugio pétreo desde la experiencia de un châk en la construcción de lugares parecidos. Finalmente, dijo a Elyn:

—Si yo hubiera excavado estas estancias y quisiera ocultar en ellas una puerta que diera al interior de la Montaña, ya sé dónde colocaría el paso secreto.

—Vamos allí entonces —respondió Elyn con ojos brillantes—, mi guerrero enano, y veamos las maravillas de los magos.

—No, princesa —replicó Thork—, no quiero mezclarme en los asuntos de los magos; si ellos desean permanecer ocultos, yo por mi parte estimo preferible no molestarlos.

Elyn se sintió desilusionada, pero no insistió, aunque examinó por su cuenta todas las paredes, sin ningún resultado. Una y otra vez, sin embargo, ella y Thork especularon sobre la razón por la que los magos se habrían encerrado en el interior de la Montaña Negra, y acerca de quién querían ocultarse..., o a quién esperaban. Pero sus conversaciones no los llevaron a nuevas revelaciones, y así el misterio de los magos siguió siendo tan sólo eso: un enigma sin resolver.

Exactamente a medianoche del segundo día, Thork se levantó en silencio de su saco de dormir, se abrigó con su manto de invierno y salió a la puerta. Pronunció el nombre del Padre de Todos, y salió a la oscuridad cristalina. Largo tiempo permaneció allí,

observando el parpadeo de las estrellas en lo alto mientras su voz murmuraba plegarias a Elwydd. Porque aquélla era la Noche Larga Anual, y él repitió la gran letanía, la Invocación a la Luz de las Estrellas, dedicada a la Dadora de Vida, en châkur, la lengua de los enanos. Y añadió a la invocación palabras propias, pero no se ha conservado memoria de lo que dijo en aquella ocasión.

Cuando regresó al interior, encontró a Elyn esperándole junto a la puerta abierta, arropada en una manta, sable en mano, dispuesta a protegerle si alguien le atacaba. Cuando comprobó que todo iba bien, sin decir una palabra volvió a tenderse en su saco y se durmió de nuevo, mientras Thork la contemplaba con una mirada que expresaba emociones indefinibles.

De ese modo la pareja dejó pasar los dos días, entre planes, descanso, contemplación, recuperación de las energías, y un examen de sus pertenencias para abandonar todo lo no estrictamente necesario y llevar sólo lo que podían cargar sin demasiado esfuerzo. Y por fin, llegó el momento de partir.

Al amanecer del siguiente día, Elyn y Thork volvieron a colgar el tapiz de los ganchos de la pared —a excepción de la primera noche y de la mañana siguiente, no habían vuelto a acurrucarse juntos bajo su cálido tejido, y en cambio habían hecho uso para dormir de los catres dispuestos en la habitación del interior—, y cuando el tapiz quedó restablecido en su lugar, reunieron sus pertenencias y se dirigieron a la puerta de hierro, que abrieron invocando el nombre del Padre de Todos.

Emprendieron el camino cuesta abajo, rodeando el lomo de la Montaña, en dirección hacia el norte, donde estaba el holt de Andrak.

A sus espaldas, las hojas de hierro forjado giraron una vez más y se cerraron, dejando en su interior las siete estancias y la miríada de otras habitaciones inexploradas ocultas más allá; un sueño que había durado ya dieciséis siglos y que debía prolongarse aún durante varios milenios, hasta que estuvieran dispuestos para la confrontación final, preparados para la profetizada guerra apocalíptica. Y cuando los magos despertaran algún día, encontrarían abandonados en las salas exteriores dos sillas de montar, sus arreos y bocados correspondientes, dos sacos de grano, un pequeño montón de ropas de verano de la talla de un enano fornido y de una humana esbelta, más una lanza harlingar y un martillo de combate apoyados en una de las paredes. Y los magos inclinarían la cabeza con un gesto de comprensión, tal vez con cierta tristeza, porque estarían enterados de la historia de los dos que habían encontrado un refugio temporal en aquel lugar.

Pero todo eso aún había de suceder, y en el inmediato presente la pareja avanzaba hacia el norte, sobre la espesa capa de nieve, en busca de una fortaleza oscura y de lo que estaba encerrado en su interior.

Y en una negra habitación de aquel negro castillo, el aura invisible de un martillo de combate de silverón indicaba, a quien tuviera el poder de percibirla, que un paladín, dos paladines, se acercaban a la fortaleza para reclamar el Kammerling.

32

La búsqueda de la Montaña Negra: Elyn
Inicios y mediados de verano, 3E1602
[Este año]

Aturdida, Elyn abrió los ojos. Enmarcadas en el cielo azul, aparecieron ante su vista las facciones de Mala, llenas de inquietud, y la princesa se asombró de encontrarse tendida en el suelo, con la cabeza apoyada en el regazo de su tía. Momentáneamente confusa, Elyn gimió y, al desviar la mirada hacia la izquierda, vio un muro derruido de piedra. De golpe, recordó lo que había sucedido. «¡Kalgalath el Negro! ¡El Palacio!» La princesa

intentó incorporarse, y el dolor traspasó todo su ser. —¡No, no! —gritó Mala—. ¡No te muevas Devon vendrá enseguida.

Elyn se tendió de nuevo. Ahora recordaba que el dragón la había derribado de lo alto del muro.

Poco a poco, con infinitas precauciones y a pesar de las protestas de Mala, Elyn se volvió hacia su izquierda y se incorporó hasta quedar sentada. A su alrededor, vio esparcidas las piedras del Palacio en ruinas; la torre principal era tan sólo un montón de escombros. Entre gemidos, la doncella guerrera se puso en pie, y Mala se levantó también y corrió a ayudar a la princesa.

Elyn pudo oír gemidos y lamentos bajo las ruinas.

—Ve en busca de socorro —susurró por entre los dientes apretados por el dolor—. Hay gente atrapada, herida; tal vez algunos han muerto.

—El socorro está ya en camino —respondió Mala—. Es lo primero que hice cuando ese monstruo alzó el vuelo.

En aquel momento apareció Devon el Viejo, abriéndose paso por entre las ruinas. Mientras el curandero examinaba a la princesa, Elyn preguntó:

—¿Quién me arrastró hasta aquí desde el lugar donde me golpeó Kalgalth el Negro, junto a la muralla?

—Yo te traje —respondió Mala—, cuando él se puso a destrozar la puerta...

—Acostadla enseguida y dadle esto —interrumpió Devon, al tiempo que tendía a Mala un frasquito extraído de su bolso de curandero. Y antes de que Elyn pudiera protestar, añadió—: No discutáis, princesa. Habéis sufrido un buen vapuleo. Mañana tendréis una bonita colección de moretones negros y azulados repartidos por todo el cuerpo. El Reino os necesita, pero os necesita con buena salud, no tullida. ¡Andando! Tengo cosas más importantes que hacer que discutir con una mujer testaruda.

De otros lugares de las ruinas surgían miembros de la guardia del castillo, cargados con las víctimas de Kalgalth el Negro, reclamando los auxilios de los curanderos. Devon volvió la espalda a Elyn y se alejó entre los escombros para ayudar a los demás heridos.

Mala condujo a Elyn a uno de los pabellones exteriores, y allí encontró una cama libre y obligó a la princesa a tenderse en ella. Elyn bebió el contenido del frasquito de Devon, mientras su tía limpiaba con suavidad los rasguños y magulladuras del rostro de la princesa, que de inmediato se sumergió en un sueño profundo.

Durante el resto de aquel día y todo el siguiente, la doncella guerrera durmió, y únicamente estuvo despierta el tiempo preciso para beber largos tragos de agua y atender sus necesidades indispensables. Poco antes del alba del tercer día, despertó. A la pálida luz de una lamparilla de aceite pudo ver a Mala dormida en un sillón junto a su cama; la fatiga había suavizado las facciones de su tía. Elyn se incorporó en silencio y comprobó que Devon el Viejo había tenido razón: estaba negra y azulada, con enormes cardenales en la espalda y los flancos, y también en las piernas. Y dolían. Le dolía estar sentada, y también moverse. Aun así, se puso en pie, recogió sus ropas y lentamente, con muchos esfuerzos, se vistió porque estaba hambrienta.

La princesa cruzó la puerta, apretando los dientes para contener el dolor, y lentamente recorrió el camino que le separaba del refectorio de la guardia del castillo; allí se servían comidas para la guardia a las horas más intempestivas. Cuando entró en la sala, ésta hervía con los ecos de las conversaciones, porque estaba a punto de producirse el relevo de los centinelas. Avanzó tambaleándose hacia la cola de quienes esperaban su desayuno, y se hizo un silencio repentino; luego, ancianos y muchachos se precipitaron a ofrecerle su ayuda. El primero en llegar a su lado fue Ardu, el hermano de Reynor, de catorce años de edad.

—Señora, permitidme que os ayude —tartamudeó Ardu.

Y aquel jovenzuelo espigado, de pelo rubio, corrió a buscar una escudilla de madera, cuchillo y cuchara. Mientras pasaba a la princesa por delante de toda la cola, Ardu habló

de la incursión del dragón y de la flecha certera pero inútil que había lanzado Elyn contra la temible bestia.

—Nadie más se atrevió a hacer frente al monstruo, mi señora. ¡Pero, por Adon, vos lo hicisteis! De esa hazaña se hablará largo tiempo: una doncella se enfrentó a un dragón sin más armas que un arco y una flecha. ¡Hai! Los bardos lo cantarán como se merece.

Durante el desayuno, las palabras de Ardu siguieron fluyendo sin parar, y Elyn supo que Mala había dirigido los grupos de rescate, y organizado además equipos de trabajadores para reparar las estancias del castillo.

—No sólo ha estado dirigiendo todos los trabajos, sino que ha corrido a sentarse junto a vuestro lecho en cada momento en que no se veía obligada a supervisar los trabajos de los demás. Dicho sea con todo respeto, princesa, esa Mala es una buena pieza —le confió Ardu, con el tono presuntuoso que suelen adoptar los jóvenes—. Todos los miembros de la guardia corren a obedecer sus órdenes, y además lo hacen encantados, porque es la única que parece saber lo que es preciso hacer en cada momento; mientras todos los demás nos ponemos a discutir qué es lo primero que debería hacerse, ella profundiza mucho más y decide qué es lo que tiene importancia y lo que no la tiene; entonces hace restallar el látigo y todos saltamos; y ¿sabéis?, Devon el Viejo dice que Mala acierta muchas más veces de las que se equivoca, y que eso es lo que cuenta en último término.

Después de desayunar en compañía de Ardu, Elyn recorrió cojeando todo el castillo, examinando los daños mientras la luz del alba extendía sombras alargadas por el patio de armas. Cuando aún seguía inspeccionando los escombros con desánimo, apareció Mala, con un rictus de preocupación que suavizaba su habitual mirada severa.

—Niña, deberías estar en la cama —le riñó la solterona.

—También tú, querida tía —contestó Elyn—, porque hasta ahora has estado dirigiendo los trabajos y al mismo tiempo cuidando de mí; y te estoy muy agradecida por ello, pero la doble carga de tantas responsabilidades podría obligarte a guardar cama al lado de tu paciente.

Mala se miró las manos, satisfecha de que se reconocieran sus desvelos, por más que era consciente de que aquellas palabras incluían también una amonestación.

—¿Has informado a mi padre? —preguntó Elyn.

—Aún no, princesa —respondió Mala—, porque no sabía hasta qué punto la noticia de una calamidad tan grande podría afectar al curso de la guerra.

—Sí —asintió Elyn—, hay que tener en cuenta ese punto. Aun así, Kalgalath el Negro juró vengarse en Aranor de las hazañas de Elgo: el dragón pretende que el padre pague los actos de su hijo.

Elyn permaneció pensativa unos instantes, y luego continuó:

—Mala, creo que mi padre debería estar informado de lo ocurrido, por más que la noticia de la devastación ocurrida aquí suponga inconvenientes serios en su lucha contra los codiciosos enanos.

Elyn se volvió a Ardu, y sus palabras provocaron una inmediata sonrisa de placer en el rostro del joven.

—Ensilla un caballo veloz y toma otro de refresco, Ardu, porque quiero que lleves un mensaje a tu rey. Carga suficientes provisiones para ti y para los corceles, y viaja a Kachar tan aprisa como puedas. Lleva también armas, porque no sabemos qué es lo que puedes encontrar en el camino. Ve ahora mismo a prepararlo todo, y vuelve a verme cuando estés listo para partir; para entonces tendré ya escrita la carta que vas a llevar.

Mientras Ardu se alejaba a la carrera, Elyn comentó a Mala:

—Vamos a por pluma y pergamino, y redactaremos una carta para mi padre, eligiendo las palabras con cuidado para que sean ciertas y, al mismo tiempo, le causen el menor trastorno posible.

«Señor:

»Hace dos días, Kalgalth el Negro se abatió sobre el Jordkeep. La puerta está rota y la torre derrumbada, debido a los poderosos golpes del dragón. Veintiséis personas murieron entre las llamas o aplastadas por las rocas, y cuarenta y tres caballos perecieron en el incendio; el gran dragón negro se ha llevado consigo el tesoro de Sleeth.

»Mala y yo estamos bien, y nos dedicamos a reparar los destrozos. Hemos enviado un grupo de hombres al bosque de Reach para cortar los troncos con los que fabricar una nueva puerta, pero los nuevos herrajes habremos de encargarnos a herreros distintos de los que instalaron la puerta anterior, ya que al presente estamos en guerra, con ellos. También hemos encargado a albañiles experimentados la reconstrucción de la torre. Será una tarea larga, pero no te preocupes por nuestra seguridad, porque el resto del Jordkeep está en buen estado, salvo uno o dos establos que quedaron destruidos por el fuego del dragón.

«Padre, la razón principal de este mensaje es advertirte de las palabras de Kalgalth el Negro: el dragón juró que iría en tu busca, para vengarse en ti de lo que hizo Elgo: la muerte de Sleeth. Cuídate, padre, y no dejes que el dragón te sorprenda desprevenido.

»Estamos deseando tener noticias sobre la marcha de la guerra.

»Tu hija que te quiere

»Elyn, Regente.»

Con la carta en la mano, Elyn esperó, junto a la puerta reventada, a Ardu que se acercaba tirando de dos caballos: uno embriado y ensillado, cargado con un arco, flechas y un sable, así como un saco de dormir ligero y cantimploras para el jinete y los corceles —por más que a lo largo de la ruta del paso de Kaagor abundaban los arroyos de aguas claras—, además de sacos repletos de grano para los caballos y de galleta para el mensajero; el otro caballo, el de refresco, iba sujeto por un largo ramal, y no llevaba carga. Ardu cabalgaría con la mayor rapidez posible, cambiando de montura más o menos cada hora, de modo que un caballo cargara con su liviano peso más el del equipaje, y el otro corriera detrás libre de carga.

Cuando el muchacho llegó a su lado, Elyn le tendió la carta sellada con lacre, y Ardu la deslizó en el interior de una cartera de cuero sólidamente sujeta bajo su justillo.

—Podrás cambiar de caballos al llegar al lugar donde están los pastores que vigilan el ganado en este lado del Murallón Sombrío, antes de cruzar el paso de Kaagor —le explicó Elyn—. Ve deprisa, pero no revientes los caballos. ¡Y atiende! Cuida de no insistir en los problemas que tenemos aquí cuando hables con el rey; bastantes preocupaciones tiene ya para agravarlas con las nuestras. Y tráenos noticias de cómo marcha la guerra.

Ardu montó, y con una gallarda sonrisa espoleó a su montura y arrancó a correr a un medio galope, el primero de los ritmos variables de la cabalgadura del Jordreich. Y mientras el muchacho se alejaba por la llanura, Elyn estuvo contemplándolo largo rato, y su espíritu recorría la pradera junto al mensajero.

A lo largo de los ocho días siguientes, el estado de Elyn mejoró con rapidez, tratándose la hinchazón de los golpes con baños calientes aderezados con hierbas y sales minerales. Gradualmente, el color púrpura de sus hematomas fue derivando hacia un amarillo verdoso, y poco a poco acabó por desaparecer de su figura maltratada por el dragón. Y durante esos días, Elyn y Mala empezaron a atender las reparaciones del Palacio, dedicando equipos de trabajo a retirar los escombros, y proyectando junto a los maestros de obras jubilados la reconstrucción de la torre. Los ancianos y los muchachos que componían los equipos de trabajo progresaban con rapidez, pero la princesa no podía dejar de pensar en el ritmo que habrían seguido las obras de poder contar para aquel trabajo con todos los hombres sanos y fuertes que habían marchado a la guerra. Y en cuanto a los maestros de obras, muchos se sentían felices por trabajar de nuevo en una obra importante, porque en sus últimos años de actividad sólo se les encargaban pequeñas tareas, y las mayores se encomendaban a hombres más jóvenes y más fuertes;

y los ojos fatigados de aquellos ancianos se iluminaban ante la idea de reconstruir la gran atalaya del Palacio.

El quinto día, llegó del bosque del Palacio una caravana de carros cargados con gruesos troncos, y los viejos carpinteros se pusieron a la tarea de construir una sólida puerta de madera para cerrar el muro occidental, en el lugar en que Kalgath la había arrancado.

Al anochecer del octavo día, sonaron los cuernos para anunciar la llegada de un mensajero: Ardu había vuelto de Kachar.

Elyn recibió al rubio adolescente en el salón donde, días atrás, Mala y ella habían empezado a estudiar la logística necesaria para abastecer a la hueste durante la campaña; una estancia que, al no encontrarse en la torre principal del Palacio, había escapado a la destrucción, y era ahora el lugar desde el que se dirigían casi todos los asuntos del reino. Fue allí donde entregó su informe el joven Ardu.

Cuando entró el muchacho, Elyn se dio cuenta de que su rostro estaba tenso y cansado; pero no vio tan sólo en él la fatiga de una larga cabalgata. Algo más se reflejaba en sus ojos, y ella no alcanzó de inmediato a identificar de qué se trataba; pero cuando se aproximó un poco más, pudo advertir que la desesperación llenaba todo su ser y lo atormentaba sin darle un momento de reposo.

Ardu se detuvo delante de la princesa, y saludó golpeándose el pecho con el puño cerrado.

—Mi señora —dijo, al tiempo que buscaba en el interior de su justillo la bolsa que contenía el mensaje—, os he fallado: vuestra carta no ha sido entregada, porque Kalgath el Negro se ha abatido sobre la Legión del Rey, obligándola a refugiarse en Kachar.

Y abrumado por emociones que a duras penas era capaz de comprender, el muchacho rompió a llorar.

Al día siguiente, Elyn convocó una reunión sin precedentes: no sólo llamó a sus consejeros, sino además a cualquiera que tuviera alguna clase de conocimientos sobre dragones, supiera historias relativas a ellos o hubiera oído rumores sobre sus costumbres; y si alguien podía aportar aunque fuera la más mínima información sobre Kalgath el Negro, sería especialmente bienvenido. Se juntaron en asamblea unas sesenta personas en total, en la sala de la guardia del castillo, porque era la única estancia aún en pie capaz de albergar a una reunión tan numerosa. Se habían dispuesto las mesas en forma de cuadrado abierto por un lado; Elyn se sentó a la cabecera, con Mala a su derecha, Ardu a su izquierda, y los consejeros alineados a ambos lados. A los demás se les pidió que se sentaran donde pudiesen. Cuando todos se hubieron acomodado, Elyn pidió a Ardu que repitiera su historia desde el principio, y el joven, ahora ya descansado, se puso en pie y habló con una voz firme que todo el mundo pudo escuchar.

—Hace nueve días, salí a caballo del Jordkeep con un mensaje de la princesa Elyn para mi señor Aranor. Tenía que cambiar de monturas a este lado del paso de Kaagor, cuando llegara a las estribaciones del Murallón Sombrío y al aprisco de los pastores que guardan el ganado llevado hasta allí para alimentar a la Legión.

»Los caballos corrían aprisa y el agua abundaba, de modo que el viaje fue rápido. Pero al tercer día, encontré los restos de una caravana de carros, reducida a cenizas, con todos los hombres y los caballos muertos por el fuego.

Se escuchó entre las mesas un murmullo apagado de voces, que finalizó en cuanto Elyn dio un par de palmadas en la mesa. Una vez se hizo de nuevo el silencio, hizo a Ardu señal de que continuara, y el muchacho dijo:

—Era una caravana hospital de los vanadurin. Destruída por el fuego de un dragón, según mi parecer.

De nuevo se alzaron voces, ahora furiosas, y a pesar de que la princesa reclamó silencio golpeando repetidamente la mesa con el puño de su daga, tardó mucho tiempo

en restablecerse la calma. Pero finalmente todos callaron, y de nuevo hizo Elyn seña a Ardu de que continuara.

—Era evidente que aquellos carros devolvían a sus casas a los hombres heridos en la guerra con los enanos. Tan evidente como el hecho de que el autor de la fechoría había sido un dragón: todavía se veían con claridad las huellas de sus garras.

»Seguí cabalgando hacia los prados donde pastaba el ganado, para pedir a los harlingar que encontrara allí nuevas monturas para seguir mi viaje, pero cuando llegué, el ganado andaba suelto, sin pastores a la vista. No me costó mucho tiempo encontrarlos. Estaban muertos, abrasados también por el fuego. Asesinados por el dragón.

»Me adentré en las montañas, ascendiendo por el Murallón Sombrío. Y después de cruzar el paso de Kaagor, me dirigí hacia el sudoeste, camino de Kachar, donde guerreaba mi señor.

«Cabalgué de noche cruzando bosques ennegrecidos y quemados, sabiendo casi con total seguridad que había sido el dragón quien incendió el bosque.

»Al amanecer, cuando el Sol empezaba a asomar por encima de los picos, llegué a las cercanías del valle de Kachar. Á lo lejos, delante de mí, pude oír un terrible rugido; me apresuré a franquear la última loma y divisé el valle desde la altura. Y a la primera luz de la mañana, vi un espectáculo que a punto estuvo de hacerme enloquecer.

»Kalgalath el Negro devastaba el valle, vomitando grandes llamaradas, matando, destruyendo. La Legión había quedado acorralada, delante de las lejanas puertas de la fortaleza de los enanos, y todos los hombres sin excepción habían desmontado. Las puertas estaban abiertas de par en par, pero empezaron a cerrarse, y la hueste huía del dragón al interior de Kachar.

»Kalgalath aterrizó en el suelo del valle, y entre rugidos y llamaradas se precipitó hacia las puertas, pero antes de que llegara a ellas, se cerraron de golpe. Cientos de hombres quedaron atrapados fuera, privados de refugio por la cobardía de los enanos.

Las lágrimas corrían por el rostro de Ardu, y su voz temblaba de angustia, como si sus ojos presenciaran de nuevo el horror de aquel funesto amanecer vivido días atrás. Pero siguió hablando:

—Y Kalgalath el Negro mató y mató; sus garras destrozaban, su aliento quemaba, su cola machacaba. No tuvieron ninguna oportunidad..., ninguna oportunidad.

El muchacho cesó de hablar por unos momentos, y reinó el silencio mientras recuperaba su presencia de ánimo.

—Cuando todo hubo acabado, el dragón derrumbó toda una montaña de piedra sobre la puerta hasta enterrarla por completo, dejando atrapados a los supervivientes en la fortaleza del enemigo.

»Después de que el dragón se fuera, cabalgué por el valle hasta la puerta enterrada y el lugar donde tantos hombres habían perecido.

»No encontré a nadie vivo, y nada más pude hacer. En cuanto al buen rey Aranor, no lo vi entre los muertos, pero ignoro si consiguió sobrevivir. Y en esas circunstancias hube de dar media vuelta, y dirigirme de nuevo con mis caballos hacia el paso de Kaagor.

»Cuando salía ya del valle, volví la cabeza para dirigir una última mirada por encima del hombro al lugar de la matanza, y vi una gran nube de cuervos y buitres que graznaban y revoloteaban, cerniéndose sobre los muertos como una cortina de hojas negras movidas por el viento.

De nuevo hubo una larga pausa mientras Ardu se esforzaba por recuperar su presencia de ánimo. Finalmente, continuó:

—El viaje de vuelta me llevó más tiempo, porque no disponía de corceles frescos, y los que me habían llevado hasta allí necesitaban descanso. Pero me apresuré cuanto pude, y en el mismo día crucé al otro lado del paso de Kaagor.

»Al amanecer del día siguiente, a lo lejos, vi de nuevo a Kalgalath el Negro, volando en una dirección que podía llevarle de nuevo a Kachar.

»Me escondí detrás de unos peñascos de las laderas septentrionales del Murallón Sombrío, y allí permanecí hasta que desapareció. Entonces volví a cabalgar de nuevo.

»No lo volví a ver en todo aquel día, ni en los sucesivos; por fin llegué al Jordkeep, en el día de ayer, y ésa es mi historia.

Ardu guardó silencio después de contar su aventura, y Elyn se inclinó hacia él, apretó brevemente su mano, y le indicó que se sentara. Se alzó el murmullo de muchas conversaciones en voz baja cuando el muchacho tomó asiento, pero cesaron de golpe cuando Elyn se puso en pie y se volvió primero hacia sus consejeros, y después a los invitados, mirando con fijeza a cada uno de ellos con sus ojos esmeralda. Después de recorrer con aquella mirada toda la sala, habló.

—Todos habéis oído las palabras de Ardu: la Legión está prisionera en el interior de Kachar, en la fortaleza de nuestros enemigos, y es posible que el propio rey Aranor esté también encerrado, acorralado por un dragón que ha jurado vengarse de mi padre. Y es posible que Kalgath regrese todos los días a Kachar, no sabemos por qué razón, pero tal vez para impedir que sus víctimas escapen.

»Ahí reside el dilema ante el que nos encontramos: debemos encontrar la manera de derrotar a un enemigo cuyo poder, ingenio y malevolencia sobrepasan todo lo imaginable y hacen vano todo intento de resistencia; un enemigo que por sí solo, como una mera exhibición de su fuerza, destruyó este Palacio, mató a los pastores y dispersó el gran rebaño por las llanuras, aniquiló a nuestros heridos, y puso en fuga a todo un ejército: Kalgath el Negro.

»Pero no sólo hemos de derrotar a un oponente de esa talla, sino que además hemos de encontrar la manera de liberar a nuestros compatriotas de las manos de nuestros enemigos. Se me ocurre lo siguiente: si encontramos el medio de destruir a Kalgath el Negro, luego seguramente podremos idear una forma de rescatar a la Legión de la fortaleza de nuestros enemigos.

»Os he llamado a todos para que aportéis cuantos conocimientos podamos reunir con el fin de ayudar a resolver este dilema. Pido vuestra ayuda, y la pido ahora, porque mucho me temo que el tiempo es un factor esencial.

»Que todo el que sepa alguna cosa, bien sea un hecho, o un simple rumor, o tan sólo una conseja de las que se cuentan alrededor de un fuego encendido, la diga, porque incluso en la más peregrina de las consejas puede esconderse un germen de verdad. Tened cuidado, por absurdo o chistoso que sea lo que aquí se cuente, de no burlaros del orador, porque lo que a algunos les parezca ridículo, a otros podrá traerles recuerdos e historias largo tiempo sepultados en el olvido, y alguno de esos recuerdos desenterrados pueden aportarnos una solución. Por tanto, rebuscad bien en vuestras memorias, incluso en las de la niñez más remota, y decidnos todo lo que sepáis sobre los dragones.

Elyn tomó de nuevo asiento, y aguardó.

Durante mucho tiempo reinó el silencio en la sala, mientras cada cual meditaba sobre lo que se había dicho, y esperaba que algún otro se adelantara a hablar. Pero como nadie se decidía a empezar, fue Mala quien intervino.

—Vamos, vamos, no es el momento de sujetar las lenguas. Si alguien tiene algo que decir, dejémosle hablar. Bueno, empezaré yo: se dice que los dragones duermen durante mil años y luego están activos durante dos mil; al menos, así se ha cantado.

Al oír las palabras de la dama Mala, Morgar, que desempeñaba el cargo de capitán de la guardia del castillo, se puso en pie.

—Princesa: mi madre, Dios bendiga su memoria, siempre nos dijo que los dragones tenían el poder de inmovilizar con la vista a las personas de poco juicio, y que sus voces eran capaces de seducir y engañar incluso a los hombres y mujeres más sabios. No sé si será de alguna ayuda, pero ya está dicho.

Y después de hablar, Morgar se sentó de nuevo.

Las cabezadas de asentimiento de la señora Beryl, la jefa de las costureras, parecían mostrar su acuerdo con lo que Morgar había dicho, y cuando vio la mirada de la princesa fija en ella, añadió por su cuenta:

—Sí, he oído que tienen ese poder. Y también se dice que en sus dominios nada puede moverse sin que ellos lo sepan. Pero en lo que se refiere al modo en que consiguen hacerlo, bueno, de eso nada se sabe.

—¿Qué me decís de su magia? —preguntó el consejero Burke—. He oído que pueden transformarse a sí mismos con hechizos, y adquirir el aspecto de un hombre corriente.

—Ach —asintió el canoso Marna, el jefe de los heraldos—, es posible que puedan parecerse a hombres, pero lo que yo he oído cantar a los bardos es que nunca ningún dragón podrá ser muerto por la mano de un hombre. —Marna alzó las manos para acallar las sonoras protestas que se produjeron—. No me entendáis mal, sé muy bien que el príncipe arrastró a Sleeth a la luz del día y así le dio muerte, pero si reflexionamos sobre todas las circunstancias del caso, fue la Prohibición de Adon lo que mató a Sleeth en realidad. De modo que es posible que los bardos lleven la razón, aunque también es posible que se equivoquen; sólo lo menciono ahora porque nadie lo ha dicho antes, y aquí estamos hablando de historias de dragones. En cualquier caso, si los bardos dicen la verdad, nada de lo que planeemos hoy podrá tener éxito a menos que tengamos en cuenta el hecho de que ningún dragón puede ser muerto por la mano del hombre.

Cuando el anciano Marna tomó asiento, se alzó el murmullo de las conversaciones, y pasó mucho rato antes de que ninguna otra persona se decidiera a hablar. Pero finalmente alguien se levantó, y se recordó algún otro mito sobre los dragones, y finalmente no quedó ninguna historia, fantasía ni cuento de hadas relativos a los dragones, sin contar ante el consejo. Del oro de los dragones, de sus guaridas, de sus ojos y armadura, de su poder y su inteligencia, de su fuego y su veneno; de todo ello se habló. Y pareció existir un consenso general en la existencia de una debilidad en la armadura de todos los dragones, un punto vulnerable que podía ser alcanzado por una certera estocada de una espada, o por una flecha bien dirigida.

Mientras duró la relación de todos aquellos rumores y cuentos, Elyn se mantuvo sentada en actitud escéptica, creyendo a unos y desconfiando de lo que decían otros, pero sin decir nada por el temor de que una palabra inoportuna salida de su boca acabara con toda aquella conversación.

Finalmente se levantó Parn, un mozo de cuadra ya anciano, y Elyn le dio la palabra con un ademán.

—Con vuestro perdón, princesa, a mí me parece que lo que se necesita aquí es lo mismo de lo que oí hablar al maestro de armas hace ya varios años, cuando vos no erais más que una muchachita que se entrenaba en el uso de las armas.

—¿Te refieres al maestro de armas Ruric? —preguntó Elyn, intrigada al pensar a qué se estaría refiriendo el mozo de cuadra.

—Sí, mi señora —respondió Parn—. Os habló a vos y al joven Elgo de Kalgath el Negro. Y también de una cosa llamada el Kammerling. Dijo que era la maldición del dragón, lo dijo. Contó que así lo afirmaban los bardos.

La mente de Elyn retrocedió en el tiempo, hasta que su memoria se detuvo en una conversación largo tiempo olvidada entre Ruric, Elgo y ella misma, cuando Elgo buscaba una forma de matar a Sleeth y de humillar al bardo Trent. Ahora lo recordó Elyn: había encontrado a Ruric en los establos, haciendo limpieza..., ¡no!, inspeccionando los caballos, y le había preguntado por la manera de matar dragones. ¡Parn tenía razón! Ruric había hablado del Kammerling, el Martillo de Adon.

—Además, princesa —siguió hablando Parn—, me parece que el maestro de armas dijo que Kalgath el Negro vive en Dragonslair, una gran montaña de fuego muerta. —Parn removi6 inquieto los pies y adelantó la mandíbula, mientras dirigía miradas recelosas a su alrededor—. Yo no estaba figoneando, señorita..., princesa., De verdad que no. Por

casualidad trabajaba en el establo de al lado, y me había parado un momento a recuperar el aliento.

En medio del murmullo de las conversaciones, Parn se sentó. El corazón de Elyn latía con ligereza mientras ella ordenaba sus pensamientos. «Tiene razón, lo recuerdo. Ruric dijo que el destino del Kammerling era dar muerte al dragón mayor de todos. Y que ese dragón debía de ser Kalgalath el Negro. Y los mapas indican que Dragonslair está en las montañas del Murallón Sombrío, hacia el este, en la misma dirección en la que voló Kalgalath cuando se llevó el tesoro.» La voz de Elyn acalló el rumor de la charla.

—¿Alguien sabe dónde puede encontrarse el Kammerling, el Martillo de Adon?

De nuevo se hizo el silencio en la sala, roto finalmente por Morgar.

—Princesa, ignoro si tiene alguna relación con ese Kammerling, pero cuando yo era niño, al acostarme mi madre, que su espíritu encuentre el reposo, me cantaba una canción que decía más o menos así:

En la tierra de los magos,
en oscuro laberinto
hay un martillo de plata
celosamente escondido.

—Yo no sé lo que significan esos versos, mi señora, pero el único lugar en el que he oído que habitan los magos es la Montaña Negra.

—Bueno, si el lugar donde está escondido el martillo ha de ser un oscuro laberinto —habló Beryl—, yo diría que el lugar más a propósito sería la morada de los magos en la Montaña Negra.

Se alzó un murmullo de asentimiento, al tiempo que la costurera volvía a cabecear con aire entendido, como si lo que acababa de decirse fuera un hecho comprobado, y no una mera suposición. Aun así, Elyn hubo de convenir en que parecía haber un germen de verdad no sólo en las sencillas rimas de Morgar, sino también en la deducción de Beryl relativa a ellas.

Marna volvió a ponerse en pie.

—Sí, ahora que recuerdo, me parece que es cierto que los bardos cantan que sólo el Kammerling puede hacer sucumbir al mayor dragón de todos; pero también dicen que una maldición recae también sobre el que maneja el martillo..., algo relacionado con que lo empuñará una persona que habrá perdido su amor.

En el silencio que siguió a la intervención de Marna, Beryl hizo oír de nuevo su voz suave.

—A mi modo de pensar, la persona amada a la que se refiere la profecía podría ser el príncipe Elgo, porque a nadie amábamos más, y ya no está entre nosotros.

El comentario de la costurera recibió numerosos murmullos de simpatía por parte de muchas de las personas presentes en la reunión.

La asamblea se prolongó hasta muy entrada la noche, pero nada de lo que se dijo a continuación arrojó nueva luz respecto de lo ya dicho.

Al día siguiente y al otro, Elyn meditó encerrada en sus habitaciones, de las que únicamente salió a las horas de las comidas, dejando los asuntos del reino en las manos capaces de Mala.

Al tercer día, Elyn pidió a Mala que saliera a la caza de cetrería con ella, porque había algo que deseaba discutir con su tía al aire libre, sobre la verde hierba de las llanuras de Jord.

¡Crii! ¡Crii! El grito de caza de Ala Roja resonó en el aire claro, mientras las plumas remeras situadas en la punta de las alas rojizas del halcón marcaban el rumbo, y la rapaz

planeaba sobre las colinas, observando la extensión herbosa que se extendía debajo con sus maravillosos ojos, en busca de una presa.

Elyn y Mala se habían sentado sobre una manta y merendaban, con su propia mirada fija en las evoluciones del ave. Durante mucho tiempo siguieron así sentadas, hasta que finalmente la suave voz de Elyn rompió el silencio.

—Mala, pretendo ir en busca de la Montaña Negra, para apoderarme del Kammerling.

Mala palideció de súbito, y apretó los puños. Se volvió a Elyn y dijo:

—Hija mía, no puedes hacer eso. No puedes desertar del puesto que te asignó tu padre. Es preciso pensar en el reino.

—En eso estoy pensando precisamente, Mala, en el reino. —Elyn se puso en pie y empezó a pasear—. A menos que alguien haga algo, Kalgath el Negro devastará este reino, porque la hueste está encerrada en la fortaleza de nuestros enemigos, y no podremos liberarlos hasta que el dragón sucumba y consigamos derrotar a los enanos enemigos nuestros. El Kammerling parece ser nuestra única oportunidad, y seguramente un talismán de poder tan poderoso podrá ayudarnos también en la lucha contra nuestros codiciosos enemigos, una vez hayamos acabado con la vida del dragón.

—¡Pero piensa en el peligro! —exclamó Mala—. Si ha de hacerse una cosa así, deja que sea otro quien se encargue.

—¿Quién, Mala? —replicó Elyn—. ¿Quieres que envíe a un anciano con las fuerzas ya gastadas, a una persona cuya falta de resistencia no le permitirá la menor esperanza de éxito? ¿O por el contrario prefieres que envíe a un niño, lleno de energía y de buena voluntad pero sin entrenamiento en el uso de las armas? No, Mala, nadie más en el Jordkeep tiene juventud y entrenamiento. ¡Yo soy una doncella guerrera! Y como tal, soy tan idónea para llevar a cabo esta búsqueda como la persona más capaz.

—Elyn, no todos los jóvenes vigorosos del reino están encerrados en el interior de Kachar —protestó Mala—. Hay otros en el país. Elige a uno de ellos.

—Mala, todos los guerreros están encerrados; y si no lo están, atienden a otras obligaciones: patrulla de fronteras, tareas de guarnición militar, u otra cosa. Todos los que no eran imprescindibles acudieron a la leva. Quienes no se presentaron, es porque no tenían el adiestramiento preciso o porque se les necesitaba en otro lugar —Elyn detuvo sus paseos y miró con fijeza a su tía—. Pero yo estoy adiestrada y no soy imprescindible.

—De ningún modo, princesa —protestó Mala—, porque, si tú partes, ¿quién dirigirá el reino?

La tranquila respuesta de Elyn asombró a su tía.

—Tú, por supuesto, Mala. Tú dirigirás el reino.

—Oh, no, Elyn —objetó Mala—. Tu padre te encargó a ti esa tarea. No puedes descargarla por las buenas en otra persona, porque él te ordenó llevarla a cabo.

—Las circunstancias no me dejan otra opción, tía —respondió Elyn, elevando sus ojos al cielo—. Si mi padre estuviera aquí, él me daría la razón. Antes de partir me dijo: «La oportunidad o la fuerza de las circunstancias hacen que a menudo las cosas sigan un curso diferente del que habíamos planeado... Haz lo que consideres mejor para el reino.» ¿No ves, Mala, que la oportunidad y las circunstancias no me dejan otra opción en este problema? Tengo que partir en busca del Kammerling.

El rostro de Mala se cubrió con la máscara de la aprensión.

—Oh, Elyn, ¿lo has olvidado? Los bardos dicen que un dragón nunca será muerto por la mano de un hombre.

Elyn alzó su mano hasta colocarla a la altura de los ojos, y la hizo girar lentamente de delante atrás, observando con atención la palma, los nudillos, el pulgar y los dedos restantes.

—Mala, ésta no es la mano de un hombre.

Las lágrimas corrieron por el rostro de Mala.

—Pero puedes resultar herida, princesa, incluso muerta.

Elyn se arrodilló y abrazó a su tía, para consolarla.

—Si no voy, querida Mala, todo el reino será destruido —susurró Elyn.

Mientras cabalgaba de regreso al Jordkeep, al castillo semidestruido, por alguna razón las estrofas de una de las canciones del bardo Trent resonaban una y otra vez en su cerebro:

¿Lucharíais hasta la muerte
por aquello que amáis,
por más que se tratara de una causa perdida...?
¿Por aquello que amáis?

Elyn quitó la capucha y las cadenas que sujetaban a Ala Roja, y lanzó al aire al halcón.

—Vuela libre, mi cazador rojo, vuela libre.

Y el ave rojiza se elevó en el cielo azul brillante hasta desaparecer.

Al día siguiente, Elyn reunió a sus consejeros y les anunció su intención de buscar la Montaña Negra y el Kammerling. Cuando cesó el alboroto producido por su declaración, Elyn nombró a Mala regente del reino, y decretó que ocuparía dicho cargo hasta el regreso al reino del rey Aranor o de ella misma. Elyn también decretó que si algo le ocurriera a su tía, a Aranor o bien a ella misma, los consejeros debían nombrar a un regente adecuado hasta que Bram llegara a la mayoría de edad; y mencionó a Arianne y a Gannor como posibles candidatos.

El traspaso de poderes se hizo con celeridad, y al cabo de una hora todo el mundo lo sabía en el Palacio, y se despacharon jinetes al galope para informar a las guarniciones externas de la asombrosa noticia.

A la mañana siguiente, cuando la luz del alba iluminó la tierra, Elyn salió de entre las ruinas del castillo y marchó en dirección este montada en su veloz corcel, Viento.

Cabalgó todo el día, y el siguiente, y los otros dos. Y el atardecer del cuarto día la encontró ascendiendo por el paso de Kaagor; los cascos forrados de acero de Viento chocaban con la piedra y despertaban ecos a lo largo de todo aquel abrupto tajo, y de los riscos suspendidos sobre el desfiladero. Se apresuró a ascender por el paso de granito, y la noche la sorprendió a mitad de camino. Como era verano y la noche en aquella época del año resultaba soportable a pesar de la altitud, se detuvo a acampar.

Después de atender a Viento, Elyn encontró un pino seco, con las ramas retorcidas por los vientos montaraces, y muy pronto encendió una brillante hoguera. Calentó un poco de agua para prepararse el té, y sumergió en ella una de las preciosas hojas. Mientras el agua hervía, Elyn se quedó mirando el fuego y su mente retrocedió a lo que había visto a primera hora de la mañana: la caravana de carros incendiados con los guerreros muertos. Ardu había tenido razón: era obvio que se trataba de una caravana hospital que trasladaba a los harlingar heridos. Y más tarde, había encontrado los cuerpos carbonizados de los pastores. Del ganado no vio la menor señal: «Debe de estar disperso —pensó—, Kalgath el Negro ha dejado vivas a las vacas para alimentarse con ellas.» Y allí sentada junto a su pequeño fuego de campamento, su mente volvía una y otra vez al espectáculo de las víctimas achicharradas —los heridos, sus cuidadores, los pastores: todos muertos—, destruidos por el dragón, aniquilados por el aliento letal de un monstruo. «Adon, qué forma tan horrible de morir.»

Y mientras bebía sorbo a sorbo su té, el fuego se reflejaba en lo más profundo de sus ojos verdes.

La luz del alba que se abría paso entre las paredes del desfiladero encontró a Elyn dispuesta para levantar el campo. Una ráfaga helada procedente del este sopló desde lo alto de los picos montañosos, y la doncella guerrera se puso su chaquetón forrado de lana para resguardarse del frío. Cuando estaba sujetando su petate a la parte trasera de la silla de montar, Viento relinchó y se apartó ligeramente a un lado.

—Tranquila, preciosa —murmuró Elyn, al tiempo que miraba a uno y otro lado sin ver nada que pudiera haber causado el sobresalto de la yegua.

Montó y cabalgó hacia el este contra el viento frío, mientras una borrosa claridad se insinuaba en el cielo. Otra vez Viento pataleó, se echó a un lado, relinchó y sacudió la cabeza.

—¿Qué ocurre, bonita?

Apenas había pronunciado Elyn esas palabras, cuando vio a lo lejos una sombra oscura que volaba hacia el oeste, cruzando el cielo nublado: ¡Kalgalath el Negro!

Con el corazón que le martilleaba con fuerza, Elyn tiró de las riendas de la yegua hacia un imponente peñasco, buscando un refugio. Al hacerlo, vio que en la pared del paso se abría una abertura oscura, y dirigió hacia allí a Viento. Pero la yegua se resistía a entrar. Rápidamente la princesa desmontó, tiró con fuerza de las riendas y arrastró a su montura hasta entrar con ella en las profundas sombras de la caverna.

En el interior, la asaltó un olor fétido aunque debilitado, como si procediera de años atrás. «Huele a podrido, como si se tratara de... —el recuerdo surgió de súbito de la mente de Elyn—, de la guarida de un troll. ¡La guarida de Golga!» Reteniendo a su yegua gris, la doncella guerrera empuñó su sable, e intentó escudriñar los rincones más alejados de las negras profundidades de la caverna, mientras sentía erizarse los cabellos de su nuca y el vello de sus brazos. «Aguarda, tonta. Golga fue muerto por Elgo hace tres años. Y con toda seguridad ningún otro troll ha venido a habitar aquí. Pero después de tanto tiempo, aún se nota un hedor mareante... ¿Cómo pudo Elgo registrar este lugar en aquella época? Entonces la fetidez debía de resultar insoportable.» El rostro de su hermano surgió de su recuerdo, pero se negó a dejar que la pena disminuyera su estado de alerta, mientras registraba con la mirada las paredes del fondo de la cueva. «De la sartén al fuego: un dragón fuera y quién sabe qué cosa aquí dentro; tal vez nada, después de todo.»

Esperó una hora más o menos, alerta todo el tiempo, pero nadie los atacó a ella y a Viento en el interior de la cueva. Dejó que transcurriera el tiempo suficiente para que Kalgalath el Negro se alejara legua a legua de aquel lugar, porque, aunque no sabía qué objetivos perseguía el dragón, en cambio estaba convencida de que aún no había llegado el momento de enfrentarse al monstruo. De modo que esperó, mientras el tiempo transcurría con lentitud y ella examinaba inquieta el fondo de la caverna del troll. Cuando le pareció que ya había transcurrido el tiempo suficiente, salió de nuevo con Viento al paso de Kaagor, y el caballo pareció contento al verse libre de la fetidez de la cueva. Elyn siguió entonces su camino bajo la fina llovizna helada que destilaba el cielo plomizo.

Kalgalath el Negro no volvió a dar el menor signo de vida.

Llovió todo el día, mientras Elyn cabalgaba hacia el oeste, para comprobar que las puertas de Kachar seguían enterradas: sin remedio, a lo que parecía, porque el derrumbe de la ladera había sido de proporciones masivas, y la puerta quedaba oculta bajo innumerables toneladas de roca.

Cuando se aproximaba al talud, empezó a ver los restos de los muertos: harlingar partidos en dos, quemados, carbonizados, machacados por la cola del dragón. Pero ¡caramba!, algunos de los muertos eran enanos. Ardu no había dicho nada de que hubieran caído enanos ante el dragón. Elyn permaneció pensativa unos momentos, tratando de resolver el misterio que se le presentaba. Pero nada se le ocurrió, y sus ojos se dirigían a todas partes menos a la horrible evidencia desplegada ante ella.

Al darse cuenta de que nada útil podía hacer allí, la doncella guerrera se volvió hacia el este y cabalgó a través del bosque carbonizado, también él destruido por el ruego del dragón, y al caer la noche se encontraba a siete leguas del valle de Kachar, en camino hacia la distante tierra de Xian.

Como la lluvia seguía cayendo del cielo negro, acampó sin hacer fuego al resguardo de un saliente de arenisca. Arrebujada en su capa de cuero engrasado para protegerse de la lluvia, con la espalda apoyada en la roca irregular, finalmente Elyn se dejó vencer por gas

emociones de la jornada, y lloró en silencio por los hombres muertos por el dragón, y también por su hermano perdido y por el destino desconocido de su padre.

El día siguiente amaneció con el cielo despejado, y Elyn se puso en marcha con las primeras luces del alba. Mientras avanzaba en dirección este, de nuevo se sobresaltó al advertir la forma oscura de un dragón que volaba hacia el oeste; una vez más buscó un lugar en el que ocultarse, en esta ocasión en un bosquecillo próximo, mientras el dragón pasaba batiendo sonoramente las alas cerca de ella, algo más de un kilómetro al norte de donde se encontraba.

Aún no había transcurrido una hora cuando vio otra vez a Kalgalth el Negro, pero en esta ocasión sus alas nervudas lo llevaban en la dirección contraria, de regreso hacia el mismo lugar de donde había venido antes.

Cabalgó hacia el este durante los largos días del verano, siguiendo la frontera septentrional de Aven, y su soledad se vio interrumpida únicamente por algún animal que aparecía ocasionalmente y se apresuraba a apartarse de su camino, o por los pájaros que se mecían en el viento. A su izquierda, podía ver en el aire claro recortarse las blancas crestas quebradas de las lejanas montañas del Murallón Sombrío. En cuanto a Kalgalth el Negro, lo vio cuatro mañanas más, cada vez más lejos, volando hacia el oeste al amanecer y regresando poco después. No llegó a saber el objetivo de aquellos vuelos, pero a partir de la quinta mañana, no volvió a verlo.

Cabalgó hacia el este a través de aquella tierra, vadeando ocasionalmente alguna corriente, a veces cruzando a nado un río, pasando por bosques silenciosos, cabalgando por praderas abiertas sin más que algún grupo aislado de árboles para quebrar la línea del horizonte. Era raro que tropezara con una granja o con una cabaña de un cazador; en general veía a muy pocas personas, y cuando eso ocurría, miraban a aquella extraña doncella guerrera, tocada con casco, empuñando armas relucientes y mostrando bajo la capa una armadura de cuero gris, como si fuera una leyenda hecha realidad. Siempre que le era posible, reponía sus provisiones comprando con buenas monedas de cobre, a granjeros o cazadores, el grano y la galleta, la carne ahumada y la harina, el tasajo y el pescado en salazón.

En ocasiones, mientras Viento ramoneaba la hierba, Elyn se veía obligada a buscar algo de caza para tener qué comer, y recorría los campos con la honda o el arco; o bien vagaba por los bosques en busca de raíces o de frutos silvestres. Y aunque nunca llegó a pasar hambre, a veces soñaba con suntuosos banquetes en la mesa de su padre.

Y el verano avanzaba, al ritmo al que iba dejando atrás días, semanas y leguas de camino.

A todos los granjeros o cazadores que encontraba les preguntaba el camino de Xian o de la Montaña Negra, sin recibir como respuesta otra cosa que una vaga indicación con una mano alzada hacia el este. En alguna ocasión, alguien le dijo que se trataba de un lugar que era preciso evitar a toda costa, porque el modo de comportarse de las personas que vivían allí era totalmente imprevisible.

Y en el último lugar por el que pasó, Elyn no sólo recibió un aviso sobre la tierra de Xian, sino también respecto del Khalian Mire.

—Allí hay cosas malas, señorita —la previno un trampero—. Es mejor que dé la vuelta.

—¿Cuánta distancia representa cruzarlo, y cuánta dar un rodeo? —preguntó Elyn.

—Bueno —contestó el trampero—, si conoce bien el terreno, cruzarlo le costará un día completo, desde el amanecer hasta la puesta del Sol. Para rodearlo tardará tres o cuatro días. Pero es mejor rodearlo, señorita, porque se dice que la maldad habita en esos pantanos.

«Debería de hacer como el otro viajero que vi ayer: iba en un poni, lo vi de lejos. Creo que rodeó el Mire. Y si no lo hizo, fue un condenado loco.

Después de dar las gracias al trampero por sus consejos y de pagarle el grano, la carne y la galleta, Elyn se puso en marcha de nuevo en dirección al este. Aquella noche se detuvo a la vista del Mire, un enorme cenagal que se atravesaba en su camino.

A la mañana siguiente, Elyn levantó el campo al salir el Sol. Durante la noche había decidido cabalgar a través del pantano ese día, en lugar de perder tiempo rodeándolo. Por consiguiente, se dirigió resueltamente hacia el Mire.

Grandes árboles centenarios, cipreses negros y oscuros sauces alzaban sus ramas retorcidas sobre el barro, amenazantes, ocultando la luz matinal, con sus raíces torturadas serpenteando hasta perderse de vista en el limo resbaladizo. Un musgo grisáceo colgaba de las ramas cubiertas de líquenes, formando lianas y redes para enredar y atrapar al viajero distraído. Del suelo encharcado se alzaba una ligera neblina, que se colaba por todas partes y se pegaba a quien intentaba adentrarse en aquel paisaje siniestro. Las serpientes se deslizaban desde los leños semisumergidos al interior de las aguas verdes y espumosas, mientras grandes nubes de moscas y mosquitos zumbaban en el aire como nubes grises.

En ese extraño mundo se adentró Elyn, con su yegua gris, después de frotarse la piel con hierba gila para repeler a los insectos? chupadores de sangre.

A medida que avanzaba la mañana, el calor fue haciéndose opresivo. Las nubes de insectos eran más y más molestas, y Elyn hubo de aplicarse, y aplicar a Viento, varias veces el jugo odorífero de la hierba gila, para mantener a distancia aquella plaga.

El lugar era un auténtico laberinto de agua, barro y zonas de tierra firme. A menudo, Elyn se veía obligada a retroceder para evitar algún obstáculo, y en ocasiones ella y Viento no tuvieron más remedio que vadear algún estanque de limo verdoso; y emergían de él con sanguijuelas pegadas a las patas de la yegua, las bocas voraces firmemente aferradas a la carne, los asquerosos corpezuelos hinchados de sangre. Elyn las arrancaba con su daga y curaba las heridas sangrantes que dejaban, mientras los insectos, enloquecidos por el olor de la sangre, zumbaban y se apiñaban, pegándose a los flancos del caballo.

Poco a poco, el Sol siguió ascendiendo hasta llegar al cenit, y desde allí esparció su luz pálida sobre el pantano, que humeaba de calor sofocante; parecía que el aire mismo estuviera compuesto de una sustancia espesa, demasiado húmeda para poder respirarla. Sobre la ciénaga flotaban los gases emanados de las aguas limosas, burbujeantes, cuyo fétido olor emponzoñaba el aire. Elyn no tenía idea de si había avanzado mucho o poco, ni de cuánto faltaba aún para salir del pantano. Pero apresuraba el paso, porque ya no tenía más opción que seguir adelante.

El Sol inició su carrera descendente hasta hundirse por el occidente, y los montículos contrahechos, los árboles retorcidos, los juncos rectos y los arbustos quebrados proyectaron sus sombras alargadas y cubrieron con un manto oscuro el cenagal. Y por encima del zumbido incesante de la plaga de insectos voladores, otros ruidos empezaron a propagarse en el aire corrompido: el chirrido, el croar, el ulular de los habitantes del pantano, unidos a diversos silbidos, chapoteos, golpeteos y ruidos de cuerpos que resbalaban sobre la superficie embarrada.

El Sol empezó a ponerse. Largas sombras se extendían por la ciénaga en penumbra. Elyn y Viento cruzaban una zona cubierta por juncos de los pantanos, cuyos tallos altos impedían a Elyn verlo que había más allá: apenas alcanzaba a distinguir lo que tenía a pocos metros delante de sus ojos. Ignoraba la distancia que la separaba aún de los límites orientales del Khalian Mire, y quería abandonar antes de que finalizara el día aquella extensa ciénaga de reputación siniestra, so pena de verse retenida toda la noche en un entorno tan decididamente maligno. Viento dio un respingo y relinchó nerviosa, como si advirtiera algún peligro.

Y entonces, de más allá de los juncos, del otro lado del falso musgo que colgaba de las ramas secas de un ciprés retorcido y muerto que se alzaba sobre el suelo empantanado, de súbito rasgó el silencio el grito aterrorizado de un corcel atenazado por el pánico.

33

La búsqueda de la Montaña Negra: Thork

Inicios y mediados de verano, 3E1602

[Este año]

Boom!, sonó la puerta al cerrarse. ¡Clang!, sonó el cerrojo.

El chasquido metálico de hierro contra hierro dominó por unos instantes los gritos de terror de hombres y enanos, y los relinchos de los caballos.

—Maldita sea —rugió Aranor, aunque su voz se perdió en medio del alboroto general—, abrid esa puerta. Mis hombres están atrapados ahí fuera...

¡POOOM! El gran portal de hierro retembló ante algún poderoso golpe, como si el propio Kalgath el Negro se hubiera lanzado contra él. Y una catarata de polvo empezó a caer del techo de roca.

En el súbito silencio que se produjo, pudieron oírse en el exterior los terribles rugidos de un dragón furioso y los gritos de agonía de los harlingar, amortiguados por el espesor de la cortina de hierro interpuesta entre los oyentes y el lugar de la matanza.

—¡Abrid las puertas! —gritó Reynor—. ¡Están muriendo! Los enanos siguieron inmóviles.

—¡Por Hèl, he dicho que abráis las puertas! —Reynor empuñó su sable y se abalanzó hacia adelante, pero Ruric sujetó su muñeca y lo retuvo.

—Demasiado tarde, muchacho —murmuró el maestro de armas, con lágrimas en los ojos—. Demasiado tarde.

Siguieron allí parados, en un silencio lleno de terror, mientras fuera seguía la matanza. Hombres y enanos al unísono se tapaban los oídos con las manos intentando dejar de oír aquellos sonidos ominosos.

Luego la mortandad se detuvo.

Pero un instante después, un poderoso trueno fue a golpear por un tiempo inacabable la puerta, que tembló, vibró y resonó con un atronador martilleo. Hombres y enanos retrocedieron y los caballos piafaron; hasta la misma piedra pareció encogerse y temblar. Por el sonido, se habría dicho que la montaña entera estaba haciéndose pedazos y derrumbándose.

De súbito cesó el estruendo, y a excepción del temeroso chocar de los cascos de los caballos contra la piedra del suelo de la sala, y del resuello angustiado de los châkka y los vanadurin, volvió a reinar el silencio.

A pesar del poderoso martilleo, la puerta de Kachar se mantuvo firme.

Cuando le pareció que Kalgath el Negro había acabado, Baran volvió a hablar.

—Abrid las puertas interiores —ordenó, dominando con su voz los susurros y chasquidos—. Capitán Bolk, escolta a estos jinetes hasta su alojamiento.

Con un lejano ruido de engranajes, las grandes puertas situadas en el extremo interior de la gran sala de reunión empezaron a abrirse, revelando un amplio pasillo envuelto en sombras que se adentraba en la montaña. Cuando las puertas se hubieron abierto de par en par, los harlingar se adentraron en la fortaleza de sus enemigos, Kachar, siguiendo un dédalo de túneles excavados en la piedra de las entrañas de la montaña, conducidos por los orgullosos guerreros châkka, sus implacables adversarios. Y a medida que los restos de la hueste de los vanadurin se sumergían más y más en el corazón de la piedra viva, las sobrecogedoras leyendas del inframundo asaltaban sus mentes, y sus ojos cautelosos buscaban en la penumbra amenazas desconocidas, agazapadas, y se preguntaban si alguno de ellos volvería a contemplar las herbosas praderas de Jord.

—¡Kruk! No me gusta tener aquí dentro a esos jinetes —refunfuñaba Thork, midiendo con sus zancadas la longitud de la habitación, una y otra vez—. Es como albergar una víbora en nuestro seno.

Los capitanes en jefe allí reunidos mostraron su acuerdo con un murmullo.

—Sí —gruñó el pelirrojo Bolk, dirigiéndose a Baran—, el príncipe Thork tiene razón, DelfSeñor. Esos llorones han intentado ya echarnos a nosotros la culpa de todas las fechorías del dragón. Como alguno de ellos vuelva a decirme que cerramos la puerta por miedo, me encargaré de que nunca pueda repetir semejante mentira. —Y el guerrero châk pasó un dedo por el filo de su hacha, mientras una sombra de resentimiento oscurecía su mirada.

Baran estaba sentado en el lugar que le correspondía en la gran mesa redonda, mirando con fijeza su pulida superficie. Cuando Bolk acabó de hablar, el DelfSeñor levantó la vista.

—Tampoco a mí me gusta tener entre nosotros a esos jinetes ladrones, pero el Honor lo exige, sean o no salteadores. Un dragón nos ataca, y todos hemos visto y oído de lo que es capaz un dragón enfurecido. Ignoro la razón por la que Kalgath el Negro ha decidido sembrar la muerte y la destrucción en nuestra misma puerta, pero el caso es que está ahí fuera.

Baran se volvió a Dokan, el maestro minero.

—Es preciso averiguar lo que ha hecho el dragón a nuestra puerta. No se abre, y mucho me temo que la ha bloqueado volcando sobre ella piedras de la ladera de la montaña. Mañana por la mañana, maestro minero, quiero que salgas con un equipo de obreros por la puerta secreta que se abre a la cabecera del valle, y comiences la tarea de apartar las piedras, si es ése el caso.

—Sí, señor —contestó Dokan, un châk veterano, de barbas y cabellos blancos que relucían con un tono azul verdoso a la luz fosforescente de las lámparas de los enanos—. Me llevaré un centenar de obreros, más o menos: picadores, taladradores y peones para acarrear la piedra. Si se necesitan más, mandaré a buscarlos.

Baran se volvió a Bolk.

—Capitán Bolk, no conviene olvidar el hecho de que alguien debe vigilar constantemente a los hombres. Tu compañía será la encargada de hacerlo. Tú y tus guerreros oiréis sin duda muchas mentiras en sus alojamientos, y muchos insultos. Capitán en jefe, te pido que seas paciente y que controles tu ira. Sabemos la verdad de lo ocurrido: fui yo quien ordenó cerrar las puertas. No podíamos permitir que un dragón entrara en Kachar. Si no lo hubiéramos hecho así, es probable que Kachar hubiera caído en poder de un dragón, como fe sucedió a Piedra Negra hace mil seiscientos años. Fue el miedo a los estragos que podía causar el dragón lo que me hizo cerrar la entrada de Kachar, de modo que no les falta razón a los jinetes cuando afirman que cerré las puertas por miedo.

—Pero no por cobardía, como afirman los jinetes —protestó Bolk—. Sólo un loco desafiaría la carga de un dragón.

—Como dicen que hizo el príncipe Elgo —murmuró Thork.

—¡Elgo! ¡Bah! —El nombre sonó en la lengua de Bolk como un reniego, y la sala se llenó de murmullos con los que el resto de los capitanes en jefe coreaban aquel mismo sentimiento. «Jinetes de lenguas largas. Como algunos de ellos diga una sola palabra...»

Al alba del día siguiente, Dokan se puso al frente de una compañía de cavadores, y salió por el portillo secreto que daba a la cabecera del valle. Los obreros cruzaron el valle desde el pie de la pendiente hasta el patio situado ante las puertas, pero ya antes de llegar allí pudieron ver que se necesitaría un ejército entero de obreros para desescombrar las innumerables toneladas de roca que bloqueaban la puerta. El volumen de la piedra y la tierra arrancada del flanco de la montaña era inmenso, y se acumulaba

en la explanada hasta enterrar totalmente la puerta. Con todo, siguieron su marcha, porque Dokan quería ver por sí mismo lo que era preciso hacer, antes de regresar a Kachar en busca de más brazos, herramientas y suministros.

Avanzaron por entre los cuerpos de los harlingar muertos por el dragón: hombres quemados, partidos en pedazos, aplastados. Y las aves carroñeras se habían cebado en ellos: las órbitas vacías de los ojos contemplaban desde las caras hundidas a los châkka que avanzaban, mientras los huesos parcialmente descarnados despedían un brillo blanquecino a la luz del amanecer, y las mandíbulas desencajadas de las bocas abiertas de par en par parecían esbozar risotadas obscenas.

Los enanos avanzaron en medio de aquella matanza, y aunque a muchos de ellos el espectáculo les repelía, con todo se trataba de enemigos. Aun así, no había honor en su manera de morir; no era como si aquellos hombres se hubieran enfrentado a sus enemigos en una batalla limpia; por el contrario, habían sido cruelmente aniquilados por un monstruo, y en eso los châkka sentían que no se había respetado el código de la guerra. Fuera o no un enemigo, un guerrero merecía siempre luchar en condiciones de igualdad, y si moría en la lucha, era porque así había sido decidido. O por lo menos, eso es lo que creen los châkka.

Dokan condujo a sus obreros hasta la base del enorme derrumbe. Era mayor incluso de lo que había pensado. Lentamente, los châkka recorrieron el pie del terraplén, mientras evaluaban el tremendo trabajo que se necesitaría para desescombrar la puerta. Finalmente, el maestro minero llamó a su lado a un mensajero, y con pocas frases cortas y sencillas le explicó lo que debía decir al DelfSeñor Baran. Cuando el mensajero partió a la carrera, Dokan empezó a dar órdenes a sus cavadores.

Dorni, un aprendiz de cavador de cabello pajizo, corrió hacia el portillo secreto de los châkka, con el mensaje del maestro minero grabado en la memoria. Corrió por entre los harlingar muertos, y cruzó el valle abierto en pendiente, dejando a su izquierda la mole de la abrupta ladera rocosa. Finalmente, el joven enano llegó al peñasco y se deslizó por la estrecha grieta que se abría detrás. Rápidamente, sus manos buscaron el resorte oculto. Y en el preciso momento en que el bloque de piedra se abría hacia adentro...

¡RRROOOAAARRR! Un rugido ensordecedor estremeció el valle, unas macizas alas nervudas proyectaron sobre la tierra violentas ráfagas de viento, y los cavadores que estaban frente al terraplén de roca recibieron una rociada de llamas, cuando Kalgath el Negro oscureció con su mole la luz del alba y se precipitó sobre los châkka.

El joven Dorni, con los tímpanos doloridos y la sangre manando de las narices, huyó por la puerta secreta al interior de Kachar, olvidando por completo el mensaje que el maestro minero enviaba al DelfSeñor Baran.

Baran estaba sentado ceñudo en su trono, con Thork a su lado. Frente al estrado estaba Bolk en posición de firmes, con mirada sombría.

—Esos jinetes burlones están siempre igual, DelfSeñor: insultando, acusando.

Thork golpeó con su puño la palma abierta de la otra mano.

—¡Kruk! —Y su reniego hizo temblar las paredes de piedra de la sala—. ¿No dije que habíamos acogido una serpiente en nuestro seno?

—¿Crees que desconozco la naturaleza viperina de esos fanfarrones? —preguntó a su vez Baran rechinando los dientes—. ¿No presidí la embajada negociadora que enviamos a su tramposo reino? ¿No soy el único superviviente de su traicionera emboscada?

»Aun así, por mucho que te disguste a ti, o al capitán Bolk, o a cualquiera,, están bajo nuestra protección: pidieron asilo, y por Elwydd, ¡yo se lo concedí!

—Con asilo o sin él —replicó Bolk—, no puedo garantizar que mis guerreros no tomen el asunto en sus propias manos, porque ni siquiera las leyes sagradas del asilo pueden nacer que se olvide un insulto al honor de los châkka. Están colocados bajo nuestra protección, sí, pero eso no los exime de ajustarse a un código de conducta honorable.

—Bolk... —empezó a decir Baran, descargando su puño cerrado contra el brazo de su sillón.

Pero las palabras de Baran quedaron inexpresadas, porque en ese momento se produjo una conmoción en la sala exterior, y se oyeron gritos, amortiguados por las puertas cerradas.

—¡Kalgalth el Negro, mi señor!

La puerta se abrió de golpe, e irrumpió en la sala un enano de cabello pajizo.

—¡DelfSeñor Baran, Kalgalth el Negro ha vuelto, y está matando a los châkka de fuera!

Mientras Dorni contaba su historia se llamó a un curandero, porque el joven châk escupía sangre, tenía la boca ronca y los tímpanos rotos por el terrible rugido del dragón. Se enviaron exploradores, bajo la dirección de Thork, para inspeccionar el valle y confirmar la presencia del dragón, y para averiguar si había sobrevivido algún châk. Volvieron con rostros serios, informando de que Kalgalth el Negro recorría el valle o se posaba sobre los picachos cercanos, y lanzaba desde allí atronadores desafíos; en cuanto a la compañía de Dokan, nadie había sobrevivido.

Y mientras el DelfSeñor escuchaba aún aquel desconsolador informe, irrumpió en la sala del trono un nuevo mensajero, con la noticia de que había tenido lugar un duelo a cuatro entre jinetes y guerreros châkka, y habían muerto dos hombres y un châk, mientras que el segundo châk estaba gravemente herido y no había esperanzas de salvarle la vida.

Ceñudos, Aranor y Gannor entraron en la sala del trono y ocuparon los asientos preparados para ellos. También Ruric había sido convocado, y se colocó en pie detrás del rey de los vanadurin, manteniendo un rostro impenetrable. Baran se sentó en el trono, con expresión seria, y Thork quedó en pie al lado del DelfSeñor. A excepción de esas cinco personas, la sala estaba vacía.

Baran fue el primero en hablar.

—Rey Aranor, os he garantizado asilo para vos y para vuestros hombres, y me lo agradecéis asesinando a guerreros châkka...

—¿Asesinando? —estalló Gannor, con la faz oscurecida por la ira—. ¡Eso son mentiras de enanos!

La mano de Thork saltó a su hacha, y se adelantó con el rostro escarlata de furia.

Gannor se puso en pie de un salto, empuñando su sable, y a su vez eso hizo que Aranor y Baran abandonaran sus asientos y requirieran sus armas.

Al instante, Ruric se interpuso entre ellos alzando sus manos vacías como para detener con ellas los golpes que estaban a punto de cruzarse.

—¡Por Adon! —exclamó—. ¿Es que hemos venido aquí a empezar un baño de sangre?

Tembloroso de rabia, Baran consiguió no obstante dar un paso atrás, y se llevó con él a Thork.

A regañadientes, Aranor volvió a sentarse, y finalmente también Gannor se dejó caer de nuevo en su propio asiento. Pero Ruric siguió en pie, interpuesto entre ambos.

—Mis señores, pido permiso para hablar —dijo, y cuando Aranor le hizo una furiosa señal con la cabeza, continuó—: Aunque tengo una opinión formada sobre este asunto, no estoy aquí para criticar a nadie, de modo que no diré nada al respecto. ¡Pero atended! En el duelo ha habido provocación por ambas partes, y motivos de orgullo y de honor insultado. Según nuestra ley, rey Aranor, no es posible resolver un asunto de honor mediante...

—No es verdad, maestro de armas —le interrumpió el rey de los vanadurin—. Se puede acordar un combate en tanto que un tribunal de iguales delibera sobre los hechos.

—Sí, señor —respondió Ruric—, así es. Pero si el examen de los hechos revela que se faltó al honor, entonces es obligado dar satisfacción al ofendido.

Ante aquel cambio de enfoque, Ruric se volvió hacia Baran.

—Desearía preguntar a nuestro anfitrión cuáles son las costumbres de los enanos en materia de honor.

Gannor resopló y murmuró para su colete: «¿Honor, los enanos? ¡Bah!»

De nuevo el rostro de Thork adquirió un tono escarlata, y los nudillos de la mano que aferraba el hacha se pusieron blancos. Pero no cambió de posición, y escupió más que pronunciar la respuesta:

—En materia de honor, nadie tiene criterios más elevados que los enanos.

—¿Qué deseas saber en concreto, hombre Ruric? —preguntó Baran.

—Tan sólo esto, DelfSeñor —respondió el maestro de armas—. Exista o no asilo, en general nuestras leyes nos impiden interferir en asuntos referidos al honor personal. Lo más que puede pedirse es apelar a las normas de lo razonable, que en ocasiones exigen de la parte ofendida un prudente autocontrol. Si vuestras leyes son las mismas en esta cuestión, en caso de producirse una cuestión de honor en la que el insulto resulte imposible de soportar para el ofendido, se reproducirán los duelos, y proseguirá la carnicería entre nuestros dos pueblos.

Baran estuvo un rato callado y pensativo.

—En ese caso, hombre Ruric —dijo al fin—, se reproducirán los duelos, porque nuestras leyes sobre estas materias son idénticas a las vuestras, y el honor de los châkka también ha de ser preservado.

—Sugiero, DelfSeñor —intervino Aranor después de carraspear para aclararse la garganta—, que los vanadurin salgamos de este pozo de piedra tan pronto como sea posible, tan pronto como Kalgalth el Negro deje de merodear por las proximidades, porque en tanto el dragón infeste la región, no nos quedará otro remedio que ser vuestros huéspedes indeseados.

Después de la marcha de los hombres, Thork se volvió a Baran.

—Hermano, observo que no has contado a los jinetes que Kalgalth el Negro ha vuelto a aparecer al amanecer del día de hoy, y que en esta ocasión ha matado a châkka.

—No, Thork, no lo he hecho —contestó el DelfSeñor—. No sé si la noticia podría ser utilizada por esos salteadores en contra nuestra. Hasta que sepa a qué atenerme, no les hablaré de ello.

Al día siguiente, según informaron los exploradores enanos apostados en el postigo secreto, Kalgalth el Negro planeó sobre el valle y lanzó poderosos bramidos roncós desde la cima de los picachos cercanos, lo que hizo temblar el suelo del valle, desparramó los cadáveres mutilados y provocó la huida, presas de pánico, de las aves carroñeras. Finalmente el dragón alzó el vuelo, pero Baran ordenó que nadie se aventurara a salir al exterior para recuperar a los châkka muertos, porque no era posible saber si Kalgalth el Negro se había marchado realmente.

Y de nuevo el honor ultrajado hizo que se derramara sangre en el interior de la fortaleza. Hubo varios duelos entre enanos y hombres, y en esta ocasión fueron ocho los muertos: cinco vanadurin y tres châkka.

Al día siguiente se convocó un Consejo de capitanes en jefe para tratar sobre los dos problemas: el dragón fuera y los hombres dentro.

Cuando estuvieron todos reunidos, Baran se puso en pie.

—Estamos aquí reunidos para decidir la conducta que debemos seguir. Kalgalth el Negro está decidido a arrasar este Châkkaholt. ¿Por qué? Lo ignoro. Nuestra puerta principal ha quedado enterrada bajo incontables toneladas de roca. Pero mientras el dragón siga merodeando, no podemos retirar los escombros.

«También a causa del dragón, he garantizado el asilo a los jinetes...

—¡Y ellos retribuyen nuestra generosidad matando a nuestros parientes! —gritó Bolk, pegando un puñetazo en la mesa, con la cara roja de furia. Un furioso murmullo de asentimiento se elevó de entre los capitanes reunidos—. Por Adon, ya advertí que nada bueno podía ocurrir si dejábamos que una banda de ladrones...

—¡Silencio! —rugió Baran, con su propio rostro oscurecido por la ira—. Lo que está hecho, está hecho. No quiero repetir discusiones que ya sostuvimos en días pasados.

Se hizo el silencio en la sala, aunque era fácil advertir que Bolk estaba a punto de estallar de ira, y que un odio ciego oscurecía también la mirada del resto de los châkka.

—No dejemos que esos... hombres... nos enfrenten en querellas sin sentido —gruñó Baran—, porque no os he convocado aquí para pelearnos entre nosotros. Nos hemos reunido para resolver nuestros problemas, no para crear otros nuevos ni para revivir los antiguos.

Baran recorrió la asamblea con la mirada, y muchos capitanes bajaron la vista avergonzados para no tropezar con los ojos severos de su DelfSeñor.

—Como decía —prosiguió Baran, sin alzar la voz—, estamos aquí para decidir lo que hemos de hacer con la puerta enterrada, con Kalgalath el Negro y con los hombres. Quiero saber vuestra opinión.

Después de un corto silencio, se puso en pie un châk de cabellos grises; era Fendor Piernas de Piedra, el maestro minero.

—Mi señor, deseo opinar sobre lo que hemos de hacer con los hombres. Es evidente que el Honor nos exige concederles asilo mientras el dragón merodee por estas tierras. Sólo una grave fechoría por su parte podría justificar que los expulsáramos bajo las garras de Kalgalath el Negro, y los duelos que se están produciendo ahora son asuntos particulares, en los que no podemos mezclarnos.

»Aun así, si quisiéramos expulsar a los jinetes, podríamos llevarlos hasta la puerta secreta del norte y hacerles salir por ella —se produjo una incómoda tensión entre los reunidos al oír esas palabras—, pero de ese modo revelaríamos un secreto muy antiguo, uno de los mejor guardados entre nuestro pueblo. Y lo mismo ocurre respecto de las puertas del este, del oeste y del sur..., y de todas las puertas a excepción de la principal.

»Así pues, propongo lo siguiente: que abramos pasillos laterales a ambos lados de la puerta principal, con poternas al exterior. Nos llevará algún tiempo hacerlo, y es posible que Kalgalath el Negro pierda interés por nuestra fortaleza y deje de hostigarnos antes de finalizar. Pero tanto si nos hostiga como si no, las poternas abiertas nos permitirán empezar la tarea de desenterrar la puerta principal, porque los túneles laterales nos permitirán acceder a la montaña de escombros y al mismo tiempo nos proporcionarán vías de escape cercanas en caso de que el dragón regrese.

«Cuando empecemos a trabajar en el exterior, será preciso vigilar continuamente y mantener centinelas alerta en todo momento, para prevenir la aparición de Kalgalath.

«Incluso antes de ese momento, es preciso apostar centinelas, para averiguar si el dragón se cansa de este juego. Porque si llegamos a la conclusión de que el dragón se ha ido definitivamente, podremos expulsar a esos jinetes de nuestra fortaleza, por la puerta principal si está ya libre entonces, y si no por las poternas laterales; y no descubrirán nuestras puertas secretas.

Fendor se sentó en medio de un murmullo de aprobación, porque muchos encontraron adecuado su plan. De los capitanes reunidos, sólo Bolk puso reparos, volviéndose a Baran.

—Pero mientras estemos horadando la roca, esos ladrones continuarán provocando peleas. ¿Cómo proponéis hacer frente a esa situación, mi señor?

—Bolk... —empezó a decir Baran, rechinando los dientes de ira.

—Mi señor —le interrumpió un châk de cabellos negros, aún en sus años mozos—, todos sabemos que expulsaremos a los jinetes en cuanto el dragón deje de merodear. Todos sabemos que reanudaremos la guerra cuando los hombres estén fuera de aquí. Todos sabemos que recuperaremos el tesoro que nos robaron esos salteadores. Y todos sabemos también que no descansaremos hasta tomar venganza por nuestros muertos. Será en el momento de esa venganza cuando ajustemos todas las cuentas pendientes entre nosotros y esos hombres.

Cuando el guerrero que había hablado, Dalek Mano de Hierro, se hubo sentado, Bolk tomó de nuevo la palabra y dijo en tono burlón:

—¡Ja! Tal vez habremos de pedir a todos los capitanes que reúnan a los châkka que tienen bajo su mando y les expliquen cuándo llegará ese día. Es probable que entonces los convenzan de que dejen de pelear y detengan sus manos hasta que amanezca el día de la venganza. Por mi parte, yo digo: ¡no! Porque una venganza aplazada es una venganza incumplida.

A las palabras de Bolk, los capitanes se removieron inquietos en sus asientos, porque en efecto muchos de ellos estaban convencidos de que una venganza aplazada es una venganza incumplida, y nadie deseaba detener la mano de quien se hubiera visto ofendido en su honor.

Dalek empezó a levantarse de nuevo, con rostro irritado, pero las palabras de Thork se le adelantaron.

—¿No convinimos días atrás en que habíamos de dejar a un lado nuestros agravios y conceder el asilo que se nos pedía? Sí, lo hicimos, porque el honor de nuestra nación se antepone a cualquier otra cosa.

—Sí —respondió Bolk—, aceptamos a los hombres bajo esas condiciones..., unas condiciones que no me gustan, debería añadir. Pero los jinetes no han hecho honor al acuerdo, porque nos acribillan a insultos; nos llaman cobardes, asesinos y avaros sedientos de oro. ¡Yo propongo que nos enfrentemos a esa hueste dentro de nuestra fortaleza, y que exterminemos a esas víboras de una vez para siempre!

Las palabras de Bolk provocaron un alboroto de gritos y maldiciones; todos los capitanes querían hablar al mismo tiempo. De nuevo Baran reclamó a gritos silencio, y finalmente recurrió a golpear con la pala de su hacha, ¡blang!, la mesa de piedra. Cuando finalmente callaron todos, Baran miró a todos los châkka reunidos con ojos inyectados en sangre, y nadie dijo una palabra. Entonces Baran habló, en voz baja y grave.

—Quienes aquí estamos no somos chusma. No dejemos que los jinetes nos reduzcan a ese estado.

Un châk de cabello castaño, Galt, maestro taladrador, se puso en pie y pidió permiso para hablar.

—Capitán Bolk, todos sabemos que el hijo de vuestro hermano fue muerto por esos jinetes; pero también los demás hemos perdido parientes y amigos en esta guerra. Y sí, sabemos que el honor personal y familiar debe ser salvaguardado. Pero, como ha señalado el príncipe Thork, también sabemos que el honor de la nación está por encima de toda otra consideración. Y es muy probable que si continúan las reyertas con los hombres en las salas de Kachar, la situación acabe por degenerar en una guerra generalizada en esas mismas salas, en cuyo caso las châkia y los jóvenes correrán un serio peligro. El honor exige que no pongamos en peligro, sin necesidad, el futuro de nuestro reino. Pueden llover sobre nosotros los insultos de esos jinetes, pero ¡atención! Las palabras del capitán Mano de Hierro me parecen justas: a largo plazo, nosotros prevaleceremos.

»Capitán Bolk, tal vez no habéis oído las palabras del DelfSeñor; ha dicho que estamos aquí para resolver problemas, y no para crearlos. El capitán Mano de Hierro ha mencionado unos hechos y nosotros podemos someterlos a la atención de nuestros guerreros, subrayando el riesgo que corremos, conscientes de que los jinetes seguirán insultándonos pero también de que el honor de la nación se antepone a todo lo demás. En último término, a menos que el DelfSeñor decrete otra cosa, corresponde a cada châk la decisión de contener su mano, o no hacerlo. Si no lo hace, lo aceptaremos; y si lo hace, estará bien hecho.

Dalek habló de nuevo.

—Es tal como ha dicho Galt: esta decisión corresponde al DelfSeñor Baran. Ningún otro puede tomarla.

De nuevo reinó el silencio, y todos los ojos se volvieron a Baran cuando lo rompió con sus palabras.

—El honor de la nación está por encima de toda otra consideración. Cada capitán reunirá a sus guerreros y les explicará lo que se ha dicho en este Consejo. Recordad que el reino se antepone a todo lo demás. Señalad que una guerra generalizada en estas salas pondría en peligro a las châkia y a los jóvenes. Decidles que apacigüen los ánimos e ignoren las pullas de los jinetes, porque a largo plazo la venganza será indefectiblemente nuestra. Pero en los casos extremos, que el corazón, y no sólo la mente, sea su guía, porque es preciso trazar en algún lugar la línea de lo que ya no es tolerable.

Baran guardó silencio y vio que muchos capitanes meditaban profundamente sus palabras y hacían gestos de conformidad, en tanto que otros, y Bolk en particular, mostraban la terquedad de sus opiniones en sus rostros inflamados por la ira ante la simple idea de que los ladrones volvieran a burlarse de ellos.

Después de una pausa larga y llena de incomodidad, Thork se dirigió a Baran.

—Mi señor, opino que el nudo de la cuestión ante la que nos encontramos está en el dragón. Sin el dragón, nos libraríamos de los hombres, desaparecerían los duelos, podríamos reanudar la guerra, derrotar a esos ladrones, recuperar nuestro tesoro perdido, y reclamar el bloodgiel por todos los châkka injustamente muertos en la lucha desatada por la rapiña de nuestros enemigos. Por consiguiente, quiero pedir que discutamos ahora la manera de librarnos de Kalgath el Negro.

En el Consejo pudo percibirse un suspiro generalizado de alivio: ahora estaban ante un problema directo y real, sin matices complejos ni puntos de honor; un problema cuya solución resultaba fácil de percibir, aunque difícil de alcanzar. Baran se volvió a los capitanes.

—Creo que el príncipe Thork tiene razón al decir que la clave de la situación en la que nos encontramos es Kalgath el Negro. ¿Qué sabemos de los dragones en general, y de este dragón en particular?

Un tenso silencio se propagó por la sala, roto al fin cuando Kalor Manos de Plata, un châk de cabellos blancos que era el maestro de las tradiciones, se puso en pie con lentitud y se aclaró la garganta para intervenir.

—Mi señor, existe toda suerte de leyendas relativas a los dragones: que tienen una vista tan aguda en la oscuridad como a la luz del día, en la ilusión como en la realidad; que su mirada debilita la voluntad; que hablan todas las lenguas; que se aparean con los Madüks en el Gran Maestrom; que cambian de forma, y otras muchas.

»Y algunas cosas parecen ser algo más que meras leyendas o rumores, aunque no existan pruebas concluyentes de su veracidad; sobre todo, el hecho de que los dragones pueden advertir todo lo que ocurre en sus dominios. Tal vez sea cierto. Tal vez fue ese poder lo que llevó a la destrucción de los châkka que intentaron arrancar Piedra Negra de las garras de Sleeth hace un milenio, aunque ignoro cómo se las arreglaron el Falso Elgo y sus salteadores para desafiar ese mismo poder.

»Eso en cuanto a las leyendas y los rumores, pero ¿qué hechos ciertos conocemos? Bien, puedo afirmar con toda certeza lo siguiente: que los dragones son casi indestructibles y que su fuerza es irresistible; la duración de sus vidas no ha podido ser medida por los mortales; duermen durante mil años y merodean durante dos mil más antes de dormir de nuevo; escupen fuego, y si no es fuego, una espuma ácida que corroe a un tiempo la piedra y la carne; amontonan tesoros, y viven en lugares remotos y solitarios.

»Se dice que el dragón de Fuego Kalgath el Negro vive en Dragonslair, la montaña de fuego muerta situada al este de aquí, en la cordillera del Murallón Sombrío. Se dice que es el mayor de los dragones vivos. Y finalmente, la tradición afirma que sólo el Kammerling puede destruir al dragón más poderoso de todos.

—Maestro Kalor —interrogó Thork—, una pregunta respecto al Kammerling: ¿por qué lo llaman también el Martillo de la Rabia?

Kalor se acarició la barba blanca.

—Ésa es otra leyenda, príncipe Thork: se dice que únicamente una rabia llevada al extremo de lo insoportable podrá extraer del Kammerling toda su fuerza potencial..., por esa razón se le llama el Martillo de la Rabia.

»Algo más puedo decirte del Martillo de Adon: la tradición afirma que sobre quien esgrima el martillo recaerá una "maldición". Dice la profecía: "Tanto si lo hace para bien como para mal, la tragedia golpeará a quien empuñe el Kammerling".

»Y también se afirma que el Martillo de la Rabia será blandido por una persona que habrá perdido a un ser amado.

—Podría tratarse de cualquiera de los que estamos aquí —murmuró Thork—, porque juzgo que la muerte de mi padre se ajusta a lo prescrito para el cumplimiento de la profecía. Maestro Kalor, ¿podrían referirse a la muerte de Brak las palabras de la profecía?

—Sí, es posible —respondió el anciano châk—. Pero también puede tratarse de la muerte de otra persona.

—¿Dicen alguna cosa más las leyendas? —preguntó Baran.

—Sólo esto, DelfSeñor —repuso Kalor—. Se dice que Kalgath el Negro no puede ser muerto por la mano de un hombre.

Thork levantó sus dedos nudosos, y los contempló a la luz verdosa de las lámparas.

—Ésta no es la mano de un hombre.

La voz profunda de Bolk resonó a través de la mesa.

—Yo digo que nos apoderemos de ese Martillo de la Rabia y lo utilicemos no sólo contra Kalgath el Negro, sino además para aplastar a esos jinetes.

La propuesta de Bolk fue acogida con un fuerte murmullo de asentimiento.

—Sin duda, Bolk —respondió Baran—, un talismán de poder tan terrible sería una ayuda extraordinaria en cualquier batalla. Pero antes de que podamos empuñarlo en la guerra contra los jinetes, es preciso conseguirlo. Maestro Kalor, ¿dónde está ese Martillo de Adon?

—No lo sé, DelfSeñor —respondió Kalor—, porque circulan muchos rumores sobre su paradero. Pero algunos maestros de las tradiciones sostienen que el Kammerling está en la tierra de Xian, donde habitan los magos. Yo lo buscaría en la Montaña Negra, porque en ella tienen los magos su residencia. Pero no sabría decir dónde se encuentra la Montaña Negra, salvo que está en algún lugar muy lejano hacia el este, en la remota tierra de Xian.

Después de decir cuanto sabía, el maestro de las tradiciones Kalor volvió a sentarse. Pasó un largo rato sin que nadie hablara, pero finalmente, Baran dijo:

—Discutamos ahora cómo podremos conseguir esa arma, porque, como ya se ha señalado, no sólo nos libraría de Kalgath el Negro, sino que además podríamos emplearla en la guerra contra los jinetes.

—Mi señor Baran —Thork habló en voz baja, pero todos lo escucharon—, creo que sólo debe encargarse un châk de una misión tan peligrosa, y voy a exponer las razones que me hacen pensar así. En primer lugar, no estamos seguros ni siquiera de que el Kammerling exista, de modo que enviar a un ejército, sea grande o pequeño, en su busca, irá en perjuicio de nuestras necesidades aquí. Segundo, Kalgath el Negro puede tener efectivamente el poder de detectar la presencia de quienes se aproximan a él, y por consiguiente ser capaz de localizar u un grupo de châkka y destruirlos; mientras que un único châk podría deslizarse fuera de aquí, si no por otra razón, sí al menos porque Kalgath quiera ahorrarse la molestia de acudir a matar tan sólo a un châk. Tercero, la persona a la que enviemos habrá de ser un guerrero hábil en el manejo del martillo,

porque no sabemos cómo es el Martillo de Adon, y puede necesitarse todo el entrenamiento y la fuerza de un guerrero para empuñar, levantar y, sí, también emplear el Kammerling. Cuarto, este guerrero habrá de ser capaz de cuidar de sí mismo tanto en el desierto como en los lugares civilizados.

»DelfSeñor Baran, propongo ser yo mismo el guerrero que vaya en busca de la Montaña Negra.

En medio de un murmullo aprobador, Thork tomó asiento.

El debate sobre el mejor procedimiento para apoderarse del Kammerling continuó durante buena parte de la noche, pero al fin se aceptó el plan de Thork, porque todos sabían que el príncipe era un campeón sin par en el manejo del martillo, y nadie le superaba en fuerza. Además, tenía todas las cualidades necesarias para acometer con éxito la empresa, e incluso el DelfSeñor Baran, a quien disgustaba que Thork se fuera, hubo de admitir que era el más adecuado para aquella misión.

Y de este modo Thork, hijo de Brak, príncipe de Radiar, fue la persona elegida para emprender en solitario la búsqueda de la Montaña Negra y apoderarse del Kammerling.

Mientras se celebraba el Consejo de los capitanes en jefe, en los subterráneos de Kachar tenía lugar otra reunión; los dos Reachmariscales de Jord supervivientes, Gannor y Vaeran, más el mariscal Boer, el maestro de armas Ruric y el capitán Reynor, se encontraron con el rey para conferenciar sobre el apuro en que se encontraban; y hablaron en valur, la antigua lengua guerrera de los harlingar, para evitar que, si sus palabras eran escuchadas por oídos enemigos, pudieran ser comprendidas.

—Sí, mi señor, eso fue todo lo ocurrido —informó Vaeran—. El caballo se encabritó, el enano gritó, hubo una rechifla general por parte de los harlingar, eso llevó a un cruce de acusaciones de cobardía y latrocinio, y lo siguiente fue el duelo.

—Y al acabar el duelo, había cinco vanadurin muertos. —La voz de Aranor estaba cargada de ira contenida.

—La culpa fue de esos cobardes de caras pálidas, ávidos de oro, señor —exclamó Reynor—. Cerraron la puerta en las narices de nuestros guerreros, y por esa razón...

—¡Maldita sea, capitán! —estalló Aranor—. En el momento en que Kalgath tocó tierra en el valle, era ya demasiado tarde para ellos; incluso yo soy capaz de darme cuenta de una cosa así, ahora. De haber estado en su lugar, nosotros habríamos hecho lo mismo.

Reynor, furioso, apretó los labios sin responder, pero todos pudieron darse cuenta de que el capitán no estaba de acuerdo con las palabras de Aranor.

—Mi señor —intervino el mariscal Boer—, los duelos con esos enanos no tienen importancia. Lo grave es que nuestra última lista muestra que quedamos menos de mil cien harlingar, y tan sólo contamos con novecientos caballos estabulados aquí. Además, estamos atrapados en un pozo negro y a merced de nuestros enemigos, que nos rodean por todas partes. —Los ojos de Boer adquirieron un destello acerado a la luz azul verdosa de las lámparas—. Ese es nuestro verdadero problema, rey Aranor, y no los duelos con esos avaros habitantes de túneles: el hecho es que nos encontramos atrapados, rodeados y superados en número.

—Sí, mariscal Boer —contestó Aranor—. Pero no pienses que esos codiciosos no saben contar tan bien como nosotros. Les vendría muy bien que planteáramos batalla, porque ahora disfrutan de todas las ventajas: son más numerosos que nosotros, estamos en su morada, y no sabemos la forma de movernos en este laberinto, ni el camino de salida; no sabemos dónde almacenan las provisiones, ni el grano para los caballos, ni dónde se encuentran los depósitos de agua potable. Y no lo olvides: aunque consiguiéramos abrirnos paso hasta la libertad, fuera hay un dragón esperándonos.

—¿Creéis que son capaces de utilizar esos duelos como pretexto para reanudar la guerra en el interior de su propia fortaleza, señor. —La pregunta de Boer encontró un silencio gélido como respuesta.

—Sí, Boer, es posible —respondió por fin Aranor.

—En ese caso, mi rey —preguntó Gannor—, ¿qué queréis que, hagamos? Nos llaman ladrones y salteadores. Dicen que no tenemos honor. ¿Queréis que dejemos sin respuesta esos insultos? ¿Hemos de simular que aceptamos los calificativos que nos aplican? ¿Queréis que perdamos el honor?

El rostro de Aranor adquirió un tinte escarlata.

—Maldición, Gannor...

—Mi señor —interrumpió el maestro de armas Ruric—, no debe haber peleas entre nosotros. El conflicto está entre los vanadurin y los enanos.

Poco a poco, la ira desapareció de las facciones de Aranor.

—Tienes razón, maestro de armas, tienes razón. Es la inaceptable situación en la que nos encontramos lo que nos saca de nuestras casillas. Pero no pelearemos entre nosotros. Por el contrario, querría que ideáramos estrategias capaces de contrarrestar las ventajas que poseen los enanos sobre nosotros.

»Y, Hrosmariscal Gannor y capitán Reynor, discutamos también sobre el modo de anular la estrategia del enemigo, partiendo de la base de que lo que desea es empujarnos a una guerra en el interior de este laberinto, donde le será fácil exterminarnos. Es evidente que necesitamos armarnos de paciencia. Debemos enfriar el ardor de la sangre de nuestros guerreros. Aun así, no hemos de dar por buenos los calificativos que nos dedican nuestros enemigos. Por ello, habremos de decidir cómo afrontar ese problema de los insultos y las burlas, las provocaciones y los desafíos, porque está claro que es preciso trazar en algún lugar la línea de lo que ya no es tolerable.

De modo que los vanadurin se agruparon alrededor de la mesa y hablaron a lo largo de la noche, buscando estrategias que pudieran anular la considerable ventaja de que disfrutaban sus enemigos.

Thork partió a la mañana siguiente, después de la aparición matutina de Kalgath el Negro. Montado en un poni y cargado con las provisiones y las armas, Thork se adentró en el largo túnel excavado en la roca que conducía a la lejana puerta del este, secreta para todos excepto para los chåkka de Kachar. Baran acompañó hasta la puerta oculta a su hermano, pero no ha quedado constancia de lo que se dijeron el uno al otro. Todo lo que se sabe es que Thork salió al exterior con las primeras luces del alba, montó en su poni y se alejó, descendiendo por la pendiente del carbonizado bosque de Plata. Cuando llegó al punto más bajo y tiró de las riendas de Cavador, obligándolo a detenerse para mirar atrás, Baran se había adentrado una vez más en la montaña. De modo que Thork chasqueó la lengua, hizo avanzar al poni y viajó hacia el Sol de la mañana, en la estela de un dragón que se alejaba volando hacia el este.

Y cuando Kalgath voló de nuevo hacia el oeste a la mañana siguiente, el príncipe se encontraba ya a casi cincuenta kilómetros de distancia.

Durante cinco días aún, Thork vio a Kalgath dirigirse a hostigar a Kachar, volando al alba hacia el Chåkkeholt y regresando al este algún tiempo después. En el sexto día y los que le sucedieron, ya no volvió a verle.

Día tras día viajó hacia el este, durmiendo en las granjas o en las cabañas de los cazadores, deteniéndose ocasionalmente en alguna aldea, y viviendo cuando era necesario de lo que ofrecía la tierra: forrajeando, cazando con ballesta o con trampas, pescando. Y siempre que se presentaba una oportunidad, Thork reponía sus provisiones comprándolas a las personas que encontraba, y les preguntaba el camino de Xian, sin recibir como respuesta otra cosa que vagos gestos en dirección al este.

Las leguas fueron pasando bajo los cascos de Cavador: llanuras cubiertas de hierba casi siempre, con algún bosquecillo ocasional que se desplazaba lentamente desde el horizonte oriental hasta desaparecer eventualmente por el oeste; pero también cruzaba en ocasiones tierras altas, colinas, bosques, ríos y arroyos que se interponían en su camino.

Lentamente, el verano avanzaba a través de la tierra, y Thork y Cavador lo imitaban. Los días se alargaban y las noches se hacían más cortas. Pero la Montaña Negra nunca parecía estar más próxima que el día anterior. Y el príncipe y su poni proseguían su viaje.

Finalmente, una noche Thork acampó frente al Khalian Mire, el lugar más oriental señalado en los mapas de Kachar, que Thork había estudiado cuidadosamente antes de empezar su viaje. Respecto al Mire, nada se señalaba en los mapas, a excepción de una señal críptica que tanto podía referirse a un peligro oculto o bien a arenas movedizas, sin que se supiera bien cuál de las dos cosas indicaba. Thork había observado que el Mire estaba atravesado en la ruta propuesta, y que era más corto cruzarlo que rodearlo. Y mientras preparaba el campamento aquella noche, cuidando de Cavador y atendiendo a sus propias necesidades, Thork reflexionó sobre el hecho de que, después del próximo día, una vez cruzadas las marismas, avanzaría por un territorio que no constaba en los mapas de Kachar, y se adentraría en lo desconocido, en lugares que en los mapas figuraban tan sólo como un espacio en blanco.

Cuando se preparaba para dormir, en un punto lejano, hacia el sur, tal vez a una legua o un poco más de distancia, Thork pudo ver la luz de un campamento, y se preguntó qué razón podía haber llevado a otro viajero a las proximidades del gran pantano.

A la mañana siguiente, Thork condujo a Cavador por entre los árboles negros y retorcidos que surgían de entre la niebla alzándose sobre el limo resbaladizo en el que los pies encontraban dificultades para asentarse. Un musgo gris colgaba de las ramas muertas, y gruesos zarcillos arañaban el rostro de Thork, metiéndose por sus ojos, su boca y su nariz como si quisieran ahogarle. Un agua verde y espumosa le salpicaba imprevisiblemente al pisar charcas ocultas, y serpientes de ojos negros apagados y lenguas restallantes se deslizaban sobre los leños podridos y entre los juncos densamente agrupados a la orilla de las aguas estancadas. Objetos invisibles chapoteaban al caer en el agua, y grandes nubes de moscas, mosquitos y tábanos zumbaban en torno a Thork y al poni; entre juramentos y manotadas, Thork se veía obligado entonces a desmontar y frotarse con aceite repelente la cara y las manos, y también la piel de Cavador.

Thork avanzó a través de una tortuosa mezcolanza de musgos y árboles, juncos y charcas, pantanos y tierra firme; parecía haber quedado atrapado en un laberinto: avanzaba sólo para verse obligado enseguida a retroceder, y siempre parecía llegar a caminos sin salida o a tramos cenagosos imposibles de vadear. La tierra se hundía bajo los cascos de Cavador, cedía, y se pegaba a las patas del poni cuando éste las alzaba para apartarlas de la presa del pantano, como si el cieno gorgoteara una protesta. Cruzaron estanques de agua espumosa llenos de sanguijuelas, y salieron de ellos con las patas del poni cubiertas de aquellos odiosos parásitos que, llevados por la glotonería insaciable, mordían ciegamente, chupaban y se hinchaban de sangre. Thork desmontaba entonces, arrancaba los viscosos cuerpos hinchados de las ancas de Cavador, y curaba las llagas abiertas que habían dejado.

El Sol ascendió hacia el cenit, y el sofocante calor del pantano se espesó con la pestilencia de los gases nacidos de la descomposición. El aire se espesó hasta hacer difícil la respiración, y el silencio descendió sobre la marisma como si nada vivo hubiera en ella a excepción de Thork, Cavador y la nube de insectos que zumbaba alrededor de ambos.

Poco a poco el Sol inició su descenso, las sombras crecieron y con ellas regresaron los sonidos propios de los habitantes del Mire: silbidos, chapoteos, golpeteos y ruidos de cuerpos invisibles que se deslizaban, de movimientos ocultos.

Thork no sabía a qué distancia se encontraba el extremo oriental del Khalian Mire, pero no quería pasar la noche en aquellos lugares. Pero el Sol llegaba ya al horizonte, y empezaba a ocultarse detrás de él. Los árboles y los musgos colgantes proyectaban largas sombras. Los macizos de juncos se hundían en la penumbra.

Y sin previo aviso, Cavador relinchó y saltó, y Thork no pudo refrenar el pánico del poni, porque éste parecía haber percibido algún peligro que los acechaba, esperando a la oscuridad para caer sobre ellos.

A ciegas, Cavador corrió aplastando los macizos de juncos, presa de pánico, mientras Thork tiraba de las riendas sin resultado, porque su montura mordía el freno y no podía ser dirigida. Pero en ese momento Cavador salió de entre los juncos y súbitamente el chåk y el poni se encontraron forcejeando semihundidos en un pantano; Thork había caído de la silla y se encontró hundido de cabeza en el suelo movedizo.

Debatiéndose, Thork pudo sacar la cabeza por encima del barro, e intentó asentar los pies. Cavador se revolcaba un poco más allá, pero las arenas movedizas se los tragaban a los dos, amenazando cubrirlos. Y un hedor fétido, como de huevos podridos, los rodeaba. De nuevo Cavador lanzó un relincho de terror; los ojos del poni rodaban, y los movimientos desordenados que hacía lo hundían cada vez un poco más.

¡Kruk! ¡Dók, praug, dók! [¡Excrementos! ¡So, poni, so!], gritó Thork, hundido ya hasta el pecho en el pantano, mientras el caballo, presa de pánico, se agitaba y coceaba entre relinchos aterrorizados.

Thork consiguió llegar al lado de Cavador e intentó calmar al animal, pero justo en ese momento el poni dejó de agitarse frenéticamente.

Thork levantó la vista hacia la orilla en penumbra, y sus ojos encontraron allí a una mujer alta, de ojos verdes y cabello cobrizo, montada en un corcel gris. Según todas las apariencias, se trataba de una componente del pueblo de los jinetes ladrones.

La rueda giratoria del Destino había dado una vuelta completa, y ni la guerrera de la orilla ni el que estaba hundido en el arenal podían saber lo que les reservaba el futuro. Lo único que les importaba en aquel preciso momento era que cada uno de ellos veía en el otro el rostro de un enemigo odiado.

34

El trato

Principios de invierno, 3E1602

[Este año]

De nuevo el yo etérico de Kalgath el Negro observaba mientras la sombra negra de Andrak cruzaba el magma hirviente en las profundidades de la caldera ardiente situada en los dominios volcánicos del dragón de Fuego. La piedra estallaba pulverizada por aquella fuerza, y grandes géiseres de lava brotaban en un intento de sumergir a la silueta que se aproximaba, sin resultado porque la figura seguía avanzando en medio de aquel fragor deslumbrante. Finalmente, el visitante oscuro se detuvo al pie del dosel flameante, y el dragón esperó a que el mago hablara.

—Dos que buscaban el Kammerling han muerto, drake —susurró la voz del mago—, aniquilados por una tormenta. Una vez más estás a salvo, debido a mi mano; el Martillo de la Rabia sigue siendo inalcanzable para cualquier aspirante a héroe.

Kalgath el Negro sacudió la cabeza para mostrar que había oído las palabras de Andrak, pero nada dijo, adivinando el motivo real de la venida del mago y esperando lo que diría después, con una silenciosa risa burlona.

Andrak dio medio paso adelante.

—¿Te apoderaste del tesoro, wyrm?

Tampoco ahora dijo nada Kalgath, pero su silencio exultante confirmó al magus lo que éste ya sabía.

—Recuerda nuestro trato, drake —siseó Andrak, y sus manos oscuras se tendieron al frente, ávidas—. El cuerno de plata. ¿Estaba allí? Debo tenerlo. Vengo a buscarlo.

Lentamente, el dragón negro estiró su cabeza adelante y abajo, hasta que sus ojos dorados quedaron situados al nivel de la capucha oscura, y su mirada de dragón intentó

penetrar las sombras del interior, sin conseguirlo. Las rocas pulverizadas se proyectaban en el aire por encima de su cabeza, como el chorro de una fuente; el hedor de la lava rompía en mil burbujas ardientes.

—No, mago —susurró finalmente Kalgath—, no estaba allí.

El dragón echó atrás la cabeza, y su risa atronadora hizo temblar los muros de basalto de la cámara hirviente.

Andrak apretó los puños furioso, y sus nudillos se tornaron blancos. Hubo una larga pausa, mientras seguían resonando las carcajadas de Kalgath. Pero al fin la ira de Andrak cedió, y la razón se impuso.

—En ese caso, debe estar girando en los torbellinos del fondo del Maelstrom; se hundiría con los drakkares de los fjordsmen. De modo que no está perdido definitivamente, sino sólo extraviado. Todavía es posible recuperarlo, wyrm, tal vez dentro de un siglo más o menos, en el momento del próximo apareamiento. O tal vez antes incluso, si consigo convencer a alguno de los krakens de que lo busque. No importa, el hecho es que todavía me lo debes, y cuando vayas a aparearte de nuevo a esas profundidades ciegas...

El rugido de ira que Kalgath el Negro lanzó sobre la forma de Andrak fue acompañado por un chorro de fuego que surgió de la garganta del dragón y cubrió totalmente al mago..., sin el menor efecto.

—¡Escucha! —tronó el dragón de Fuego—. ¡No te debo nada en absoluto! Nuestro trato fue que, si el cuerno de plata estaba en el tesoro del Jordkeep, te lo entregaría. Ya has oído lo que te he dicho, estúpido: no estaba en el botín, de modo que yo he cumplido el trato. ¡Y si esperas que me ponga a buscar una trompeta sin importancia en los momentos agónicos del apareamiento, eres un estúpido mayor aún de lo que yo creía!

La figura de Andrak tembló de rabia, y llegó incluso a mover las manos para trazar un conjuro arcano, pero se detuvo casi de inmediato, al darse cuenta de la inutilidad de su gesto, al menos mientras tanto el dragón como él tuvieran su forma actual.

Los dos se miraron recíprocamente durante largo tiempo: el dragón agazapado en su trono incandescente, como si estuviera a punto de saltar sobre el intruso; el mago, con ojos invisibles que ardían de ira bajo su capucha oscura. Y en torno a ambos, la lava hervía y la roca saltaba por los aires y caía en forma de fina lluvia ardiente pulverizada. Por fin, Andrak rompió el silencio.

—Ese cuerno será mío, wyrm —declaró, y girando sobre sus talones se alejó, cruzando el fuego y la piedra incandescente.

Kalgath el Negro observó al visitante, mientras éste cruzaba la caldera humeante. El poderoso dragón pensó en las agitadas profundidades del Gran Maelstrom, y en las espantosas criaturas que habitaban aquellos horrendos abismos.

—No estés tan convencido, mago —murmuró para sí mismo—. No estés tan convencido.

35

La aguja negra

Principios de invierno, 3E1602

[Presente]

Elyn y Thork descendieron por las laderas de la Montaña Negra, hundidos hasta las rodillas en la nieve que entorpecía su marcha. Dejaban tras ellos la morada oculta de los magos, y se dirigían hacia lo desconocido. Pero avanzaron en dirección norte: Thork iba delante, buscando una meta de la que nada sabía salvo por el parpadeo negro que había podido ver en el extraño gran mapa esférico de los magos. Le seguía Elyn, con los ojos fijos en la espalda de Thork, sin apartarse de la senda que él iba abriendo de momento, y sabiendo que más tarde le llegaría a ella el turno de ponerse al frente. Su mente se

entretenía en la larga cadena de acontecimientos que había llevado a los dos hasta aquel momento y aquel lugar, y supo que todo formaba parte de la urdimbre y la trama que iba fabricando en su taller el Tejedor Invisible.

Su aliento se solidificaba en forma de vaho blanquecino al aire fino y gélido, y el frío los atenazaba como una inmensa garra de hielo.

Cuando el guerrero y la doncella guerrera descendieron por los contrafuertes situados al norte de la Montaña Negra, aquel enorme murallón de granito los resguardó de los rayos directos del bajo Sol invernal, un Sol que hería con luz cegadora las nieves acumuladas en las laderas distantes. Pero a pesar de viajar a la sombra de la montaña, los dos siguieron llevando las máscaras ranuradas que protegían sus ojos de la ceguera de la nieve.

Viajaron así todo el día a la sombra fría de la montaña, intercambiando de tiempo en tiempo sus posiciones pero siempre en dirección norte, confiados en las palabras del Mago-lobo, y confiados también en que la interpretación que ambos habían hecho del globo los llevaría hasta la fortaleza de Andrak, y en que allí encontrarían el Kammerling.

La noche los encontró en las últimas estribaciones septentrionales de la Montaña Negra, apretados el uno contra el otro en busca de calor, sentados con las espaldas apoyadas en la piedra de la montaña, envueltos en sus capas y compartiendo las mantas de los dos, sin atreverse a encender un fuego por miedo a que alguien advirtiera su presencia. Pero aunque no hubieran tenido la sensación de que en las cercanías podía haber ojos hostiles, les habría sido difícil encontrar el material necesario para encender un buen fuego de campamento, porque la leña no abundaba en las peladas montañas de Xian.

La pareja apenas había cruzado unas pocas palabras aquel día, porque el terreno era muy quebrado y todas sus energías se habían empleado en el esfuerzo de cruzar las abruptas laderas. Tampoco ahora hablaban porque estaban agotados; el aire enrarecido de las alturas, la nieve espesa y el terreno difícil les habían pasado factura. De modo que en silencio comieron su cena fría y bebieron de sus cantimploras. Podían oír aullar el viento a través de los altos riscos de la montaña, encima de ellos; la tierra parecía desierta de todo tipo de vida, con la excepción de ellos dos. En aquel lugar solitario, Elyn reclinó su cabeza sobre el hombro de Thork y se quedó dormida, con un pedazo de galleta a medio comer en la mano. Thork se lo quitó con delicadeza y lo puso a un lado, apartó de la frente de Elyn sus cabellos cobrizos, y se estiró junto a ella hasta que ambos quedaron tendidos en el suelo, lado a lado. Y apretado contra ella, también él se quedó dormido; la Luna navegaba silenciosa por encima de ellos en el cielo nocturno, sin hacer el menor comentario sobre el enano y la doncella guerrera que dormían allá abajo, estrechamente abrazados.

Mientras los dos dormían exhaustos, del interior de la propia piedra ascendió el eco débil de un martilleo rítmico, como si un poderoso puño situado a una gran profundidad enviara a través de la roca un mensaje arcano, para comunicar noticias importantes a gentes muy lejanas; pero ni Elyn ni Thork fueron conscientes de aquel fenómeno.

Cuando Thork despertó a la mañana siguiente, oyó cantar a Elyn. Envuelto en la mantas, calientes aún por la presencia de ella, oyó las palabras de la canción...

¿Lucharíais basta la muerte
por aquello que amáis,
por más que se tratara de una causa perdida...?
¿Por aquello que amáis?

... y la tristeza invadió su corazón. Aun así, escuchó aquella voz y la encontró hermosa.

Cuando vio incorporarse a Thork, Elyn calló, como avergonzada de que alguien la escuchara. Se arrodilló junto al tenue hilo de agua helada que corría por la roca de la ladera montañosa en la que habían acampado, y llenó las cantimploras, preparándose para el camino que les aguardaba.

—Hai, perezoso —le sonrió—, será mejor que te des prisa. Yo ya he desayunado y estoy dispuesta para la marcha, y prefiero que estés a mi lado a que vengas siguiéndome de lejos.

Thork le devolvió la sonrisa, y su tristeza se desvaneció.

—Dice la tradición que es destino del varón tener que sufrir siempre la charla de una hembra al despertar con el alba.

—¿Con el alba? —Sonrió Elyn, e indicó con un guiño de ojos el Sol que asomaba majestuoso entre dos picos—. Di mejor a media mañana.

Thork se puso en pie y fue a aliviarse detrás de un saliente de la roca. Los dos habían cesado de avergonzarse de aquellas necesidades fisiológicas, porque habían viajado juntos a lo largo de muchas leguas, durante días y semanas, sin separarse nunca para no perder la protección de la pepita de silverón que les dio el Mago-lobo. Cuando se hubo anudado de nuevo los pantalones y regresado a la orilla del arroyo, habló de lo que les esperaba.

—Mi señora, ayer recorrimos unos veinte kilómetros, y si el mapa de los magos es exacto, entonces al atardecer del día de hoy veremos la entrada de la fortaleza de Andrak, siempre y cuando la luz negra del globo indique realmente la localización de su guarida.

Thork chapoteó en el arroyo, se lavó largamente la cara y las manos, y finalmente juntó éstas en forma de copa y bebió una y otra vez aquella agua helada.

—¿Qué es lo que piensas, Thork?

—Tan sólo esto, princesa —contestó el enano mientras partía un pedazo de su provisión de galleta—. ¿Crees que esa piedra que llevas nos permitirá entrar sin ser vistos en el holt de Andrak?

Elyn meditó largo tiempo antes de contestar.

—Hay un hecho cierto, amigo mío. No hemos sido atacados por ninguna criatura desde que partimos del bosque de los Lobos, de modo que la pepita parece habernos protegido del espionaje de Andrak. Además, ni nosotros ni los vulgs pudimos advertir la presencia del Mago-lobo mientras él no quiso. Y si esa pepita impide la visión de Andrak y engaña a ojos como los tuyos, como los míos, y también como los de los vulgs, eso quiere decir sin duda que nos preservará de las miradas de quienquiera que se encargue de la centinela de los baluartes del holt de Andrak.

—Ojalá tuviera tu fe, princesa —respondió Thork—. Escúchame. Antes de meternos en lo que tenemos delante nuestro, sea ello lo que fuere, preferiría hacer una prueba. No es que desconfíe de que el Mago-lobo conozca a fondo sus artes, pero temo que Andrak consiga vernos a través de la protección de la piedra; porque el Mago-lobo nos recordó que también Andrak es un mago, y que sus poderes podían atravesar la barrera protectora del talismán.

»Es posible que Andrak tenga ojos de dragón, porque en mi pueblo se afirma que nada puede estorbar la mirada de un drake.

—Sí —dijo Elyn—, también en Jord dicen lo mismo. A pesar de eso, yo esperaba que este talismán nos ayudara contra Kalgath el Negro, además de contra Andrak, porque en mi pueblo se dice también que un dragón sabe siempre cuándo se ha introducido alguien en sus dominios, y mi esperanza era que de alguna manera pudiéramos llegar hasta él inadvertidos, tal vez bajo la protección de la piedra. Por supuesto, no es seguro que lleve este talismán cuando nos acerquemos a Kalgath.

Como Thork le dirigía una mirada interrogadora, Elyn respondió a su pregunta inexpresada.

—No olvides, Thork, que el Mago-lobo nos dijo que llegaría el momento en que yo arrojaría la piedra lejos de mí. Espero que ese momento tarde mucho en llegar.

Thork comió otro pedazo de galleta, y sacudió la cabeza.

—Ni tú ni yo podemos desentrañar ahora ese enigma, mi señora, de modo que lo afrontaremos cuando llegue el momento. Pero hoy vamos a llegar ante el holt de Andrak, y necesitamos preparar una estrategia para luchar contra él.

»Mi opinión es ésta: que entremos de noche, amparados en la oscuridad, escalando los muros (si es que hay muros) por el lugar que encontremos más adecuado, y si no, por otro medio que nos permita entrar sin ser vistos.

—Pero en el caso de que podamos entrar de esa forma, príncipe Thork, ¿qué propones entonces? —preguntó Elyn, mientras doblaba las mantas y colocaba una en cada una de las mochilas que llevaban a la espalda.

—En ese caso, no nos quedará más opción que confiar enteramente en el poder de la piedra. —Thork acabó de masticar su ración de galleta e hizo una pausa—. Sin embargo, llegados a ese extremo, creo que deberíamos atender las recomendaciones del Mago-lobo y ocultarnos de la vista de Andrak.

—De acuerdo —asintió Elyn. Se enderezó, cargó con su mochila y esperó a que Thork se echara al hombro la suya propia. Y los dos emprendieron la marcha hacia el norte, siguiendo un valle cubierto de nieve que serpenteaba entre dos picos.

Durante toda la mañana siguieron un sendero que conducía hacia el norte, y poco a poco la marcha fue haciéndose menos penosa, porque el viento de la tormenta había asolado el valle, y algunos lugares estaban despejados de nieve. A medida que avanzaba el día, la profundidad de la nieve que encontraban iba disminuyendo, hasta que en general el espesor era de menos de treinta centímetros. Era evidente que la tormenta de días atrás había concentrado su furia en dirección sur, siguiendo la dirección contraria a la que seguían ellos.

A primera hora de la tarde doblaron un recodo montañoso, y a corta distancia, frente a ellos, pudieron ver alzarse un peñasco oscuro, como un colmillo negro que hubiera brotado del suelo del valle. Y en lo alto de aquella aguja de ébano, se asentaba la fortaleza amurallada.

Poco más pudieron ver de aquel alcázar, porque se encontraban aún a unos diez kilómetros de distancia. Aun así, alcanzaron a ver asomar sobre los baluartes un torreón negro, y también un edificio amplio, cubierto por un techo de color también negro: quizá el cuerpo principal de la vivienda. También la piedra de las murallas era oscura.

—Basalto, probablemente —gruñó Thork.

Avanzaron más aprisa, mientras el lejano Sol invernal descendía por el cielo frío. Al acercarse más, observaron nuevos detalles: a la izquierda divisaron un peñasco de menores dimensiones, pero de base más amplia; una tenue línea de luz entre los dos riscos mostraba que ambos estaban separados, aunque muy próximos entre sí. Un camino serpenteaba desde el valle hasta la cima del peñasco más bajo, y parecía pasar de ahí al otro, sin duda por un paso de alguna especie, según dedujeron, aunque no pudieron ver ninguna clase de puente.

—¡Kruk! —renegó Thork—. No he traído mi equipo de escalada.

—Tenemos cuerdas, Thork —comentó Elyn.

—Sí, princesa —respondió Thork—, pero eso no basta. Uñas de roca, ganchos, arneses de escalada, martillos: eso es lo que necesitaríamos, porque los últimos ochenta o cien metros son verticales, y sin apoyos será imposible trepar ese tramo final.

Se acercaron más, deslizándose entre peñascos y ocultándose en los repliegues del suelo, buscando siempre el abrigo del terreno a pesar de que llevaban la pepita de silverón, porque no sabían qué clase de ojos podían estar observándolos desde las almenas. Ahora estaban ya lo bastante cerca para advertir que los muros de la fortaleza formaban un saliente, un arco hacia el exterior pensado específicamente para disuadir a quienes intentaran trepar con cuerdas o escalas de mano.

—Las máquinas de asedio no pueden llegar hasta ese castillo —comentó Elyn. Estaban tendidos boca abajo sobre una prominencia del terreno, y miraban hacia arriba

para evaluar el espacio que los separaba de la base de los muros—. Bueno, tal vez podrían colocarse catapultas sobre la aguja menor, pero sería imposible acercar las torres de asalto a los muros, ni colocar arietes de ninguna clase en posición para batir las puertas o los lienzos de la muralla.

—Mira allí, mi señora. —Thork señaló el lugar en que el camino cruzaba la brecha—. Allí tendría que haber un puente entre las dos agujas, pero ahora no se ve ninguno. Supongo que se tratará de un puente levadizo, o tal vez un mecanismo giratorio.

Thork guardó silencio, pero su mente siguió trabajando a toda prisa: «Tal vez tendremos que trepar por el precipicio después de todo».

El Sol prosiguió su descenso en el cielo vespertino, y los dos reemprendieron la marcha, aproximándose poco a poco a su objetivo. Nada más averiguaron de la construcción de la fortaleza que no supieran ya, porque se elevaba a una gran altura sobre el fondo del valle, en un ángulo excesivo para que pudieran atisbar más detalles.

Cuando el Sol empezó a esconderse detrás del horizonte, Elyn y Thork llegaron a un lugar desde el que divisaban ya el camino que descendía serpenteando por la aguja mayor, hasta alcanzar la parte superior plana de su compañera menor y bajar entre vueltas y revueltas para desembocar finalmente en el valle y desaparecer entre los peñascos de las montañas vecinas.

Cautamente, mientras la penumbra se iba extendiendo por el paisaje montañoso, los dos se dirigieron a aquel camino; porque era evidente que se trataba del único acceso razonable a la fortaleza; escalar el precipicio vertical sobre el que se alzaba el castillo sería una tarea excesivamente difícil incluso para un enano acostumbrado a trepar diariamente por las rocas del interior de los Châkholts de la Montaña. Y aunque Thork pensaba que tal vez podría conseguirlo, dudaba mucho de que fuera capaz de otro tanto su compañera, criada en las llanuras. De modo que se dirigieron al camino y a la forma más fácil de ascender, confiando en el poder de la pepita de silverón para ocultarse en aquel espacio abierto. Aun así, no sabían cómo podrían cruzar la brecha abierta entre las dos agujas; su intención era explorar el lugar o tal vez tender las cuerdas de que disponían entre los dos bordes del precipicio para cruzarlo colgados de ellas.

Cayó la noche, y se encendieron antorchas en lo alto de las almenas. Pero las murallas estaban aún demasiado lejos y en un ángulo excesivo para que la pareja pudiera distinguir quién montaba la guardia en los baluartes.

Al acercarse más, cortaron unos arbustos y empezaron a barrer sus propias huellas, porque la piedra que pisaban no ocultaba el rastro de su paso —las pisadas en la nieve—, y no querían que alguna patrulla descubriera casualmente la prueba de que unos extraños rondaban la fortaleza.

Estaban ya junto al camino. Pero antes de pisar su superficie, oyeron gritos lejanos, y les llegó el eco distante de un chirriar metálico como el de un mecanismo en funcionamiento: crujió un engranaje metálico y se entrecocaron cadenas, como las de una barbacana al ser alzada; retumbaron unas puertas al abrirse; se oyeron nuevos gritos, y más chirriar de cadenas, y un puente quedó tendido sobre la brecha, uniendo las dos agujas. Entonces, entre el golpeteo de los cascos y el tronar de las ruedas, un carro tirado por tres caballos salió de la puerta y cruzó como una exhalación el puente levadizo; el cochero azotaba furioso a los animales, que lanzaban relinchos de dolor.

Camino abajo se precipitó aquel fantasmal vehículo de dos ruedas tirado por los tres caballos, entre botes y sacudidas por el abrupto sendero, mientras el látigo restallaba incansable en el aire.

Elyn sujetó a Thork por el brazo y lo arrastró hasta el resguardo de un voluminoso peñasco, desde detrás del cual observaron cómo proseguía su carrera descendente el vehículo, vagamente iluminado por la luz de las antorchas encendidas en lo alto de las murallas. Pero muy pronto Elyn dejó de verlo, mientras descendía con un ruido atronador las pendientes más bajas y salía al valle, tomando entre chirridos del eje de las ruedas la

amplia curva que se alejaba hacia el norte. Pero justo en el momento en que cruzaba ante ellos, el conductor tiró con fuerza de las riendas, haciendo que los corceles, al detenerse con brusquedad, tropezaran entre ellos y estuvieran a punto de caer al suelo entre relinchos de dolor.

El cochero se irguió en su carro y miró alrededor, como si hubiera percibido algo extraño, igual que un mastín olfatea un rastro imperceptible. Volvió la cabeza a un lado y luego al otro, buscando algo..., o a alguien.

Con su visión de enano, Thork pudo apreciar que los animales que tiraban del carro eran hèl-corceles. Se parecían a los caballos, pero no eran caballos: eran criaturas nocturnas, afectadas por la Prohibición; con ojos de serpiente, de pupilas rasgadas; colas cubiertas de escamas y pezuñas hendidas. Más lentos que un buen caballo, pero de una resistencia increíble; otra de las creaciones de Gyphon surgidas de Neddra. En cuanto al cochero, Thork no podía decir si se trataba de un elfo, o bien de un hombre. La única persona parecida que había visto era... ¡el Mago-lobo! Por consiguiente, éste debía de ser también un mago. ¡Andrak!

—Andrak —susurró Thork a Elyn.

Ella aspiró por entre los dientes apretados y tiró de Thork para ocultarlo un poco más detrás del peñasco, mientras su mano se alzaba hasta el cuello, del que colgaba la piedra de silverón.

Esperaron mucho rato sin que se moviera nadie: ni Elyn, ni Thork, ni quien estaba en el camino. Por fin la tensión cedió porque el hèl-corcel del centro se agitó y pifó, y los otros dos, sujetos con un triple arnés, relincharon furiosos e intentaron morder al primero. El elfo, o el hombre, maldijo y azotó a las criaturas con el látigo, con una saña frenética. Y desaparecieron con estruendo, en dirección norte, los hèl-corceles relinchando de dolor, el látigo restallando, el mago mascullando imprecaciones obscenas en la noche.

Pasado un rato, Elyn y Thork salieron al camino, y el enano intentó divisar el carro en la lejanía. Pero había desaparecido, camino del norte, hacia alguna misión desconocida.

—Nos sintió, princesa —gruñó Thork—. Tal vez tiene poderes superiores a los de la piedra que llevas.

—Tal vez —contestó Elyn en voz baja—, pero es todo lo que tenemos para protegernos en esa fortaleza oscura.

—No, señora —dijo Thork—, todo no, porque también disponemos de nuestra inteligencia y de nuestras armas.

Elyn sonrió.

—Sí, guerrero; inteligencia, armas, y no escasa destreza.

Una vez más emprendieron la marcha hacia el castillo, borrando el rastro que dejaban tras ellos. Y cuando pisaron ya el suelo del camino que llevaba a la fortaleza, tiraron los arbustos que utilizaban como escobas y empuñaron sus armas: Elyn el arco, y Thork la ballesta. Y siguieron el camino serpenteante, sigilosa, lentamente, escudriñando las sombras más oscuras; y el tiempo fue deslizándose sin que lo advirtieran mientras ascendían por la aguja menor. En un lugar vieron un tramo de escalones tallados en la piedra que parecía conducir a través de la oscuridad hasta la cima del risco; pero lo evitaron, y prefirieron seguir el camino que habían visto usar.

Finalmente, ocultos por las sombras llegaron a la cima y al puente levadizo, tendido ahora entre la aguja menor y la mayor, un puente que se deslizaba sobre rieles desde el extremo más lejano, movido por cabrestantes y cables, hasta cubrir toda la extensión de la brecha, permitiendo el paso. No había centinelas apostados, de modo que avanzaron medio a rastras por aquel paso de madera, sobre un horrendo precipicio. Desde el puente pudieron ver las antorchas que llameaban en las almenas, y advirtieron las sombras de la guardia que hacía la ronda en los adarves.

Llegaron al extremo más lejano del puente y después a la cima de la aguja mayor, y los baluartes de la fortaleza se alzaron en la oscuridad frente a ellos. Pudieron ver el lugar de

la puerta de entrada, en el muro occidental, porque el resplandor amarillo de las antorchas brillaba a través del portal, formando un amplio arco de luz proyectado sobre el suelo rocoso. En silencio siguieron el camino, dejando a su derecha un muro de piedra negra, y a la izquierda un abismo que descendía vertical hacia el valle. Se deslizaron a lo largo del baluarte, vigilando las sombras acurrucadas en su base, y pasaron silenciosos bajo el voladizo, mientras la luz que se filtraba por las saeteras y los matacanes iluminaba débilmente el camino que seguían.

Así llegaron hasta el hueco de la entrada, el lugar donde el muro que habían seguido hasta entonces se abría en un portal rematado en arco, dando paso a una estancia que quedaba fuera de su campo de visión. Elyn tendió su arco a Thork y reptó unos metros hasta atisbar cautelosamente desde una esquina. El rastrillo, una maciza reja de hierro forjado, estaba bajado, impidiendo el paso. Unos hachones humeantes alumbraban el camino bajo la barbacana, y, resguardado en el arco del portal, del lado más próximo, estaba apostado un centinela, un rutch, cimitarra en mano. Y en ese momento se oyó un grito en lo alto del muro.

Resonó en los adarves el golpear de botas claveteadas de hierro, y en el interior de la fortaleza se escuchó un clamoreo. Voces de mando sonaban en la barbacana, y los guerreros rutch corrieron obedientes a las armas.

Elyn se echó atrás precipitadamente, y ella y Thork se apretaron contra las sombras del muro. Rápidamente, Thork dejó a un lado los arcos y ambos se armaron para una lucha cuerpo a cuerpo —sable y hacha—, mientras sonaban los cuernos de señales e invisibles engendros formaban y corrían a ocupar sus puestos en el interior. Pero, en medio de aquel clamoreo, Elyn escuchó lo que había hecho movilizarse a todos: el chasquido de un látigo y el traqueteo de las llantas de hierro de las ruedas de un carro que ascendía por el camino rocoso.

—¡Andrak! —susurró—. ¡Vuelve, y a menos que huyamos de aquí, estamos perdidos!

En aquel mismo momento se oyó un estruendo de engranajes, y del arco de la entrada les llegó el chirrido de la reja de hierro deslizándose sobre sus guías; estaban alzando el rastrillo. Sobre los adoquines resonaron los pasos de botas claveteadas, y un pelotón de rutch y drokha portando antorchas salió del portal y dio la vuelta a la esquina. Elyn empuñó su sable y se colocó en posición, y Thork blandió decidido su hacha. Pero el pelotón de engendros pasó de largo sin dirigirles una sola mirada, a pesar de que los dos estaban totalmente al descubierto.

El restallar del látigo y el traqueteo del carro se oían más próximos; los hèl-corceles ascendían por la aguja menor, cerca ya de la cima.

—Vamos, Thork —susurró Elyn—. ¡Es la piedra de silverón, o nada!

Después de guardar sus arcos, la pareja rodeó la esquina y entró en el portal iluminado por los hachones. El rutch de guardia estaba delante de ellos, mirando hacia afuera, pero sus ojos parecían dirigirse a todas partes menos a donde ellos estaban. Detrás de ellos, los rutch y los drokha formaron entre gritos de mando una doble línea a ambos lados del extremo más cercano del puente. Y el rechinar de las llantas de hierro de las ruedas del carro sobre la roca, el restallar del látigo, los relinchos de los hèl-corceles y las maldiciones obscenas proferidas por el iracundo cochero se oían distintamente desde la cima de la aguja menor.

Con una mirada a Thork, Elyn avanzó, dispuesta a matar al centinela al menor movimiento. Thork la siguió. El rutch no pareció advertir su presencia, y los dos pasaron rápidamente bajo la barbacana y entraron en el patio de armas. Detrás, oían el estruendo del puente de madera al pasar sobre él el carro. Alineados delante de ellos, a la luz de los hachones encendidos, formaban dos filas de guardias rutch, además de guula pálidos como cadáveres y montados en hèl-corceles, alineados a la espera de la llegada de su odioso amo, flanqueando el camino por el que debería pasar.

Y ni un solo ojo pestañeó a la vista de los intrusos.

Pero ya podía oírse el ruido de un carro tirado por hèle-corceles que volaba hacia el portal de entrada.

Al mirar hacia la izquierda, Elyn vio una puerta abierta de par en par en un gran edificio negro que hacía ángulo con el cuadrante noroeste del muro interior, y corrió hacia allí, seguida de cerca por Thork. Justo en el momento en que ambos desaparecían en el portal en sombra, el carro entró con estrépito en el patio y sus ruedas hicieron saltar chispas de los adoquines mientras lo cruzaba a toda velocidad por el pasillo formado por la guardia, con Andrak fustigando sin piedad a los hèle-corceles, en dirección a la base de un alto torreón de ébano arrimado a la esquina sudoriental de las gruesas murallas.

Entre relinchos de pánico, los hèle-corceles se detuvieron a un cruel tirón de las riendas, y el carro quedó inmóvil delante de la puerta oscura del negro torreón. Después de gritar alguna orden a la guardia, Andrak cruzó con su látigo el rostro de un servil lacayo rutch, bajó del vehículo y subió con largas zancadas los escalones que llevaban al interior de la aguja, mientras a sus espaldas los engendros se precipitaban a cumplir sus órdenes.

Entre gritos, maldiciones y el crujido de los ejes de los cabrestantes, se retiró el puente levadizo de la brecha entre las dos agujas, hasta quedar recogido en el lado más próximo. Entre el chirrido de bisagras, la puerta principal se cerró con un ¡bum! y el gran cerrojo de hierro quedó ajustado en su lugar con un ¡dang! Sonaron los engranajes y entrechocaron las cadenas cuando el grueso rastrillo bajó, y el hierro gimió al deslizarse sobre el hierro, hasta hundirse en los profundos hoyos excavados en el suelo de piedra de la puerta de la barbacana con un estremecedor ¡dong!

Elyn y Thork se encontraron encerrados en el interior de las murallas oscuras, con la puerta de salida cerrada, y asegurada con cerrojo; encerrados en un bastión negro, poblado de enemigos tan numerosos como las piedras; encerrados en una fortaleza de ébano señoreada por un maligno anfitrión que los mataría con toda seguridad si llegaba a enterarse de su presencia.

36

La torre de la Oscuridad
Principios de invierno, 3E1602
[Presente]

La débil luz de los hachones encendidos en el exterior, Elyn y Thork se encontraron ante un inmenso salón oscuro lleno de sombras acurrucadas, que se agitaban de forma extraña, confundiendo la mente y la visión. A su derecha podían ver el lóbrego arranque de una escalera empinada que conducía a una planta superior. A la izquierda, el muro se prolongaba en la oscuridad hasta una esquina en ángulo. Al frente, todo lo que Elyn alcanzaba a ver eran formas vagas y oscuras que se agitaban, y pudo oír ruido como si alguien estuviera revolviendo alguna cosa.

—Hay mesas y bancos, princesa —susurró Thork, consciente de la incapacidad de ella para ver en las tinieblas—. En las mesas hay comida pudriéndose. Las ratas se la están comiendo.

En el exterior oyeron ruido de pasos, y la luz aumentó ligeramente.

—¿Dónde vamos, Thork? —susurró Elyn—. Vienen, y yo no puedo ver tan bien como tú.

—Al frente, señora —respondió Thork—, porque no quiero verme atrapado en esas escaleras estrechas. Prefiero que busquemos un escondite en este salón tan grande, a que nos aventuremos por esos escalones.

Rápidamente, Thork cruzó por entre las sombras viscosas y las mesas, hasta llegar súbitamente a una abertura, en la pared de la derecha, a través de la cual se veía brillar una luz rojiza. Thork no pudo descubrir la razón por la que no había advertido antes aquel

brillo. Pero antes de que pudieran investigarlo, los engendros irrumpieron por la puerta que quedaba a sus espaldas, y Elyn y Thork se ocultaron entre las sombras.

Tropas de rutch y de drokha entraron en la sala desde el patio de armas, y la luz de sus antorchas dibujó sombras móviles y escurridizas; destellos de luz atravesaban la oscuridad y parecían forcejear con las tinieblas lóbregas, como si tuviera lugar entre ambas una lucha por el predominio, y algunos pozos de negrura se resistieran a ceder ante aquel parsimonioso goteo de luces. Todo el cuerpo de la guardia de Andrak entró dispuesto a tomarse un descanso, una vez cumplida su obligación. Con ellos entraron los guula: pálidos como cadáveres, con mortecinos ojos de ébano de mirada apagada, bocas rojas como heridas abiertas en sus rostros lívidos, y manos espectrales con largos dedos ávidos. Tenían la estatura de un hombre, pero ése era el único parecido con los hombres de aquellas criaturas de Neddra. Sin una mirada a los dos intrusos, los miembros de la guardia giraron a la izquierda al llegar a la esquina en ángulo, y desaparecieron por una escalera que bajaba y que ni Thork ni Elyn habían visto hasta aquel momento.

—Ai-oi, Thork —susurró Elyn—, pasan por una puerta que no estaba antes ahí.

—No, señora —contestó Thork con un murmullo—, la puerta siempre ha estado ahí, pero nosotros no podíamos verla. Son estas malditas sombras: engañan a la vista... Mira, señora, la luz de las teas que arden: revela espirales extrañas en estas tinieblas, y racimos de sombras que forman muros temblones de oscuridad, de modo que ni siquiera mis ojos pueden traspasar esos remolinos.

La mirada de Elyn recorrió la cámara oscura, y la negrura que se enroscaba en la luz de las antorchas.

—El Mago-lobo nos advirtió que también Andrak era experto en el arte de la ocultación; no hay duda de que en este lugar se advierte su mano.

Thork gruñó pero no dijo nada, mientras el Falso Pueblo seguía entrando por la puerta y bajando las escaleras; a veces un rutch o dos, entre risotadas viles, se detenían un momento y ahuyentaban las ratas a mandobles de cimitarra, dando golpes inútiles que hendían la madera de los tableros de las mesas sin causar ninguna víctima, ni tan siquiera asustarla. Finalmente, el último de los componentes de la guardia desapareció por la lóbrega escalera, y cuando ya no quedó nadie a la vista, de nuevo el salón quedó sumido en una negrura espesa y viscosa.

—Princesa —dijo Thork en voz baja—, si el resto del castillo se parece a esta cámara, yo esperaré la luz del día de mañana para seguir nuestra búsqueda, porque tú no eres capaz de ver nada en estas tinieblas, y corres un peligro mayor por ello.

Thork levantó la mano para acallar las protestas de Elyn.

—Escucha, ¿qué dirías si nos encontráramos en la situación inversa? ¿Me harías caminar a ciegas? No, señora, porque no sólo sería una temeridad, sino que nos perjudicaría en el caso de vernos obligados a combatir. Y del mismo modo que no querrías verte privada del concurso de mi hacha en una situación así, a mí me disgusta no contar con tu espada en un caso de necesidad.

Thork hizo una breve pausa, y luego siguió hablando:

—Además, me parece que serán necesarios tus ojos, sumados a los míos, para encontrar lo que buscamos.

—Estoy de acuerdo, guerrero —respondió Elyn—. Aunque veo agitarse delante de mí vagas sombras, son como negro sobre negro; en este lugar valgo tanto como si estuviera ciega. Y si lleváramos antorchas o linternas para que yo pudiera ver con claridad, dudo que ni siquiera la piedra de silverón que llevo tuviera poder bastante para ocultar el brillo de nuestras luces a los ojos de nuestros enemigos, y entonces se preguntarían quién lleva las luces, y al preguntárselo, acabarían por vernos a nosotros en lugar de mirar más allá de nuestros bordes.

»Pero también hay otro aspecto que debemos de considerar: buscar a la luz del día significará, no solamente que podremos ver el Kammerling con mayor facilidad, sino

también que nosotros mismos podremos ser vistos. Estaremos expuestos a la mirada de Andrak, y él sabe cómo vernos.

—Sí, mi señora —repuso Thork—, pero escucha: la única vez que hemos visto a Andrak, era de noche. Tal vez sufre la Prohibición, y no pasea durante el día.

—Tal vez nadie pasee durante el día, Thork —prosiguió Elyn su razonamiento—, porque el Falso Pueblo no puede soportar la luz. Se esconderán en alguna parte, en las cámaras de los sótanos, mientras el Sol esté en el cielo.

—Así pues, princesa, ¿estamos de acuerdo? —dijo Thork, y cuando Elyn contestó con un gesto afirmativo, señaló el pasillo débilmente iluminado que se abría frente a ellos—. Nuestro plan era entrar, hacernos con el martillo, y salir: el primer paso está hecho, quedan aún los otros dos. Si el resto del holt de Andrak es tan retorcido como este salón oscuro, lo mejor será buscar un escondite seguro para esperar el amanecer.

Empuñando respectivamente el sable y el hacha, Elyn y Thork avanzaron por el pasillo en el que se percibía el resplandor rojizo; era bastante corto y de repente, cuando ya llegaban al final, oyeron ruido de ollas, sartenes y vajilla, un ruido que parecía haber estado siempre allí, pero que por alguna razón no habían advertido hasta ese momento.

Entraron en una siniestra cocina llena de humo y envuelta en sombras, en la que parpadeaban las luces rojizas de los hornos encendidos, que proyectaban en las paredes las sombras de unas siluetas deformes. Trajinando de un lado para otro, había allí ¡hombres! Hombres morenos y atezados, algunos de ellos de piel olivácea, de Hyree o Kistan, o tal vez de las aldeas de las montañas de Xian. Hombres que trabajaban como cocineros y pinches. Carniceros que picaban piezas de una carne desconocida de color oscuro. Sirvientes, fregonos. Elyn y Thork se miraron el uno al otro, y entre ellos se estableció una corriente silenciosa de comprensión. Ahora sabían quién vigilaba el castillo durante las horas de luz diurna: ¡hombres!

Arrastrando a Thork detrás de ella, Elyn cruzó la habitación dando un largo rodeo hacia una puerta de salida situada en diagonal respecto al lugar por el que entraron; se apartaron de las mesas redondas y se deslizaron pegados a la pared, esquivando a los atareados pinches, sin que nadie advirtiera una presencia extraña. Pero cuando ya la pareja se escabullía por la puerta de salida, un trío cargado con una bandeja, que corría apresurado en la dirección contraria, estuvo a punto de chocar con ellos; en el último instante se detuvo, confuso al parecer, y se hizo un lío con sus propios pies, mientras los dos intrusos se arrimaban contra la pared y pasaban casi rozándolo. Cuando estaban ya detrás de él, el throll miró desconcertado a uno y otro lado, como si intentara captar una imagen que se le escapaba. Al no ver nada, frunció asombrado el entrecejo y corrió hacia la cocina.

Elyn y Thork se encontraron en el umbral de otro comedor, lleno de gente que comía ruidosamente. Sobre sus cabezas ardía una gran lámpara de aceite, suspendida de una cadena de bronce, y su luz luchaba con la oscuridad sinuosa que se extendía también por esta sala.

—¿Por qué hay dos comedores, Thork? —susurró Elyn—. Uno delante y otro detrás.

Thork se encogió de hombros, y luego inclinó la cabeza, indicando en silencio que debían proseguir su camino.

Mientras cruzaban la sala, las sombras se alargaban y se encogían alternativamente, revelando y ocultando enseguida las dimensiones de la sala, e incluso su forma. Pero a medida que avanzaban, los dos pudieron darse cuenta de que se trataba de una estancia de grandes dimensiones, llena de mesas y de bancos, de guerreros y servidores; en la esquina del nordeste una escalera de caracol subía a la planta superior, mientras que en el centro de la pared este se abría otra abertura negra.

Los dos se deslizaron por esa última puerta, y entraron en otra cámara en tinieblas. Elyn no podía ver nada sino la oscuridad, aunque, en el umbral mismo de su percepción, le pareció detectar unos murmullos: susurros obscenos. Se cenó atrás llena de una

repulsión súbita, como si sus pies se resistieran a llevarla a aquel lugar envilecido. Pero Thork la arrastró tras él; y a regañadientes, sin ver, ella le siguió.

—Es una sala de reunión de alguna especie —gruñó él—, y está vacía.

De repente se detuvo, y luego la empujó a un lado, como si hubiera tropezado con alguna barrera.

—Hay símbolos grabados en el suelo, princesa.

De nuevo se detuvo Thork, y Elyn se sintió rodeada por murmullos lóbregos, susurros inaudibles, cánticos que le provocaban asco, pero apenas era incapaz de ver otra cosa que una vaga forma negra y maciza en la oscuridad que se extendía ante ella.

—Un altar, princesa —la voz de Thork revelaba preocupación—, manchado, orlado de runas, con canalillos tallados para hacer correr la sangre de los sacrificios hasta un estanque de piedra. Detrás del altar hay un dosel, con un gran trono colocado contra el muro... —Las palabras de Thork se interrumpieron de golpe, y apretó con fuerza la mano de Elyn; después de una pausa, siguió hablando—: Hay un gran martillo de guerra de plata colgado del muro, encima del trono.

Condujo a Elyn hacia el altar.

—Tres escalones conducen al trono —dijo en voz baja, que casi quedó apagada por los murmullos silenciosos de las tinieblas, y ella le siguió hasta el dosel—. Voy a subir —anunció él, al tiempo que soltaba la mano de Elyn.

Ella se quedó inmóvil en la oscuridad, escuchando. Oyó el golpe del hacha que Thork dio contra la piedra cuando él la dejó en el suelo, apoyando el mango en el brazo del trono; oyó la presión de su pie sobre el asiento que tenían delante. Pudo ver un movimiento de negro sobre negro, oír el crujido de sus botas de cuero cuando se subió al brazo del sillón del trono.

—¡Thork, cuidado! —susurró con un impulso repentino—. No puedo creer que el Martillo de Adon no tenga vigilancia. Ve alerta, porque puede tratarse de una trampa.

Esperó mucho rato, y las sombras susurrantes seguían profiriendo obscenidades. Finalmente, le llegaron de lo alto las palabras de Thork:

—Tienes razón, mi señora: es un cebo. Este martillo no es de silverón, porque no tiene el tacto ni la consistencia de ese metal. No lo he descolgado de los clavos, porque me parece que alguno de ellos podría poner en funcionamiento una trampa o hacer sonar una alarma en alguna parte, al quedar libre del peso del arma.

Thork saltó al suelo.

—No es el Martillo de la Rabia, princesa —dijo—, sino un cebo con un hechizo para engañar a los incautos. El auténtico Kammerling está en otra parte.

—Oh, Thork, quizás el martillo de Adon no se encuentra en este lugar, después de todo —susurró Elyn, reflejando el desencanto en su voz—. Tal vez todo lo que hay es un martillo con un hechizo, y quienes afirman que el Kammerling está aquí son personas engañadas por este artificio.

—No, señora —gruñó Thork—. Andrak no tiene ninguna razón para colocar un falso Kammerling en un lugar visible de este holt, a no ser que se trate de una estratagema para proteger el verdadero martillo, guardado en algún otro lugar del castillo.

—Sea o no cierto lo que dices, hemos de seguir buscando. Pero hagámoslo cuando yo pueda ver —susurró Elyn, angustiada por su ceguera—. Busquemos un lugar en el que podamos ocultarnos, y descansemos. Seguiremos nuestra búsqueda con las primeras luces de la mañana.

De modo que abandonaron aquel santuario del Mal y regresaron a través del comedor y la cocina hasta el gran salón situado más allá, manteniéndose pegados a las paredes y sorteando las sombras susurrantes. Al llegar de nuevo a la escalera que ascendía a la planta superior desde el gran salón, subieron por ella, y arriba encontraron los alojamientos de la guardia diurna; también encontraron barricadas con agua potable, y los dos llenaron sus cantimploras.

Las sombras de ébano, los pasillos en zigzag, las esquinas inesperadas y los murmullos silenciosos llenaban los ámbitos que recorrieron, confundiendo la visión y embrollando la mente. Pero era Thork quien guiaba, mientras que Elyn se equivocaba con facilidad, y en ocasiones insistía en que habían pasado anteriormente por un lugar determinado. Los pies de Thork, en cambio, tenían la seguridad del pueblo de los enanos y jamás se equivocaban; tenazmente seguía ascendiendo a través de las tinieblas pobladas de sombras, en busca de un refugio en el que poder descansar.

Finalmente, los dos llegaron a un ático que se utilizaba como almacén, en el gran edificio negro, frío y oscuro. Allí se sentaron en la oscuridad loca y burlona, en el rincón más lejano; y después de cenar la galleta fría y el agua, intentaron dormir.

Los sueños de Elyn se poblaron de una oscuridad estremecida, de sombras susurrantes que tiraban de ella, riendo de modo obsceno, susurrando blasfemias abominables en sus oídos, ahogándola en sus envolturas de tiniebla maligna. Y no podía escapar.

Elyn despertó con un sobresalto, y buscó el sable colocado junto a ella. Se aproximaban unos pasos suaves, y una silueta oscura se inclinaba sobre ella. A un lado, un día pálido filtraba su luz débil por una pequeña ventana redonda situada en el frontón del techo a dos aguas del edificio, y aquella tenue claridad luchaba con las espirales de sombra del interior. Elyn siguió tendida y en silencio, fingiendo dormir, pero su mano aferraba la empuñadura del sable, y todo su cuerpo estaba en tensión, dispuesto para atacar. Pero cuando la figura silenciosa se dibujó claramente contra la luz del fondo, Elyn se llevó la mano libre a los labios, para reprimir la risa: era Thork, con un orinal en la mano.

Después de cuidar de sus necesidades inmediatas, Elyn y Thork se sentaron bajo la ventana redonda, y desayunaron galleta y agua, contemplando las tinieblas susurrantes que los rodeaban y especulando sobre su malignidad.

—Ocurre lo siguiente, príncipe Thork —dijo Elyn—. Aunque no tuviéramos este amuleto de silverón para protegernos de miradas hostiles, el encantamiento de Andrak sobre la luz y las sombras cumpliría la misma función de ocultarnos. Porque aunque sirve para distorsionar los detalles del interior de la fortaleza, al mismo tiempo también nos ayuda a escondernos de sus moradores.

—Sí, princesa —respondió Thork después de una pausa—, es muy cierto. Pero si no reinara aquí esa oscuridad móvil, nuestra tarea se facilitaría considerablemente. Porque, al parecer, tendremos que registrar cada centímetro cuadrado del castillo, si no queremos pasar al alcance de la mano del Martillo de la Rabia, sin verlo.

Elyn tomó otro bocado de galleta, y lo masticó pensativa.

—Ahora que estamos aquí, Thork, y que hemos visto una parte de la estructura del castillo de Andrak, por lo menos desde fuera, lo que necesitamos es un plan.

»Propongo lo siguiente: primero, vigilar el interior de este edificio y espiar por las ventanas hasta averiguar cuántos componen la guardia diurna y en qué horas ronda Andrak por el edificio, porque no quiero encontrarme con él de improviso. Segundo, evitar en la medida de lo posible el patio de armas, porque la mirada de Andrak podría sorprendernos desde algún lugar lejano si salimos al cielo abierto. Tercero, hemos de intentar deducir dónde se guarda el Kammerling, dado que partimos de la base de que se encuentra en algún lugar de la fortaleza. Cuarto, hemos de pensar en la forma de escapar cuando tengamos el Martillo de Adon, porque no es probable que la puerta por la que entramos se abra para nosotros: tendremos que salir de entre estos muros y bajar de la aguja; el rastrillo y el portal estarán cerrados casi con toda seguridad, y el puente recogido, y no tendido sobre el abismo. Y finalmente, nuestras provisiones se acaban, de modo que habremos de buscar sustento para el momento en que nos veamos fuera en medio de las montañas, porque están desiertas de todo tipo de vida, y moriríamos de hambre antes de llegar a algún lugar poblado; no nos interesa huir con el Kammerling tan

sólo para que se pierda en el desierto, guardado por nuestros dos esqueletos; no, hemos de sobrevivir para llevarlo hasta la guarida de Kalgath el Negro y asestarle un golpe mortal.

—Eres una maestra consumada en la táctica, princesa —dijo Thork—. Yo no podría haberlo expresado mejor. Hemos de buscar solución a todos los puntos que has expuesto.

»Pero antes deberíamos revolver un poco las cosas que hay almacenadas en este ático, porque tal vez encontremos en él algo que podamos usar..., además de orinales.

En silencio, recorrieron el ático en toda su extensión, buscando entre los géneros almacenados. Encontraron alfombras raídas, muebles rotos y cestos de ropa vieja ocultos entre las sombras susurrantes. Tropezaron con cofres y barriles vacíos, colocados al lado de otros llenos de vajilla o de ropa. También había nidos de ratas y telarañas, pero sus moradores escapaban cuando Elyn y Thork removían los cofres y los cajones, desbaratando los hilos tendidos entre las grietas. Con frecuencia, Elyn se daba cuenta de que estaba examinando cofres que ya había visto antes, porque las sombras seguían aturdiendo su mente y despistándola. Pero aunque a menudo se equivocaba, los infalibles pasos de enano de Thork nunca se perdían, y cuando advertía los apuros de Elyn, acudía a ayudarla. Pero en definitiva, no encontraron nada que les fuera de utilidad inmediata.

—¡Kruk! Esperaba encontrar alguna cuerda, por lo menos —gruñó Thork—. Si tuviéramos algo más de cuerda, sumada a la que ya llevamos nosotros, podríamos utilizarla para descolgarnos por el precipicio hasta la base de la aguja y el suelo del valle.

—Pero, Thork —exclamó Elyn—, debe de haber doscientos o trescientos metros hasta el valle. Además, yo no sé escalar.

—Más de trescientos metros, princesa. Y respecto a la escalada, es simplemente una cosa que se aprende, como tantas otras —respondió Thork—. Creo que bastará descolgarnos unos setenta u ochenta metros, hasta llegar a las laderas bajas, y allí ya no necesitaremos las cuerdas.

—Pero, Thork —insistió Elyn—, si tu cálculo es exacto, nos descolgaremos setenta u ochenta metros, y aún nos quedarán cerca de doscientos por los que descender a pie; no es una tarea fácil. Y puestos a ello, si descueren de alguna forma nuestra vía de escape, por ejemplo al ver una cuerda colgando, podemos encontrarnos con un comité de recepción cuando lleguemos finalmente al suelo del valle.

»Aun así, si no encontramos un método más fácil para salir de aquí, emplearemos las cuerdas; podemos buscarlas al mismo tiempo que las demás cosas: las provisiones, y el Martillo de Adon.

Lenta y cautelosamente, bajaron de nuevo al edificio principal; Thork rehacía los vericuetos del camino seguido la noche anterior, y Elyn le seguía, hasta que al fin se encontraron en el gran salón del piso bajo. La tenue luz diurna luchaba con las sombras, obligándolas a retroceder aquí y allá. Y aunque las tinieblas ondulantes seguían confundiendo a Elyn, ahora era de día, y podía ver muy poco en los lugares en que las sombras se espesaban, con claridad en donde triunfaba la luz. Pero también había lugares recónditos en los que la oscuridad era total y no podía ver nada en absoluto, y tampoco Thork podía.

Se acercaron a la puerta, y atisbaron con cautela el exterior. El Sol brillaba en lo alto, y los muros estaban guardados por humanos. Hombres de tez oscura cruzaban ocasionalmente el patio de armas, y los dos pudieron oír el martilleo del hierro sobre el yunque.

—Busquemos una despensa —propuso Elyn en voz baja—, y allí tomaremos las provisiones que necesitamos: comida, cuerdas y lo que se nos ocurra. Luego espíaremos a la guardia para averiguar las costumbres del castillo: las horas de relevo; si hay momentos en los que se levanta el rastrillo y se abre el portal, y también dónde habita Andrak, sea el torreón negro u otro lugar.

—Princesa, esta puerta no es un buen sitio para observar las costumbres del castillo —respondió Thork—. Más arriba hay saeteras desde las que podremos espiar todos los detalles que has dicho. Vamos, busquemos las provisiones y luego nos dedicaremos a vigilar, pero desde un lugar más seguro.

Encontraron una despensa junto a la cocina. De las vigas del techo colgaban tiras de tasajo, pero se trataba de una carne oscura y desconocida para ellos, y a Elyn le repugnaba tanto su color y su forma, que no la tocaron. Había sacos repletos de lentejas secas, de avena y de algún tipo de legumbre bulbosa. En un rincón, Thork encontró un considerable suministro de raciones de campaña, y entre ellas una caja de galletas. Se colocó al hombro la caja de lata y dijo:

—Esto es todo lo que me llevaré, mi señora, aunque por mi barba que las lentejas serían un menú bienvenido, para variar.

Elyn llenó una bolsa de lentejas y la anudó, y después los dos guerreros salieron de puntillas de la despensa y, cruzando la cocina, se encaminaron a las escaleras que conducían al ático.

En el segundo piso, en la esquina sudeste del edificio, encontraron un almacén polvoriento abarrotado de muebles y trastos viejos; en aquella habitación había además una saetera que daba al patio de armas. Desde aquel mirador podían observar las murallas meridionales del castillo, la puerta principal y la torre negra adosada a los muros de la fortaleza.

Desde allí vigilaron el resto del día y parte de la noche, y también todo el día y la noche siguientes, bajando de tanto en tanto de su escondite en el ático para espiar los horarios de la guardia de la fortaleza.

Descubrieron que los hombres custodiaban los muros desde la primera luz del amanecer hasta el crepúsculo, y los rutchas patrullaban a lo largo de la noche. También vieron que las dos noches, justo después de ponerse el Sol, llevaban una carreta tirada por hël-cor-celes hasta la puerta del torreón negro y la dejaban atada allí; aunque Andrak no volvió a salir desde su excursión de la primera noche. Pero mientras la carreta estaba aparcada delante del torreón de ébano, se alzaba el rastrillo y se abría el portal, el puente levadizo permanecía tendido sobre la brecha entre las dos agujas, y se doblaba la guardia de las murallas.

—Entonces es cuando habremos de escapar con el Kammerling, Thork —susurró Elyn al ver aquellas disposiciones—. Hemos de confiar en el amuleto y pasar junto a los guardianes, aprovechando que el camino está libre.

—Tal vez, mi señora —respondió Thork—. Pero recuerda que la noche en que vimos a Andrak, el rastrillo estuvo cerrado hasta que regresó en su carro. De modo que, en caso de ser ésa la práctica seguida habitualmente, si intentamos escapar cuando él esté ausente, tendremos que encontrar la forma de atravesar esos barrotes, o bien deslizamos por el portal cuando lo abran para él, o bien esperar a la noche siguiente.

Elyn no dijo nada pero sacudió la cabeza para expresar su acuerdo, y los dos continuaron espiando por la saetera.

Después de un largo silencio, Elyn dijo:

—Thork, sospecho que es muy probable que el Martillo de Adon se encuentre en el torreón de ébano. Y también barrunto que en ese torreón tiene su residencia Andrak, y preferiría explorar el lugar cuando él no esté en el castillo. Esperemos a que salga en ese carro para buscar el Kammerling. En ese caso, si tenemos suerte, aunque Andrak siga fuera del castillo y el rastrillo esté bajado, no necesitaremos habérnoslas con esos barrotes, porque podremos utilizar las cuerdas que tenemos para descolgarnos desde la muralla. Pero mientras tanto, y dado que él sigue encerrado en su torre, empecemos a buscar por el resto de los edificios, porque cabe la posibilidad de que el Kammerling esté guardado en algún lugar distinto del torreón negro, por más que lo dudo mucho.

Y así, en el tercer día empezaron a explorar el castillo, en busca del lugar en que estaba escondido el Kammerling, aunque los dos coincidían en que lo más probable era que se encontrara en el torreón.

El castillo era una pesadilla confusa; tal como el Mago-lobo había dicho de Andrak: «...conoce el arte de la ocultación, y utiliza su magia para esconderse». Elyn se sentía confundida por las revueltas y las esquinas imprevistas de los laberínticos pasillos de piedra, y la desorientaban las sombras serpenteantes y murmuradoras; en ocasiones daba por cierto que estaban perdidos, que ya habían pasado antes por aquel lugar; pero el sentido de la orientación y de la situación de Thork no se engañaba jamás, y él era quien los conducía por aquel laberinto retorcido.

«La que se esconde, y el que guía», pensó Elyn, y supo que habría estado irremediablemente perdida sin Thork y su asombrosa habilidad.

Aunque registraron cuidadosamente todas las estancias de las tres plantas —salas de mapas, salas de guardia, habitaciones, almacenes, etcétera—, no encontraron el menor rastro del Kammerling.

A menudo hubieron de interrumpir su búsqueda y esconderse entre las sombras serpentinadas mientras hombres de tez oscura, engendros negros o guula pálidos como cadáveres pasaban a su lado.

Encontraron puertas que llevaban a tortuosos pasadizos en unas tinieblas susurrantes, que circulaban por el interior de los muros; salas que parecían curvarse de forma innatural, doblándose sobre sí mismas —aunque ninguna habitación en el interior de los baluartes podía tener esa extraña forma—; pasillos zigzagueantes de piedra oscura, guardados por puertas de hierro colocadas más o menos cada diez pasos, puertas que podían cerrarse y atrancarse con fuertes cerrojos en caso de ataque de un ejército enemigo. Pero todas las puertas metálicas estaban abiertas de par en par, con una sola excepción.

—Mis pies me dicen que esta puerta conduce al interior del torreón negro, princesa —dijo Thork, con voz ahogada. Con mucho tiento, el enano empujó la hoja de la puerta, pero ésta no cedió—. Está atrancada por dentro, a lo que parece.

—Vámonos de aquí, Thork —susurró Elyn—, porque es de día y Andrak no se ha ido, y es ahí donde habita.

De modo que retrocedieron a toda prisa en medio de las tinieblas semovientes, siguiendo los pasadizos en ángulo del interior de las murallas oscuras, siempre a la búsqueda de un martillo de silverón, sin encontrarlo.

Descubrieron una puerta interior que daba a un establo y una herrería situados junto al patio de armas, y en aquel establo había caballos; pero cuando Elyn indicó que aquellas monturas les proporcionaban otro medio de escapar, si conseguían cruzar la puerta y el puente, Thork se negó en redondo y dijo que nunca cabalgaría a lomos de un caballo —un poni sí, pero un caballo jamás—, y el tema no se volvió a mencionar.

En la pared posterior del establo encontraron un túnel que se adentraba en la piedra de la aguja, y siguiendo aquel camino subterráneo, iluminado por antorchas, después de pasar tres puertas de madera cerradas pero sin vigilancia, llegaron a los establos de los hël-corceles. Las criaturas despedían un miasma fétido, un hedor peculiar que revolvió los estómagos de Elyn y Thork hasta el punto de hacerles casi vomitar. Pero pudieron aguantar lo bastante para registrar el lugar, sin resultado.

También bajaron por las retorcidas escaleras que descendían desde el gran salón, y después de cruzar más puertas de madera, se encontraron en las habitaciones de los rutcha, excavadas en la piedra y preservadas de la luz diurna. En su interior vivían los rutcha y los drokha, así como el pueblo cadáver, los guula, llamados así por Elyn..., aunque Thork llamaba a los tres por sus nombres châkka: ukhs, hroks y khols. También aquellas estancias estaban invadidas por un hedor a podrido, y todo lo que la pareja pudo

hacer allí fue permanecer el tiempo suficiente para asegurarse de que el Kammerling no estaba.

También descubrieron un pasadizo que conducía desde las habitaciones de los engendros hasta los establos de los hël-corceles, y que no habían alcanzado a ver en las tinieblas cuando pasaron antes por aquellos pestilentes establos.

Y en todas partes encontraron cuerdas, en cantidad más que suficiente; tomaron la que juzgaron que necesitarían para descolgarse por la aguja, y la guardaron en su escondite del ático.

En todas partes, las sombras murmuraban en silencio, susurraban y se enroscaban de modo enfermizo, y tanto Elyn como Thork sentían que al atravesarlas se deslizaban por el filo de una locura sin retorno. No dormían bien, sus nervios estaban en tensión y su humor era muy inestable, pero se daban cuenta del efecto que las tinieblas semovientes tenían sobre ellos, y hacían todos los esfuerzos posibles por compensarlo.

De ese modo transcurrieron cuatro días más.

Había pasado ya la medianoche del séptimo día de su llegada al holt de Andrak, cuando Elyn fue despertada de un sueño sin sosiego por Thork.

—Princesa, date prisa —urgió el enano—. El carro de Andrak acaba de salir por el portal y ha cruzado el puente. Levanta y vamos a buscar en el torreón; con un poco de suerte, saldremos de este maldito lugar con el Martillo de la Rabia en nuestro poder.

Elyn se puso en pie de inmediato y preparó su equipaje, colocando en su mochila la caja de galletas y la bolsa con las lentejas. El plan de ambos era llevar el equipaje y todas las armas al interior de la torre, para, en el caso de encontrar rápidamente el Kammerling, poder escapar de inmediato saltando la muralla y cruzando el puente antes de que Andrak regresara, o bien descolgándose por la aguja en caso de que el puente estuviera ya recogido, con las cuerdas que estaban ahora enrolladas y colocadas junto a la ventana del extremo occidental del ático. También Thork reunió sus pertenencias, y se preparó para partir. Las cantimploras estaban repletas, porque cada noche las llenaban de nuevo en uno de los depósitos de agua situados en las sombras de las habitaciones de los hombres, conscientes de que habrían de marchar de allí a toda prisa. Elyn se ciñó su sable, y colocó la honda en su cinto. Después de sujetar el arco y la aljaba a su mochila, se echó ésta al hombro.

—Estoy lista, Thork —dijo, con voz llena de determinación.

Después de ajustar el último nudo, Thork cargó con su propia mochila, y colocó encima de todo su escudo de Dragonhide cubierto por una funda de tela.

—Vámonos de esta locura —gruñó, recorriendo con los ojos las tinieblas serpentinas y susurrantes; y dando media vuelta, se dirigió a las escaleras, con Elyn siguiendo sus pasos.

Por el tortuoso camino que serpenteaba a través de los muros de la fortaleza, llegaron hasta la puerta cerrada de acero que conducía a la torre de Andrak. Pero seguía atrancada por el otro lado, y no pudieron pasar.

—El patio de armas, Thork —susurró Elyn—. Es el único camino posible.

Ceñudo, Thork asintió.

—Sí, el patio de armas.

El negro torreón se alzaba siniestro en la noche, y sus muros de ébano parecían absorber la luz que lanzaban las antorchas encendidas en el patio, en tanto que el techo en pendiente consumía el débil resplandor de las estrellas que asomaban tímidas por entre los jirones de las nubes que se acumulaban en el cielo. El carro de los hël-corceles había partido y el rastrillo estaba bajado, y así había de seguir hasta el regreso de Andrak. Un viento frío y arremolinado barría el suelo adoquinado del patio, formaba espirales junto a la muralla y se enroscaba en torno a los flancos de la torre. Dos guardianes rutchá esperaban al pie de los escalones que conducían a la puerta, lanzando por turno al aire unas tabas y maldiciéndose recíprocamente en slük, su lengua tartamudeante y babosa.

En silencio, Elyn alzó su sable; Thork tenía ya el hacha en las manos.

—Si nos descubren —susurró Elyn—, yo me encargo del de la izquierda.

Thork asintió, y deslizándose al amparo de las sombras de la base de la muralla, los dos avanzaron hacia la puerta, confiados una vez más en el poder de la pepita de silverón.

Los rutchas siguieron discutiendo, sin el menor signo de haberse dado cuenta de la presencia de los dos intrusos que pasaban a su lado camino de la puerta, mientras el viento se arremolinaba en torno a ellos.

En lo alto de la escalinata, un corto rellano conducía a una puerta hecha con planchas de una extraña madera negra. Listones de un hierro oscuro reforzaban el quicio de la puerta, sostenida en unas fuertes espigas metálicas. Un anillo de hierro pendía de una barra que sobresalía de la boca de una cabeza de gárgola tallada en un metal negro, que sonreía con una mueca lasciva.

Thork examinó la aldaba y la asió con mucho cuidado; luego hizo girar poco a poco el anillo, y tiró. Con un ñik ahogado, la puerta cedió y se abrió hacia el interior. Pero los dos siguieron inmóviles durante unos segundos, preparándose, porque no sabían lo que podía esperarles en el interior de la torre de ébano, ni de qué manera estaba custodiado el Kammerling. Con el sable en la mano y vigilando por el rabillo del ojo a los distraídos rutchas de guardia ante la puerta, Elyn hizo seña a Thork de que entrara. El enano se cambió el hacha de mano, empujó la puerta oscura tan sólo lo preciso para poder pasar, y desapareció en el interior, seguido de cerca por la princesa. Entonces, Thork cerró con suavidad la puerta a sus espaldas. Absortos en su juego, los rutchas no se dieron cuenta de lo ocurrido y continuaron peleando sobre a quién correspondía tirar las tabas.

La princesa y el enano estuvieron un momento inmóviles, con las espaldas apoyadas en la puerta, hacha y sable dispuestos, a la espera de algún ataque procedente del interior del edificio; pero nadie apareció. Se encontraban en el interior de una sala envuelta en sombras, en una oscuridad semoviente que susurraba sin tregua por debajo del umbral de la audición. Aquel canturreo silencioso atacaba sus nervios, y los inaudibles susurros obscenos despertaban en ellos una repugnancia invencible. Y en el interior de aquellas tinieblas insidiosas y de los murmullos silenciosos, guerrera y guerrero seguían vigilantes, hombro con hombro, alerta, aunque Elyn tan sólo veía unas sombras de ébano que se agitaban.

Thork la guió a través de aquella oscuridad semoviente y susurrante. Elyn le siguió, con la mano puesta en su hombro para no perder la orientación. De tanto en tanto, Elyn podía ver algo, porque la luz vacilante de las antorchas del patio se filtraba por las saeteras colocadas a intervalos regulares en el perímetro del torreón, y aquel brillo lejano traspasaba ocasionalmente las espesas tinieblas, mientras que el viento del exterior gemía suavemente al penetrar por aquellas mismas saeteras, provistas de sólidos postigos de madera que ahora estaban abiertos. Se abrieron paso entre las sombras retorcidas, y comprobaron que aquella primera estancia consistía en una amplia sala circular que cubría todo el perímetro de la torre; se trataba de una sala de reunión de alguna especie, tal vez de hasta veinte metros de diámetro, enteramente desprovista de muebles, aunque tallados en el suelo había una serie de signos arcanos que Thork evitó escrupulosamente pisar, además de guiar a Elyn para que también ella los rodeara. En torno de ellos, los muros de la torre se alzaban hasta perderse en la negrura susurrante, y una escalera abierta de piedra adosada al muro de uno de los lados de la estancia subía asimismo en espiral hacia las tinieblas desquiciadas del espacio superior.

Los dos subieron por la escalera y llegaron a una nueva cámara envuelta en sombras retorcidas. Encontraron una pesada trampa de madera, dispuesta horizontalmente para cerrar el paso por la escalera, aunque a la sazón estaba abierta y apoyada en el muro. También aquí las saeteras con los postigos abiertos permitían que la luz incierta de las antorchas rasgara en algunos puntos las tinieblas malignas, y Elyn pudo advertir que se

encontraban en una especie de laboratorio de alquimia, porque las mesas estaban llenas de alambiques, redomas y otras vasijas de distintas formas, y en las estanterías colocadas en alto había largas hileras de potes con sustancias arcanas, cuyos nombres estaban escritos con una caligrafía retorcida en las correspondientes etiquetas. Todas las mesas tenían cajones, y en algunos lugares había además cofres apoyados en la pared.

—Tú busca en la parte oscura, Thork —dijo Elyn, al tiempo que enfundaba su sable—. Yo miraré donde llega la luz.

Abrieron un cajón tras otro, buscando el Kammerling, pero sólo encontraron minerales y plantas disecadas, animales muertos y momificados, y sustancias que no conocían en absoluto. Descubrieron libros escritos con la misma letra enrevesada, y también piedras preciosas y semipreciosas, sin tallar. Había allí hojas de plantas, líquidos, metales, así como tierras y polvos diversos, y objetos ocultos, guardados en pequeñas cajitas de metal cerradas herméticamente. Encontraron herramientas y quemadores de cristal llenos de un fluido claro que Thork llamó zhar, un líquido inflamable que ardía con una intensidad increíble. Y al abrir los cofres encontraron más piedras y metales, más plantas y animales disecados, y huesos humanos y de rutch, además de otros de especies que Elyn y Thork no conocían. También tomaron medidas para comprobar que los cofres no ocultaran falsos fondos en los que pudiera estar oculto el Kammerling, pero sin resultado.

Buscaron largo rato y por todas partes, durante una hora o más, y en esa habitación hallaron el lado opuesto de la puerta de metal atrancada que conducía al interior de las murallas de la fortaleza..., pero no encontraron el Kammerling.

Y alrededor de ellos, la oscuridad hervía de susurros inaudibles.

En el lado opuesto al lugar por el que habían entrado en la habitación, otra escalera abierta ascendía más arriba, y la subieron también, llegando a una forja. En el horno había carbones al rojo, y la luz rojiza que desprendían luchaba con las sombras y hacía retroceder la negrura. También aquí encontraron una trampa abierta y apoyada en el muro, pero las estrechas ventanas estaban herméticamente cerradas, aunque no podía saberse si como protección contra el viento o contra la luz diurna.

Los dos buscaron también en esa estancia el Kammerling. Vieron yunques y cubetas para enfriar los metales, una de ellas manchada de un tono rojo oscuro que hizo estremecerse a Elyn al verlo. También había cientos de instrumentos: martillos, tenazas, cinceles, cuñas, grandes alicates y cizallas, instrumentos para doblar y dar forma a las planchas de metal en ángulos agudos, así como barras cilíndricas de diferentes diámetros para trabajar el hierro y otros metales en formas curvas. También había moldes para lingotes, y grandes crisoles. Y herramientas más pequeñas, algunas de ellas muy finas, para trabajos de precisión, como el labrado de joyas, y crisoles diminutos.

Un extraño trono aparecía en un lado de la estancia, frente a una de las mesas: un sitial amplio y elevado de un color rojo sangre, con brazos negros y retorcidos que finalizaban en garras vueltas hacia arriba. El trono parecía colocado para observar desde allí la mesa de trabajo. Pero en la mesa había tenazas rotas, alicates doblados, un viejo martillo de forja herrumbroso con el mango agrietado y la cola rota, cinceles despuntados y otros objetos por el estilo. Thork lo observó todo con curiosidad, y luego, sacudiendo la cabeza asombrado, siguió buscando.

Elyn y Thork miraron en cada uno de los cajones y cofres, y más o menos transcurrió otra hora de la noche sin que apareciera el Kammerling...

... y aquella oscuridad demencial y susurrante parecía burlarse de sus esfuerzos.

De nuevo vieron un tramo de escaleras que ascendía desde el lado opuesto de la habitación, y Thork y Elyn subieron a través de las tinieblas enroscadas, cruzaron una nueva trampa abierta en el techo y se encontraron en una estancia de ventanas herméticamente cerradas e iluminada por bujías —la oscuridad luchaba por ahogar aquella luz—, que parecía ser una especie de biblioteca, porque estaba repleta de estantes cargados con escritos: encontraron allí grandes tomos y folletos de escasas

páginas, rollos de pergamino atados con cintas de diversos colores, libros gruesos y hojas sueltas de papiro, piedras con runas grabadas y tablillas de arcilla. Algunos de los libros parecían forrados con pieles de animales: pieles escamosas, peludas, cueros, y algunas que Thork identificó con repulsión como pieles humanas, de enanos, o de elfos, aunque no sabría decir a ciencia cierta de cuál de ellos. En un lugar junto a la pared, semioculto entre las volutas retorcidas de oscuridad, había un escritorio y una silla, un tablero de dibujo inclinado con un taburete alto, y una lámpara de aceite, tallada en bronce, para iluminarlo; y el dibujo a lápiz y pluma sujeto al tablero era un estudio de alguna criatura espantosa, despellejada.

Tampoco allí encontraron el Kammerling, y las sombras susurraron obscenidades y gritaron maldiciones silenciosas mientras el tiempo volaba irrecuperable hacia el pasado.

Al final del siguiente tramo de escaleras vieron una puerta cerrada, ya no en forma de trampa, sino vertical; y tenía tallados símbolos extraños, en su mayor parte desconocidos para Elyn y para Thork, aunque algunos representaban estrellas, y un Sol parcialmente eclipsado por la Luna, además de una de las grandes estrellas melenudas —mensajeras de desgracias—, con su larga cola extendida detrás de ella.

Thork examinó cuidadosamente la cerradura, y luego empezó a hurgar en su mecanismo con un alambre metálico doblado en forma de gancho, que sacó de un bolsillo de su cinturón. Trabajó durante un rato considerable, pero al fin el pestillo cedió.

Abrieron la puerta y se asomaron a la última cámara, situada en la punta más alta del torreón de ébano. Algunas partes de aquella habitación estaban iluminadas por globos luminiscentes que colgaban de cadenas, y las sombras arremolinadas parecían temblar ante ellos, y retroceder; pero en los rincones se acumulaban espesas lagunas de tiniebla, que impedían toda visión, incluso la de Thork.

Elyn se estremeció ante la idea de entrar en aquel gabinete siniestro, pero no tenía otra opción si quería el Kammerling.

—Vamos —murmuró a Thork, y cruzó el umbral.

La silenciosa negrura semoviente parecía gritarles maldiciones y lanzar carcajadas impregnadas de locura, y enviar silenciosas señales de alarma a través de la noche; y sus volutas oscuras corrían a enroscarse en ellos como si intentaran asfixiarlos, estrangularlos, rodearlos y dejarlos inmovilizados como lo haría una tela de araña. Pero Elyn y Thork siguieron avanzando, y vieron que aquél era el gabinete de Andrak.

Encontraron una cama, sillas y mesas, y un escritorio colocado contra la pared. Y registraron sistemáticamente todos aquellos muebles, cubriendo paso a paso toda la habitación. Había astrolabios, y unos extraños instrumentos circulares que tenían grabados soles, lunas y estrellas, y todos giraban independientemente según órbitas precisas. Y encontraron más libros con la extraña escritura siniestra. También había cristales de todo tipo, algunos colgados de cadenas, y lascas de piedra con runas grabadas, y naipes arcanos marcados con dibujos de estrellas de cinco puntas y copas, bastones y espadas, y otras cosas parecidas, además de dibujos de criaturas, de torres, de esqueletos y de bufones, de guerreros y reyes y damas, de súcubos, íncubos y demonios. Y en una mesa encontraron doce cráneos blanqueados, ordenados de mayor a menor.

—¡Ay! —gimió Thork, señalando el cráneo mayor de la colección—. Esto es una prueba de enorme maldad, porque sin duda ésta es la cabeza de un utrun, un gigante de piedra. Andrak ha matado a un amo de la tierra. ¡Y mira! También está aquí el cráneo de un waeran. Malo, malo...

La mirada de Elyn recorrió la hilera de cráneos.

—¿Y estos otros?

—Ukh, khol, hombre, ogru —respondió Thork—, éstos los reconozco. Y me parece que estos dos son de un châk y un elfo, pero de los demás no sé nada.

Asqueado, Thork se dio media vuelta y empezó a registrar los cajones del escritorio, incapaz de soportar lo que consideraba una maldad cometida contra los utruni y los waerans; ni siquiera la vista del cráneo de un châk suscitaba en él tanto aborrecimiento a Andrak como la mayor y la más pequeña de aquellas calaveras colocadas en fila. Pero Elyn permaneció inmóvil unos instantes, mirando con fijeza y repulsión aquella colección horrenda.

Y las sombras silenciosas que se agitaban delante de ella rieron sin ruido.

De súbito, Elyn se dio cuenta de que estaba escuchando realmente ruidos, y no el cuchicheo inaudible de las tinieblas trémulas, sino algo que ocurría en el exterior de la torre.

—¡Escucha, Thork! —susurró, y él dejó de revolver los cajones. En el silencio que se produjo, ambos oyeron los gritos lejanos de los centinelas situados en las almenas..., o en el patio de armas..., y el chirrido agudo de las cadenas del cabestrante.

—¡Andrak! ¡Vuelve! ¡Huyamos de aquí!

Rápidamente salieron de la habitación, y Thork se detuvo un instante para accionar el mecanismo que soltaba un pestillo, de modo que la puerta se cerró con un chasquido.

En el exterior, unos cascos herrados martilleaban el camino que serpenteaba al ascender por la oscura aguja menor.

Bajaron corriendo la escalera adosada al muro, y cruzaron las tinieblas trémulas de la biblioteca, dejando atrás libros, tomos, pergaminos y folletos, hasta llegar al siguiente tramo de escaleras, con Thork delante y Elyn siguiendo sus pasos.

Se oyó el estruendo de un carro al cruzar el puente.

La pareja cruzó a la carrera la forja, las mesas, el horno, los yunques, el trono rojo, y llegó a la escalera del lado opuesto. Empezaron a bajarla también, pero de repente Thork se detuvo.

—¡Lo tengo! —gritó, y volvió a subir a saltos la escalera.

Los hël-corceles cruzaron el portal, y las ruedas forradas con llantas de acero resonaron con súbito estruendo en los adoquines del patio de armas.

—Espera, Thork —gritó Elyn—, te estás saliendo de la protección del amuleto.

Pero el enano había desaparecido, sin escuchar sus palabras; o tal vez la advertencia se perdió en el laberinto de sombras, en aquellas tinieblas espesas que amortiguaban el sonido. Asustada, Elyn corrió tras él, mientras las palabras del Mago-lobo resonaban en su mente: «...uno morirá sin el otro...». Volvió a la forja, pero sin Thork para guiarla en la oscuridad, se desorientó y quedó perdida entre las sombras: «...sin el otro...».

Un momento después, a través de un jirón de aquellas lóbregas tinieblas, pudo ver a Thork al otro lado de la habitación. Estaba frente a la mesa de las herramientas rotas; cogió el viejo martillo de forja herrumbroso, con el mango agrietado y la cola rota, y rió, porque lo que veían sus ojos no era lo que sentían sus manos: el hechizo aplicado a aquel mazo lo hacía aparecer herrumbroso, estropeado, viejo, roto, pero las manos sabían que se trataba del Martillo de la Rabia, ligero, intacto, de maravilloso equilibrio y con el tacto y la consistencia de la silvestrella. Thork se volvió entonces para huir, y Elyn quiso llamarle, pero de repente ninguno de los dos pudo moverse.

Andrak había entrado en la habitación.

Susurraba palabras arcanas, palabras que ardían en la mente y la paralizaban. Sus ojos miraron con fijeza a Thork, y lo inmovilizaron del mismo modo que la mirada de la serpiente hipnotiza al conejo.

Elyn quería gritar «¡Corre, Thork, corre!», pero descubrió que no podía hacerlo porque, aunque ella no era el objetivo directo del conjuro de Andrak, el simple reflejo de su poder en el interior de aquella cámara la había dejado virtualmente paralizada: apenas podía moverse. En busca de ayuda alzó lenta, agonizantemente, la mano izquierda hacia su garganta, y asió la pepita de silverón. Pero ni siquiera el tacto de aquel potente talismán pudo quebrar el poder de Andrak sobre ella.

El mago se echó atrás la capucha, y Elyn no supo si se parecía a un hombre o a un elfo. Sus facciones eran morenas y afiladas, su nariz curva como la de un buitre. Los ojos rasgados parecían totalmente negros, de modo que no podía distinguirse la pupila. Dejando a un lado el látigo de los hèl-corceles que llevaba en la mano izquierda, avanzó hacia Thork, extendiendo al frente una mano larga y codiciosa como una garra, cuyas uñas estaban pintadas con una sustancia negra como el ébano. Y Elyn supo que un arañazo de las garras negras del mago significaba la muerte.

—De modo —siseó Andrak— que eras tú el que he sentido que venía a robar lo que poseo. ¡Loco! Pero una cosa te concedo, dubh: has llegado más lejos que ningún otro aspirante a héroe que haya querido apoderarse del Kammerling: nueve lo han intentado, tú eres el décimo; los dos últimos murieron en una tormenta desencadenada por mí.

Y entonces, Elyn comprendió que Andrak creía que Thork estaba solo; el mago no sabía que ella estaba oculta en las sombras. Y pensó que, si estuviera libre, podría atravesar al mago con su sable..., pero no sabía cómo podría llegar hasta él antes de que matara a Thork. Necesitaba un arma capaz de herirle de lejos: «¡El látigo de los hèl-corceles! ¿Dónde ha caído cuando él lo tiró? —Pero las sombras no le permitían verlo—. ¿Qué más...? ¡Mi honda!» Luchando contra la parálisis que la invadía, ganando centímetro a centímetro con esfuerzo, Elyn consiguió mover el brazo, bajar sus dedos a la cintura, desprender la honda de su cinturón y empuñarla. Pero se dio cuenta de que no podría tener el control suficiente para tomar la bolsita de las balas, desatar el nudo de la cuerda que la cerraba, extraer una bala de plomo y cargar con ella la honda. Y aunque pudiera hacer todo eso, le faltaría la destreza precisa para que el golpe acertara al mago, porque se encontraba como agarrotada, casi inmóvil. De modo que ahí estaba, con la mano izquierda en la garganta sujetando el talismán de poder, y la derecha en la cintura empuñando la honda.

Mientras Elyn forcejeaba para tomar la honda, la voz de Andrak había seguido siseando en la sombra:

—Eres el décimo loco que acude desde que ese dragón arrogante y presuntuoso, Kalgath el Negro, me trajo el martillo. Diez locos en mil doscientos años..., tres de ellos en este mismo año. Pero eres el único que ha llegado a esta fortaleza, que ha escalado mis muros, que ha entrado en el torreón y que ha penetrado en esta habitación; una invasión por la que pagarás un precio superior al que podrías imaginar en la peor de tus pesadillas.

Grandes goterones de sudor brotaron de la frente de Thork, que intentaba moverse sin que ni uno solo de sus músculos llegara siquiera a contraerse, porque era el objetivo directo del hechizo de Andrak, y éste era demasiado poderoso.

—Dubh —se burló Andrak—, no imaginabas que mis centinelas de sombra me dieron la alarma en el momento mismo en que entraste en mi santuario, en la habitación situada en el piso superior de esta torre; pero aun así, de alguna forma conseguiste escapar de la presa de mis lóbregos centinelas. Aunque no llego a detectarlo, sin duda tienes encima tuyo algún talismán de poder, pues de otra forma habrías quedado atrapado en las espirales de negrura de mi gabinete. ¡Escucha! Voy a quedarme con ese talismán para saber cómo prevenirme en el futuro contra él, o contra otro como él. ¿Dónde lo escondes, dubh? ¿Dónde?

»¡Bah! No puedes contestar, y de todas formas carece de importancia, porque lo encontraré después de matarte.

El mago oscuro dio un paso más hacia el enano paralizado, y se escuchó de nuevo el siseo maligno de su voz. Y en las espirales de tiniebla semoviente, sus palabras caían como gotas de veneno de la boca de una víbora:

—Aprende, dubh, la manera en que vas a morir. Cuanto te toque, brotarán en tu piel grandes pústulas negras; te hincharás, te ennegrecerás y reventarás como un animal muerto varios días atrás bajo un Sol implacable, y el pus manará de ti como un arroyo

fétido. Pero no estarás muerto (por más que lo desees entonces), sino vivo, observando cómo tu propio cuerpo se hincha, revienta y se pudre y descompone. Gritarás interminablemente, en una agonía sin remisión, pero tus gritos serán inútiles porque al fin morirás; no rápidamente, por supuesto, sino gradualmente, entre insufribles dolores que se prolongarán días y días, en medio del hedor, la descomposición y la podredumbre de tu propio cuerpo, una descomposición de la que yo disfrutaré como de un espectáculo privilegiado. Poco a poco te marchitarás, podrido en vida, y tus gritos se convertirán en suspiros, los suspiros en gemidos, y éstos en susurros que poco a poco no serán otra cosa que un borboteo inaudible mientras tus labios se descomponen, tus pulmones se convierten en putrescencia líquida, tus ojos se disuelven y tu cuerpo se transforma en un charco de humedad cancerosa. Y cuando todo haya terminado, añadiré otro cráneo de dubh a mi colección.

Mientras esas palabras silbaban en sus oídos, Thork consiguió hacer lo que nadie antes había conseguido; el esfuerzo que le costó no puede medirse; las venas se hincharon en su frente, su rostro se oscureció, sus músculos se tensaron hasta el extremo y el sudor inundó su frente y cegó sus ojos. Pero cuando el mago se inclinaba ya sobre él, Thork consiguió moverse —lenta, torpemente— y levantar el brazo, en un intento de enarbolar el Kammerling.

Los ojos de Andrak se abrieron asombrados ante aquel movimiento inconcebible, y luego concentró toda su energía en el loco que tenía ante él, amenazándole con sus negras garras.

Y en el preciso instante en que Andrak volcó todo su poder mágico sobre Thork, súbitamente Elyn quedó en libertad. Al instante rompió la correa que sujetaba la pepita de silverón, cargó con ésta la honda, volteó el brazo un par de veces y lanzó la bala de plata.

Como un chorro de plata, el amuleto de silvestrella cruzó zumbando la habitación y con mortal puntería golpeó a Andrak en la sien, perforó el hueso del cráneo y se incrustó en su cerebro.

¡Y estalló en una wereluz de plata!

Andrak se llevó las manos a la cabeza y lanzó un aullido agónico cuyos ecos resonaron en toda la torre. Una cegadora luz de plata brotó de su cabeza y de las puntas de sus dedos, como si una explosión salvaje, un fulgor rabioso, ardiera con furia en su interior. Los gritos de Andrak fueron subiendo de tono; se asió la cabeza, saltó, giró y se agitó de un modo espasmódico, en una horrenda danza de la muerte, mientras el resplandor de plata se difundía a su alrededor, expulsando las sombras. La negrura enroscada retrocedía exhalando un débil gemido, como de dolor, y la luz de plata de las llamas espectrales traspasaba aquella oscuridad, destruyendo las volutas de lóbregas sombras, quemándolas, corriendo como un reguero de fuego plateado a través de la tiniebla semoviente, arrasándola a su paso.

Andrak se retorció, gritaba, y sus pies pataleaban en el suelo al ritmo de su condenación. Mientras, a su alrededor, las sombras ardían; la plata destruía su negrura, y exhalaban un leve y agudo grito de muerte.

De súbito, todavía agarrándose la cabeza, el mago cayó de rodillas, sus gritos se debilitaron hasta convertirse en un llanto agudo, en un gemido, en un susurro.

Y la luz espectral desapareció.

Andrak había muerto.

Y Thork se vio libre del hechizo del mago.

Entonces Elyn recordó las palabras exactas del Mago-lobo:

«...si tú eres la que se oculta, entonces está escrito que esta pepita te protegerá en los dominios del horror; pero llegará un momento en que la arrojarás lejos de ti. Así es como ha de ser, porque el amuleto tiene también un destino que cumplir; así ha sido dispuesto». Y en efecto, el talismán de poder había cumplido su destino: Andrak estaba muerto. Las sombras semovientes y susurrantes del torreón habían sido destruidas.

Y Thork y Elyn estaban vivos, y Thork llevaba en sus manos el verdadero Kammerling. Pero estaban atrapados en una fortaleza negra repleta de enemigos, y ya no contaban para ocultarse con el amuleto de silverón.

37

Huida

Principios de invierno, 3E1602

[Presente]

En el silencio que siguió a la muerte de Andrak, Elyn y Thork se miraron el uno al otro a través de la estancia, iluminada por el resplandor rojizo de los carbones de la forja y llena de sombras, pero ya ninguna de ellas siniestra, retorcida, semoviente, cuchicheante, balbuciente, cantarina. Una gran sonrisa se dibujó en el rostro de Thork; y también en el de Elyn. Cada uno de ellos estaba contento porque el otro había sobrevivido. Pero la celebración fue efímera, porque la realidad se presentó ante ambos con todo su peso abrumador: oyeron una voz fantasmal y hueca que llamaba desde la puerta de abajo:

—¡Gulgok! ¡Gulgok!

No entendieron lo que decía el guardián, porque hablaba en slûk, la lengua de los engendros.

—Thork, hemos de salir de aquí.

La voz de Elyn tenía un acento de urgencia; se aproximó a una de las ventanas cerradas, mientras él colocaba el Kammerling en la funda dispuesta en su cinturón para el martillo de combate.

—Los gritos de agonía de Andrak deben de haber sembrado la alarma en toda la fortaleza, y ahora no disponemos de la protección de la piedra de silvestrella.

Rápidamente, ella descorrió los cerrojos y abrió el postigo de la ventana. El viento helado gimió al penetrar por la abertura; la noche era oscura, y el cielo estaba cubierto por una sólida capa de nubes que corrían impulsadas por las ráfagas de aire. Miraron hacia el patio de armas y vieron a los componentes de la guardia alineados todavía en una doble fila, la puerta abierta, el rastrillo aún alzado; y abajo, al pie de la torre, los hél-corceles enjaezados, el carro dispuesto y los sirvientes rutenos sujetando las riendas. Porque, aunque Elyn y Thork no lo sabían, el Amo no había dado orden de llevar los corceles al establo, retirar el puente, cerrar el portal y bajar el rastrillo, y los engendros recordaban que en muchas ocasiones anteriores Andrak había vuelto a salir, y también podía hacerlo esta noche, por más que el alba estuviera peligrosamente cercana y el Falso Pueblo mirara con nerviosismo el cielo agitado.

Por lo que tocaba a los gritos, era muy frecuente que se oyeran sonidos de esa clase en la torre de ébano, aunque nunca antes había brillado de aquella forma una luz plateada, filtrándose por todas las saeteras de la planta baja como si algo resplandeciente y letal ardiera allí y en los pisos superiores; la luz penetrante había hecho estremecerse de miedo a los rutchas alineados en el patio.

—Tenemos dos posibilidades, príncipe Thork —dijo Elyn, apartándose de la ventana—. Podemos salir por la puerta oculta de hierro y subir hasta el ático, donde dejamos las cuerdas, desde allí descolgarnos por la ventana occidental, y descender por el flanco de la aguja; o bien, puedo ponerme la capa de Andrak e intentar engañarlos el tiempo suficiente para que escapemos en el carro por la puerta abierta que tenemos delante.

—¡Gulgok! —llamó de nuevo la voz hueca y muerta.

—Sin el amuleto, los dos caminos están llenos de peligros —asintió Thork rápidamente—, y muy en especial la puerta de hierro, porque las criaturas de ahí abajo descubrirán muy pronto lo que ha pasado, y dentro de unos minutos necesitaremos abrirnos paso por entre centenares de súbditos de Andrak, que nos buscarán por todas partes. Tampoco podemos escondernos sencillamente, porque buscarán en todos los

rincones, ahora que Andrak ha muerto. Y, como bien has señalado, tendremos que bajar cerca de trescientos metros por el flanco de la aguja antes de llegar al suelo del valle; y lo más probable es que allí encontremos un comité de recepción esperándonos. ¡Kruk! ¡Ojalá hubiera adivinado antes el lugar en el que se escondía el Kammerling!

—¡Gulgok! ¡Gulgok! —La voz fantasmal sonaba más próxima, como si quien llamaba hubiera entrado en la torre.

—¿Puedes conducir un carro? —preguntó Thork.

—Por Hèl, Thork, soy una doncella guerrera bien adiestrada: ¡puedo conducir cualquier casal ¡Y ese carro es nuestro camino hacia la libertad!

—Entonces, doncella guerrera, ¡vamos al carro! —concluyó Thork con una sonrisa.

—¡Gulgok! ¡Gulgok! —La voz seca y muerta sonaba cada vez más cerca; y se oían pasos en la escalera espiral.

Thork se llevó un dedo a los labios, urgiendo silencio a Elyn, y luego empuñó el hacha y aguardó en la sombra, a un lado de la escalera, en tanto que Elyn se colocaba en el otro lado con su sable.

Esperaron, mientras el viento gemía suavemente al otro lado de la ventana, y los pasos se aproximaban. Elyn aferraba su sable y escuchaba la carrera desalada de su propio corazón.

—¡Gulgok!

En la abertura de la escalera apareció una cabeza. Era un cadáver hostil quien subía, y a Elyn le dio un vuelco el corazón, porque las tradiciones decían que únicamente podían ser muertos por...

¡Zas! El hacha de Thork cayó sobre el cuello del guul, y la cabeza de la criatura salió disparada, rebotó en la pared y cavó en el suelo de la habitación, mientras el cadáver decapitado rodaba escaleras abajo, salpicándolas de sangre.

—Aprisa, princesa —dijo Thork—, hemos de salir de aquí. Si vienen otros khols como éste, no sobreviviremos, porque se dice que sólo pueden ser muertos por decapitación, por descuartizamiento, por la herida de una punta de plata, por una estaca clavada en el corazón, o por el fuego.

Elyn tomó su mochila, corrió hacia el cadáver de Andrak y se agachó para quitarle su capa mientras, en el exterior, el viento se arremolinaba gimiendo en torno a las almenas de piedra, y enviaba ráfagas heladas al interior de la estancia. Cuando Elyn soltó el broche, la cabeza de Andrak se hundió, como si la pepita de silverón hubiera consumido su interior, dejando tan sólo una flácida envoltura externa. Y un espantoso hedor se esparció por la habitación. Mareada, conteniendo el asco y las arcadas, reteniendo el aliento y volviendo la cabeza en otra dirección, Elyn consiguió sin embargo tirar de la capa y soltarla.

Ya de pie, y aspirando el aire a bocanadas, se puso aquella prenda al tiempo que sus ojos recorrían el suelo de la estancia, evitando mirar la cabeza del guul, pero sin encontrar lo que buscaban.

—El látigo, Thork. ¿Dónde está el látigo? No puedo ver nada en esta oscuridad, y lo necesito.

Thork se puso de rodillas, miró en los rincones y sus ojos de enano pronto vieron la tralla debajo de un banco. La recogió y la tendió a Elyn.

Bajando la capucha sobre sus cabellos cobrizos, de modo que el rostro quedara en la sombra, Elyn empuñó el látigo, recogió su mochila y dijo entre dientes:

—Vamos.

Bajaron la escalera, pisando la sangre negra y viscosa, y saltaron sobre el cuerpo, decapitado del guul. Al cruzar el laboratorio de alquimia, con la mano que sostenía el hacha, Thork cogió un encendedor de fósforo de una de las mesas y lo guardó en uno de sus bolsillos exteriores; luego, con la mano libre se apoderó de uno de los quemadores de cristal repleto de zhar.

Los dos corrieron entonces escaleras abajo, y llegaron a la sala de la planta baja. Elyn colocó su mochila junto a la puerta abierta y se asomó al portal oscuro, contra el viento racheado. Todavía seguía formada la guardia, dejando un pasillo para el carro hasta el portal abierto; los remolinos helados del viento hacían volar las capas, y en las filas parecía advertirse una inquietud creciente.

—La guardia de honor parece nerviosa, Thork; tal vez intuyen que está ocurriendo algo extraño, o simplemente tienen frío. No importa, el carro representa nuestra mejor opción para salir de aquí. Pero mira: primero habremos de librarnos de los dos sirvientes inoportunos que esperan aquí delante. Utiliza la ballesta. Ocúltate en el umbral, y cuando yo ataque al de la izquierda con mi sable, mata al de la derecha, coge a toda prisa nuestro equipaje y ven corriendo.

Thork dejó a un lado el hacha y el quemador de cristal, extrajo de su mochila la ballesta y la montó, colocando un dardo en el cajetín e indicando a la princesa que estaba preparado.

Bajando un poco más la capucha sobre sus facciones, Elyn salió del resguardo del portal con el látigo en la mano izquierda y el sable en la derecha oculto bajo la capa. Sujetó el borde de ésta con los dedos para impedir que una ráfaga de viento dejara el arma al descubierto, y, con el corazón martilleando en su pecho, bajó la escalinata en dirección al carro.

En el mismo instante en que la figura envuelta en la capa y con la capucha bajada salió del torreón, todos los ojos de los componentes de la guardia quedaron fijos al frente, de modo que cada guardián miró directamente al rostro del que tenía delante, al otro lado del pasillo viviente.

Cuando Elyn se acercó al carro, los dos engendros sirvientes hincaron la rodilla en el suelo adoquinado. Pero cuando la princesa pasó junto al rutch de la izquierda, éste dirigió una rápida mirada hacia arriba, encogido, temiendo un golpe, y en ese momento la sorpresa agrandó sus ojos; pero antes de que pudiera dar la alarma, el sable de Elyn le atravesó la garganta, y murió sin un suspiro. Elyn se precipitó entonces sable en mano hacia el otro rutch, pero antes de que llegara a donde estaba, aquél se derrumbó sobre los adoquines, con un dardo rojo asomando por el ojo izquierdo, y Thork apareció a la carrera en la escalinata, llevando en las manos el hacha, la ballesta y el quemador, y con la mochila de Elyn cargada a la espalda.

La doncella guerrera subió de un salto al carro, empuñó las riendas, y clavó la punta de su sable en la plataforma de madera, porque no había tiempo de enfundar el arma. Thork saltó a bordo y se tendió en el suelo, acurrucado detrás del resguardo lateral del vehículo para ocultarse. Con un agudo chasquido, Elyn hizo restallar su látigo sobre los lomos de los hèl-corceles, al tiempo que gritaba:

—¡Ya! ¡Arre, ya!

Y con relinchos airados, los corceles se lanzaron adelante, ganaron velocidad, y a los pocos momentos corrían al galope y el carro avanzaba hacia los guardianes, hacia la puerta, hacia el puente, hacia el camino, hacia la libertad.

Pero cuando ya el vehículo circulaba con estruendo por el pasillo de honor formado por la guardia, la Fortuna mostró su rostro ceñudo en el patio de armas, cuando una de las rachas de viento nocturno helado levantó, al paso de Elyn, la capucha de la cabeza de la doncella guerrera, de modo que sus facciones blancas y su llameante cabello rojo aparecieron con tal claridad que nadie pudo dejar de verlos. Y mientras seguían avanzando, también quienes quedaban atrás pudieron ver a un dubh oculto en el carro.

Empezaron a sonar gritos de alarma a medida que el carro avanzaba como una exhalación por entre las filas; detrás, los guila montados en sus hèl-corceles picaron talones e iniciaron la persecución, mientras al frente los cadáveres hostiles salieron dispuestos a impedir el paso. Los guardias colocados en lo alto de la barbacana, al ver el revuelo y el cabello rojo que delataba la impostura, se apresuraron a hacer girar los

cabrestantes; el pesado rastrillo inició su chirriante descenso, y sus agudos colmillos de hierro se dirigieron hacia los agujeros practicados en la piedra del suelo del camino.

—¡Ya! ¡Ya! —gritó Elyn, «¡Ya!» restalló el látigo, y el trío de hèl-corceles desbarató a los guula que intentaban cerrarles el paso; el carro avanzó a toda velocidad, arrancando chispas de los adoquines, hacia los afilados dientes de hierros del rastrillo que se cerraba; los guula corrían detrás, y Thork botaba sobre la plataforma agarrándose como podía y maldiciendo sin parar. Elyn gritó:

—¡Ahí va! —Y se agachó en el carro mientras los hèl-corceles pasaban como una exhalación bajo las puntas aguzadas del rastrillo y cruzaban la barbacana, arrastrando detrás de ellos al vehículo con Elyn y Thork; inmediatamente después de su paso, los colmillos afilados de hierro acabaron su rápido descenso y fueron a hundirse en el suelo con un estruendoso ¡dong!, dejando cortados a los perseguidores. Elyn se enderezó con viveza y tiró con fuerza de las riendas hacia la izquierda, cuando los hèl-corceles salían ya de la fortaleza, porque delante se abría un abismo de centenares de metros de altura. Aullando de dolor, los hèl-corceles giraron hacia la izquierda y el carro traqueteó tras ellos, tambaleante, las ruedas patinando sobre la piedra fría, de modo que la llanta derecha pasó a escasos centímetros del borde del precipicio. Y el vehículo fantasmal corrió hacia el puente levadizo, mientras cientos de flechas de astil negro dirigidas contra los fugitivos cruzaban silbando el aire, lanzadas desde las almenas de la fortaleza. De inmediato los cascotes forrados de acero y las llantas metálicas de las ruedas atronaron al cruzar el puente de madera, y Thork, mientras lo cruzaban, prendió fuego al quemador de vidrio lleno de zhar y lo arrojó contra el suelo del puente. Es difícil explicar cómo consiguió encender aquel aparato mientras botaba acurrucado en la plataforma del carro lanzado a toda velocidad, pero el hecho es que lo encendió. Y el frasco en llamas se rompió al chocar contra el suelo de madera del puente, de modo que el fuego se propagó al exterior y el zhar ardió con una llama intensa, que cubrió el puente entero. Iluminado por aquel resplandor rojizo, el carro de los hèl-corceles descendió por la aguja menor, con Elyn y Thork a bordo, hacia la libertad, siguiendo las vueltas y revueltas del sendero sobre aquella piedra negra, ya fuera del alcance de las flechas. Elyn hizo restallar el látigo y gritó:

—¡Ah, por Adon! ¡Y Ruric me había dicho que entrenarme a conducir el carro no me serviría de nada! ¡Vaya espectáculo se ha perdido esta noche!

Pero antes de que llegaran al valle, Thork, ya de pie, sujeto a las tablas del costado, señaló hacia arriba y lanzó un grito de advertencia, porque sombras oscuras galopaban en el exterior de la fortaleza, cruzaban el puente saltando por encima de las llamas atizadas por el viento, y empezaban a descender por la aguja menor.

El rastrillo había sido levantado de nuevo, y los guula los perseguían.

El carro descendía a toda velocidad hacia el pie de la aguja, mientras en lo alto los guula montados en hèl-corceles los perseguían, siguiendo los meandros del camino de piedra negra, ladera abajo. La troica llegó al camino llano del pie del valle, y Elyn dejó el cuidado de seguir la ruta a los hèl-corceles, porque la oscuridad era todavía excesiva para que ella pudiera distinguir otra cosa que siluetas de ébano sobre el fondo borroso de la noche.

—¡Tus ojos, Thork! —gritó—. ¡Guíame!

Thork escudriñó entonces la oscuridad e indicó las direcciones que debían seguir, mientras el carro volaba por el terreno llano.

Siguieron la dirección sur hasta la curva del camino, y entonces doblaron hacia el norte, siguiendo el surco trazado por un glaciar. Mientras ellos corrían hacia el norte, los guula llegaron al pie de la aguja y los persiguieron a campo través, decididos a interceptarlos.

—Los khols vienen en perpendicular —anunció Thork, tomando su ballesta y arrimándose a la tabla lateral para no caer al tiempo que la montaba—. Quieren coparnos la retirada.

—¡Ya! ¡Ya! —gritó Elyn, e hizo restallar el látigo. Corrieron hacia el norte y rebasaron el punto de intersección, escapando entre las sombras de la noche. Pero en un abrir y cerrar de ojos los guula aparecieron detrás de ellos en el camino, y sus fantasmales aullidos de triunfo rasgaron la oscuridad, porque ganaban rápidamente terreno a su presa. Muy pronto la tierra empezó a alzarse por el costado derecho, hasta que corrieron junto a un elevado murallón que se alzaba cada vez más abrupto, en dirección hacia una imponente montaña de piedra gris.

—Nos alcanzan —informó Thork, gritando para ser oído por encima del ruido atronador de los cascos y las ruedas forradas de hierro.

—Sus corceles están frescos, Thork —respondió Elyn, que alcanzaba ya a divisar vagamente el paisaje—, y en cambio éstos están agotados, porque Andrak los hizo trabajar duro. Pero si podemos aventajarlos aún durante algunos minutos...

No terminó la frase; restalló de nuevo el látigo y miró al cielo, que empezaba a palidecer.

Pero paso a paso los guula aullantes se iban aproximando al carro, y ya sólo algunos metros, cada vez menos, los separaban de él.

¡Sshok! Un dardo de la ballesta de Thork alcanzó a un guul en la frente, y aquella criatura cayó hacia atrás sobre el lomo de su montura, se precipitó al suelo y rodó por la dura piedra del camino. Los demás jinetes pasaron por encima de él, y los cascos de sus corceles pisotearon el cuerpo caído. Se oyó el ruido de huesos quebrados. ¡Pero el guul se puso en pie, tiró del dardo clavado en su frente hasta arrancarlo, y saltó de nuevo sobre el lomo de su hèl-corcel! Entonces supo Thork que la leyenda era cierta. En efecto, aquellas criaturas eran casi inmortales.

Aun así, el guul había quedado muy rezagado, al menos de momento, de modo que Thork volvió a montar su ballesta y la cargó con un nuevo dardo. En esta ocasión, cuando disparó, el proyectil se clavó zumbando en el estómago del enemigo más cercano y la punta asomó por su espalda, pero sin el menor resultado, porque la criatura espoleó a su montura, ignorando el dardo.

—¡A los corceles, Thork! —gritó Elyn—. ¡Dispara a los corceles!

Y mientras volaba por el camino en la trasera de un carro que saltaba y traqueteaba sin parar, Thork volvió a montar su ballesta. Pero ahora, los guula aulladores habían rebasado la altura del vehículo, enarbolando jabalinas de puntas dentadas impregnadas de veneno, y el más próximo, echando atrás el brazo para darse impulso, lanzó el arma contra ellos. Thork interpuso su escudo y, ¡blang!, la lanza rebotó hacia el suelo, con la punta doblada por el impacto.

De nuevo Thork empuñó su ballesta, la cargó con un proyectil, levantó el arma y, ¡zak!, el dardo atravesó el pecho de un hèl-corcel en plena carrera; el animal cayó con una corveta hacia adelante, despidiendo al guul aullador que lo montaba por las orejas, y yendo a caer después encima de él.

De nuevo volaron las jabalinas, y una vez más Thork levantó el escudo y detuvo con él los golpes.

Pero por la izquierda, otro guul galopó hasta sobrepasar el carro, saltó de su montura y se asió al lomo de uno de los hèl-corceles del tiro; entonces levantó su jabalina para atravesar con ella el corazón de aquella criatura. Elyn manejó con destreza el látigo, consiguiendo que su punta se enredara en el eje de la lanza; y al tirar luego hacia atrás, arrancó el arma de las manos del guul y la despidió contra las rocas, donde rebotó, se dobló y acabó por quebrarse en el suelo. Pero el látigo también había escapado de las manos de Elyn y quedó atrás, enredado en la lanza rota.

Mientras el carro seguía su estruendosa marcha, el guul montado en el tiro de los hèl-corceles se volvió hacia atrás y, con un aullido fantasmal, saltó hacia la conductora; Elyn arrancó la punta del sable del suelo de madera y atravesó el pecho del guul cuando éste estaba en el aire; la criatura cayó de espaldas y hacia un lado, con el sable clavado, pero

consiguió aferrarse a la tabla lateral. Y así siguieron galopando por el camino, mientras el guul atravesado se erguía con lentitud sujeto a la tabla, a pesar del sable; y aquella cosa imposible, con sus malignos ojos negros de muerto, la cara pálida y la boca roja como una cicatriz torcida en una mueca de burla que dejaba al descubierto unos dientes amarillos y sucios, saltó de nuevo. Pero Elyn le dio una patada en el rostro cadavérico con el talón de su bota, y lo hizo caer de nuevo; y en esta ocasión la pierna quedó prendida en la rueda del carro, de modo que el guul se vio proyectado contra el suelo, y atropellado por la misma rueda, que pasó sobre su cuerpo repulsivo. Y cuando volvió a ponerse en pie, el carro estaba ya lejos.

¡Blang! Thork detuvo más jabalinas con su escudo levantado, y ahora empuñó en su mano derecha el Kammerling, dispuesto a golpear con él a cualquiera que saltara desde su hël-corcel al carro, porque galopaban ya lado a lado. Pero uno de aquellos impúdicos y aulladores cadáveres hostiles se adelantó, empuñando un tulwar cuyo filo estaba impregnado de una sustancia negra y pegajosa, y se dispuso a clavarlo en el cuello de uno de los hël-corceles que tiraban del carro. Nada podían hacer Elyn o Thork para detener su mano, y el sable empezó a trazar en el aire su curva descendente. Pero en aquel preciso momento rebasaron un espolón de roca de la ladera de la montaña, salieron de la sombra de la cordillera y la primera luz del día, el borde anaranjado del Sol que empezaba a apuntar sobre la orilla del mundo, brilló a través de una estrecha franja de cielo libre entre la tierra, por abajo, y la capa de nubes por arriba.

Los guula quedaron deslumbrados.

Y los hël-corceles del carro se derrumbaron instantáneamente en el suelo, haciendo que el carro volcara; el eje se quebró, las ruedas giraron en el aire, y Elyn y Thork se vieron proyectados al duro suelo. Un dolor agudo recorrió sus miembros mientras rodaban inermes sobre la tierra fría, la piedra, la nieve y el hielo. En el instante siguiente, sin embargo, estaban de nuevo en pie, dispuestos para el combate, esperando el ataque de sus enemigos aunque ninguno de los dos conservaba un arma en la mano.

Pero a su alrededor reinaba el silencio, sólo quebrado por el girar en el vacío de una de las ruedas del carro, apuntando al cielo desde su eje partido, y el susurro del viento. De los guula y los hël-corceles tan sólo quedaban las cenizas, y la brisa se colaba por entre las ropas vacías y las armas abandonadas, los arneses y las riendas de cuero; la Prohibición de Adon los había aniquilado, la luz del Sol los destruyó a todos.

Esparcidas por el suelo, los dos encontraron sus armas y sus mochilas, además de un viejo martillo de forja comido por el orín, con el mango agrietado y la cola rota.

¡Estaban libres!

—¡Has estado magnífico! —gritó Elyn, eufórica, y tendiendo sus manos a Thork, le besó en la boca..., pero aquel beso estalló de súbito en algo muy distinto de lo esperado: el corazón de Elyn dio un vuelco, un fuego asombroso se prendió en la boca de su estómago y se propagó a través de sus pechos, de su vientre, de todo su ser; y la sangre de Thork ardía, el pulso martilleaba en sus oídos, en sus lomos, en su pecho tenso, con un hambre abrasadora.

Pero casi de inmediato se separaron, con los corazones palpitantes, confusos y avergonzados, porque las estrictas leyes de sus respectivas razas, llegadas hasta ellos a través de las edades y los tiempos más remotos, les advertían:

«¡Es una mujer, no una chåkian!»

«¡Es un enano, no un humano!»

«¿Cómo puede ser esto?»

«¿Cómo puede ser esto?»

Y, en ese momento, la tierra empezó a temblar y agitarse bajo sus pies.

—¿Qué...? —empezó a decir Elyn.

—¡Un terremoto! —gritó Thork—. ¡Aquí, junto al escarpe, Elyn! ¡Las rocas de la ladera caerán, tal vez habrá una avalancha!

Y así se cobijaron en el refugio que les ofrecía un escalón del terreno al pie de la montaña vecina, abrazados el uno al otro; la tierra tembló y tronó, y grandes peñascos y rocas se precipitaron desde lo alto, rodaron por las empinadas laderas y se acumularon sobre el camino.

Y con una voz sobrecogida por el espanto, Elyn gritó:

—¡Mira!

Y señaló hacia el sur.

A lo lejos, pudieron ver cómo se estremecía la aguja negra sobre la que se asentaba la fortaleza de Andrak; los rayos del Sol del amanecer brillaron sobre las murallas, mientras el resto de la columna de roca seguía aún en sombra. Y mientras seguían mirando atónitos, sin creer apenas lo que veían sus ojos, lenta, majestuosamente pero con una velocidad creciente, las agujas gemelas se derrumbaron, la fortaleza y la piedra que la sustentaba trazaron en su caída un gran arco en el aire, y fueron a precipitarse al suelo con estruendo y con una fuerza inimaginable; peñascos enormes, inmensas masas de piedra fragmentada saltaron hacia arriba y a los lados tras aquel tremendo impacto, y se esparcieron por el valle, mientras se elevaban hacia el cielo grandes nubes de nieve, hielo y polvo. Unos instantes después, la onda de choque propagada después de aquel cataclismo hizo retemblar el suelo bajo los pies de Elyn y Thork, y enseguida un ¡BUM! ensordecedor atronó sus oídos.

Poco a poco, la tierra dejó de temblar.

El terremoto había cesado, y la fortaleza de Andrak estaba totalmente destruida.

Y en las profundidades de la roca viva que había debajo, sonó un martilleo rítmico, que transmitía la noticia bajo tierra.

38

La retirada

Mediados y finales del verano, 3E1602

[Este año]

Durante más de un mes, Kalgalth el Negro volvió todos los amaneceres a Kachar, y los chåkka espionaron sus evoluciones desde la seguridad de la puerta oculta del valle. El drake removía el suelo, mutilaba los cadáveres dispersos y lanzaba broncíneos gritos de desafío desde los picos de las montañas vecinas. Durante aquellas semanas, los enanos no vieron aventurarse en el valle a nadie que no fueran los buitres y los cuervos, con la excepción de una doncella humana de cabellos cobrizos, que llegó cabalgando una tarde y luego se marchó...; pero los chåkka no le concedieron importancia. Y en aquel mes largo, los chåkka excavaron pequeños túneles en la Montaña, a ambos lados de la puerta principal, dejando únicamente sin perforar el último metro, según el plan del maestro minero Fendor Piernas de Piedra; porque los túneles habían de servir de poternas laterales desde las que llegar al montón de escombros que cubrían el portal principal para despejarlo una vez que el dragón dejara de venir. Finalmente, el dragón abandonó sus apariciones matutinas, porque no encontraba diversión en arrancar la tierra del suelo y mutilar cadáveres muertos muchos días atrás, y ni los enanos ni los hombres le proporcionaban nuevas víctimas. Llegó un día en que Kalgalth el Negro no se presentó, y tampoco lo hizo al día siguiente, ni al otro; y cuando hubo pasado una semana sin que regresara, los chåkka juzgaron que había llegado el momento de completar su trabajo. Después de otra semana más o menos, habían perforado los últimos metros de granito y salido al valle; y colocaron unas puertas de hierro pequeñas pero macizas en el extremo de cada uno de los túneles, asegurándolas con pesadas barras de hierro; también colocaron pivotes móviles en los techos de cada pasillo, con el fin de provocar el hundimiento de los túneles si los acontecimientos futuros los colocaban en una situación tan apurada que exigiera medidas desesperadas. Y cuando todo aquello estuvo hecho,

empezaron a desescombrar el inmenso talud —bloques de roca, piedra y guijarros— que cubría la puerta principal.

Durante aquellas mismas semanas se celebraron algunos duelos, aunque su frecuencia disminuyó de forma sensible, porque tanto los enanos como los hombres temían las consecuencias de una guerra abierta en aquellas salas subterráneas. La mayor parte de los hombres concentraron todo su odio en el capitán Bolk, al que consideraban su carcelero. Con sus guardianes châkka representaba todo lo que ellos aborrecían: el confinamiento, la ausencia de las llanuras herbosas, del aire fresco y de los cielos abiertos, la aguda punzada que sentían en el pecho al pensar en el hogar lejano y en la muerte de sus camaradas. Porque los harlingar no podían evitar la sensación de que se encontraban en el fondo de Hèl, al recordar las fábulas que hablaban sobre héroes perdidos para siempre en el sombrío inframundo, un lugar tenebroso en el que se entraba a través de cavernas, túneles y grietas abiertas en la superficie de la tierra, un lugar repugnante desde el que no había regreso posible. Y todo aquello afectaba a su moral, y los sumía en la desesperación. A pesar de que el rey Aranor, el maestro de armas Ruric, el Reachmariscal Vaeran y el mariscal Boer solían pasear con los hombres y hablar con ellos para animarlos, la frustración era aún el estado de ánimo predominante, y seguían celebrándose duelos; y a medida que más hombres y enanos morían la Tregua del Dragón entre ellos adquiría un cariz más y más hostil.

Cuando llegó el día en que el dragón de Fuego se cansó de su diversión y no acudió a su cita matutina, cuando estuvieron listos los túneles de las poternas, el DelfSeñor Baran ordenó que empezaran los trabajos de limpieza de la puerta principal y que los hombres colaboraran, porque ellos habían sido el origen de la situación presente, y era justo que también ayudaran al desescombro.

—¿Cómo? —explotó Reynor—. ¿Ese enano nos ordena convertirnos en topos! ¿Nos lo ordena? No, Ruric, yo he nacido en las estepas y no cavaré como una lombriz...

—¡Tú harás lo que disponga tu rey! —contestó Ruric en tono destemplado—. Y si eso significa que hemos de cavar, entonces, ¡por Hèl!, cavaremos.

Y así los vanadurin empezaron a trabajar en el gran talud acumulado delante de la puerta, codo a codo con los châkka, en turnos que cubrían la jornada de luz completa: y picaron, nivelaron, cavaron, empujaron, transportaron... Poco a poco, pero de forma perceptible, el talud disminuyó de tamaño.

Pero a pesar de que trabajaban con un objetivo común, e incluso a pesar de que por fin los harlingar vivían al aire libre, y también de que los dos bandos estaban ahora ocupados en una tarea dura y fatigosa que los absorbía, la hostilidad entre hombres y enanos apenas disminuyó, aunque el número de duelos fue decreciendo hasta casi desaparecer por completo.

Al mismo tiempo, cada bando recogió a sus camaradas muertos, aunque en algunos casos, mutilados como estaban, era difícil saber si unos restos pertenecían a un enano o a un hombre. Cada parte se ocupó de los suyos; los harlingar enterraron a sus hermanos de armas, y los châkka los quemaron; los châkka sacudieron la cabeza consternados al ver que los hombres arrojaban a sus muertos a un agujero abierto en la tierra, permitiendo que sus espíritus quedaran atrapados durante una edad adicional por el suelo y por las raíces en su lugar de reposo, en lugar de verse rápidamente libres merced al fuego purificación por su parte, los vanadurin mostraron el mismo asombro por la forma en que trataban los châkka a los suyos, sin dejar de ellos otro recuerdo que unas cenizas, en lugar de un túmulo limpio y cubierto de hierba.

Finalmente, después de diecisiete días de trabajo incesante, para romper la roca y levantar los peñascos, apartar la tierra con las palas y excavar el talud, la puerta emergió, limpia de escombros: los hombres podían ya marchar.

Salieron de las profundidades del holt de Kachar: novecientos caballos y algo más del millar de harlingar, muchos de ellos heridos, la mayor parte a causa de la guerra, otros por

el dragón, y algunos como consecuencia de los duelos. Pero el DelfSeñor Baran había cedido al rey Aranor doce carretas, y se engancharon a ellas algunos caballos para el viaje desde el Châkkaholt, cruzando las montañas, hasta el Jordkeep, en una caravana que transportaría a los heridos y a los hombres que carecían de una montura propia.

Y cuando todos los hombres hubieron sido evacuados y las carretas se dirigían ya traqueteantes hacia el paso de Kaagor, los harlingar montados desfilaron en formación, y frente a ellos desfilaron también las hileras, más nutridas, de los infantes châkka. Los enanos llevaban todas sus armas defensivas y ofensivas, y los vanadurin iban revestidos de sus armaduras, brillantes la malla de acero y el cuero al Sol de la mañana. Era el momento de la marcha, porque Aranor había ordenado el regreso a Jord. Pero todavía era preciso cumplir con una ceremonia, y los dos pueblos se disponían a hacerlo. Baran se adelantó de entre las filas de sus guerreros, portando una bandera gris. Quebró entonces en su rodilla el asta de madera de la bandera, arrojó ésta al suelo y gritó, de modo que todos le oyeran:

—¡La Tregua del Dragón ha terminado!

Aranor mostró su acuerdo con una inclinación de cabeza.

Pero de súbito, y antes de que nadie pudiera detenerle, también Bolk se adelantó, y extrajo otra bandera de debajo de su armadura. Era verde y blanca, y la alzó para que todos la vieran: un caballo blanco rampante sobre campo verde, la bandera de combate de Jord, una bandera capturada semanas atrás de entre los muertos en la batalla. Bolk escupió en ella, la rasgó, la tiró al suelo y la pisoteó.

Reynor, enfurecido con aquel carcelero rechoncho y barbudo, espoleó a su caballo y se precipitó sobre Bolk empuñando una jabalina, dispuesto a atravesarle.

—¡No! —gritó Aranor.

—¡Mata al bastardo! —aulló Gannor.

Un enano de la compañía de Bolk alzó su ballesta...

... el brazo de Reynor se proyectó hacia adelante...

... voló el virote...

... la mano despidió la lanza...

El virote se hundió en la garganta de Reynor en el momento en que éste lanzaba la jabalina, y desvió su trayectoria. Mientras Reynor se inclinaba hacia atrás en su silla, muerto antes de caer al suelo, la jabalina, proyectada con una enorme fuerza, atravesaba la cota de malla del enano situado al lado de Bolk, se hundía en su corazón y asomaba su punta por la espalda; así fue como murió Baran, el DelfSeñor de Kachar, herido por un arma dirigida contra otra persona.

Y en el campo se desencadenó la batalla.

Duró muchas horas y fue sangrienta; muchos hombres murieron, y también muchos châkka. Finalmente los hombres se retiraron, y Aranor abandonó el campo al frente de menos de setecientos harlingar, la mayor parte de ellos heridos.

Aranor se volvió en su caballo y contempló el valle. A su lado estaba Ruric.

—Estamos delante de un valle de muerte, Viejo Lobo —dijo por fin Aranor, rompiendo el largo silencio—. Nuestros guerreros, nuestra juventud, yacen en ese campo ensangrentado. Aguarda a nuestra nación un futuro incierto, y pasarán muchos años antes de que consigamos recuperarnos.

—Todo se debe a la maldición del Dracongield, mi señor. Ahora soy el único superviviente de aquella malhadada expedición. Ojalá nunca hubiéramos oído hablar de Sleeth y de su terrible tesoro.

Permanecieron inmóviles largo rato, perdido cada cual en sus pensamientos, y finalmente Aranor dio la señal de marcha.

Los hombres de Jord, derrotados, iniciaron el regreso a sus hogares.

Y en las profundidades del Châkkaholt, mientras las voces plañideras de las châkia lloraban a los muertos en la reciente batalla, Bolk, engreído por la victoria, golpeaba de plano con su hacha la mesa del consejo.

—Entonces, está decidido: cuando llegue la primavera, llevaremos esta guerra a las puertas del Jordkeep. Mataremos a todos los hombres y nos llevaremos lo que en justicia es nuestro: el tesoro de Piedra Negra.

Porque en aquel momento no sabían, no podían saber, que el Palacio de Aranor estaba en ruinas, y que el botín de Sleeth había desaparecido.

39

Redobles en la piedra

Invierno, 3E1602

[Presente]

Los ecos se fueron apagando y la tierra dejó de temblar; las agujas se habían derrumbado con estrépito; la fortaleza de Andrak ya no existía. Y al resguardo de un escarpe montañoso, dos personas habían presenciado el cataclismo, sobrecogidas, absortas ante aquella calamidad. Pero una de las dos recuperó su presencia de ánimo y pensó en lo que podía suceder después.

—Princesa, hemos de escapar, y ahora a campo través —dijo Thork, acercándose a los equipajes esparcidos por el camino y mostrando una ligera cojera al caminar—, porque es posible que algunos hombres del castillo de Andrak hayan salido a perseguirnos antes de que el holt se derrumbara, y a ellos la luz solar no los afecta.

—¿Qué pueden querer de nosotros ahora, Thork? —preguntó Elyn. «¡Raen! —se frotó un codo dolorido—. He debido de darme un golpe al volcar el carro. Mañana estaremos baldados.» Frotándose el brazo se acercó a su mochila, caída en el suelo, y volvió a preguntar—: ¿Qué pueden querer de nosotros? ¿Vengarse? ¿Robarnos? ¿Cumplir con su deber? Me parece improbable que se empeñen en ejecutar la orden dada por un rutch muerto, o un drokh, o un guul, o incluso un comandante humano, porque quienquiera que los mandase debe de haber perecido en el hundimiento.

Elyn extrajo su arco de la mochila y lo examinó, en busca de posibles averías. «Tan sólo un arañazo que desaparecerá aplicando grasa o aceite, o frotando la raya con la pulpa de una nuez.» Una de sus flechas se había partido en dos, pero las demás estaban intactas.

—No sé por qué habrían de perseguirnos —respondió Thork—, pero en caso de que lo hagan, será mejor que hayamos desaparecido de aquí cuando lleguen.

También Thork examinó sus armas en busca de algún desperfecto, en especial los mecanismos de la ballesta: todo estaba en orden.

Elyn cargó al hombro su mochila, tomó el arco en la mano y se ciñó la aljaba a la cintura.

—Thork, mi sable está un poco más atrás, atravesado en un guul, y quiero recuperarlo.

Thork hizo un gesto afirmativo al tiempo que deslizaba el martillo hechizado, el Kammerling, en la funda dispuesta en su cinturón. Después de cargar con su equipaje, empuñó el hacha y emprendió la marcha hacia el sur.

—Vamos pues, porque el día avanza, y me gustaría alejarme de estos parajes.

Encontraron el sable de Elyn unos cuatrocientos pasos más atrás por el camino que habían seguido a lo largo del escarpe montañoso; la espada estaba prendida en una sucia camisa gris, que coronaba un montoncillo de ropas andrajosas; del guul quedaban tan sólo cenizas dispersadas por el viento. Elyn recogió el sable. «Recuerdo el brillo de los ojos de mi padre y su sonrisa; apenas podía esperar a que yo desarrollara la funda de tela suave que lo cubría cuando me lo regaló, por mi decimoctavo cumpleaños.» Y

limpió la hoja cuidadosamente en la nieve, la secó después en su propia capa y la enfundó.

—Ahora podemos ya apartarnos del camino si ésta es la mejor estrategia, pero opino que si lo hacemos habremos de cruzar el valle abierto, en tanto que esta ruta nos ocultará entre las laderas de esas montañas grises y frías.

—Sí, es cierto —reconoció Thork—, pero si alguien ha escapado al hundimiento del holt, es más probable que cabalgue siguiendo el sendero.

—Si caminamos a campo través, ¿hacia dónde marcharemos? ¿Qué dirección hemos de tomar?

Para Elyn todas las montañas, aunque diferentes en los detalles, eran en conjunto una misma cosa. Sólo era capaz de distinguir con precisión la Montaña Negra, al sur, porque era como un enorme faro de ébano en medio del mar de montañas grises.

Thork se volvió, y escudriñó con atención aquellos riscos y picachos.

—Allí están los cuatro dedos y el pulgar que nos guiaron hasta esta cordillera —dijo, señalando las cinco puntas—, y allá, el paso por el que entramos. Y por ese lado —indicó la dirección con el brazo y la mano extendidos, para que los ojos de Elyn la siguieran—, está la ruta más fácil, descontado este camino. Pasa por el lugar donde se alzaba, el holt de Andrak, por lo que estimo que la mejor manera de cruzar el valle si queremos pasar inadvertidos —de nuevo su mano libre indicó la ruta—, debe de ser por allá.

Durante toda la explicación, la mirada de Elyn siguió las indicaciones de aquella mano, y comprendió lo oportuno de las explicaciones, maravillándose de la rapidez de apreciación de su compañero en lo referente a la disposición de la tierra, a su intuición para estimar la presencia de terrenos quebrados o llanos, y las rutas más convenientes en unos y en otros; y le asombró el misterioso sentido de la orientación y la localización propio de los enanos.

—Vamos, pues —dijo cuando él calló—. Tú decides, puesto que eres el que guía...

De repente, Elyn alzó una mano para reclamar silencio.

—¡Chis! Se acercan unos jinetes.

Y oyeron el redoble de cascos sobre la piedra, pero no supieron si estaban lejos o cerca, porque el camino trazaba una curva y se perdía de vista siguiendo la base del escarpe, que ahogaba los sonidos. Desembarazándose a toda prisa de su mochila, Elyn se tendió en el camino, y aplicó el oído al suelo.

—Cinco o seis —dijo después de unos momentos—, a una marcha mediana. Al trote. Están cerca. Y oigo algo más: golpes como de señales.

Mientras Elyn escuchaba las vibraciones del suelo, Thork inspeccionaba los alrededores, en busca de un lugar donde ocultarse, y a falta de escondite, algún desfiladero estrecho que les facilitara la defensa: nada.

Antes de que ella volviera a ponerse de pie, aparecieron en la curva del camino, a una cincuentena escasa de metros, cinco jinetes —hombres—, y Elyn colocó una flecha en su arco, mientras Thork se desprendía de su mochila y empuñaba el hacha.

Los hombres, de tez oscura, frenaron el paso de sus monturas pero siguieron avanzando; todos iban armados con tulwars, pero los llevaban cruzados horizontalmente sobre las sillas.

—¡Dök! —gritó Thork en su lengua nativa—. ¡Alto! —repitió, ahora en la lengua común.

El hombre que cabalgaba en cabeza levantó una mano.

—¡Ghoda rhokho! —dijo, en una lengua que ni Elyn ni Thork entendían; no parecía la lengua slûk, sino algo de un género distinto. Los cinco detuvieron sus caballos. El cabecilla dijo algo en voz baja a sus hombres, y luego hizo avanzar muy despacio su montura, mientras los demás aguardaban. Se acercó hasta situarse a tan sólo unos pasos, con la espada todavía atravesada sobre la silla. Thork levantó la mano y repitió:

—¡Alto!

El jinete se detuvo. Su piel era morena, con matices oliváceos, y los ojos tenían un sesgo pronunciado. Lucía un bigote negro, largo y lacio, y una barba de chivo. Su yelmo era de acero, con reborde de piel y rematado en punta. La armadura consistía en unas bandas de hierro articuladas mediante correas de cuero. Y los ojos rasgados de aquel hombre miraron primero el cabello rojo de Elyn y sus blancas facciones, y luego a Thork, apreciando su corta estatura y su barba partida.

—Kaija Wolc —dijo el jinete, en tono de saludo, con una voz gutural.

—Habla en común, hombre —gruñó Thork—. O lárgate de aquí.

El jinete sacudió la cabeza y se señaló la oreja y la boca, mostrando la lengua; luego se volvió y llamó a uno de sus hombres, pidiéndole que se adelantara.

«Intenta que creamos que no puede entendernos y que llama a un "intérprete" —pensó Elyn—, pero me parece que estaban junto a los engendros de Andrak: deben de ser bandidos.»

—Cuidado, Thork —murmuró, y guiñó significativamente un ojo, inclinando primero la cabeza hacia Thork, y luego al hombre que tenían delante. Quería decir: «En caso de necesidad, ése es tuyo».

Thork hizo un único movimiento de cabeza, apenas una breve inclinación, para indicar que había comprendido el mensaje secreto, y Elyn deseó que hubiera montado la ballesta, además de tener el hacha a mano.

El segundo jinete se adelantó al trote, y el corazón de Elyn latió más aprisa, pero ningún signo externo reveló su tensión; el arco seguía bajado y la flecha, aunque colocada en posición de disparo, apuntaba al suelo.

Cuando el jinete llegó a donde se encontraban, en lugar de detenerse gritó: «¡Kha!»; clavando los talones en los flancos del caballo alzó su tulwar, y el caballo encabritado se arrojó sobre los dos guerreros. También el cabecilla espoleó a su montura, gritó y alzó su espada.

¡Tung! Elyn lanzó su flecha contra el jinete que los atacaba.

¡Sshot! El proyectil le alcanzó en el pecho, atravesándolo y arrojándolo fuera de su silla de montar.

¡Schlak! El hacha de Thork derribó el caballo del cabecilla, y el animal lanzó un relincho de agonía.

—¡Maldita sea! —gritó Elyn al oír el gemido del animal, mientras colocaba otra flecha en su arco; al mismo tiempo, Thork saltó por encima del caballo agonizante y su hacha ensangrentada se clavó en el cuerpo del jinete, antes de que pudiera ponerse de nuevo en pie.

—¡Kha! ¡Kha! —Los tres hombres restantes se lanzaron hacia adelante, y Elyn soltó una nueva flecha, pero falló por muy poco cuando el hombre a quien la dirigía se agachó, hizo girar a su montura, y con el rostro pálido de miedo emprendió un galope desahogado a campo través, seguido por sus compañeros, poco dispuestos a arriesgarse a morir en manos de aquella pareja.

Elyn se volvió a toda prisa. Había una montura libre, un caballo sin jinete. Si conseguía capturarlo, podrían montar los dos en él, o cabalgar por turno.

—Pon fin a los sufrimientos de ese animal herido, mientras yo atrapo al otro —ordenó a Thork, con voz seca, mientras corría hacia el corcel sin jinete.

—¡Cuidado con esos bandidos, princesa, todavía están cerca! —le gritó Thork. Sin mirar atrás, ella levantó su arco para indicar que le había oído. Y por su parte, él se acercó al caballo abatido, jadeante, despatarrado, y sacó la daga de su vaina.

Cuando Elyn regresó montada en el corcel del muerto, Thork revolvía el equipaje atado a la silla del caballo muerto. Había desatado las cinchas y extraído la silla del lomo del animal, por si resultaba mejor que la del corcel de Elyn. También había soltado el ronzal, pensando en que podía resultar útil de alguna manera. Al acercarse, Elyn apartó la vista del cuello abierto del animal, porque en cierta manera su visión la afectaba más que la del

bandido partido en dos por el hacha. Su caballo piafó y retrocedió al olor de la sangre, pero ella lo controló sin esfuerzo y lo dirigió al cercano escarpe de la montaña.

Desmontó, y anudó las riendas en torno a su mochila considerando que aquello bastaría para mantener quieto al animal a pesar de que éste seguía inquieto, piafando y resoplando por los ollares, como si quisiera expulsar de ellos el olor de la sangre.

—¿Tenías que herir al caballo? —preguntó finalmente Elyn—. Soy vanadurin, y nosotros llevamos en la sangre el amor a los caballos...

—Era o eso o dejar que me arrollara —gruñó él.

«... pero también ellos caen en la batalla, como los guerreros.»

Elyn se dedicó asimismo a la sórdida tarea de robar a los muertos. Ella y Thork podían encontrar algunas cosas —monedas, armas, cascos— útiles para el camino de vuelta. Recuperó su flecha clavada en el hombre muerto, aunque la hizo sentirse mal el ruido que produjo al arrancarla, porque no sabía en qué momento volvería a necesitar sus flechas, y cada una de ellas contaba. También se puso a buscar a la luz del Sol matutino el proyectil perdido, pero sin resultado, porque lo había lanzado con toda su fuerza y en un ligero ángulo ascendente, y no resultaba fácil evaluar la dirección exacta y el alcance aproximado.

En conjunto, el saqueo dio como resultado dos tulwars, una daga, un cuchillo largo, un yelmo, dos corazas de bandas de acero sujetas con tiras de cuero, diecisiete monedas de cobre, dos juegos de arneses, dos mantas y diversos utensilios de poco valor, además de dos pares de bolsas con raciones de campaña y provisiones de avena para los caballos que podían durar cinco días al menos... Sin contar el caballo vivo.

Elyn examinó el arnés, lo comparó con el que llevaba puesto el otro caballo, y eligió el mejor de los dos. «Maldita sea, podíamos haber contado con dos caballos, si Thork hubiera podido evitar matar al suyo.» Despojó al animal de los arreos que había descartado como inferiores, y le colocó los nuevos. Y al hacerlo, examinó también con todo cuidado las condiciones en que se encontraba. «Este caballo lleva demasiado tiempo sin trabajar, ocioso en el establo; pasarán muchos días antes de que pueda soportar la carga que debería llevar, correr todo lo que es capaz, y resistir lo que cabría exigirle.»

—Thork, no podemos cargar al caballo con todo el equipaje y montar los dos además —dijo, mientras le ajustaba la mejor de las dos sillas—. Tendremos que hacer turnos, y caminar uno de los dos mientras el otro cabalga.

—¿No oíste lo que dije en la torre? —La voz de Thork tenía un tono cortante—. No montaré en ningún caballo.

Elyn dirigió a Thork una mirada penetrante. «No es posible que tenga miedo a los caballos, porque no mostró ningún temor delante de Viento. Pero por alguna razón no quiere cabalgar en ellos, por más que la diferencia entre un caballo y un poni es mínima. Pero ahora que lo pienso, nunca he visto ni oído hablar de ningún enano que montara a caballo». Luego se dio la vuelta y no volvió a mencionar el tema.

A excepción de sus armas defensivas y ofensivas, cargaron al caballo con todo su equipaje y con las pertenencias de los muertos que decidieron guardar. Hacha en mano, Thork avanzó por el camino hasta la curva que rodeaba el escarpe, y allí examinó larga y concienzudamente el terreno. No vio a nadie en el camino, ni en el valle desierto; ni siquiera pudo divisar a los bandidos supervivientes, que habían huido hacia el norte. Por consiguiente, juzgó seguro el camino y los dos emprendieron la marcha hacia el sur bajo un cielo cubierto de nubes, a pie, llevando el caballo sujeto por un largo ramal, y desayunándose con un pedazo de galleta seca compartido entre los dos.

Al rehacer el camino, Thork pudo recuperar los tres dardos de su ballesta, entre las cenizas de los engendros matados por el Sol, y Elyn recogió una de las jabalinas de los guula, para utilizarla como lanza, en caso de necesidad. Después de sopesar el equilibrio de aquella asta rematada en una punta dentada, se dijo: «Si tuviera mi propia lanza, no

usaría esta cosa. Las lengüetas desgarran la carne, y el veneno es una forma cobarde de luchar. Si tuviera mi propia lanza, arrojaría ésta a donde nunca pudiera ser encontrada».

—Volvamos al holt de los magos cuando pasemos por la Montaña Negra. Hemos de recoger las cosas que dejamos allí: tu martillo, mi lanza, una silla de montar buena, más grano para la montura...

Thork mostró su acuerdo con un gesto, y los dos se encaminaron hacia el sur, el enano cojeando todavía como consecuencia del vuelco del carro.

Aquella noche acamparon en las sombrías montañas grises, mientras caía una ligera nevada. No había leña para encender fuego, y para calentarse se acurrucaron el uno al lado del otro en sus propias mantas, añadiendo a ellas una de las que cogieron a los bandidos muertos; con la manta restante abrigaron al caballo.

Y en las profundidades de la piedra hubo, mientras dormían, un martilleo insistente; pero sólo el caballo lo oyó.

A la mañana siguiente, helados y doloridos por el vapuleo recibido en el vuelco del carro, rígidos por los cardenales y las magulladuras, despertaron con la nostalgia de un fuego en el que poder calentar unas tazas de té. Thork se alejó unos pasos para aliviarse, y comentó:

—Debería de haber saltado de aquel maldito carro cuando se me ocurrió hacerlo, en lugar de dejar que me tirara al suelo.

—¿Se te ocurrió saltar? —preguntó Elyn, sorprendida.

—Sí, para aligerar el peso y ayudarte a escapar de los khols que nos daban caza —respondió él—, pero decidí que de todas formas te alcanzarían y tu espalda quedaría desprotegida, de modo que te haría mejor servicio dentro del carro que fuera.

Una expresión perpleja apareció en el rostro de Elyn al oír sus palabras. «¡Adon! Se habría sacrificado por mí.» La idea de que él actuara de esa forma hizo encogerse su corazón, pero no lo reveló en su actitud.

—No saltar fue una decisión sensata, porque serán necesarias tus manos para blandir el Kammerling contra Kalgath el Negro; mi conocimiento de los martillos de combate se limita a una corta sesión de adiestramiento cuando era aún una chiquilla.

Tomó un pedazo de galleta y lo mordió pensativa.

—Y si hubieras saltado, la misión contra Kalgath el Negro habría fracasado, y proseguiría la guerra entre nuestras dos naciones.

Su mente siguió absorta aquella línea de pensamiento hasta su conclusión, y entonces Elyn añadió:

—Tal vez deberías enseñarme a manejar el martillo en los próximos días, para que, si se te vuelve a ocurrir hacer alguna locura, eso no suponga la salvación del dragón.

Elyn hizo una pausa, y luego añadió:

—Sí, Thork, adiéstrame; doblaremos nuestras oportunidades de éxito: uno de nosotros podrá continuar la misión, independientemente de lo que le ocurra al otro.

—Sí, princesa—asintió Thork—, te enseñaré; tendremos tiempo más que suficiente, porque el camino de regreso es muy largo, en especial si no conseguimos encontrar un poni para mí.

Después de otro día y medio de camino llegaron a su destino en la Montaña Negra, pero al llegar no encontraron ninguna puerta de hierro esperándolos en el extremo del pliegue del terreno en donde la habían visto en la anterior ocasión. Y sin embargo, todo el ser de Thork le decía que habían seguido el camino bueno, el camino que sus pies no podían dejar de reconocer; y sabía que, en la anterior ocasión, allí había una puerta. Pero ante ellos no se alzaba ningún portal, ninguna abertura, ninguna reja; tan sólo roca negra, lisa e indiferente.

—Princesa, sé que era en este lugar donde estaba colocada la puerta. Como châk, es imposible que me equivoque. Sí, ha nevado desde que partimos de aquí, pero el lugar es el mismo. Mira la pared de roca en el sitio que ocupaba antes la puerta de hierro. ¡Bah!

Debe de tratarse de otro truco de los magos. Si quisieran que volviéramos a entrar, la puerta estaría aquí.

—Si hay un portal aquí, Thork —respondió Elyn—, tal vez exista solamente para quienes llevan un talismán de poder, o para los que se encuentran en una necesidad angustiada..., como nosotros la primera vez que llegamos aquí.

—No cualquier talismán de poder —añadió Thork—, porque ahora llevamos el Kammerling. Pero es posible que la pepita de silverón fuera la llave, o bien, como tú dices, nuestros terribles apuros.

Se volvieron para partir, pero antes de hacerlo, Thork volvió a colocarse delante de la roca y dijo en voz alta y firme:

—Adon.

Pero la roca no cedió, ni se abrió en ella ninguna puerta. Siguió inmóvil unos momentos más, y dijo en châkur:

—Sol Kani, den vani dak belka [Amigos magos, os damos las gracias por habernos salvado la vida].

Luego dio media vuelta, y se alejó con Elyn.

Al descender por la ladera, con los pies certeros de Thork al frente, pasaron por el lugar donde había caído Cavador, y poco después por donde murió Viento; pero la nieve caída había dejado sus cuerpos enterrados a mucha profundidad, y no se veía la menor señal de ellos. Las lágrimas hicieron borrosa la visión de Elyn mientras los viajeros proseguían su camino, dejando atrás la Montaña Negra.

Tardaron seis días más en cruzar el puerto montañoso situado entre el pulgar y el índice; seis días de lento caminar a través de la nieve en las hoscas montañas grises, cinco noches gélidas pasadas al abrigo de salientes de roca escarchados de hielo, que ofrecían un precario refugio contra los vientos helados. Y cada noche, en las profundidades de la roca, sonaba un martilleo rítmico, pero la pareja, exhausta, dormía profundamente y no oía nada.

Así llegaron al paso entre los dos picos, y cruzaron otras montañas más bajas, donde finalmente encontraron leña. Elyn guisó las lentejas de la bolsa que se había llevado consigo del holt de Andrak. Empaparon la galleta seca en el líquido de aquella sopa, y a los dos les pareció ambrosía.

Dos días más tarde, a media mañana, saliendo ya de la cordillera, llegaron a una aldea de montaña, por la que habían pasado sin detenerse en el viaje de ida. Pero ahora ascendieron por el sendero cubierto de nieve y recorrieron la calle embarrada que conducía al centro del pueblo, porque necesitaban provisiones: comida y otros repuestos, además de un poni para Thork, si era posible conseguirlo. Los perros los seguían ladrando, y el caballo relinchaba y coceaba inquieto. Su llegada no causó sorpresa, porque los aldeanos los habían visto de lejos llegar del camino del este, de donde no venían sino bandidos, y tal vez demonios. ¿Acaso no habían escuchado todos los habitantes del pueblo las señales venidas de las profundidades de la roca, durante toda la semana anterior, que anunciaban la llegada de algo o de alguien? ¿De qué otra cosa podían hablar los redobles subterráneos, si no era de demonios que andaban rondando? De modo que los aldeanos espiaban desde sus cabañas y tugurios, preocupados por la presencia de aquellos extraños, y escondían a los niños que querían salir a curiosear, al tiempo que trazaban en el aire signos de salvaguardia. En la plaza del pueblo, más valeroso que los demás porque eso era lo que se esperaba de él, aguardaba el rechoncho alcalde de la aldea, dispuesto a recibir a los extranjeros por más que también él estaba convencido de que se trataba de demonios, a pesar de sus extrañas pieles blancas, y no amarillas; pero aunque lo fueran, los aldeanos se sentían obligados a comportarse cortésmente con los daemons, pues quién sabe lo que podían llegar a hacer si se los trataba con grosería.

De modo que se había puesto sus mejores galas —una túnica roja con reborde dorado, el sombrero negro que anunciaba su dignidad, faja azul— y sus ojos oscuros y rasgados los miraban acercarse. Pero cuando Heido hubo visto sus manos, comprobando que tenían cuatro dedos y un pulgar, y sus piernas, cuyas rodillas se doblaban hacia adelante y no hacia atrás, se relajó, porque no podía tratarse de demonios, con esas trazas..., probablemente..., aunque ahora que estaban más cerca se dio cuenta de que uno de ellos tenía el pelo rojo y los ojos verdes, en tanto que el otro era robusto y de baja estatura, con unos hombros de anchura doble de la de un hombre normal. También notó que llevaban armaduras, y además espada, arco, lanza, honda, un cuerno negro, un cuchillo largo, una daga, un hacha, un martillo y un escudo, y pensó que, demonios o no, era preferible no enfurecerlos.

Pero no hablaba una sola palabra de la lengua de ellos; y tampoco ellos hablaban la suya, iba a haber dificultades, porque estaba claro que habían venido a comerciar, y la aldea podía sacar provecho y enriquecerse con muchas mercancías de calidad, tal vez una o dos hachas de leña o sierras, aunque no veía que llevaran ninguna; o quizás en los bultos cargados en la silla de montar del caballo había perfumes, ámbar, abalorios, hilos y agujas..., pero no; era obvio que no llevaban piezas de tela. Acaso, como venían a pie, fuera posible comprarles el caballo. De todos modos, lo importante era encontrar un medio para comunicarse con ellos. Sobre todo quería el caballo para sí mismo —si conseguía que se lo vendieran—, porque ninguno de los aldeanos poseía un animal de aquella planta, ni tampoco los habitantes de Kaito ni los de Béjan. Tener un animal tan grande debajo, era algo que podía aumentar considerablemente su prestigio entre todos los habitantes de las montañas.

De modo que Heido llamó al anciano Tai para que le ayudara, porque Tai había sido mercader en su juventud, y había aprendido los rudimentos de muchas lenguas y viajado lejos de las montañas, donde había extrañas costumbres. Y mientras esperaba la llegada de Tai, Heido escoltó a los dos visitantes hasta el local público, les hizo sentarse a una mesita baja y cuadrada y les ofreció té, que ellos aceptaron agradecidos. Mientras tanto, los aldeanos se apretujaban en la calle y estiraban sus pescuezos para ver a aquellas dos personas que, a pesar de las señales de la tierra, tal vez no eran demonios después de todo, y examinar el enorme corcel, que probablemente tampoco era un demonio, aunque era mejor mantenerse a una distancia respetuosa, por si acaso.

Por fin apareció Tai, vestido con su túnica amarilla y sus botas negras de mercader —nadie más en la aldea tenía botas, ni siquiera el alcalde—. Tai había comprendido que se le necesitaba por su conocimiento de las lenguas extranjeras, y llegó acariciándose su escasa barba y poniendo tanta cara de sabiduría como pudo. Se pavoneó al avanzar por el pasillo que le abrían los aldeanos hasta entrar en el edificio, y allí tomó asiento a la mesa y recibió el té que le fue ofrecido. Después de beber el primer sorbo ceremonial, el enjuto Tai empezó a hurgar en su mente en busca de lenguas olvidadas hacía mucho tiempo. Con su voz atiplada fue desgranando palabras lentas y oxidadas, y los extranjeros meneaban las cabezas para decir «No», hasta que al fin habló en un dialecto usado por algunos mercaderes en tierras muy lejanas hacia el poniente, un dialecto que conocía el barbudo.

—[Bienvenido a Doku] —dijo, con un gesto de su brazo tembloroso para mostrar el pueblo que los rodeaba—. [Yo soy Tai, y éste es Heido, nuestro alcalde.]

—[Yo soy Thork. Mi compañera es la princesa Elyn.]

Siguió un intercambio de sonrisas e inclinaciones de cabeza recíprocas.

—[Hace frío en esta época del año] —dijo Heido a través de Tai, escogiendo un tema seguro de conversación—. [No es un tiempo apropiado para los viajeros.]

—[Sí, hace frío] —asintió Thork— [y aunque con gusto nos calentaríamos ante nuestro hogar, hemos emprendido un viaje que no podíamos evitar. Nuestro viaje debe

prolongarse aún muchos días, y hemos venido a vuestra aldea para proveernos de las cosas que necesitaremos en ese tiempo].

—[Viniendo del este, habéis tenido suerte de poder llegar a nuestro pueblo] —dijo Heido, y tradujo Tai— [porque el país está infestado de bandidos malvados que viven en una torre oscura situada en lo alto de una gran roca negra, en las Montañas Grises].

—[Ya no es así, Heido] —respondió Thork—. [La roca negra cayó debido a un terremoto, y todos los bandidos perecieron.]

Los ojos de Tai se agrandaron al oír la noticia, y cuando tradujo las palabras de Thork a Heido, éste se puso en pie de un salto y dio unos alegres pasos de baile. Luego corrió a la puerta y voceó la buena nueva. Al instante se alzó una babel de gritos entre los aldeanos, celebrando su buena suerte. Luego, recuperado su empaque, el alcalde regresó a la mesa, sorbió su té y se mostró de nuevo serio y atento.

—[Nos has traído noticias alegres, Barbudo, y en mi pueblo habrá cantos esta noche] —dijo Heido por mediación de Tai.

—¿Qué ocurre, Thork? —preguntó Elyn, al oír las muestras de regocijo en el exterior—. ¿Por qué hay ese jaleo en la calle?

—Les he contado el derrumbamiento de la fortaleza de Andrak —contestó Thork—. Aparte de eso no ha habido más que un poco de charla protocolaria, sobre el tiempo, el hecho de que viajáramos en invierno y nuestra necesidad de provisiones. Aún no hemos empezado el regateo.

—[Tu esposa te interrumpe cuando le parece bien, Barbudo] —dijo Tai—. [¿Es siempre tan descortés?]

—[Sí] —gruñó Thork, sin traducir aquellas palabras a Elyn.

—[Entonces opino que debes golpearla con un bastón] —manifestó Tai— [tres veces al día, hasta que se entere de cuál es su lugar.].

Thork rió calladamente, simulando que bebía el té y tapándose la boca con la mano; Elyn creyó que se había atragantado y le dio unos golpecitos en la espalda, mientras Thork ocultaba su risa y compadecía al loco que intentara propinar unos bastonazos a la doncella guerrera.

Heido, que tampoco había alcanzado a comprender las palabras cruzadas entre Thork y Tai, intervino diciendo:

—[Nunca antes había visto cabellos rojos en una mujer] —y sonrió a Elyn— [ni en nadie, para ser exacto; sólo cabellos negros, como los míos. Y esos ojos verdes...; pelo de fuego, ojos como esmeraldas. ¿Quieres vendérmela? Te pagaría un precio muy alto: un poni o dos, por lo menos].

Thork hizo un gesto negativo con la mano, «No», y Heido le respondió con un gesto comprensivo, porque sin duda una mujer pelirroja y de ojos verdes era algo muy especial, en todos los aspectos. Elyn interrumpió de nuevo:

—Thork, me estoy volviendo loca aquí sentada y sin entender nada. ¿Qué están diciendo ahora?

—Han empezado el regateo —le explicó Thork, sin mencionar qué era lo que pedían, ni lo que ofrecían a cambio.

Tai meneó apesadumbrado la cabeza ante aquella nueva interrupción, molesto porque la esposa del Barbudo no supiera estar en su lugar.

—[¿Qué puedes ofrecernos, Barbudo que lleva el nombre de Thork?] —preguntó Tai—. [Tal vez podamos llegar a un acuerdo. Haz que tu esposa traiga las mercaderías.]

—Han pedido que traigas lo que queramos vender —dijo Thork, sin mirar a la princesa a los ojos.

Elyn, incómoda ya por no poder entender una sola palabra, estalló:

—¿Qué se han creído que soy, un throll?

«Exacto.»

—No conocemos sus costumbres, mi señora —respondió Thork.

—Que envíen a otra persona —resopló Elyn, ofendida—. Y si no, que vayan ellos mismos.

—Elyn, tienes que ir —gruñó Thork sotto voce—, porque si voy yo, perderé prestigio ante ellos, y no nos venderán las cosas que necesitamos.

—¡Puedes decirles de mi parte que se vayan a Hèl! —respondió Elyn, con todo el orgullo herido de una doncella guerrera—. Diles que envíen a uno de los suyos a cargar con los paquetes.

—Tienen miedo, porque creen que el caballo podría ser un daemon. —Thork empezaba también a perder la paciencia. Pero antes de que dijera algo inconveniente...

—¡Daemon, bah! —resopló Elyn, pero se puso en pie y salió furiosa de la habitación. Hasta ese momento, Tai no la había visto de pie.

—[Caramba, sí que es alta esa esposa tuya, maese Thork; ¡necesitarás un bastón muy grueso!]

Thork, malhumorado, contestó con una cabezada afirmativa.

Unos minutos más tarde, regresó ella y extendió por el suelo varios objetos: los tulwars, las armaduras de bandas de acero, la daga, el cuchillo largo, el yelmo, pedernal y yesca para encender fuego, y otras cosas semejantes...; el equipaje tomado a los bandidos muertos.

Al ver aquellos objetos, Heido sufrió una fuerte desilusión, porque ¿para qué necesitaba un aldeano aquellos útiles de guerra? No podían comerse. No podían dar calor a una persona en una noche fría. No podían traer a una mujer hasta la cama de uno. No podían exhibirse con orgullo, ni ser admirados por su belleza. Y los objetos pequeños —el pedernal y la yesca, las ollas de cobre, los cuchillos y demás— resultaban útiles, de acuerdo, pero no eran perfumes, ni jade, ni collares de abalorios...

Pero Tai, siempre comerciante, fue a lo práctico, y empezó a regatear sobre el precio de todo aquello, interrumpido a menudo por Elyn, que quería saber qué estaba pasando y qué era lo que decían.

—[Pégale con un bastón grueso tres veces al día, y así tu esposa dejará de charlar por los codos] —recomendaba a Thork el viejo Tai.

Finalmente, Elyn se cansó, salió de la habitación, y se fue a la calle. De nuevo los aldeanos se apartaron apresuradamente al verla, porque no sólo estaba armada y cubierta con armadura, sino que además tenía cabellos llameantes, y ojos verdes, y piel blanca. Y con toda seguridad una persona de ojos verdes, cabeza roja y piel blanca tenía que ser un demonio, y era preciso tratarla con cortesía, para no enfurecerla; porque entonces sus rodillas se girarían hacia atrás, y las manos se convertirían en unas garras con muchos dedos, y crecería y sacaría fuego por la nariz, y su enorme boca se llenaría de agudos colmillos, y...

Elyn recorrió el pueblo, paseando por entre casas construidas con ladrillo y madera, cuando no con adobe y cañas. Y a todas partes adonde iba, la seguían los aldeanos en masa, aunque a una respetuosa distancia. Miró a lo lejos, siguiendo el trazado del valle cruzado por colinas, por el camino que habían seguido al venir —hasta los murallones grises que se alzaban en la lejanía— y por el que se disponían a seguir ahora, abierto hacia un horizonte de lomas bajas y llanuras. Finalmente regresó a la plaza, y se sentó en un banco de madera, junto al pozo. Y aunque en aquella hora de la tarde las aldeanas solían ir a coger agua, nadie se adelantó a hacerlo.

Después de mucho rato, una aldeana llevó a Elyn un bol de arroz y un par de palillos, con un tazón de arcilla lleno de leche de cara; y depositó todo a cierta distancia de ella, haciéndole gestos de que lo tomara al tiempo que retrocedía prudentemente. Elyn sonrió al ver el presente e inclinó la cabeza en señal de gratitud, recibiendo en correspondencia reverencias de todas las personas presentes en la plaza. Cuando la princesa descubrió que lo que le habían ofrecido era comida, empezó a llevársela con fruición a la boca con

los dedos. «¿Para qué serán esos palillos?», al tiempo que se preguntaba por qué no le habrían llevado una cuchara.

Y una vez más la multitud retrocedió, porque debía de tratarse de un demonio muy ignorante, cuando comía con los dedos como un niño.

Después de comer, Elyn volvió a dar un paseo, y las aldeanas pudieron correr al pozo a llenar sus cubos. Encontró un establo lleno de ponis, con el pelo largo del invierno; y llevó a su caballo al pesebre, lo desensilló, lo lavó y lo alimentó con un puñado de grano. Mientras el corcel ramoneaba la avena, Elyn le frotó los lomos con puñados de paja, y luego sacó la almohaza de la bolsa de su silla de montar y alisó los nudos de la capa de invierno del animal, una pelambre espesa y rebelde; pero Elyn insistió en su cepillado, como había hecho todas las noches durante el camino.

Apenas había acabado cuando apareció Thork, acompañado por Heido y Tai; Elyn, furiosa todavía, salió bruscamente y volvió a la plaza.

Aproximadamente una hora más tarde, los tres tratantes cruzaron la plaza y volvieron a entrar en el edificio central.

De nuevo alguien llevó al demonio de la cabeza roja algo de comer, unos guisantes hervidos, también sin cuchara; y ahora faltaban además los misteriosos palillos.

El Sol acabó su recorrido por el cielo y empezó a ocultarse detrás del horizonte; y en el crepúsculo invernal, Thork salió al porche, siempre acompañado por Heido y Tai. Allí se dedicaron a una ronda de reverencias, y los dos aldeanos se perdieron en la penumbra, Heido contoneándose y Tai cojeando, no sin antes inclinarse ante Elyn al pasar, luciendo ambos amplias sonrisas en sus rostros.

Thork hizo a la princesa señal de que se acercara, y mantuvo abierta la puerta para dejarla entrar. La habitación olía a especias y té; un pote hervía sobre el pequeño brasero de arcilla, en cuyo interior brillaban las brasas de carbón.

—Nos traerán de comer, princesa —dijo Thork—, colchones para dormir, y mantas.

Elyn no estaba ya enfadada, porque había tenido toda la tarde por delante para olvidar la forma grosera en que había sido tratada. Además, Thork tenía razón: no conocían las costumbres de estos aldeanos, y de repente se había acordado de un viejo refrán de Jord, que decía así: «Cuando estés en Rhondor, compórtate igual que los rhondorianos».

—¿Qué has conseguido? —le preguntó—. Me refiero al trato con esos aldeanos.

Thork se sentó, llenó dos tazas de té e indicó a Elyn que se sentara y bebiera una de ellas.

—Dos ponis para cargar el equipaje y dos más para cabalgar, cuatro en total, cada uno de ellos con ramal y arreos. Provisiones para cuatro semanas: arroz, habichuelas, té, tocino, mojama, pescado en salazón, cebollas, sal, galleta, miel con especias y otras cosas más para nosotros; y cebada y avena para los ponis. Además, aceite para las linternas, para alumbrar el camino si de nuevo nos vemos obligados a marchar en la oscuridad.

Elyn abrió los ojos asombrada, dejó a un lado su taza de té y palmoteo de alegría.

—¡Hai! —dijo con una gran sonrisa—. ¡Eres una maravilla, Thork! Todo eso tan sólo a cambio de dos tulwars, una daga y un cuchillo largo, un yelmo, un par de armaduras de segunda mano, y... —Entonces vio en un rincón, amontonados, los objetos que habían traído para cambiarlos—. Y... —La sospecha hizo que sus ojos se estrecharan—. ¿Qué es exactamente lo que les has dado?

—Las armas y los arreos de guerra no les servían para nada —empezó a explicar Thork, aclarándose la garganta.

—¿Qué les has vendido? —La voz de Elyn era aguda como el filo de un cuchillo.

—El caballo, princesa, y es todo lo que...

—¿Les has dado mi caballo?

—No, princesa. No se lo he dado. Lo he canjeado...

—¿Por un poni?

—Por cuatro ponis y provisiones para cuatro...

—Por todos los dioses, Thork, ¡los harlingar no cabalgamos en ponis! ¡Ni siquiera los niños!

Cuando las criadas trajeron a los dos demonios la cena, los colchones y las mantas, los vieron sentados en dos rincones diametralmente opuestos de la habitación, lanzándose miradas envenenadas el uno al otro; de modo que Haisu, Josai y Meia dejaron a toda prisa sus bandejas, mantas y colchones, y se apresuraron a salir caminando hacia atrás y haciendo muchas reverencias, porque las tres hermanas querían encontrarse lo más lejos posible en el momento en que los dos demonios airados cambiaran de forma.

A la mañana siguiente, armados con todas sus armas, Elyn y Thork abandonaron la aldea, cabalgando robustos ponis de las montañas, sobre sillas de montar forradas de piel de carnero y con otros dos ponis siguiéndolos, atados con largos ramales, cargados con su equipo y las provisiones, más los utensilios bélicos de los bandidos: dos tulwars, una daga, un cuchillo largo, un yelmo y dos corazas de bandas de acero ligadas con correas de cuero. Elyn, furiosa todavía, miraba directamente al frente, negándose incluso a darse por enterada de la presencia del alcalde, que cabalgaba a su lado montado en un espléndido caballo, y con una amplia sonrisa cruzando su rostro amarillo. El viejo Tai salió cojeando a la calle cuando pasaron delante de su cabaña, y tendió a Thork una vara de abedul esbelta y flexible, de un metro aproximadamente de largo, mientras la cabeza del anciano se inclinaba significativamente a uno y otro lado. Thork la tomó, murmuró unas palabras de agradecimiento y la introdujo entre las correas que sujetaban la manta enrollada y cruzada detrás de su silla de montar. Y así descendieron por la ladera, en tanto que detrás de ellos los aldeanos dejaban escapar un gran suspiro colectivo de alivio, porque los demonios al fin se marchaban, y no habían cambiado de forma ni una sola vez; y librarse de ellos sin que tal cosa ocurriera, era una bendición en sí misma. Por supuesto, todavía circulaba entre ellos el demonio caballo, montado ahora por el alcalde, un hombre valeroso y respetable pero que quizás había enloquecido de repente porque siguió al demonio furioso de piel blanca, ojos verdes y cabeza roja, y al otro demonio chaparro, fornido, barbudo y de oros tristes, hasta el pie del sendero que llevaba a la aldea, y allí se detuvo y agitó largo rato los brazos en señal de despedida, mientras ellos se alejaban. Pero luego Heido dio media vuelta y espoleó a su gran corcel negro camino arriba, y el animal resopló bajo aquel voluminoso jinete; y con gritos de terror y angustia, los aldeanos se dispersaron en todas direcciones y corrieron en busca de la seguridad de sus chozas.

Durante toda la larga mañana los dos cabalgaron en silencio, desmontando y haciendo un trecho del camino a pie de vez en cuando para dar un respiro a los pequeños ponis de las montañas, y deteniéndose aproximadamente a cada hora para abrevarlos o alimentarlos con uno o dos puñados de grano.

Cuando el Sol rebasó el cenit, Elyn ya no estaba furiosa, por más que seguía convencida de que debía de tener un aspecto ridículo montada en aquel caballito, con sus largas piernas colgando. Se imaginaba a sí misma, y después se imaginó el aspecto que tendría Mala en su lugar, y a duras penas pudo contener la risa. Miró luego la espalda de Thork, que caminaba delante de ella, seguido por uno de los ponis de carga, y pensó: «Ah, mi robusto y honorable enano, no puedo irritarme contigo. Conseguiste un trueque mucho mejor que el que yo podría haber soñado. Pensaste incluso en el aceite para mi linterna, si hemos de caminar en la oscuridad.»

Cuando se detuvieron a almorzar, Elyn sonrió a Thork y sin rodeos le pidió perdón; él entonces dio un gran suspiro de alivio, pero no tiró la vara de abedul que llevaba en el equipaje.

Esa noche, cuando dormían, ninguno de los dos vio el par de grandes ojos cristalinos que escudriñaban el campamento desde la oscuridad.

Al día siguiente, mientras marchaban hacia el oeste, Elyn dijo:

—Te recuerdo, Thork, que debo adiestrarme en el uso del martillo. Apenas sé cómo debo sujetarlo, porque me especialicé en el sable, el arco, el cuchillo largo, el bastón, la jabalina, la lanza y la honda.

—Y también en el carro —añadió Thork, riendo ante una lista tan larga.

—Ah, sí también en el carro —contestó Elyn con una sonrisa, pensando en Ruric. «Vamos, chiquilla, ¿también el carro?... Son juguetes que se emplean en las carreras de la fiesta de la Mitad del Año... las doncellas guerreras que los conducían son cosa del pasado.»

Y así fue como Thork empezó a instruir a Elyn en el uso del Kammerling. Mientras cabalgaban, le explicó las estrategias y las tácticas relacionadas con el manejo de un martillo; y en las pausas que se concedían para que los ponis descansaran, empezó a enseñarle poco a poco algunos ejercicios con el Kammerling, mostrándole las posiciones y los movimientos básicos, ofensivos y defensivos. Ella se asombró del suave tacto y el equilibrio de aquella arma hechizada, tan distintos del aspecto herrumbroso y estropeado que tenía a simple vista. Elyn se había entrenado algún tiempo en la lucha con martillo bajo la atenta mirada de Ruric. «Vamos, rapaza, no es tan pesado como todo eso.» Pero las lecciones más importantes fueron las dedicadas a cómo responder a un ataque de un enemigo armado con un martillo. «Sí, eso es, mueve el cuerpo de modo que pase por tu lado, y luego corta y tira una estocada», y no a cómo manejarlo en el combate. Pero ahora Thork empezó a enseñarle la otra cara de la lucha con el martillo, y la inició en los ejercicios de perfeccionamiento.

—Necesitamos dar mayor fuerza a ese brazo, princesa —murmuró Thork una noche, cuando regresaban al lado del fuego—. Blandir un martillo requiere potencia y rapidez, para que su peso no te arrastre detrás.

Al anoecer del día siguiente pasaron por un cañón de altas paredes verticales y con profundos heleros —porque todavía estaban en la estación fría—, que cruzaba las últimas montañas y desembocaba en una tierra ondulada cubierta de bosque invernal; al frente se percibían las llanuras abiertas y las colinas que anunciaban las primeras estribaciones del Murallón Sombrío; a muchas leguas de distancia, en el seno de la cordillera, se encontraba Dragonslair.

Y detrás de ellos, a una altura considerable de la pared del cañón, se produjo sin el menor ruido una fisura en la piedra, y se abrió un hueco mientras los dos pasaban delante sin advertirlo. Y cuando hubieron pasado, la grieta se cerró sin dejar huella, de modo que la piedra quedó con la misma apariencia lisa de antes, y un lejano redoble se prolongó en débiles ecos en lo profundo de la roca.

Así pasaron los días, y la pareja prosiguió su viaje hacia el oeste. Elyn progresaba en el manejo del martillo a medida que avanzaban, y sus brazos adquirían más fuerza.

Y cada noche, mientras ella almohazaba a los ponis, cantándoles en voz baja, Thork instalaba el campamento, encendía fuego y preparaba las comidas. Revolvía y revolvía el estofado o la sopa, o bien —si Elyn o él habían abatido alguna pieza de caza menor con el arco o la honda— asaba la carne sobre las brasas; y mientras lo hacía, escuchaba en trance, y dirigía fugaces miradas al rostro de Elyn, a sus ojos y a los gráciles movimientos con los que circulaba entre los animales, cuidando de ellos. En ocasiones se veía obligado a apartar la vista cuando ella se acercaba al fuego, porque su belleza iluminada por las llamas le deslumbraba. Y ella, por su parte, le observaba manejar el martillo al instruirlo sobre un movimiento determinado, y admiraba su fuerza y su agilidad; o le escuchaba mientras él explicaba con fervor algún detalle, y veía la intensidad de su inteligencia, y el cariño algo rudo con que la trataba. Ella se sentaba junto al fuego y le observaba mientras él trabajaba con su cuchillo un pedazo de madera, con sus dedos robustos y hábiles, tallando pequeños animales para pasar el rato, o fabricando una flauta que ninguno de los dos sabía tocar, aunque las notas eran afinadas.

Ocasionalmente, mientras instalaban el campamento o preparaban la comida, se rozaban el uno al otro, y aquel contacto los avergonzaba.

«No es una châkian.»

«No es un hombre.»

Lentamente marchaban hacia el oeste, con dificultades en ocasiones, porque era invierno y la capa de nieve era muy profunda.

Durante tres días se vieron sorprendidos por una tormenta, y acamparon al abrigo de un bosque de pinos. Las noches se hicieron casi insoportables, porque la temperatura bajó de una forma drástica; y dormían vestidos con todas sus ropas, juntos y abrigados por las mismas mantas, para darse calor, rodeándose recíprocamente con los brazos. Pero aquello era peligroso, porque su sangre hervía a pesar de que el honor y las tradiciones acudían del pasado remoto para contenerlos. De modo que enseguida que podían, cuando el tiempo mejoraba y las noches no eran tan gélidas, volvían a dormir separados.

Pero en una de aquellas ocasiones de intimidad nocturna, estando bajo las mismas mantas y el uno en brazos del otro, cuando hablaban en voz baja y sus palabras se deslizaban suaves en la oscuridad, súbitamente Thork calló e inclinó la cabeza a un lado, como si tratara de escuchar algún sonido que se le escapaba.

—¡Chist! —susurró, y aplicó el oído al suelo helado. Después de escuchar unos instantes, hizo seña a Elyn de que le imitara.

Pensando que tal vez había captado un peligro inminente, alguna persecución o ataque, Elyn aplicó también su oído al suelo. No era un sonido de cascos, ni el de una caza o persecución lo que oyó, sino más bien un redoble débil y profundo, rítmico, constante, como si alguien cavara o enviara señales.

—Es lo mismo que oí cuando cayó la aguja de Andrak —susurró ella—. ¿Qué es, Thork?

—Los châkka lo llamamos las señales de los utruni —respondió él—, aunque no estamos del todo seguros de que sean los gigantes de piedra los que hacen ese ruido.

«Escucha el ritmo, princesa. A mí me resulta familiar por su cadencia, parecida a la de las señales que nos enviamos nosotros a través de la piedra; pero no sé descifrar su contenido.

Entonces Elyn recordó la conversación que habían sostenido mientras contemplaban el tapiz colgado en la morada de los magos de la Montaña Negra. Y en su mente se dibujó la figura de un ser enorme con joyas en lugar de ojos.

—Dicen que el mal huye delante de la presencia de los amos de la tierra —murmuró Thork—. Aunque me figuro que se trata sólo de un cuento de las châkia.

Escucharon mucho rato, y experimentaron un extraño consuelo al oír aquellas señales, hasta que los dos quedaron dormidos. Y se tratara o no de un cuento de las châkia, durmieron profundamente toda la noche, como protegidos por el débil redoble, el latido profundo de la tierra. Finalmente, cuando el alba estaba ya próxima, el redoble cesó, y aquellos sonidos distantes se detuvieron.

Pasaron las semanas, y el invierno reinaba sobre la tierra silenciosa que los dos cruzaban lentamente. De día únicamente se escuchaba el ulular del viento en aquellos espacios abiertos, pero todas las noches escuchaban la tierra y el martilleo continuaba en las profundidades, como si aquellas señales fueran siguiéndolos.

Finalmente llegaron a una pequeña aldea, en la que Thork cambió las armas de los bandidos y el poni de Elyn por un caballo castaño con silla y arreos, además de nuevas provisiones para el camino. Y cuando reemprendieron el camino hacia el oeste, Elyn cabalgaba orgullosa, porque de nuevo se sentía investida de la dignidad de una doncella guerrera; aunque aquello no afectó en nada a las relaciones existentes entre los dos.

Una noche, Elyn, sentada junto al fuego y mientras lo revolvía con un bastón, preguntó a Thork para qué servía la vara de abedul que llevaba en su equipaje. Él le contó toda la historia y el consejo el viejo Tai, y ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Menos mal que no me dijiste nada mientras estábamos aún en aquella aldea — declaró de buen humor—, porque le habría dado una buena paliza con esa misma vara.

—Sí, princesa, y mucho me temo que a mí también —añadió Thork, riendo.

Pasaron muchos minutos en silencio.

—Por Adon, formamos una buena pareja, Thork—dijo Elyn de repente—. Tal vez después de matar a Kalgath el Negro y detener la guerra —sus palabras no admitían la posibilidad de la derrota, ni de dejar de cumplir el objetivo que se habían trazado—, de dividir el tesoro y traer la paz a nuestros dos pueblos, tal vez podríamos volver a salir al camino como espadas mercenarias..., bueno, espada en mi caso, en el tuyo como hacha mercenaria.

Elyn guardó silencio por un instante, y enseguida añadió:

—Ah, Thork, lo que intento decir es que no deseo que esto se acabe.

Thork vio que había lágrimas en sus ojos, y su propio corazón se esponjó con una emoción tal que amenazó desbordarle; se puso en pie y se alejó hacia el límite al que alcanzaba la luz del fuego. Después de un rato, Elyn se acercó a él, y quedó inmóvil a su lado.

—Tampoco yo, princesa —dijo él finalmente con voz ronca, tendiéndole una mano—, tampoco yo quiero que se acabe.

Y los dos se quedaron en pie, bajo los cielos de cristal tachonados con miríadas de brillantes estrellas, mirando con fijeza el suave resplandor de la nieve, la mano de ella en la de él.

Cabalgaron siempre hacia el oeste, por el mismo camino que habían seguido en sentido contrario; Thork rehacía la misma ruta, cruzando las mismas extensiones desiertas, serpenteando por entre las mismas colinas y los mismos bosques, pasando por las mismas aldeas, granjas y cabañas que habían visitado en el viaje de ida. También aprovecharon las oportunidades de alojarse en las posadas, comer en los mesones y tomar baños calientes empleando jabón, o de dormir en los henares si se detenían a pasar la noche en la vivienda de un granjero, o en las alcobas disponibles en una cabaña, si compartían el techo con un cazador.

En ocasiones, marchaban bajo la nieve que caía suavemente a su alrededor; en otras, soplaban un viento implacable, que los obligaba a buscar refugio; y había días en que lucía el Sol sobre los campos nevados, amenazando con cegarlos si no usaban las anteojeras. Pero también había días en que el mundo parecía suave y propicio, y todo guardaba una armonía impecable; pero incluso en esos días amables, la nieve seguía presente, y la marcha hacia el oeste era forzosamente lenta.

Y siempre los seguían los redobles en las profundidades de la tierra, ajustando su ritmo al del viaje de la pareja.

El adiestramiento de Elyn con el martillo prosiguió, y su destreza mejoró espectacularmente, aunque no podía compararse con la de Thork.

El invierno se retiraba ya hacia su morada en las alturas y la primavera empezaba a hacerse sentir, cuando los viajeros llegaron finalmente al bosque de los Lobos, y Luzgrís y los draega los escoltaron mientras lo atravesaban. Pero no encontraron al Mago-lobo, aunque en ocasiones vieron a lo lejos a un gran Lobo plateado de pelaje más oscuro, que los seguía sin aproximarse.

Y de nuevo, cuando los dos salieron de la linde del bosque, Luz-gris y sus compañeros levantaron los hocicos al cielo y unos profundos aullidos rasgaron el aire cuando los draega entonaron sus cantos de llamada o sus endechas de duelo.

Elyn y Thork cabalgaron aún mucho tiempo por aquel vasto paisaje antes de dejar de oír los ecos debilitados de los cantos de los Lobos plateados.

Cuando llegaban ya a los límites orientales del Khalian Mire, Thork dobló en dirección noroeste dirigiéndose al Murallón Sombrío, y la ruta seguida los hizo rodear el gran pantano, porque ahora se dirigían a Dragonslair.

Finalmente llegaron a las montañas: las laderas estaban cubiertas de pinos, en tanto que las cimas aparecían peladas y cubiertas de nieve. Thork siguió el fondo de profundos valles mientras los dos hablaban del futuro, de convertirse en guerreros mercenarios, de vivir un sueño. En aquellos días, cuando el Sol brillaba con fuerza, el agua de la fusión de las nieves formaba impetuosas cascadas y se precipitaba por entre los árboles de hoja perenne, llenando el aire con su rumor. Y en el lado soleado de la ladera de un risco, Thork enseñó a Elyn una flor de las nieves, tal vez la primera del año, con su capullo azul que se erguía valeroso en una pequeña oquedad tapizada de nieve, temblorosos los pétalos a la brisa fresca de la montaña; y ella contempló aquella promesa de vida renovada, y las lágrimas brotaron de sus ojos; y juntando sus manos, los dos contemplaron largo rato la flor antes de proseguir su marcha.

A medida que se adentraban más y más en aquellas montañas boscosas, el redoble de las señales se intensificó en las profundidades, como si se encontrara más cerca, mucho más cerca de ellos. En ocasiones, les parecía oír rasgarse la piedra, como si los riscos que los rodeaban se abrieran; pero cuando miraban hacia arriba por entre los árboles, no veían sino la roca lisa de las paredes de las montañas vecinas.

Llegó un día en el que, al coronar una cuesta y dar la vuelta al grueso peñasco que la dominaba, vieron alzarse a corta distancia una montaña distinta de todas las demás: de forma cónica, oscura, con la cima irregular y dentada como si su pico se hubiera despuntado. De aquella cima truncada se elevaban de vez en cuando columnas de vapor, y volutas de humo negro.

El eco del martilleo en la piedra empezó a propagarse a sus pies, mientras Elyn y Thork respiraban profundamente y se miraban el uno al otro, emocionados.

Finalmente, habían llegado a Dragonslair.

40

A la sombra de los gigantes
Finales del invierno, 3E1603
[Este año]

En la profundidad de las raíces de la tierra, debajo de una caldera ardiente, y mucho más abajo todavía de la guarida situada sobre la caldera, algo interfirió en los orgullosos sueños de conquista y sometimiento a que estaba entregado Kalgath el Negro.

Algo procedente del exterior.

De arriba.

De la superficie de la tierra.

No era un animal común —un gamo, un alce, un oso, una cabra montés, una oveja, ni nada por el estilo— lo que se movía por sus dominios, porque los animales no poseen auras como la que le había alertado. No, se trataba de algo que poseía una inteligencia superior.

Una posible amenaza.

El ser etérico de Kalgath el Negro remontó el vuelo y fue a unirse a su forma corpórea, y uno de sus ojos auténticos se abrió y escrutó la oscuridad de su guarida, registrándolo todo, a pesar de que le rodeaba una negrura absoluta. Porque en la raza de los dragones, el ojo exterior y el interior son uno y lo mismo, y su vista lo comprende todo, y percibe no sólo lo normal, sino además lo oculto, lo no visto y lo invisible.

Pero no fueron los ojos lo que utilizó Kalgath el Negro para examinar sus dominios en busca de intrusos, sino más bien el conjunto de todos sus sentidos para localizar a los invasores.

¡Utruni!

Kalgalath se sintió levemente sorprendido porque, aunque en algunas ocasiones había captado la presencia de aquellos seres pacíficos, siempre había sido muy lejos, ya que los gigantes se movían por las profundidades de la tierra solos o en grupos de dos o de tres, dedicados a tareas sólo comprensibles para ellos mismos: dar forma a la piedra, moldear el mundo. Pero ahora advirtió la presencia de siete, y muy próximos a la superficie.

«¿Por qué? ¿Han venido a tomarse una venganza aplazada?»

«¡Bah! No saben que fui yo quien se llevó el Kammerling de la sala donde lo guardaban sin ninguna vigilancia.»

La mente de Kalgalath el Negro retrocedió mil doscientos años, hasta la época en la que, estando sumido en un auténtico letargo, se le había acercado un sueño murmurador, profético, un sueño que le hablaba del Kammerling y de la amenaza que suponía para el mayor dragón de todos. El sueño le ofreció astutas sugerencias respecto a cómo podría quedar guardado el Kammerling por una persona alerta y poderosa, en lugar de por aquellos gigantes distraídos y pacíficos. Los susurros sisearon el nombre auténtico de Andrak; las palabras espectrales mencionaron el próximo eclipse de la Luna, cuando las sombras se comerían la esfera plateada, la tierra temblaría y el Kammerling quedaría sin vigilancia. Y cuando Kalgalath el Negro despertó de su sueño, el dragón tensó sus sentidos e intentó capturar el rastro elusivo de la esencia de aquel sueño; pero era muy débil, disperso, tal vez inexistente, y tan sólo dejaba entrever la borrosa indicación de que tal vez procediera del norte, de los Yermos donde sólo habitaba Modru. Pero Modru no tenía motivos para ayudar a Kalgalath el Negro, porque Kalgalath se había negado a combatir al lado de Modru en la Gran Guerra. De modo que el poderoso dragón de Fuego aceptó como cierto que había visto el futuro, que había tenido un sueño portentoso, una verdadera profecía. Después de todo, los presagios y las profecías siempre se presentan en tiempos de necesidad apremiante, y aquélla era una cuestión de supervivencia para el dragón: arrebatarse el Kammerling de las manos de aquellos gigantes distraídos; colocar el martillo en un lugar donde fuera protegido por alguien cuyo poder haría temible cualquier intento de robo. Y así, durante la noche de aquel eclipse remoto, cuando las sombras se comieron la Luna y la tierra empezó a agitarse y temblar, se deslizó en el interior de la caverna oculta, en lo más profundo de las entrañas de la tierra, entró en las salas vacías de los utruni y allí se apoderó del Kammerling y huyó. Al este, a Xian, a Andrak. E hizo un trato con el mago...

Pero aquello había sucedido mucho tiempo atrás. Ahora era distinto. En estos momentos, siete utruni habían penetrado en sus dominios. Ignoraba qué podían haber venido a buscar. Pero no podía ser el Kammerling, porque estaba en Xian desde hacía mucho tiempo. Y no podía ser tampoco una venganza, porque no sabían que fue él quien robó el martillo; sólo lo sabía Andrak, y el mago no lo diría, porque en tal caso podría ser revelado su propio nombre auténtico. Y tampoco podían haber venido a robar el tesoro del dragón, su botín, porque ¿qué necesidad tenían los utruni de oro, plata y joyas preciosas? ¿No tenían todos los tesoros del mundo a su disposición —grandes depósitos de metales preciosos, minas de gemas— siempre que les apeteciera tomarlos? ¿No eran acaso los amos de la tierra?

Era un misterio: utruni en sus dominios. ¿Una amenaza? No lo creía, pero aun en tal caso, no sabía muy bien qué hacer. Un dragón debe procurar no enfrentarse a un utruni; no está claro cuál de los dos saldría vencedor, ni es absolutamente seguro que el dragón consiguiera sobrevivir a una batalla de ese género..., como tampoco es seguro que sobreviviera el gigante. Porque, a pesar de que los dragones poseen una fuerza inimaginable, garras diamantinas y pieles más duras que el acero mejor templado, y a pesar de que los dragones de Fuego escupen llamas, y los dragones del Frío ácidos corrosivos, por su parte los utruni son capaces de partir la piedra más dura y los metales

con sus solas manos, de levantar y mover masas inimaginables, y de sobrevivir en el entorno increíblemente hostil de las profundidades de la tierra, aunque se ignora cómo lo consiguen. Pero es improbable que semejante batalla tenga lugar algún día, porque los dragones evitan las confrontaciones con esos seres, y por su parte, con raras excepciones, los utruni se abstienen de entrar en conflicto con nadie.

Por consiguiente, Kalgath el Negro, que conocía a aquellos gigantes y su naturaleza pacífica, decidió que no podían conocer el papel jugado por él en el robo del Kammerling, un objeto colocado bajo la custodia de ellos; y como sabía que su tesoro no les servía para nada, acabó por llegar a la conclusión de que también ahora, y también aquí, lo que hacían era simplemente moverse a través de la roca, moldeando la tierra como era su ocupación habitual.

Y el dragón retornó a su caldera, y a sus sueños de gloria.

No advirtió que dos personas más, en la superficie de la tierra, también se aproximaban, caminando a la sombra de los gigantes.

Tres días más tarde, de nuevo despertó Kalgath el Negro, cuando un hambre espantosa lo apartó de sus malignos sueños. Tenso sus sentidos, y advirtió que los utruni seguían dentro de sus dominios. Una vez más, el dragón meditó sobre aquel misterio, en busca del motivo que los había llevado a aquellos parajes, por qué se movían por sus tierras y estaban ahora al pie de Dragonslair. Pero su estómago se retorció y le impedía concentrarse; el hambre voraz que le dominaba exigía la inmediata búsqueda de alimento. De modo que, una vez más, concluyó que los utruni no representaban ninguna amenaza para él, y se arrastró por la tortuosa caverna, ascendiendo por los corredores excavados en la lava oscura y la negra obsidiana, hasta la salida que daba a la elevada repisa de la ladera de la montaña. Y en el momento en que el Sol empezó a asomar por el horizonte, esparciendo las primeras luces del alba por la superficie de la tierra, y su luz horizontal acarició las laderas abruptas de Dragonslair, Kalgath el Negro lanzó un rugido que retumbó en los picachos vecinos, provocando avalanchas de nieve y peñascos desprendidos. De nuevo rugió, y dando un poderoso salto, se lanzó al cielo y sus grandes alas nervudas lo elevaron en la mañana luminosa.

Ascendió más y más, siempre hacia arriba, y luego se dirigió al oeste, hacia Jord, en busca de los restos del ganado que había dejado esparcido por las llanuras.

Con el vientre repleto, Kalgath el Negro volvió a emprender el vuelo, ahora hacia el sur, hacia Kachar, porque no había hostigado aquella fortaleza de enanos desde hacía ya dos meses completos: cuando, en su propósito de vengarse de la estirpe de Elgo, había caído sobre los hombres y los enanos que guerreaban entre ellos; primero atacó a los hombres, persiguiéndolos y dándoles muerte; pero cuando descubrió la traicionera tregua establecida entre los hombres y los enanos, mató también a muchos de éstos y encerró juntos a los dos pueblos enemigos en una prisión de piedra, enterrando la puerta y dejando atrapados a los combatientes en una trampa de la que les sería imposible librarse, y en la que acabarían por exterminarse mutuamente. Así lo demostró más tarde, al aniquilar a una partida de enanos obreros en los escombros acumulados delante de la puerta, y en los días siguientes con las exhibiciones de su poderío realizadas delante de aquellos insignificantes pigmeos.

Ahora se disponía a hacer lo mismo otra vez.

De modo que, al terminar el invierno, a media mañana del día del equinoccio de la primavera, Kalgath el Negro cruzó el cielo con estruendo y se dirigió a la fortaleza de los enanos de Kachar, con la mente ocupada por ideas llenas de brutalidad y violencia.

Había centinelas apostados delante de la puerta cerrada cuando finalmente se presentó el dragón, y con gritos de terror se escondieron detrás de las poternas laterales cuando sus rugidos ensordecedores hicieron vibrar el aire de tal modo que pareció a punto de romperse en mil pedazos. Porque le enfureció comprobar que el portal ya no estaba enterrado. Y presa de una ira frenética, golpeó con todas sus fuerzas el enorme

portal de hierro, ¡BUM! ¡BUM! ¡BUM!, haciendo temblar toda la estructura de la montaña. Pero la puerta resistió y entonces, furioso, voló hasta lo alto de la montaña y sus garras hendieron el risco, haciendo llover peñascos, rocas y guijarros sobre el portal, hasta cubrir el patio entero y la zona circundante con toneladas y toneladas de granito, esquisto y basalto que se precipitaron con un ruido atronador, formando un inmenso talud que ascendió rápidamente hasta una altura superior a la del portal.

«¡Ahora, a ver si esos insignificantes pigmeos pueden limpiar todo eso! ¡Y cuando estén de nuevo a punto de terminar, volveré y los enterraré otra vez!»

Mediada la tarde, Kalgalth el Negro regresó volando por encima de las montañas, hasta Dragonslair. Al aproximarse, tensó sus sentidos para localizar a los utruni. Y el dragón explotó de rabia al advertir que los gigantes habían ascendido por la montaña de fuego dormida, y que había alguien en su propia guarida, amenazando llevarse su botín.

41

Dragonslair

Finales del invierno, 3E1603

[Presente]

Allí es, princesa —gruñó Thork, señalando—. Dragonslair. El hogar, según se afirma, de Kalgalth el Negro.

Pero Elyn no necesitaba las palabras de Thork para saber que la masa oscura que se alzaba delante de ella era la legendaria guarida del dragón. No tenía la menor duda de que aquélla era la montaña de fuego que buscaban, por los vapores que ascendían desde la cumbre truncada de aquel imponente macizo montañoso.

—¿Dónde está su escondite, Thork, o al menos la entrada a su guarida?

—No lo sé —respondió Thork—. Ignoro si está en este lado, o en el opuesto, o bien en el centro mismo. Ni siquiera los maestros châkka de las tradiciones lo saben.

De nuevo sonó cerca de ellos un ruido de piedra al abrirse, pero no vieron ninguna grieta en la roca. A pesar de que la primavera era ya inminente, las laderas estaban cubiertas por una espesa capa de nieve, y en ocasiones se oía el chasquido producido por el hielo al partir la piedra bajo aquella capa de blancura cegadora, en especial en esta época del año, cuando la nieve fundida por el calor diurno se filtraba por las fisuras y grietas para convertirse de nuevo en hielo durante la noche. Pero Thork nunca había oído unos chasquidos tan frecuentes de la roca; era como si alguien la desgarrara intencionadamente. De modo que alertó a Elyn contra los posibles desprendimientos, que en aquella época seguían a veces al estallido de la roca en las laderas más altas.

Con todo, su atención se centró en el oscuro Dragonslair, que se alzaba delante de ellos, a escasas leguas de distancia. Durante largo rato, sus ojos registraron minuciosamente las laderas, pero no vieron ningún signo que revelara la entrada a la guarida, porque estaban aún demasiado lejos para poder apreciar ese tipo de detalles. Con todo, atraía sus miradas como el imán atrae al hierro; por fin, prosiguieron su marcha, por el camino en pendiente que desembocaba en el valle situado a los pies de Dragonslair.

Dos días más tarde, Elyn y Thork acamparon en la base de la montaña. No habían visto el menor signo del paradero de Kalgalth el Negro, y ni siquiera estaban seguros de que en aquel lugar viviera realmente un dragón.

—Thork, esta montaña es enorme —dijo Elyn, con las manos formando pantalla sobre sus ojos para protegerlos del Sol, mientras su mirada recorría las laderas basálticas—. Podríamos tardar días, semanas e incluso meses, en descubrir la entrada a la guarida.

«...una aguja en un pajar...»

—Sí —respondió Thork, al tiempo que barría la nieve del suelo y colocaba en círculo unas piedras de tamaño adecuado, para preparar el fuego—. Y por este lado...

—Tenemos que nacerle salir —le interrumpió Elyn—. Tal vez podamos provocarle a salir de su guarida y atacarnos, para luchar con él aquí, a cielo abierto.

—Olvidas, princesa, que Kalgalth el Negro vuela.

Thork raspó el pedernal con el eslabón, hasta que las chispas prendieron en la leña menuda. El enano sopló aquellos puntos rojizos hasta conseguir una tenue llama, que alimentó con hojas secas, ramitas y finalmente con leña más gruesa, hasta que rápidamente creció un fuego brillante y sin humo, sobre el que colocó un pote con agua para hacer el té.

—No —dijo—, azuzarlo contra nosotros sería tanto como concederle todas las ventajas; nos exterminaría desde la altura con sus llamas.

»Es preferible tenderle una emboscada en el interior de su cueva, como habíamos planeado; porque allí no podrá elevarse por encima de nosotros y esquivar el martillo.

—Pero para eso necesitamos encontrar su caverna —dijo Elyn, volviendo de nuevo la mirada a la montaña—, y cada vez tengo menos confianza en que lo consigamos.

Thork examinó la posición del Sol poniente, para evaluar el tiempo que quedaba aún de luz diurna y apagar el fuego antes de que su luz, brillando en la noche, revelara su presencia a los ojos hostiles que podían estar espiando en lo alto de la montaña. Luego examinó largamente aquellas laderas, y finalmente observó:

—No olvides, mi señora, que estás-con un châk, y que los de nuestra raza somos expertos en buscar cavernas.

«El que guía...»

Las dudas de Elyn disminuyeron con las palabras de Thork, pero su mano se alzó instintivamente a la garganta, de la que en tiempos había colgado la pepita de silverón; y sintiéndose inquieta, se preguntó si no sería cierto en definitiva que los dragones se daban cuenta de todo lo que ocurría en sus dominios.

Tomaron una cena ligera cuando el Sol desaparecía ya del cielo: carne de venado curada al humo, procedente de la despensa de un cazador; tasajo, miel y té.

Al amanecer del siguiente día, Elyn despertó sobresaltada cuando un rugido atronador se propagó por las montañas, originando numerosas avalanchas de nieve y piedras.

¡El dragón!

Thork estaba ya en pie, hacha en mano y listo para el combate, aunque ella no se había dado cuenta de cómo y cuándo se levantó.

De nuevo resonó el rugido entre los riscos, y Elyn, ahora también en pie y empuñando su sable, alzó la vista hacia la montaña.

—¡Allí, Thork! —señaló con la punta de la hoja—. ¡Arriba de todo! ¡Es Kalgalth!

Pero Thork ya había visto al poderoso dragón de Fuego, que en aquel momento levantaba el vuelo y ascendía, impulsado hacia el oeste por sus inmensas alas negras.

—¿Lo has visto? —Los ojos de Elyn no se habían separado de la repisa situada en un punto muy alto del cono montañoso, memorizando su posición exacta.

—Sí, princesa. —También Thork había advertido el lugar concreto desde el que había saltado el dragón—. Una repisa. Encima de aquel murallón vertical, a la izquierda del peñasco alto. ¿La ves?

—Sí, Thork —respondió Elyn—. Debajo de la roca negra. A la derecha de la grieta más grande.

Con un gesto afirmativo, Thork dejó a un lado su hacha, tomó su escudo enfundado en tela y se lo colgó a la espalda. Se colgó del hombro la correa de una cantimplora y una pequeña bolsa de provisiones, y colocó el Kammerling en su cinto. En el otro hombro se pasó una cuerda enrollada, y se volvió a la princesa que también se preparaba para la ascensión, y buscaba en su equipaje la lamparilla de aceite. Cuando estuvo dispuesta, hizo una grave señal al enano.

Y empezaron a trepar a pie por la ladera, dispuestos a matar a un dragón en su cubil.

Tardaron toda la mañana en llegar al murallón vertical situado debajo de la repisa; fueron seis horas de ascensión ardua y peligrosa, entre los hielos; Thork guió a Elyn a través de los ventisqueros, la nieve y los peñascos sueltos. Y aunque desde el valle no se advertía, encontraron también placas heladas muy resbaladizas, en las que, si las manos o los pies perdían adherencia, la Muerte esperaba abajo. Pero la destreza de Thork consiguió que Elyn y él superaran aquellos tramos traicioneros. Los dos siguieron trepando por la montaña, con Thork al frente, guiando a Elyn y explicándole dónde debía colocar las manos y los pies, hasta llegar al pie del murallón vertical.

Mientras Elyn descansaba allí, Thork avanzó hasta el borde izquierdo, siguiendo la cornisa de piedra, para examinar la grieta que ascendía por aquel lado; y luego fue hacia la derecha, para examinar el risco elevado que se alzaba allí. Finalmente, se despojó de su cota de hierro negro y volvió a sentarse al lado de Elyn.

—El canal de la derecha está tapizado de hielo, y no tengo el instrumental adecuado para trepar por él. El risco de la derecha está separado de la repisa por una brecha, que en la parte alta es demasiado ancha para poder cruzarla, y en cambio en la parte baja está rellena de hielo. No queda otra opción que subir en perpendicular; tendré que trepar por el murallón vertical.

Pasó una hora más mientras Thork ascendía por la pared, desprovisto de toda clase de apoyos o uñas de roca, de clavos y de arneses. Sólo contaba con sus dedos, sus pies, su fuerza y su destreza, y Elyn aguardaba abajo, con el corazón oprimido, viendo cómo encontraba puntos de apoyo para sus manos y sus pies donde ella no veía ninguno. Finalmente, consiguió llegar a lo alto de la repisa, y desapareció de su vista. Unos momentos más tarde reapareció, y lanzó desde arriba una doble cuerda.

—Es una caverna enorme, princesa —dijo—. Y por el olor, no cabe duda de que se trata de su cubil.

Elyn ató todo el equipaje a la cuerda: el Kammerling, el escudo, su sable y su armadura, y las provisiones. Luego dio aviso a Thork, y él tiró de la cuerda hasta que el equipo desapareció en lo alto de la repisa. Luego la soga volvió a bajar, serpenteando.

Elyn se aferró a ella, y empezó a subir a pulso.

«Vamos, rapaza, una doncella guerrera necesita entrenarse en este tipo de ejercicios. ¿Quieres que se pierda una batalla por no haber sabido escalar un muro?»

Las palabras de Ruric resonaban en su mente...

Trepó azotada por el viento frío, apoyando los pies en la piedra cubierta de hielo, mientras la soga hacía arder sus manos protegidas por guantes, y el abismo se abría a sus espaldas.

«Dioses, no sabía que la lucha por trepar a una montaña podía ser algo tan terrible.»

Aunque el miedo había invadido todo su cuerpo, la mujer de las llanuras siguió trepando sin descanso, suspendida de un frágil hilo sobre el vacío sobrecogedor; en busca de la seguridad relativa de la guarida del dragón.

Al llegar a la repisa, Thork alargó el brazo.

—Dame la mano, princesa. Yo te subiré.

Elyn dudó, y miró abajo, al precipicio. Entonces oyó la voz suave y amable del enano.

—No te dejaré caer.

Elyn tendió su mano a Thork, y él tiró de ella hasta colocarla sana y salva sobre el amplio reborde de roca.

Descansaron un momento en aquel rellano; Elyn se quitó los guantes, flexionó los dedos y recuperó el aliento; y mientras contemplaba cómo Thork se revestía de su armadura, la doncella guerrera advirtió una amplia abertura oscura en la pared, y paseó su mirada por el amplio reborde de roca, en aquella dirección...

—¡Ai-oi! —gritó, señalando una enorme plancha de hierro abollada, colocada a un lado de la entrada de la caverna—. Es el forro metálico de la puerta del Jordkeep. Por

consiguiente, ésta es, en efecto, la guarida de Kalgath el Negro, porque fue en esta «bandeja» donde cargó el tesoro que se llevó de las ruinas del castillo de mi padre.

Thork se dirigió a aquellos hierros retorcidos y, cogiéndolos por una esquina, intentó tirar de ellos.

—Demasiado pesado para que podamos manejarlo nosotros, princesa.

Regresó junto a Elyn y empuñó el Kammerling, contemplando largo rato su aspecto herrumbroso, el mango agrietado y la cola rota, con el pensamiento en otra parte.

—Recuerda nuestro plan, señora: hemos de buscar un lugar desde el que esperar emboscados al dragón; tal vez en la entrada misma de su guarida, o tal vez en el interior.

Thork deslizó el Kammerling en la funda de su cinto, desató la cuerda del peñasco en el que la había sujetado, y empezó a enrollarla.

—Si caigo en la batalla, coge el Kammerling y acaba tú la misión.

Un escalofrío hizo estremecer a Elyn.

«Si caigo en la batalla, si caigo, si caigo...»

...Pero no dijo nada, y ajustó la correa de su cuerno de toro negro en el hombro y a través del pecho. Mientras se ceñía el sable, habló por fin:

—Thork, si caes en la batalla y yo sobrevivo, aquí y ahora me reafirmo en la promesa que te hice: haré todo lo que esté en mi poder para detener la guerra, debida a un malentendido, entre nuestros dos pueblos, y hacer que cese la matanza. Dividiremos en dos partes iguales el Dracongield entre Jord y Kachar, y estableceremos cuantas reparaciones estimemos justas para saldar todas las deudas.

«Pero si eres tú quien cae en la batalla...»

El corazón de Elyn dio un vuelco.

—Mi señora, la promesa que nos hicimos no necesita ser renovada aquí y ahora, porque existe dentro de nosotros para siempre..., la repitamos o no en voz alta. Pero si te place oírla, entonces repetiré el juramento.

Thork tomó la linterna de Elyn, y se dispuso a encenderla.

—Hay una cosa más, Thork —dijo Elyn, al tiempo que cargaba con su paquete de provisiones—. En el caso de que los dos caigamos en la batalla, existirá todavía una promesa de paz..., por más que ninguno de nosotros sobreviva. Porque no hay odio, ni venganza, ni ofensa, que dure eternamente; todas se extinguen algún día, se desvanecen en la inmensidad del tiempo o sucumben bajo el peso del amor.

«Pero no hablemos más de supervivencia y de muerte, porque el día de hoy señala el final del invierno: es el primer día de la primavera.

Thork miró el Sol que brillaba por encima de sus cabezas, y luego la oscura entrada al cubil del dragón.

—Vamos adentro —dijo, tendiendo a Elyn su linterna encendida, con voz ronca por la emoción.

Y así penetraron en la caverna: Thork con el escudo sujeto al brazo izquierdo y empuñando el Kammerling con la mano derecha, y Elyn alzando la linterna en una mano y con el sable desenvainado en la otra; los dos con el corazón latiendo con fuerza y la garganta seca. El suelo descendía hacia las profundidades de la montaña, y los muros del amplio túnel se curvaban a un lado y a otro; la lámpara iluminaba el camino, y un olor acre, como el de un nido de víboras, enrarecía el aire.

En cada revuelta del túnel, casi a cada paso, los dos guerreros observaban la disposición de la caverna, buscando un lugar propicio para una emboscada que les proporcionara alguna ventaja sobre la enorme fuerza del dragón y su aliento incendiario.

Descendieron más, y más todavía, por el suelo en pendiente, y el aire se hizo cada vez más cálido; los propios muros del túnel parecían despedir calor, y el olor del azufre se propagaba por el aire. Pero siguieron avanzando, a pesar de que la luz débil de la entrada había desaparecido hacía mucho rato, y de que incluso la vista de enano de Thork precisaba la ayuda de la linterna de Elyn para poder ver algo.

Pasaron junto a fumarolas de olor pestilente, en las que el gas amarillo ascendía a través de fisuras y chimeneas abiertas en la roca resquebrajada, y se perdían en las tinieblas espesas del techo.

Finalmente llegaron a una amplia cámara cuyos muros desaparecían en la oscuridad, y en la que el intenso calor hizo que el sudor brotara a raudales bajo las armaduras. Elyn y Thork se detuvieron a beber copiosamente de sus cantimploras. Mientras bebía, un suave resplandor lejano atrajo la mirada de Elyn; después de colocar el tapón en su cantimplora, levantó la linterna y la dirigió hacia aquel reflejo confuso. Y al aproximarse, el centelleo se multiplicó en nuevos puntos luminosos. Cuando finalmente llegó a un lugar en el que pudo ver con claridad de qué se trataba, distinguió, apilado en un montón informe sobre el suelo de la cámara, un inmenso tesoro: oro y plata, joyas y cálices, perlas, piedras preciosas, y otros objetos por el estilo. Aquel enorme montón tenía una altura superior a la de un hombre, y su base cubría todo el suelo de la amplia caverna: era mucho más que todo el tesoro de Sleeth, superior a cuanto Elyn y Thork habían imaginado. Porque era el tesoro de Kalgath el Negro, el dragón más poderoso de todos.

Elyn quedó sobrecogida al ver la enormidad de aquellas riquezas, y lo mismo le ocurrió a Thork. Ninguno de los dos había pensado que el dragón tuviera un botín propio. Sólo habían previsto recuperar el tesoro arrebatado del Jordkeep. Pero ahora, aquello parecía una minucia, en comparación.

—Princesa —gruñó Thork, recuperando su presencia de ánimo—, esta cámara no es un buen lugar para esperar al dragón, porque está abierta, y por consiguiente no hay obstáculos que nos protejan de sus llamas. Habremos de buscar un lugar más adecuado, porque aquí, además, dispondrá de espacio suficiente para esquivar el martillo, sin contar con que no podremos resistir este calor mucho tiempo.

—¿Volvemos entonces a la entrada? —preguntó Elyn.

—Sí —respondió Thork—, porque allí contamos con cuatro ventajas: una, hay peñascos a los dos lados que pueden servirnos de protección y de escondite; dos, vendrá de la luz del Sol a la oscuridad; tres, dispondrá de menos espacio para moverse libremente, y así será más fácil golpearle con el martillo; y cuatro, no le pondrá en guardia la luz de nuestra linterna, porque allí dispondremos de luz suficiente, y no necesitaremos encenderla.

—Si lo que dicen de la vista de los dragones es verdad —replicó Elyn—, no tiene importancia el hecho de que haya luz u oscuridad, porque, tengamos o no una linterna encendida, nos verá de todas formas. Y si además es cierto todo lo que dicen de los poderes de un dragón, tampoco tendrá importancia que nos escondamos o no, porque sabrá de inmediato dónde estamos ocultos. Pero a mí también me parece que la entrada es el lugar más adecuado para una emboscada, porque tendrá que aterrizar en la repisa de roca, y es posible que le cueste conservar el equilibrio. Si ocurre así, ése será el momento más adecuado para golpearle entre los ojos, el momento en que se tambalee. Si no tropieza ni vacila, entonces el momento mejor será cuando introduzca la cabeza por la grieta de la entrada...

De modo que los dos retrocedieron por el túnel en pendiente, siguiendo sus curvas y recodos, pasando de nuevo junto a las fumarolas apestosas, huyendo del calor y buscando la luz diurna. Detrás de ellos, el inmenso montón de riquezas centelleantes volvió a quedar sumido en la oscuridad.

Pero cuando a los dos guerreros les faltaba aún recorrer un centenar de metros para llegar al lugar en el que esperaban enfrentarse al dragón, oyeron un rugido furioso.

Kalgath el Negro había vuelto.

Los dos corrieron hacia la boca de la caverna. Elyn gritó:

—¡Yo iré por el lado derecho, y tú por el izquierdo! —sabiendo que el enano podría golpear con más fuerza y precisión si su enemigo estaba colocado en el lado del arma, que en el del escudo.

De nuevo se escuchó un rugido ensordecedor, ahora más próximo.

Elyn se colocó en posición, oculta parcialmente por las rocas que flanqueaban la entrada de la caverna. El corazón se le desbocó al ver el enorme bulto de ébano de Kalgath el Negro que descendía, con las alas extendidas y aleteando, directamente hacia la entrada de la caverna, con las patas extendidas al frente, aterrizando.

También Thork vio las grandes alas nervudas del dragón batiendo el aire, mientras éste posaba torpemente su voluminosa mole sobre la repisa de piedra. «Si le cuesta recuperar el equilibrio, será el momento de golpear. Entre los ojos, en el momento en que se tambalee.»

Thork levantó el martillo y se adelantó; el rugido furioso de Kalgath ahogó la voz de Elyn:

—¡No, Thork, no! ¡Todavía no!

El remolino de viento producido por Kalgath cayó sobre el enano, empujándolo hacia atrás; sus pies se enredaron, el martillo escapó de sus manos y cayó, deslizándose por el suelo en pendiente, túnel abajo. Thork corrió a recuperar el Kammerling, dando la espalda al dragón.

Y Kalgath el Negro, posado ya en la repisa, tomó aliento para escupir sus llamas sobre el enano.

«¡Adon! ¡El fuego del dragón! ¡Thork va a...! ¡No!»

Elyn salió de detrás de su refugio, y gritó:

—¡Wyrn! ¡Aquí!

Y llevándose a los labios su cuerno de toro negro, lanzó un poderoso toque: ¡Rou! ¡Ron! ¡Rou!

Entonces Kalgath el Negro se volvió contra ella y escupió su fuego; las llamas brotaron como un torrente y se abatieron sobre Elyn con tal fuerza que la despidieron hacia atrás contra la roca, y el fuego prendió en su cuerpo, arrasándolo, destruyéndolo.

Thork tenía de nuevo el martillo en la mano y la vio tendida.

—¡Elyn!

El fuego devastador la había aplastado contra la piedra. Y sin pensar en su propia seguridad, él corrió a su lado, se arrodilló junto a ella y la tomó en sus brazos.

Las quemaduras la habían desfigurado por completo, hasta hacerla irreconocible.

—¡Elyn!

No podía ver ni sentir, pero alcanzó a oír la voz de Thork: «¡Elyn!». La llamaba de muy lejos, y luego ya sólo oyó a su alrededor el susurro del viento mientras caía y caía hacia la Noche, hacia la Muerte. Luchó para llamar a Thork, para decirle lo que había en su corazón, para gritar la única verdad importante antes de que la oscuridad la invadiera, para hablar por última vez antes de que la abrasaran las alas de la Noche; para hablar por última vez a su Thork.

—Amado —murmuró, y su vida se extinguió.

Kalgath el Negro adelantaba ya, entre carcajadas rugientes, su inmensa cabezota por la grieta de la entrada, tendiendo sus garras diamantinas para destrozar al pigmeo que tenía delante. Pero en ese momento sus sentidos detectaron que había también un talismán de poder allí. «¡El Kammerling!» El miedo lo paralizó, porque sus ojos de dragón vieron a través del hechizo el verdadero martillo que había debajo. «¡Pero espera! ¡Ese enano no tiene poderes!»

—¡Locos! ¿Pensabais derrotarme a mí? Yo soy Kalgath, el matador de locos.

Al oír la voz de Kalgath, Thork depositó suavemente en el suelo el cadáver de Elyn. Llorando de rabia, tomó su escudo, se lo ajustó al brazo, y avanzó hacia el asesino que había matado a su amada; toda el alma de Thork se consumía en una rabia que puso en movimiento insospechados depósitos de energía, de ira insondable, mientras empuñaba el martillo.

—¡Bah, loco! —La voz de Kalgalth estaba llena de desprecio—. Ni siquiera tienes fuerza suficiente para blandir ese martillo.

Y aspiró para barrer de su caverna a aquel gusano, mientras Thork levantaba el martillo presa de una rabia insoportable.

Y al apretar en su puño el arma, el hechizo de Andrak se desvaneció, y el Kammerling resplandeció con una intensa luz plateada.

Una poderosa llama brotó de la garganta de Kalgalth, y se abatió sobre Thork. Pero el enano había levantado su escudo, y el fuego quemó la funda que lo cubría, revelando la piel tornasolada que había debajo. No se trataba de un escudo ordinario: era de Dragonhide; y el chorro ardiente se desvió al chocar con la superficie de diamante, y pasó rugiendo por encima y a los lados del enano. Aun así, Thork sufrió quemaduras en las piernas, y su cabello y barba quedaron chamuscados, pero en su ira no prestó atención al dolor, porque en aquel momento el fuego del dragón se extinguió, y un resplandor irisado brotó delante del enano: el brillo del escudo opalescente.

Y el Martillo de la Rabia ardía en la mano derecha de Thork, impulsado por una furia sin límites, y al relampaguear ante los ojos de Kalgalth el Negro, tanto los exteriores como los interiores, su luz centelleante los cegó, y el dragón retrocedió un paso.

—¡Yaaa! —gritó Thork, precipitándose hacia adelante, con su escudo brillante y su martillo cegador, desfigurado el rostro hasta resultar irreconocible, con las ropas, la barba y el cabello chamuscados.

E impulsado por todo el poder y la furia de sus anchos hombros de enano, ¡CRAK!, el ardiente Martillo de la Rabia fue a estrellarse contra la frente del dragón de Fuego, y rompiendo los huesos del cráneo se empotró en el cerebro, quedando allí trabado. Kalgalth el Negro exhaló un rugido de agonía, retorciéndose como una gran serpiente y escupiendo llamas por la boca, mientras sus grandes alas se agitaban como las aspas de un molino. Así se balanceaba en el borde de la repisa de roca, mientras Thork forcejeaba asido al mango del Kammerling, pugnando por arrancarlo para golpear de nuevo al monstruo; pero no podía, y se veía empujado de un lado a otro por las salvajes sacudidas de Kalgalth el Negro.

En uno de aquellos bandazos incontrolados, un soplo ardiente del dragón envió a Thork contra la pared de la montaña, y el enano quedó envuelto en llamas; el monstruo echó atrás la cabeza y Thork, aturdido, hubo de soltar el mango del martillo. El dragón saltó entonces por encima del borde de la repisa y, con el martillo siempre incrustado en su cráneo, planeó sobre el abismo que se abría debajo del murallón vertical de basalto.

Con grandes rugidos broncíneos, Kalgalth el Negro se elevó en el aire, escupiendo llamas, girando en tirabuzón en un vuelo salvaje y sin control.

Y subió más y más, bordeando los ásperos riscos hacia las blancas nubes prendidas de los picachos; siempre arriba y arriba, volando hasta perderse de vista en el cielo azul.

Y cuando Thork, abrasado, caía hacia atrás, la piedra se abrió a sus espaldas, y una mano enorme asomó, lo cogió al vuelo y lo arrastró al interior mismo de la piedra viva de la montaña.

En torno suyo se agrupaban varias formas de gran tamaño; sus manos monstruosas apagaron las llamas, mientras lo observaban curiosos con sus grandes ojos cristalinos: de zafiro, de esmeralda, de rubí.

El enano quemado había quedado inconsciente, incapaz de entender lo que ocurría. Apenas percibía un vago resplandor en la oscuridad, e ignoraba la presencia de los utruni porque su mente estaba sumida en una negrura similar a la del interior de la piedra.

Entonces, de una de las figuras salió una voz profunda:

—¡Dakhu!

El tono era urgente, y todos aquellos ojos pétreos se volvieron hacia arriba, como si vieran algo situado muy por encima de la montaña y pudieran penetrar la cúpula de piedra oscura de la grieta por la que habían introducido a Thork.

Arriba, muy arriba del Murallón Sombrío, en lo alto del cielo exterior, un pequeño punto oscuro iba creciendo de tamaño: era un dragón mortalmente herido que se precipitaba al suelo.

—¡Shak fhan! —gritó el utrun que llevaba en sus brazos al inconsciente Thork; y el gigante de piedra formó con sus manos una pantalla para proteger la cabeza y los hombros del enano, y luego se sentó y dobló su cuerpo sobre el de Thork protegiéndole además con los brazos y las piernas.

Los restantes gigantes de piedra parecieron fundirse con la roca; con los brazos y las piernas extendidos, sujetos a la pared rocosa con los dedos de manos y pies, se anclaron al basalto con los músculos en tensión, como si intentaran sujetar aquella parte de la montaña con sus solas fuerzas, formando una barricada viviente, un escudo para proteger a Thork... contra lo que...

El dragón caía más y más aprisa, como si se arrojara él mismo contra el suelo. Bajaba a plomo, a una velocidad cada vez mayor, como una flecha disparada por el arco de algún daemon. Recto, directamente al suelo.

Y a través de la piedra, los utruni veían caer y caer al dragón, y cómo el pequeño punto oscuro se hacía más y más grande, hasta convertirse en un enorme monstruo precipitándose hacia su perdición. Y se aferraron con más fuerza a la roca, ante lo que iba a suceder.

Kagalath el Negro cayó cruzando el aire, con el brillante Martillo de la Rabia incrustado en su cráneo, directamente en el centro del cráter de la montaña de fuego. Y después de pasar como una exhalación por la cresta dentada, se hundió en sus entrañas, hasta llegar al fondo. E impulsado por toda la enorme masa de aquel dragón que caía a plomo, el Martillo de Adon fue a golpear contra el suelo del volcán.

Nunca había recibido la tierra un golpe semejante.

La montaña explotó.

El estallido arrasó los bosques de un centenar de kilómetros a la redonda; los árboles fueron arrancados de cuajo y volaron como briznas de paja en dirección contraria a la del centro del impacto. Se dijo que el ruido se oyó incluso en las tierras situadas más allá del mar de Avagón, y tal vez incluso al otro lado del océano Occidental. Y todo el continente se estremeció ante el terrible choque. Más de la mitad de la montaña desapareció en medio de una inmensa nube de polvo, una nube inconcebiblemente grande de piedra pulverizada y guijarros que salieron volando hacia el cielo; una masa cálida de gases, roca, cenizas y hielo, tan increíblemente ardiente, que al caer de nuevo al suelo redujo a cenizas los pinares y mató en el acto a todos los animales, con los pulmones quemados sin remedio.

En muchos kilómetros a la redonda, no quedó ningún ser vivo. E incluso a centenares de leguas de distancia, el paso de la nube ardiente de cenizas marchitó los campos y causó sofocos y trastornos a muchas personas. De la caldera situada bajo la montaña surgió el magma en un poderoso chorro. El hielo y el agua de las corrientes subterráneas, al calentarse súbitamente, explotaron y se expandieron en nubes ardientes de cenizas y vapor, que se alzaron miles de metros en el aire. Hubo avalanchas de barro ardiente, torrentes de nieve fundida que se precipitaron desde lo alto de las montañas, riadas devastadoras que lo arrastraron todo a su paso. Los arroyos de las montañas se convirtieron en monstruos rugientes que arrastraban peñascos, desgajaban árboles e inundaban la tierra de barro y cenizas. Cayó una lluvia furiosa, y las gotas de agua eran de un color negruzco.

En muchas leguas a la redonda, la tierra quedó arruinada sin remedio posible.

Y durante muchos años, en todo Mithgar los inviernos fueron más fríos, y los veranos más cortos. Pero las horas de la marea llana se vieron favorecidas por espectaculares puestas de Sol, y llovió con mayor frecuencia que nunca sobre el mundo.

Muchos años más tarde, por las noches, quienes viajaban por las montañas podían ver aún unas fantasmales llamas de color azul que ascendían del cráter devastado: el fuego fantasma de Kalgath, decían algunos.

Pero como una inmensa mano mutilada, la ladera del costado oriental de la montaña seguía erguida sobre su base, coronada por un murallón vertical que Thork había escalado, y que el poder de los gigantes de piedra dejó intacto.

Tres utruni murieron en la explosión, pero el enano que había manejado el martillo pudo salvarse.

42

Ecos del Poder

Finales del invierno, 3E1603

[Este año]

En el lejano norte, en el desierto helado arrasado por un viento que truena sin cesar sobre los páramos, a una enorme profundidad por debajo de aquel inacabable aullido y de una capa de granito negro de muchos kilómetros de espesor, una sombra sentada en un trono de ébano escuchó los ecos de un martilleo que recorría la trama real de la existencia, y supo que un poderoso talismán de poder había vuelto a activarse. La energía ardía con una llama viva, lo que indicaba a todo aquel que sabía leer sus signos arcanos que se había desencadenado el poder del Martillo de la Rabia. Ardió durante largos minutos, y súbitamente se apagó. La sombra del trono consideró distintas posibilidades, preguntándose si aquello significaba que su plan había dado resultado, si por fin se presentaba el tiempo de recoger los frutos.

—¡Atended! —siseó, y los rücks que se afanaban de un lado a otro de la sala se inmovilizaron aterrorizados, encogidos, e interrumpieron su actividad sin sentido en torno a la mesa del banquete; dejaron de preparar los cubiertos para unos comensales que nunca habían de venir, y de recoger platos sin usar unos momentos más tarde. Corrieron a toda prisa ante el trono y se postraron con la frente en el suelo, servilmente, delante de la presencia oscura.

La malignidad pasó enroscándose frente a sus figuras postradas y se dirigió a la cabecera de la mesa, y las criaturas del Falso Pueblo corrieron a colocarse detrás de cada silla, como serviles invitados a una gran fiesta.

La oscuridad llenó la sala, y una voz susurrante se alzó, dirigiéndose a los asientos vacíos para alardear de sus proezas.

—Hace siglos, yo me aparecí a un dragón sumido en un sueño verdadero —siseó la sombra—. Y no a cualquier dragón, sino al propio Kalgath el Negro.

»Y le hablé en susurros de la amenaza que representaba para él el Kammerling. Como era estúpido, pensó que el martillo había sido forjado contra él, como yo había pensado que sucedería. Yo jugué con su miedo, y le dije que eran los descuidados utruni quienes vigilaban el más peligroso de los talismanes en lo más profundo de sus salas situadas en el interior de la piedra viva de Mithgar. Y le hablé también de una ocasión próxima en la que la Luna, en medio de la noche, se oscurecería, eclipsada temporalmente por una sombra, y la tierra temblaría, y la Sala de los Gigantes quedaría sin vigilancia; una ocasión en la que los descuidados gigantes dejarían el martillo olvidado y un dragón podría entrar allí, tomar lo que le amenazaba, y llevarlo a alguien dotado de poderes, que lo guardaría con el mayor celo.

»Le susurré el plan que había de arrastrarle a su perdición, y pronuncié el verdadero nombre de Andrak en los oídos del dragón durmiente.

»Y Kalgalth el Negro, Kalgalth el Loco, mordió el anzuelo, y nunca supo que había sido yo quien le sugirió el plan.

»En el momento del eclipse, yo sabía que también las estrellas errantes estarían alineadas. De modo que me puse a la tarea, e hice ceder las grietas, deslizarse la piedra y temblar la tierra con violencia.

»Aquello hizo que los gigantes se apresuraran a correr bajo el suelo a encajar las junturas, mitigar los temblores y sostener el mundo.

»La Sala quedó abandonada, como yo sabía que había de suceder.

»El dragón se deslizó en el interior de la tierra trémula y se llevó el talismán del lugar seguro en el que se encontraba, inaccesible a todos, salvo a los magos y a los dragones, siempre y cuando trabajaran al unísono, y aun así, únicamente en el momento de producirse una Gran Alineación; aunque eso lo ignoraban los dragones. Así pues, Kalgalth llevó el talismán al holt de Andrak, un lugar en el que podía ser robado por la fuerza, o por la astucia, o por un golpe de fortuna, o bien por las personas anunciadas en la profecía, una profecía que yo mismo hice posible.

»Ése era mi plan: más pronto o más tarde, alguien conseguiría robar el Martillo de la Rabia, alguien con capacidad para emplearlo...

...De súbito, la cámara de granito negro tembló, y llegó hasta ella un martilleo continuado, como si el mismo mundo acabara de recibir un poderoso golpe. La piedra se estremeció y tembló, la vajilla y los vasos de peltre entrechocaron, los rücks gritaron atemorizados y se apartaron, mirando con ojos espantados la piedra negra del techo, temiendo que cediera y los aplastara.

La sala oscura se llenó de tinieblas mientras la malévola presencia que moraba en ella investigaba las causas de aquella sacudida, explorando con sus sentidos en tensión hacia arriba y hacia afuera, en busca del origen, hasta descubrir que procedía de un punto muy lejano, hacia el sur, donde el Martillo de la Rabia había mostrado su fuerza relampagueante, para luego apagarse.

—Fuera de aquí —siseó, y sus lacayos se precipitaron a obedecerle, corriendo lejos de la ira de su amo, hasta que la sala quedó vacía.

La oscuridad se condensó en torno al trono de ébano mientras Modru dirigía su mente hacia el mundo exterior y registraba con ella las montañas del Murallón Sombrío, en busca de la mente vacía que utilizaban quienes vigilaban Dragonslair desde lejos; buscando la criatura que le servía allí de huésped. Pero ninguna mente vacía le esperaba allí, ningún recipiente hueco aguardaba el toque del Maestro, dispuesto a verse colmado con su esencia.

Al parecer, su vicario había sido destruido.

Furioso, de nuevo Modru hizo viajar su mente en otra dirección, buscando ahora a quien utilizaba como huésped en la fortaleza de Andrak. Pero una vez más quedó frustrado, porque tampoco allí encontró ninguna mente vacía esperándole.

También aquí, el recipiente hueco había sido destruido.

Presas de una cólera violenta, Modru desahogó su ira a gritos, y en todas las partes de su morada subterránea los rücks corrieron, saltaron, se arrastraron, tropezaron los unos con los otros, y fueron a esconderse en las cámaras más lejanas, debajo de las mesas, de las sillas y de las camas, buscando seguridad en el interior de armarios, nichos y toda clase de escondites, en cualquier rincón donde pudieran escapar de su furia.

Y Modru hizo viajar su mente por tercera vez, pero ahora no en busca de recipientes humanos, sino de una criatura del Falso Pueblo que moraba entre las movedizas grietas de las profundidades de la tierra, en el país de Carph. Y la gran malevolencia se alojó en el emisario que le esperaba, llenando su mente vacía, poseyéndola totalmente de modo que la maldad deslumbre con su brillo siniestro a los lacayos postrados sobre la piedra en aquel lugar lejano.

—¡Id! —siseó—. Al holt de Andrak, a Dragonslair. Buscad a mis vicarios, de modo que yo pueda verlos.

De inmediato, el gran mal se fue de allí, y regresó a su dominio oscuro, debajo de los Yermos helados; mientras allá lejos, los engendros sobrecogidos miraban el rostro babeante que tenían delante, desprovisto ya de aquella chispa cegadora. Entonces dieron media vuelta y empezaron a preparar todo lo que iban a necesitar en las siguientes semanas, para cumplir la orden que su Amo les acababa de dar.

Y muy lejos, en el reino helado del norte, el viento implacable seguía barriendo las frías tierras desiertas.

43

Utruni

Primavera, 3E1603

[Presente]

Thork lloró al despertar, con profundos sollozos incontrolables que estremecían su robusto cuerpo, y lágrimas que inundaban su rostro...

“Amado.»

... una imagen de pelo cobrizo y ojos verdes...

Unas grandes manos lo sostenían, y un rostro le observaba con extraños ojos de zafiro...

De nuevo despertó y de nuevo lloró, pero ahora la oscuridad era total; unos brazos macizos lo rodeaban por completo y en torno suyo la roca se partía en dos sin ruido para volver a cerrarse a sus espaldas, mientras alguien lo conducía a través del interior de la piedra viva.

Como antes, la oscuridad era total cuando Thork recuperó la conciencia. Pudo oír correr el agua en algún lugar cercano; la tierra temblaba, y le asaltó el vago recuerdo de un redoble, un martilleo, señales enviadas en la profundidad de la piedra. Su cara le dolía como si estuviera quemada, y también el antebrazo derecho y los tobillos de las dos piernas. Se tocó con cuidado la mejilla, y la encontró abrasada y dolorida. Se arrastró hacia el lugar donde oía correr el agua, y llegó a un pequeño arroyo. La corriente estaba helada, y él sumergió en ella el rostro, apretando los dientes ante las punzadas y el dolor intenso, para que el frío hiciera desaparecer la quemazón. También sumergió el brazo derecho, y sintió algún alivio en la carne llagada.

Se sumergió una segunda vez, y una tercera, y otra más; en cada ocasión resoplaba y aspiraba profundamente al sacar la cabeza del agua.

Tocó de nuevo su rostro chamuscado. Con cautela. Palpando con mucha suavidad. La barba estaba quemada hasta la carne en todo el lado derecho. También el pelo había quedado parcialmente chamuscado. La manga derecha de su camisa estaba hecha jirones, y la piel del antebrazo le dolía. También los calzones estaban quemados, y tenía los tobillos en carne viva. Se sentó con las piernas sumergidas en el arroyo, para que el agua limpiara aquellas llagas.

No podía recordar cuándo ni cómo se había quemado.

La tierra seguía temblando, agitándose en estremecimientos y convulsiones que se propagaban a través de la piedra.

Cuando notó que sus piernas estaban algo mejor, se puso en pie lentamente.

—¿Dónde estoy? —preguntó a la oscuridad temblorosa, con voz ronca y rasposa...

«Dónde estoy, estoy, estoy...»

...repitieron los ecos en una caverna invisible.

—Entre amigos os sucede encontraros, buen amigo —dijo una voz profunda y resonante desde algún lugar situado a sus espaldas.

—¿Quién me habla?

—Llamarme podéis Orth —dijo la voz. Las palabras correspondían a la lengua común, pero la morfología y la construcción eran arcaicas.

—No puedo verte, Orth.

Aquella declaración fue acogida por un murmullo de varias voces profundas.

—La manera e sazón de los vuestros ojos descuidado habíamos —respondió la voz. Siguió el ruido de la piedra al abrirse; al cabo de unos momentos irrumpió en la caverna una luz tenue, y Thork vio una forma gigantesca al lado de una grieta recién abierta que dejaba filtrarse la luz del día.

Maravillado, Thork se dio cuenta de que estaba en la compañía de gigantes, cuyos grandes ojos formados por piedras preciosas le observaban con placidez. Eran cuatro, cada uno de elfos con una piel rugosa y dura como la piedra: parda en un caso, oscura en el segundo, gris en el tercero y rojiza en el cuarto. No podía decir si se trataba de varones o hembras, ni siquiera si en aquella raza se daba tal distinción de sexos; a pesar de que ninguno de ellos llevaba ropas visibles ni ninguna clase de herramientas.

El utrun gris dio un paso adelante en el suelo tembloroso de la caverna.

—Yo soy Orth, amigo.

—Yo me llamo Thork —contestó el enano, con una reverencia que le provocó un sobresalto de dolor, al agolparse la sangre en su rostro quemado.

—Me honro en haber trabado conocimiento con vos, amigo Thork —declaró Orth—, porque vos truxisteis el Kammerling del holt de nuestro enemigo; vos e la vuestra compañera.

«Amado.»

Thork apartó el rostro y sus ojos se humedecieron debido al súbito choque del recuerdo; sentía el pecho hueco, vacío, como si le faltara el corazón.

«Oh, Elyn mía, estás muerta.»

Se produjo una larga pausa, mientras la tierra seguía temblando, y al fin habló:

—Mi compañera. Querría saber si...

De nuevo se interrumpió, y las lágrimas corrieron por su rostro. Finalmente, pudo continuar:

—Piedra o fuego. Debe descansar en la piedra viva, o bien ser colocada en una pira dispuesta del modo adecuado.

Orth dirigió la mirada hacia el norte y hacia abajo, como si estuviera viendo a través de la misma piedra, y luego se volvió al enano:

—Pronto, amigo Thork, mas non agora. —Los grandes ojos de zafiro despedían reflejos azulados—. Venid. Mostraros he la razón.

Orth dijo algo a los tres utruni restantes, y luego se volvió y empezó a caminar a través de la piedra a buen ritmo; extendía sus largos brazos, y clavaba los dedos en forma de espátula en la roca; empujaba después con los brazos y los hombros, y a su paso se iba abriendo un pasaje.

Thork le siguió, y a los pocos minutos aquel pasaje desembocó en la superficie de la piedra, y la luz del día penetró en él.

Orth se apartó a un lado, e hizo seña al enano de que se adelantara. Éste pudo ver entonces un paisaje desolado: montañas grises, quemadas, devastadas, muertas. La lava lo cubría todo, y hasta donde alcanzaba la vista, una espesa capa de ceniza volcánica cubría la tierra. No había árboles, ni animales, ni aves, ni ríos. Sólo muerte y destrucción.

El cielo mismo se había oscurecido, y las nubes no tenían su color ordinario, sino que eran grandes acumulaciones de polvo. Y los relámpagos brotaban sin cesar de aquel amasijo negro e iban a herir las cimas de los picachos, como si toda la bóveda del cielo estuviera cargada de una ira incontenible y eléctrica.

A corta distancia delante de él, una espesa columna de humo negro ascendía de los restos de Dragonslair, y el magma ardiente fluía rojo por las laderas torturadas. Grandes

rocas eran escupidas al aire, desde las entrañas de la montaña de fuego, y sus ensordecedoras explosiones se propagaban en espasmos y temblores telúricos por todo el Murallón Sombrío.

La tierra temblaba.

Thork supo que estaba viendo a Hèl desatado sobre Mithgar.

Vio lo que quedaba de Dragonslair, y sus ojos alcanzaron a distinguir el murallón vertical que Elyn y él habían escalado, erguido aún, como la repisa y la ladera que lo coronaban.

Orth dijo entonces con voz suave:

—Contigo a tu camarada traeremos cuando nos mismos en busca de nuestros muertos acudamos.

Llorando por Elyn, Thork dio media vuelta y regresó por el mismo camino por el que habían llegado hasta allí. Orth le siguió, y fue cerrando el pasaje a sus espaldas.

Los otros tres utruni se llamaban Hundar, Brek y Chale, y cuando fueron presentados a Thork, hablaban entre ellos en una lengua muy peculiar, que sonaba como el entrechocar de piedras, unas con otras. Brek era el más alto, y su estatura superaba los cuatro metros, mientras que Chale y Hundar medirían respectivamente algo más de tres metros, y tres ochenta; la estatura de Orth venía a ser intermedia entre las de los dos últimos. Fue entonces cuando Thork supo que los tres primeros eran utruni varones, en tanto que Orth era hembra, pero el dato apenas quedó registrado en la conciencia de Thork, sumido como estaba en su profundo dolor. Aun en el caso de que su interés en el tema fuera mayor, Thork no habría sabido hacer ninguna distinción clara entre ellos; en la forma, los utruni mostraban muy escasas diferencias, con la excepción de la estatura, y no presentaban características sexuales visibles. Eso no quiere decir que fueran idénticos en todos los detalles, porque se daban diferencias en el color de la piel, en la disposición de los cuerpos y también en las piedras preciosas que constituían sus ojos: zafiros en Orth, rubíes en Hundar y Chale, esmeraldas en Brek.

Orth era el único que hablaba la lengua común, y explicó:

—Yo fui uno de los de mi pueblo instruidos por el mago Farrin, luengos años ha, por cuanto eran de grande necesidad aquellos esforzados tiempos. E cuando se fizieron sentir los signos del rescate del Kammerling, fui convocada, ca a mí era posible hablaros en la lengua antigua.

Después de oír esas palabras, Thork habló por primera vez desde su regreso de la superficie.

—Sí, nosotros rescatamos el Kammerling —dijo—. Pero, por lo que me has dicho, temo que ahora esté destruido, comido por el fuego del fondo de Dragonslair, donde nada puede subsistir si no es la piedra en estado líquido.

—No, amigo Thork —repuso Orth, volviendo a dirigir su mirada hacia el norte y hacia abajo; y Thork adivinó entonces que veía, a través de la piedra sólida, algo situado en las profundidades de la montaña de fuego—. No, el Kammerling aún existe; descansa en lo hondo, so la piedra líquida. A salvo mora, ca el fuego de Dragonslair fundir non sabría el Martillo de Adon. E nos lo recuperaremos pasado algún espacio, cuando la piedra un tanto se enfríe. Mientras ese momento llega, nada alcanzarlo podrá; en verdad más seguro está aún que en el interior de los nuestros salones.

Los utruni conferenciaron entre ellos, y al poco Orth comunicó a Thork:

—Ferido estáis, amigo Thork, a lo que nos podemos juzgar, e precisáis ser llevado a un sanador de entre los moradores de la superficie, en tal modo que él os preste la atención debida.

—No, hasta que Elyn... —Thork no pudo decir más, pero Orth comprendió.

Pasaron las horas, y los espasmos de la tierra que se agitaba mostraron un cambio sutil, que los gigantes advirtieron. Brek, Chale y Hundar desaparecieron en la piedra,

dejando atrás a Orth en compañía del enano dormido, que se agitaba y gemía, presa de sueños siniestros.

Cuando despertó, lo llevaron a través de la piedra, apartándola a medida que avanzaban, hasta el mismo pico de la montaña. Era ya de noche cuando emergieron de las rocas torturadas, pero no se veían la Luna ni las estrellas, porque Dragonslair seguía vomitando llamas y un humo espeso, y tronaba furioso, y el magma incandescente fluía aún coloreando con una luz roja como la sangre las capas más bajas de un cielo cargado de humo y de polvo. De las nubes negras brotaban sin cesar los fogonazos de los relámpagos, que iluminaban efímeramente la atmósfera cargada de humo negro y ardiente.

En la cumbre, donde habían emergido, el suelo había sido aplanado por los gigantes de piedra, y había amontonada leña suficiente para una gran pira funeral, porque los utruni habían buscado diligentemente, bajo la espesa costra de lava, ramas y agujas de los pinos enterrados por la erupción, que luego limpiaron y dispusieron en forma de lecho. En medio de aquel ramaje delicadamente dispuesto yacía Elyn, con las armas y el cuerno de toro negro colocados a su alrededor.

Thork se aproximó hasta colocarse a su lado, se arrodilló, tomó su mano y se la llevó a la mejilla; y más allá del cuerpo chamuscado e irreconocible que tenía ante él, vio a una doncella guerrera de cabello cobrizo, ojos verdes, y una gracia y belleza infinitas. Largo rato estuvo allí arrodillado, susurrándole palabras en voz baja. Pero de lo que entonces habló, no se ha guardado recuerdo.

Finalmente bajó de la pira, y detrás de él, Chale tomó unas brasas en sus grandes manos y encendió con ellas una antorcha que pasó seguidamente al enano; Thork la tomó y la introdujo entre las ramas más pequeñas situadas en la base de la pira. Otra antorcha, y otra más, colocaron Thork y Chale en distintos puntos; el gigante tendía al guerrero cada una de ellas y el enano las colocaba entre la leña, hasta que no quedaron más. Y el fuego brilló en la noche, alzando sus llamas al cielo. Los utruni se retiraron a una distancia respetuosa —en dirección al norte, al sur, al este y al oeste, cada uno de los puntos cardinales—, y sus ojos de zafiro, rubí y esmeralda contemplaron tanto al enano como a la persona a la que lloraba. Thork se cubrió la cabeza con la capucha, y las montañas se hicieron eco de su llanto, nacido de un dolor tan profundo y desolado que ni siquiera el rugido de Dragonslair podía acallarlo.

Allí, en lo alto de una cima situada en lo más profundo de las montañas del Murallón Sombrío, a través de la piedra, el fuego y el trueno, tuvo lugar la vela fúnebre de Elyn de Jord, mientras toda la tierra temblaba abajo, y en lo alto los cielos se teñían de rojo.

—Brelk esperará e tomará cuidado del Kammerling, e atenderá por si algo no previsto ocurriere, maguer sospecho que nadie lo ha de robar de la caldera (ni aun gentes de las profundidades como nos mismos), ca en este tiempo la lava lo ha de guardar mejor que ninguna otra cosa.

»Huldar e Chale con nos vendrán, ca en el seno de la piedra, el viaje es más descansado en parejas e tríos. Yo con vos cargaré; de otro modo el viaje se haría más despacio.

—Tengo ponis... —empezó a decir Thork.

«¡No! Mis ponis han muerto.»

«Y Elyn también.»

—Amigo, debemos cargar con vos —dijo Orth—, ca nada ha sobrevivido allá arriba; non se encuentra agua, nin alimento, nin cosa viva; sólo muerte e destrucción, e cenizas en las que vos quedaríais enterrado.

De nuevo acudieron a la mente de Thork las imágenes de Hèl y las visiones de las víctimas de Dragonslair; y rompió a llorar al recordar a una de ellas.

Y así, con Hundar abriendo la marcha y desgarrando la piedra delante de ellos; con Chale detrás para volver a cerrarla, y con Orth llevando a Thork en sus brazos y cargando

su escudo a la espalda, los cuatro se dirigieron hacia el sur, viajando a través de la piedra profunda, por debajo de las montañas del Murallón Sombrío, debajo de la tierra muerta de la superficie, en busca de un lugar en el que Thork pudiera ser atendido por un curandero que tratara adecuadamente sus quemaduras.

Mientras, atrás, Breik vigilaba el Kammerling y martilleaba en las raíces de la piedra para transmitir a otros utruni lejanos los acontecimientos ocurridos en aquel día.

Avanzaron rápidamente, sumidos en una oscuridad total, a través de la roca sólida, abriéndola primero para cerrarla detrás de ellos; un modo de viajar posible sólo por los extraños poderes que los utruni tenían sobre la piedra.

En ocasiones se detenían para tomar algún alimento, y lo que comían eran grandes setas que se encontraban en las profundidades, en cavernas fosforescentes. También el musgo que tenía aquella virtud resultaba muy nutritivo, y no faltaba el agua en grandes cantidades. Thork conocía aquellas cosas, porque los enanos solían cultivarlas como alimento.

Durante un descanso en una de aquellas cavernas extrañamente iluminadas, Thork empezó a hablar con Orth:

—¿Cómo es que los utruni ven a través de la piedra, señora Orth?

A la luz espectral, ella dirigió al enano una mirada de asombro, y sus ojos de zafiro parpadearon levemente. Pensó largo rato, y finalmente dijo:

—¿En qué manera veis vos, amigo Thork?

—Pues..., en fin..., veo simplemente —contestó Thork, perplejo—. Lo único que sé, es que sin luz no hay visión posible. Y a excepción de algunos lugares como éste, no hay luz en el interior de la piedra viva, sino una oscuridad total.

—Cómo, amigo, eso que vos llamáis «luz» nos rodea en todas las partes —contestó ella, con un gesto amplio—. No tan sólo el pálido fulgor que brota del interior del musgo, mas juntamente el brillo extremado del globo colocado en lo alto, que vos e los vuestros nombráis con la palabra «Sol», e yo e los míos llamamos «Ar». La «luz» que vemos, de Ar procede, e ella lo mismo brilla en el aire como en la piedra.

«Sabed, amigo Thork, que la luz que a nos da la visión, es distinta que esotra que captan los vuestros ojos. La luz de Ar brilla a través de todas las cosas, las vivas e las muertas asimismo; a través de un utrun, o de la piedra, o de las cosas vivas de la superficie, poco importa; e por más que ellas no reflejen gran parte del resplandor de Ar, nos permiten ver, unas cosas mejor que las otras. Vos mismo sois tan sólo una sombra sin sustancia a los mis ojos, e lo mismo otros moradores de arriba, unos más, otros menos; los drakes se ven con mayor facilidad..., fue vuestro escudo de Dragonhide lo que vimos caer, ca de otro modo non nos percatáramos de que vos erais ferido.

«Vemos bien las piedras e los metales: fue el Kammerling lo que nos guió desde el holt de Andrak; eso e vuestro escudo.

»De no ser por la luz de Ar, no podríamos cumplir el encargo de Adon: modelar la tierra, levantar montañas, paliar las grandes tensiones de los plegamientos, e dar ayuda a la piedra viva en su marcha lenta, pesada, eterna, por la faz del mundo.

»Sí, la luz de Ar nos permite ver todo aquello que nos toca hacer.

«Incluso cuando Ar está en el lado opuesto, su luz brilla a través del mundo.

—¿Quieres decir que cuando el Sol se pone y viene la noche, sigue existiendo una luz que podéis ver? —Y en la mente de Thork, por razones que no alcanzó a comprender, brotó la visión del extraño mapa de los magos de la Montaña Negra, el gran globo que giraba lentamente, y la lámpara colocada en la pared que esparcía su luz por la superficie.

Orth asintió, y el enano se puso a pensar en todas las cosas que había oído, sabiendo lo que Elyn...

«Amado.»

Las lágrimas cegaron sus ojos y dejó de comer; y al poco rato, llegó el momento de reemprender la marcha.

En los días siguientes, las quemaduras de Thork empeoraron; se formaron ampollas y llagas, a pesar de que se bañaba en agua helada siempre que tenía ocasión.

Los gigantes cargaban con él, y lo llevaban a una ciudad lejana en la que vivía una curandera de los pueblos de la superficie. Y mientras los utruni avanzaban con largas zancadas en la oscuridad, Thork y Orth hablaban de muchas cosas.

—En mi pueblo circula la leyenda —murmuró Thork— de que en lo más profundo del mundo duerme el gigante mayor de todos, a la espera del fin de los tiempos, cuando todas las cosas dejarán de existir. En ocasiones se da la vuelta dormido, y entonces la tierra tiembla y se agita.

Orth rió, y contestó mientras seguía llevándole en sus brazos:

—No, amigo, nadie así mora en lo profundo, por más que en el interior de la piedra habitan muchas cosas extrañas; e non es un monstruoso gigante el que menea el mundo. Antes bien son los corrimientos producidos a lo largo de las grandes grietas, cuando una tierra choca con otra tierra, e la empuja e la levanta hasta romperla. Yo e mi pueblo nos esforzamos en impedir que lo peor ocurra, e colocamos las tierras una compuesta al lado de la otra, de forma-que no choquen entre sí.

»Fue un suceso desa guisa lo que nos fizo perder el Kammerling: llegó un tiempo un monstruoso temblor, a lo largo de una falla que creíamos bien asentada. Mas non lo estaba, e se produjo una gran destrucción. Todos acudimos a ayudar, incluso Lithon, el guardián del Kammerling, porque sin su ayuda nada podíamos fazer. E en tanto que luchábamos contra el desastre, sosteniendo las grandes placas de piedra por que non chocaran, alguien o algo entró en nuestras salas e robó el martillo, e lo llevó al holt de Andrak.

—Kalgalath el Negro fue el autor de la fechoría —dijo Thork—, aunque ignoro si fue el dragón quien se llevó el talismán de vuestra morada; Andrak el mago me lo dijo cuando yo estaba paralizado por sus poderes, y luego me salvó mi...

«Amada.»

La voz de Thork tembló, y se vio incapaz de continuar la frase.

Después de una pausa, Orth reanudó su historia:

—Lithon se sintió responsable de lo ocurrido, ca el Martillo de Adon en nuestro poder estaba, para ser usado cuando se presentara el dragón más grande de todos.

—Kalgalath —dijo Thork.

—No, amigo Thork, no Kalgalath el Negro, antes bien algo o alguien distinto.

Thork abrió de par en par los ojos, ante aquella noticia.

—Si no es Kalgalath, ¿quién puede ser entonces el mayor dragón de todos?

—Yo non lo sé decir, amigo Thork. Non lo sé, pero escucha la profecía. —Y la voz de Orth adquirió la solemnidad del canto de una letanía—. En el final de los tiempos, en la confrontación apocalíptica, la muerte e una gran destrucción barrerán la superficie de la tierra, viniendo de muy lejos, del este, del país de Jüng. Entonces el mundo podrá ver al dragón más grande de todos.

Después de dormir, los utruni reanudaron su viaje bajo la superficie de la tierra, y Orth siguió contando la historia del Kammerling:

—Lithon emprendió la búsqueda del Kammerling. Largo tiempo duró su búsqueda, muchos círculos de Ar en torno al mundo: más de cuatro años según la medida de los calendarios de los pueblos de la superficie. Pero al fin lo descubrió, e envió la buena nueva con las señales del martillo, e dio su nuevo paradero. E aquélla fue la señal final, ca non se supo más del.

—Murió en el cumplimiento de su misión; Andrak lo mató.

La mente de Thork volvió a la morada de Andrak, a una mesa en la que había ordenados doce cráneos, uno de los cuales era el de uno de los amos de la tierra.

—Otros le siguieron —prosiguió Orth—, e acudieron al holt de Andrak. Mas la piedra misma nos era vedada, e nada podíamos fazer, por más que viéramos al Kammerling en

alto. Llenos de furia estábamos por rescatar el Martillo de Adon, mas los hechizos de Andrak eran demasiado fuertes.

»De modo que tomamos asiento e vigilamos el holt, e aguardamos el tiempo en que las barreras cediesen, o el tiempo del cumplimiento de la profecía menor: una u otra cosa habían de ocurrir.

»Doce centenares de años pasaron, e ningún adalid entró en el holt hasta que llegasteis vos e vuestra compañera. E Andrak fue aniquilado, e también las sus barreras; nada nos detenía ya. Entonces pudimos destruir aquel lugar malvado, el lugar en el que Lithon fue preso, encadenado e muerto. Entonces socavamos la roca sobre la que se erguía la vil fortaleza, e abatimos la torre.

—Así pues, fuisteis vosotros quienes hicisteis caer las agujas —exclamó Thork—. Elyn..., Elyn las oyó.

—Sí, fue mi pueblo. Chale lo hizo.

Asombrado, Thork miró hacia atrás, porque el gigante que los seguía e iba sellando la piedra a sus espaldas, era precisamente Chale. Y tan sólo medía tres metros de alto. Pero con una sola mano había derribado las macizas agujas negras. «El poder de estas gentes tiene que ser... terrible, cuando su furia se desencadena.»

—E recuperamos los ojos de Lithon, ca ésa fue la razón de que abatiéramos el castillo. Eran los suyos tal que las joyas que vosotros llamáis diamantes: de claro cristal.

Ahora era Orth quien lloraba, no sólo por Lithon, sino además por los utruni muertos en Dragonslair; pero no detuvo su marcha, siempre adelante, con Thork en brazos.

Las llagas de Thork empeoraron. Le asaltó la fiebre, y en ocasiones caía en delirios, y hablaba a veces como un loco, y otras con sensatez. Orth seguía contándole historias, sin saber a ciencia cierta, en ocasiones, si estaba despierto o dormido, consciente o delirante. Pero también había ocasiones en las que Thork se mostraba lúcido y atento.

—Ah, es ése vuestro pueblo; e vos los llamáis châkka. —Orth sonrió al enano, aunque éste no podía verlo en la oscuridad; en aquel momento, además, deliraba y hablaba entre balbuceos de construir una puerta—. Admiramos la labor de los châkka, ca vosotros hermooseáis e fortalecéis la piedra, realzándola a nuestros ojos. No como el trabajo del Falso Pueblo, que destruye lo que es bello e arruina cuanto toca.

Siguió caminando y Thork estaba casi siempre inconsciente, aunque en ocasiones hablaba de forma comprensible. Ahora discutía con un compañero imaginario:

—¡Supongo que pretendes que renuncie a toda reclamación sobre el tesoro!

«¡Exactamente!»

—¡De ninguna forma! ¡Es nuestro!

«¡Tonterías! Pertenece a quien fue lo bastante fuerte y astuto para arrebatárselo a un dragón.»

—¡Calla, mujer! Eres, eres...

«Mi amada.»

—¡Oh, Elyn mía! ¿Por qué duele tanto?

En las cercanías de la ciudad de Inge, en tierras de Aralon, vivía una curandera. Llegaron de noche y llamaron a su puerta, y cuando la anciana encendió una vela y se asomó, poco imaginaba quién, o qué, estaba esperando fuera.

Los utruni dejaron allí a un paciente en estado crítico: con fiebre e inflamaciones, quemado y cubierto de llagas; la anciana le aplicó emplastos y hierbas, preparó infusiones especiales y cocinó sopas de raíces y bulbos reunidos durante el verano en las laderas de las colinas cercanas. Abridó al enano cuando tenía escalofríos, y lo refrescó cuando el sudor empapaba su cuerpo. No quería perder a un paciente así, porque se trataba de alguien que contaba con poderosos amigos. Y durante el mes siguiente, fue sanando poco a poco: la fiebre remitió al finalizar la primera semana, y el vigor fue volviendo en el curso de las tres siguientes. Pero padecía una enfermedad para la que no había

diagnóstico, ni cura posible: a menudo, sin que la anciana pudiera adivinar la razón, lo encontraba llorando.

Finalmente, Thork se despidió; pero antes de que emprendiera el viaje, la curandera, llamada Madra, le dio algo que habían dejado para él los gigantes: un puñado de gemas sin tallar, y un pedazo de oro puro y maleable, además de un maravilloso escudo fabricado con Dragonhide.

Thork compró dos ponis, provisiones, armas y vestidos, y emprendió la marcha hacia el lejano Châkkaholt, dejando atrás un pueblo notablemente enriquecido, en especial su curandera.

Durante todo el curso de su viaje hacia el oeste, cuando se tendía de noche sobre la tierra, podía oír en las profundidades el rítmico redoble de los utruni, que lo escoltaban en su regreso al hogar.

La primavera había casi concluido cuando al fin llegó ante las puertas de Kachar, y muchas cosas habían cambiado allí desde que marchó, hacía casi un año.

—¿Quién va? —llamó el centinela apostado en las sombras, examinando a aquel châk desfigurado por las quemaduras, cuya barba y cabello crecían de nuevo, pero aún de forma desigual, y a trasquilones.

—Soy Thork, hijo de Brak, el hermano de Baran, DelfSeñor de Kachar —respondió el viajero; y después de apearse de su poni, lo condujo hacia la luz de las antorchas que ardían a ambos lados del portal y arrancaban una luz irisada del escudo de Dragonhide colocado sobre la montura—. He vuelto a casa.

44

Venganza
Primavera, 3E1603
[Este año]

El Falso Pueblo tardó mucho tiempo en llegar desde la lejana Carph hasta el holt de Andrak, a pesar de que el Malo lo guiaba a través de su vicario; porque la distancia abarcaba miles de leguas, y únicamente podían viajar de noche, cuando la Prohibición no los afectaba. Antes de la llegada del alba y de la aparición del maldito Sol, se veían obligados a buscar refugio en las fisuras y las grietas de la tierra.

A pesar de todo, por fin los expedicionarios llegaron desde el sudeste a las montañas de Xian.

Y cuando estuvieron delante de las ruinas de la fortaleza de Andrak, llamaron a su maestro:

—¡Gulgok!

Y los ojos vacíos del vicario se llenaron de maldad, de una crueldad que despedía un resplandor propio.

—¿Destruída? —siseó, furioso por lo que veía—. ¿La fortaleza destruida? ¿Cómo ha podido suceder?

La piedra negra de las agujas gemelas yacía, en miles de fragmentos, sobre el suelo gris del valle, allí donde había caído al derrumbarse. El maestro examinó toda aquella destrucción, evaluando el poder del enemigo que se había introducido en los dominios de Andrak y preguntándose cómo hacer frente a aquella tremenda fuerza, si se presentaba la necesidad de hacerlo.

—¡A Dragonslair! —ordenó finalmente, y enseguida los ojos del vicario se vaciaron de nuevo, y entre las filas de los rücks quedó únicamente un idiota babeante.

La banda atravesó la faz de Mithgar, viajando de noche por la superficie, y descansando durante el día en refugios subterráneos. Marcharon a través de las montañas del Murallón Sombrío, porque en aquellos lugares conocían muchos antiguos holts, lugares recónditos a salvo de la Prohibición de Adon.

Pero cuando llegaron a un centenar y medio de kilómetros, es decir, a treinta y tres leguas, de Dragonslair, vieron que una ceniza grisácea cubría todo el paisaje, con un espesor tal que en algunos puntos llegaba a tragarse a un rüch con toda su estatura.

Cuando el Malo vio aquello, ordenó que siguieran adelante con palabras duras, y afirmó que con toda seguridad su vicario debía de haber sobrevivido al desastre, aunque fuera el único en hacerlo.

De modo que continuaron trabajosamente el arduo viaje porque, en aquel paraje de Hèl, tardaban días en recorrer tan sólo unos pocos kilómetros. Pero perseveraron, movidos por el miedo, y finalmente llegaron a un lugar desde el que podía verse la ruina de la montaña, aún en erupción, con sus riscos despedazados de los que se elevaba un humo sulfúrico de color amarillo, y los flancos asolados por los que fluía la lava brillante en ríos rojos y amarillos.

De nuevo llamaron al maestro, y una vez más el Malo vino y miró, y supo que Kalgalth el Negro había perecido, porque ninguna otra cosa podía explicar tanta destrucción.

De vuelta a la cámara oscura, situada bajo los yermos helados, dejó escapar una prolongada carcajada silbante. Y quienes se encontraban en aquella morada se estremecieron de miedo, porque no sabían en qué podía estar pensando. Durante largo rato resonó aquella risa en la oscuridad, porque el plan de Modru finalmente había dado sus frutos. Y el remate magistral de aquel plan era el haber utilizado al propio dragón para trasladar el martillo, desde un lugar en el que ningún héroe iría a buscarlo, a otro en el que muchos intentarían apoderarse de él, aunque únicamente los más diestros y astutos, o los más afortunados, podrían conseguirlo. Precisamente el tipo de seres capaces de matar a un dragón. Porque en definitiva, de eso se trataba: de matar a un dragón. Y no importaban tanto las características concretas del ser que lo había de lograr —si en él predominaba la suerte, la fuerza, la astucia o una combinación de los tres elementos—, como la certeza fatal de que finalmente había de suceder.

Y por esa razón reía Modru; porque ahora su venganza era completa: Kalgalth el Negro, el poderoso dragón cuya ayuda podía haber alterado el resultado de la Gran Guerra; Kalgalth el Negro, el dragón que se negó a compartir su suerte con la de Modru; Kalgalth el Negro, que traicionó al Maestro Alto, al propio Gyphon; Kalgalth el Negro había muerto..., a manos de Modru, o poco menos.

Era cierto que también Andrak había muerto; pero siempre había existido esa posibilidad, y Modru había aceptado complaciente el riesgo cuando empezó a elaborar su magnífico plan.

De modo que Modru rió largo tiempo en la oscuridad, gritando en voz alta de tanto en tanto:

—¿No advertís la belleza de mi plan? El propio dragón fue el agente de su perdición.

Pasaron los días, y poco a poco el placer de Modru fue apagándose. De nuevo su malevolencia se coaguló en torno al trono. Y se sentó a esperar: esperaba que una gran roca oscura completara su larguísimo viaje. Porque esa piedra había de llegar pasados dos mil cuatrocientos años más, y un espantoso talismán temible había de aparecer entonces en medio del fuego y el trueno, y su poder le liberaría por fin a él, con todos sus partidarios. Sería libre para conquistar, para destruir, para arrasar la tierra; libre para soltar a su propio Maestro y para dominar el mundo. Se sentó, paciente, a esperar el día en que había de llegar aquella cosa, a esperar el día oscuro que vendría después, el día en que llevaría a cabo la mayor venganza de todas.

Muy por encima de la espesa capa de granito negro, el viento implacable seguía azotando sin descanso los campos helados, aullando con una furia que palidecía al lado de la ira terrible que moraba abajo.

Promesas cumplidas
Verano y otoño, 3E1603
[Presente]

La noche en que Thork llegó a Kachar, hubo a un tiempo una gran alegría y una gran pena, y posiblemente también un gran rencor: alegría, porque el heredero del trono había regresado; pena, porque Thork se enteró de la muerte de su amado hermano Baran, muerto por una lanza destinada a otro; rencor, porque Bolk se mantuvo tozudamente aparte, y andaba gruñendo su descontento por el hecho de que la dignidad de DelfSeñor fuera hereditaria.

Thork encontró el Châkkaholt en pie de guerra; los enanos se disponían a asaltar el Jordkeep. Pero no quiso tratar asuntos de Estado aquella misma noche, y convocó una asamblea de capitanes en jefe en la Sala del Consejo para el mediodía siguiente.

Thork fue después a hacer una visita a su madre, Sien, que le aguardaba en sus habitaciones. Cuando él apareció, Sien se puso en pie con ligereza y tomó las manos de su hijo en las suyas; y desde detrás de los velos que cubrían su rostro, inspeccionó el rostro desfigurado por las quemaduras, se asomó a los ojos oscuros, y vio en sus profundidades un terrible dolor, un corazón lacerado por una angustia casi insoportable. Sabía que Thork estaba apenado por la muerte de Baran, y vio reflejada aquella pena en su rostro. Pero el dolor que mostraba iba mucho más allá del duelo por un hermano. No, había algo más. Pero no dijo nada porque sabía que él mismo lo contaría cuando llegara el tiempo de hacerlo, cuando pudiera soportar hablar de aquello.

Los dos conversaron durante buena parte de la noche: sobre la guerra, sobre los muertos, sobre Baran y Brak, sobre historias pasadas y presentes, y sobre acontecimientos que aún habían de ocurrir. Pero Thork no dijo nada de sus viajes, y Sien supo entonces que en ellos se escondía la causa de su corazón roto.

Thork se sentó en la silla del DelfSeñor, y a su alrededor la sala bullía de châkka; los capitanes ocuparon sus asientos, como los consejeros, y eran muchos los que entraban a toda prisa por las puertas de la sala para estar presentes en el momento en que comenzara el Consejo. La gran sala hormigueaba con el rumor de las conversaciones; capitanes y consejeros especulaban sobre lo que diría el DelfSeñor Thork, sobre lo que haría el DelfSeñor Thork, y también sobre cuándo partirían hacia el norte para proseguir la guerra contra los hombres, una guerra que ya se habría reanudado de no haberlo impedido el ataque de Kalgath el Negro en la mañana del día del inicio de la primavera, cuando volvió a enterrar el portal bajo toneladas de escombros. Finalmente, oyeron la señal de que el Sol había llegado a su cenit, y Thork ordenó que se cerraran las puertas, de modo que algunos retrasados hubieron de entrar escurriéndose a toda prisa por ellas, cuando estaban ya a medio cerrar.

Todas las miradas se volvieron expectantes al DelfSeñor, y Thork se puso en pie. Iba vestido con una bruñida cota de malla de hierro negro, y llevaba en la mano derecha un hacha con runas grabadas. Su barba y su cabello chamuscados habían sido lavados, peinados y trenzados de la mejor manera posible, y su rostro desfigurado se volvió lentamente a izquierda y derecha, deteniéndose en cada uno de los presentes. Las conversaciones se redujeron a un murmullo primero, a una tos esporádica o dos, al silencio. Cuando la sala entera calló, habló el DelfSeñor, en voz baja pero que todos pudieron oír:

—La guerra con Jord se ha acabado. No combatiremos más.

La sala explotó: los châkka se pusieron en pie y gritaron de rabia; los juramentos cruzaban el aire; algunos se hundieron en sus asientos, abatidos y desilusionados, y otros en cambio esperaron en silencio, porque querían escuchar las razones del nuevo DelfSeñor. Muchos se volvieron hacia Bolk, que se sentaba en el extremo opuesto de la

mesa, porque él había sido el jefe hasta el regreso de Thork. Y fue Bolk quien tomó la palabra cuando el revuelo empezó a calmarse:

—¡Por Hèl, no se puede hacer una cosa así, señor Thork, porque estamos en vísperas de una victoria total sobre esos jinetes! Estamos preparados para marchar contra el Jordkeep, arrasarlo y recuperar el tesoro que es nuestro en justicia.

Se alzaron gritos de conformidad con aquellas palabras, y Bolk dirigió grandes cabezadas afirmativas a quienes le apoyaban.

Thork esperó hasta que aquellas manifestaciones se hubieran apagado, y entonces alzó las manos pidiendo silencio. Costó bastante, pero al fin se hizo la calma.

—No hay ningún tesoro en el Jordkeep. Kalgalath el Negro destruyó el castillo, hundió la bóveda del subterráneo y se llevó consigo el tesoro. Y cuando a su vez Kalgalath el Negro fue destruido, el tesoro desapareció, perdido entre las ruinas de Dragonslair. ¡Pero escuchadme! ¡Aunque ese tesoro siguiera existiendo, de todos modos sería preciso acabar esta guerra!

De nuevo se produjo en la sala un alboroto, y por todas partes se oían gritos de decepción y de incredulidad: «¿Kalgalath muerto y Dragonslair en ruinas? ¿El tesoro destruido...? ¿El Jordkeep...?»

En esta ocasión, cuando el DelfSeñor alzó las manos, costó menos que los capitanes callaran; pero Bolk habló sin que se le concediera la palabra, en tono irritado:

—Tú afirmas muchas cosas, señor Thork, pero ¿cómo sabes que Kalgalath el Negro ha muerto? ¿Cómo sabes que el tesoro ha sido destruido, y que el Jordkeep está en ruinas?

Un estremecimiento recorrió la asamblea de los châkka, porque Bolk había entrado en un terreno peligroso, al cuestionar de aquel modo las afirmaciones del DelfSeñor.

Thork apretó los dientes, pero mantuvo la calma, mientras todas las miradas convergían en él.

—Sé todas esas cosas, capitán Bolk, porque mi compañera y yo matamos a Kalgalath el Negro con el Kammerling.

«¿Mató al dragón?» Sonaron gritos de asombro, que se acallaron rápidamente cuando Thork alzó la mano pidiendo silencio.

Pero de nuevo fue Bolk quien habló:

—No has contestado a todas mis preguntas, señor Thork. Y quiero añadir algunas más: ¿quién era la compañera que, según dices, te ayudó a dar muerte al dragón? Y además, si ha ocurrido tal como dices, ¿dónde se encuentra ahora ese fabuloso Kammerling que afirmas haber empleado? ¿Qué pruebas tienes de lo que afirmas haber hecho?

Ahora todos los châkka reunidos miraban alternativamente a uno y otro, porque parecía seguro que Bolk y Thork habían de combatir.

La mano de Thork descendió y aferró el mango de su hacha; el arma quedó sobre la mesa, delante de él, y los nudillos que la sujetaban estaban blancos por la tensión. Pero Thork soltó el mango y habló:

—Vas demasiado lejos, capitán Bolk, en el tono y en el tenor de tus preguntas; pero esta vez voy a contestar a todo lo que has preguntado.

»Mi compañera era la princesa Elyn, doncella guerrera de Jord, hija del rey Aranor.

La declaración fue acogida con boqueadas de asombro, pero cuando Thork siguió hablando, se hizo rápidamente el silencio.

—Sé que el Jordkeep está en ruinas porque ella me lo dijo.

»Que el dragón se llevó el tesoro a Dragonslair, lo sé porque lo vi allí dentro.

»Que el dragón fue muerto por el Kammerling, lo sé porque yo mismo lo maté.

»Que el tesoro está destruido, lo sé porque ocurrió cuando hizo explosión una montaña de fuego: Dragonslair.

»Que Dragonslair hizo explosión, debéis de saberlo vosotros mismos, porque eso ocurrió por la tarde del primer día de la primavera, y me han dicho que el cataclismo

provocado por la erupción pudo sentirse y oírse aquí en Kachar, y en otros lugares mucho más lejanos.

»No he traído conmigo el Kammerling porque está enterrado bajo el insoportable calor que emana de la caldera situada bajo lo que queda ahora de Dragonslair; lo sé porque la utrun Orth lo verificó.

»La prueba de todo ello la llevo en mi rostro, capitán Bolk, en forma de cicatrices. Si deseas más pruebas, ve hasta la montaña devastada, si puedes llegar hasta ella, porque sus ruinas se alzan ahora en el centro de un Hèl implantado en Mithgar; la tierra y todo signo de vida han quedado destruidos en veinte leguas a la redonda, y en algunas zonas a más distancia todavía; y las ruinas siguen vomitando fuego, humo y lava.

«Sobreviví gracias a la ayuda de los gigantes de piedra; pero mi compañera, la princesa Elyn de Jord, pereció.

«Amada.»

En medio de una barahúnda de gritos, Thork tomó asiento y dejó que siguiera el clamoreo durante un buen rato, mientras él se esforzaba en recuperar la serenidad.

Cuando se acalló el alboroto, de nuevo fue Bolk el primero en hablar:

—Todo lo que dices puede ser cierto, señor Thork, pero aun así, hemos de marchar contra Jord. Porque yo afirmo que estamos a punto de obtener una victoria total. Y ellos tienen muchas cosas por las que responder. ¡Nadie me arrebatará mi venganza!

La furia oscureció el rostro de Thork, y sus cicatrices adquirieron un tono escarlata brillante. Se puso en pie de un salto y, ¡blang!, golpeó de plano con el hacha en la mesa de piedra.

—¡Por Hèl, Bolk! ¡He dicho que la guerra se ha acabado! Quedaron mirándose con fijeza el uno al otro, temblorosos ambos de ira. Pero fue Bolk quien cedió: tragándose la rabia, dio media vuelta sobre sus talones y salió de la sala con largas zancadas.

En la fortaleza de Kachar, aquella noche se entablaron muchas discusiones ásperas entre los châkka, y se cruzaron argumentos y contraargumentos, salieron a relucir tácticas y estrategias, y se sopesaron de un lado la venganza y del otro las posibles bajas, de un lado el bloodgiel y del otro el tesoro, o la ausencia del tesoro.

Algunos châkka eran partidarios de marchar sobre el Jordkeep, asediar las ruinas del castillo y aplastar a los hombres; pero otros señalaban que si lo hacían así habrían de batallar en el terreno propio de los jinetes; no en un lugar estrecho como el campo situado frente a la puerta de Kachar, donde los châkka tenían todas las ventajas, sino en las llanuras abiertas, donde los hombres, montados en sus veloces caballos, serían muy superiores.

Y en las salas oscuras situadas en las profundidades de Kachar, unos pocos pensaban incluso en desafiar abiertamente a Thork, encabezar una rebelión, derrocarlo y expulsarle de Kachar; pero no lo hicieron, porque Thork era el DelfSeñor, y alzar la mano contra él significaría nada menos que adentrarse en el camino del deshonor.

Planeando sobre todas aquellas discusiones estaba lo que había revelado el DelfSeñor Thork respecto de su misión, y la historia que había relatado sobre la princesa Elyn, el Kammerling, Kalgath el Negro, Dragonslair y el tesoro. Y sobre los legendarios utruni. Ninguno desconfiaba de la verdad de todo aquello, porque todos habían sentido el temblor de la tierra en la tarde del primer día de la primavera, y habían visto las cicatrices de Thork, obviamente causadas por el fuego. Además, no creían que el DelfSeñor mintiera en un asunto de tanta trascendencia; sería demasiado fácil desmentirle, si no dijera la verdad; además, nunca se había oído decir falsedad alguna al señor Thork, de modo que aceptaron sin reservas que había contado la verdad. Pero sólo sabían lo que había dicho en la Sala del Consejo, nada más; y corrían numerosas especulaciones sobre toda la historia, porque nada más había revelado.

Finalmente, todos aceptaron la orden dada por el señor Thork —incluso Bolk pareció aceptarla, aunque era fácil ver la ira que se traslucía bajo la superficie impávida de su

rostro—, y se abandonaron los preparativos para la guerra. Aun así, la hostilidad de los châkka hacia los jinetes perduró mucho tiempo, y continuaron empleando el nombre de Elgo como un insulto.

Pasada una semana desde el día de su regreso, el DelfSeñor Thork envió una expedición para reclamar Piedra Negra y todo lo que contenía, siguiendo el plan trazado un año antes para recuperar el Châkkaholt perdido; un plan abandonado a raíz de la venida de Elgo el Falso a Kachar.

También envió emisarios a los agobiados vanadurin, bajo la bandera gris, con una inesperada oferta de paz, que no sólo daba por terminada la guerra entre los dos pueblos, sino además cancelaba todas las deudas existentes entre ellos.

Y envió asimismo un mensaje privado al rey Aranor, relativo a su hija Elyn. Nunca había redactado Thork una misiva tan difícil, aunque su texto se limitaba a unas pocas palabras.

Los boquiabiertos harlingar aceptaron la oferta incondicional de Thork, aunque no entendían por qué el rey de los enanos no pedía nada cuando estaba a punto de obtener la victoria.

Durante semanas, el rey Aranor guardó el mensaje privado junto a su corazón; de vez en cuando lo releía, y su dolor se renovaba al hacerlo. Finalmente colocó aquella nota en una cajita de oro, la llevó a los túmulos y la enterró en un lugar próximo a la tumba de Elgo.

A finales de verano, Thork acudió a entrevistarse con Aranor en las llanuras de Jord. Thork había vuelto a enviar un mensajero bajo la bandera gris al Jordkeep, y ahora cabalgaba con su escolta a través de la niebla inclemente del paso de Kaagor, en dirección a las estepas que se abrían más allá de las colinas, porque Aranor había accedido a reunirse con el DelfSeñor allí, en las primeras estribaciones de las montañas. El cielo estaba oscuro, poblado de nubarrones bajos, y el tiempo húmedo y destemplado, porque el otoño se anunciaba ya, y pronto llegarían al Murallón Sombrío las primeras nieves, mensajeras del invierno primero en las altas cumbres y después en las tierras bajas. Por ahora las laderas estaban aún revestidas de verde, aunque muy pronto las hojas empezarán a mudar el color. La niebla y las nubes se movían entre los riscos, en tanto que el DelfSeñor y su escolta descendían hacia la llanura bajo el cielo tormentoso, montados en ponis, porque en aquellos tiempos ningún enano quería por ningún motivo montar a caballo.

Bajo sendas banderas grises, el rey de Jord y el DelfSeñor de Kachar se encontraron en el límite de la pradera; Aranor tenía ahora un aspecto más envejecido de lo previsible por su edad, y las facciones de Thork aparecían desfiguradas por las cicatrices. El hombre de estatura aventajada y el robusto enano desmontaron y caminaron juntos sobre la hierba, dejando atrás a sus respectivas escoltas de châkka y vanadurin, que miraban con hostilidad al uno o al otro, a la expectativa del menor signo de traición.

El rey de los jinetes y el DelfSeñor de los enanos se alejaron unos metros, y luego se detuvieron y hablaron entre ellos. Lo que se dijeron no ha sido recogido puntualmente por las crónicas, pero sí se conocen los temas generales de su conversación; es seguro que hablaron de Elyn, aunque de una forma vacilante y breve, porque ninguno de los dos se sentía capaz de decir más. También hablaron del tesoro destruido, y del orgullo y la codicia que habían conducido a sus dos pueblos por el sendero de la Muerte.

La conversación se interrumpió en varias ocasiones, con largas pausas en las que ninguno de los dos hablaba y ambos parecían absortos en sus recuerdos.

Aranor miró atrás, y se percató de las rígidas posturas de sus hombres sobre los caballos, y de la actitud parecida de los enanos.

—Tal vez algún día nuestros dos pueblos volverán a ser aliados; pero aún no ha llegado ese tiempo.

—Sí —asintió Thork—. Pasarán muchos años antes de que los châkka se calmen, porque en mi pueblo suele decirse: «Quien busca la ira de los châkka, la encuentra para siempre».

Pero otras palabras resonaban en la mente de Thork: «... no hay odio, ni venganza, ni ofensa, que dure eternamente; todas se extinguen algún día, se desvanecen en la inmensidad del tiempo o sucumben bajo el peso del amor».

—Sin embargo, rey Aranor, a largo plazo estimo que tenéis razón: algún día, nuestros dos pueblos volverán a ser aliados.

De nuevo se produjo un silencio entre los dos. El viento frío barría la hierba, y Aranor se agachó, arrancó un tallo verde y lo examinó brevemente; luego contempló la extensión de la pradera.

—He enviado una expedición de châkka a Piedra Negra —dijo finalmente Thork—, porque pretendemos reclamar nuestro antiguo reino. Si se encuentra allí olvidado algún resto del tesoro, la mitad será vuestra, porque he de cumplir la promesa que hice.

—No quiero nada, señor Thork —replicó Aranor dirigiendo su mirada al lugar donde, al frente de su escolta, esperaba el maestro de armas Ruric, con el pelo canoso ahora como el de un viejo lobo—. Ruric tuvo razón desde el primer momento: el Dracongiel está maldito. Y yo he pagado, vos y yo hemos pagado, un precio muy alto por ese botín: vos habéis perdido a vuestro padre y a vuestro hermano; yo, a mis dos hijos; y tanto vos como yo, a muchos excelentes guerreros que no merecían morir. Todo por culpa del Dracongiel... ¡No! No por culpa del oro de los dragones, sino por lo que ese oro hace en los corazones y las mentes de quienes lo poseen y a quienes, a su vez, él posee. De modo que si se encuentra algún resto del tesoro de Sleeth, yo propongo que sea arrojado a las profundidades a las que ha ido a parar lo demás.

Se sentaron y durante largo tiempo estuvieron sumidos en pensamientos sombríos. En esta ocasión fue Aranor quien quebró el silencio:

—Dicen que sólo la Noche eterna llueve sobre los muertos.

Con lágrimas en los ojos, el rey de Jord miró largamente al rey de Kachar, como a la espera de una confirmación..., o de una respuesta. Finalmente, Thork contestó:

—No es así, al menos mientras viva alguien que aún los recuerde. No mientras viva alguien que aún se preocupe de ellos.

«Que aún los ame...»

Como por mutuo acuerdo, dieron media vuelta, caminaron lentamente hacia los cortejos que los aguardaban, y subieron a sus monturas. Sin decir una palabra, los dos tiraron de las riendas y partieron en direcciones divergentes, camino de sus respectivas patrias, seguidos por sus escoltas que enarbolaban sendas banderas grises.

Una lluvia fría empezó a caer de los nubarrones amontonados en el cielo.

A principios del otoño, un châk cubierto de barro se presentó en Kachar una tarde lluviosa. Habló brevemente con los guardianes de la puerta, e inmediatamente fue escoltado al taller de trabajo de Thork. El DelfSeñor estaba sentado contemplando un crisol y recordando a Brak, su padre. Thork dejó a un lado el objeto e indicó al joven guerrero, Otar de nombre, que podía hablar.

—Mi señor, vengo de Piedra Negra y traigo noticias asombrosas. Encontramos un gran tesoro en la primera estancia, la sala de la puerta: ¡un Dragonhide! ¡Un Dragonhide entero! O mejor dicho, casi entero. Estaba tirado en el suelo: vacío, pero con cenizas en su interior; y completo a excepción de un pedazo que faltaba en la frente. Nunca había visto una riqueza semejante, ni ninguno de los que venían conmigo; nos quedamos atónitos, porque estaba ahí simplemente, tirado en el suelo, sin nadie que lo vigilara, a la merced de quien quisiera llevárselo, reluciendo a la luz del Sol cuando ésta entraba por el portal, y de la Luna por la noche. Pero nadie se había llevado ese tesoro, y legalmente ahora es nuestro.

—Sleeth —gruñó Thork.

—Sí —asintió Otar—, lo mismo pensamos nosotros. Creemos que la pieza que falta en la frente es la que adorna vuestro escudo. Y también pensamos que la Prohibición de Adon penetró por el agujero correspondiente a la piel arrancada, y convirtió en cenizas el interior del dragón.

»Pero la Prohibición ha dejado intacta la enorme piel irisada. Con ella podemos fabricar objetos de un valor incalculable. No hay nada semejante en toda la faz de Mithgar.

—Si se exceptúa un dragón vivo —respondió Thork, y luego cayó en una profunda meditación. Al cabo de un rato, añadió—: ¿Y el resto de Piedra Negra? ¿En qué estado se encuentra?

—Señor Thork, es muy rico en filones metálicos, y también en yacimientos de piedras preciosas. Merece con toda justicia el título de Joya de los Châkkaholts, porque si trabajamos podremos extraer grandes riquezas de Piedra Negra, y de la tierra situada bajo las montañas que Elwydd nos dio.

—Muy bien, Otar. Ahora ve a los baños y ponte presentable para una reunión con mis consejeros; quiero que les cuentes todo lo que me has dicho a mí, y más cosas. Mientras te bañas, me sentaré contigo, y también pediré que nos preparen algo de comer, porque quiero un informe completo antes de que te presentes ante el Consejo... Además, yo también voy a decirles algo.

De nuevo se produjo un alboroto en la Sala del Consejo cuando el DelfSeñor Thork anunció que era su intención regalar la mitad del Dragonhide a los jordios; si no la piel misma, sí la mitad de su valor. El debate fue vivo y lleno de pasión: se discutió primero a quién pertenecía la piel; después, los derechos de los jordios al respecto, puesto que ellos mismos habían abandonado el Dragonhide y habían dicho a Baran que los châkka podían quedarse con Piedra Negra y todo lo que contenía..., por más que los enanos alegaban que Piedra Negra siempre había sido suya, y por lo tanto la concesión que les hacían los jordios era enteramente superflua; finalmente, se debatió también el derecho del DelfSeñor a mostrarse tan liberal con las riquezas que pertenecían a los châkka..., ya que era cosa probada que la piel del dragón les pertenecía enteramente.

Pero al final, después de escuchar aquellas discusiones interminables, Thork se puso en pie y declaró:

—No me mareéis más con vuestros argumentos, porque me duelen los oídos de escuchar tanta cháchara sin sustancia. La mitad irá a los harlingar, si encontramos la forma de dársela. Así lo he dispuesto, y así se hará.

Y al oír esas palabras, los consejeros inclinaron la cabeza y callaron, porque Thork había invocado el privilegio del DelfSeñor.

Cuando Thork se retiraba a su cámara, su mente retrocedió en el tiempo hasta volver a la repisa situada ante una oscura caverna que conducía al holt de Kalgalath el Negro en Dragonslair.

«Thork, si caes en la batalla y yo sobrevivo, aquí y ahora me reafirmo en la promesa que te hice: haré todo lo que esté en mi poder para detener la guerra, debida a un malentendido, entre nuestros dos pueblos, y hacer que cese la matanza. Dividiremos en dos partes iguales el Dracongiel entre Jord y Kachar, y estableceremos cuantas reparaciones estimemos justas para saldar todas las deudas...»

«Mi señora, la promesa que nos hicimos no necesita ser renovada aquí y ahora, porque existe dentro de nosotros para siempre..., la repitamos o no en voz alta. Pero si te place oírla, entonces repetiré el juramento.»

«Así lo juro, una vez más.»

«Así lo juro, una vez más...»

Thork fue a visitar a su madre, dispuesto por fin a hablarle de Elyn.

Otoño, 3E1603
[Presente]

Thork tardó casi tres semanas en contar a su madre toda la historia, a partir del momento en que encontró a Elyn en el Khalian Mire, y hasta el fatídico día de Dragonslair. Las interrupciones y las vueltas atrás eran continuas, porque cuando hablaba le parecía que todo volvía a ocurrir de nuevo, y muy pronto la angustia le asaltaba y le impedía continuar. Sien le escuchaba sentada en silencio; comentaba muy pocas cosas, pero sus palabras de consuelo mostraban que había comprendido. Unas veces, Thork parecía ansioso por contar su historia; otras, se marchaba bruscamente. Pero siempre volvía y continuaba la narración en el punto en que la había dejado, como si no hubiera pasado ningún tiempo desde entonces. Y así transcurrieron los días, y Thork consiguió al fin contarle todo, hasta acabar la historia.

Y cuando la historia estuvo acabada, Sien siguió escuchando porque, aunque la narración estaba ya completa, sabía que el corazón e su hijo seguía rebosante de angustia, y que no encontraría descanso hasta que, por fin, pudiera hablar también de aquello. Y así, continuó sentada a su lado y escuchó sus palabras, hablando muy poco a no ser que él se lo pidiera, mientras el corazón de Thork sangraba.

Un día estaban los dos sentados en la sala del trono —Thork en el sillón de Estado y su madre, Sien, cubierta de velos, en uno de los escalones laterales que llevaban al estrado—, y conversaban en voz baja.

—Hubo un tiempo, madre —dijo Thork en tono suave, como perdido en sus recuerdos—, en que la idea de derrotar a los jordios y recuperar el tesoro ocupaba todos mis pensamientos. Y cuando Kalgath el Negro se interpuso en el camino de aquel doble objetivo, me propuse derrotarle a él también. Pero no imaginaba que, por el camino, había de perder un tesoro de valor incalculable.

»...Sus ojos tenían el brillo de la luz de las estrellas... ¿Te lo había dicho ya?

Sien hizo un gesto afirmativo, sin despegar los labios.

—Nunca le dije que la amaba. —Las lágrimas empañaron los ojos de Thork, y también asomaron a los de su madre.

—No temas, hijo mío, porque si la amabas, sin duda ella lo supo..., lo supo.

Las palabras de Thork se convirtieron en apenas un susurro:

—Creo que también ella me amaba...

Y su mente recordó ciertas palabras:

«Ah, Thork, lo que intento decir es que no deseo que esto se acabe.»

—Ella me sacó de las arenas movedizas, y cambió mi vida para siempre...

«Durante siete meses recorrimos el mundo, discutiendo, discrepando, poniéndonos de acuerdo, resistiendo, batallando contra toda clase de enemigos...

«...tal vez podríamos volver a salir al camino como espadas mercenarias...»

—...a punto de morir en más ocasiones de las que puedo recordar; y sin embargo, de alguna forma, por habilidad o por suene, sobrevivimos... hasta...

«¿Lucharíais hasta la muerte por aquello que amáis...»

—Madre, se hizo matar deliberadamente, para que yo...

«... por más que se tratara de una causa perdida...? ¿Por aquello que amáis?»

—Mientras ella vivió, también yo estaba realmente vivo; pero ahora mi corazón está muerto, madre, y yo me muero por dentro.

»Madre, mi dolor es inmenso. Amaba tanto a Elyn...

—¿A una humana? —brotó una voz cargada de desprecio de las sombras próximas a la puerta, y Bolk se adelantó con una mueca de burla en el rostro.

Los nudillos de Thork se blanquearon de tanto apretarlos contra los brazos del trono, y la ira hizo que las cicatrices tomaran un tono carmesí, pero Bolk no prestó atención a esos signos, y siguió avanzando mientras su voz tomaba un tono de reprensión:

—Escúchame, Thork, porque hasta el niño más inocente sabe lo que voy a decirte; pero te lo explicaré de modo que incluso tú lo entiendas. Piensa en la golondrina y el vencejo: la golondrina siempre construyendo y el vencejo siempre volando; a veces viven en el mismo alero, pero nunca en el mismo nido; y en cumplimiento de las leyes eternas de Adon, jamás mezclan sus sangres.

»Los châkka y los humanos somos como ellos, y nunca debemos mezclar nuestras sangres.

—¡Bah! —escupió Thork—. ¿Quién eres tú para interpretar los designios de Adon? ¿No somos todos hijos de Elwydd, tanto los humanos como los châkka?

—¡De modo que ésa es la razón por la que has vuelto la espalda a tu propio pueblo! ¡Amas a una humana! —tronó Bolk—. Eres un ciego loco y un blasfemo, Thork, ¡pero incluso un loco debería saber que la sangre de los châkka ha de mantenerse pura! ¡Mezclarla con otra raza, mezclarla con la de un humano, mezclarla con la de la princesa de los jinetes, sería una abominación!

—¡Yaaaa! —Thork salió disparado del trono y se precipitó sobre Bolk, haciéndole caer al suelo de la sala y asiendo con sus manos la garganta del pelirrojo capitán de los châkka, hasta casi estrangularlo. Bolk golpeó a Thork en el rostro con sus puños, y luego agarró sus muñecas, en un intento de apartar las manos que lo ahogaban. Bolk se retorció con todas sus fuerzas, los ojos fuera de las órbitas, sin aliento, pero Thork parecía haber perdido la razón y no había forma de que aflojara la presión. Bolk pataleó, golpeando el suelo con los talones, y se agitó espasmódicamente, pero sus forcejeos se fueron debilitando a medida que las manos de Thork lo estrangulaban.

Pero de súbito, no fueron los rasgos congestionados de Bolk lo que vio Thork entre sus manos engarfiadas, sino las facciones de su hermano Baran, de su padre Brak, de su abuelo Delp, de todos los châkka que le habían precedido en incontables generaciones a lo largo del tiempo, hasta el propio Durek Primero; y finalmente, Thork creyó ver su propio rostro mirándole. Entonces supo que Bolk no era ni más ni menos que cualquier otro châk; simplemente, era el resultado de la educación que recibió en su juventud, como lo había sido el propio Thork.

Thork aflojó su presa en el cuello de Bolk, y el pelirrojo châk quedó inconsciente en el suelo, pero respirando de nuevo.

Con el rostro pálido y las manos temblorosas, Thork se puso en pie y se volvió a su madre, que seguía sentada en los escalones del trono.

—Madre...

—El te llamó ciego y loco, hijo mío, pero son él y los de su calaña quienes no saben ver. Sin embargo, me alegro de que hayas contenido tu mano.

El corazón de Sien latía con violencia, y se sentía interiormente débil y llena de angustia; pero no había gritado, no se había interpuesto, porque desde el principio mismo las châkia han conocido las avasalladoras pasiones de los châkka, sus manías y sus amores igualmente violentos, y no intentan impedir el curso de su negra ira. Con un esfuerzo, Sien se puso en pie y caminó hacia la puerta, entre el revuelo de los velos que la cubrían.

—Buscaré un curandero.

Mientras Sien se dirigía a la puerta, resonaban en su mente las palabras de Bolk: «...la sangre de los châkka ha de mantenerse pura..., mantenerse pura..., pura...»

La châkian se detuvo en el umbral y llamó a un paje.

«¡Necio Bolk! ¡Qué poco sabe de la pureza de la sangre de los châkka...! Qué poco sabe.»

Y cuando Sien hubo enviado al sirviente en busca de un curandero, siguió su camino hacia sus habitaciones, llevándose consigo el secreto largo tiempo mantenido de todas las châkia, sobre ella misma y sobre su raza.

En la sala, Bolk se recuperó poco a poco de su desmayo, y lo primero que vio fue a Thork arrodillado junto a él. Con un gruñido de pavor, Bolk intentó incorporarse apoyándose en los codos y huir, pero le faltaban las fuerzas y cayó hacia atrás.

—Escúchame, Bolk —dijo Thork entre dientes—. Voy a enviarte lejos de Kachar: a Mineholt Norte o a las Colinas Rojas, o tal vez a Kraggen-cor; aún no lo he decidido. Si no te vas de aquí, es evidente que tú y yo continuaremos esta locura hasta que uno de los dos mate al otro. Antes de llegar a ese extremo, antes de que se produzca una muerte violenta con las consecuencias que tendría posteriormente, prefiero enviarte a cualquier lugar situado muy lejos de aquí, para de ese modo librarnos el uno del otro.

El rostro de Thork se oscureció, sus cicatrices llamearon; se inclinó sobre Bolk, aferró su camisa y tiró de él hacia arriba, de modo que sus dos rostros quedaron frente a frente separados por escasos centímetros, y el châk pelirrojo abrió de par en par los ojos, aterrorizado.

—¡Escúchame ahora atentamente, Bolk! —Las palabras de Thork caían con la fuerza de los golpes de un martillo sobre el yunque—. Si alguna vez pronuncias una sola palabra en contra de la princesa Elyn, te perseguiré hasta alcanzarte dondequiera que estés, te mataré como a un cerdo y dejaré expuesto tu cadáver para que se lo coman los cuervos, sean cuales sean las consecuencias.

En aquel momento llegó a la carrera un curandero con su bolsa de hierbas y remedios, bálsamos, ungüentos, pociones y polvos, hilo y agujas, vendas y apósitos; Thork soltó la camisa de Bolk, se puso en pie y salió de la sala, dejando a sus espaldas al châk tendido en el suelo.

Dos días más tarde, Bolk partió de Kachar camino de las montañas del Cielo, al oeste, acompañado por otros veintinueve châkka de ideas parecidas a las suyas. El DelfSeñor Thork fue a despedirlos a la puerta y los vio cabalgar valle abajo hasta que se perdieron de vista; y no sintió la menor tristeza al verlos marchar.

A pesar de verse rodeado de consejeros, con constantes peticiones y planes, decisiones que tomar y tareas nuevas que emprender, Thork se sumió en una melancolía profunda; los días le parecían largos y monótonos, y las noches, negras y vacías. No pasaba un solo momento sin pensar en Elyn, en su cabello cobrizo, sus ojos verdes, su gracia indescriptible. Pero finalmente, comprendió que aquello no podía seguir así: tenía que aceptar el hecho de que ella había muerto, porque de otro modo no podría dedicar sus mejores energías al pueblo de Kachar. Y después de informar al Consejo y de tomar provisiones para siete días, Thork se encerró en el retiro del DelfSeñor, una pequeña cámara excavada en lo alto de la Montaña, a la que ascendió por un antiguo camino en cuesta, con unos tramos en rampa y otros de escaleras excavadas en la roca.

Subió y subió, deteniéndose de vez en cuando a descansar, y finalmente llegó a la habitación utilizada antes de él por otros DelfSeñores para descansar, meditar y tomar decisiones trascendentes. La cámara era amplia, de unos cinco metros por siete, y estaba amueblada tan sólo con un catre, unos aseos, un escritorio y una silla. Sobre el escritorio había velas y una lámpara de aceite, más algunos pergaminos en blanco. También le esperaban un tintero y una pluma de ganso; la tinta se había secado hacía ya mucho tiempo, pero encontró un bote negro de humo sellado con lacre, dispuesto para mezclarlo con agua si tenía necesidad de escribir.

En una de las paredes había una puerta forrada con una plancha de cobre, verde de cardenillo, atrancada con una pesada barra de hierro. Thork se acercó a ella, y con un gruñido levantó y retiró la barra. Las bisagras protestaron cuando tiró hacia dentro de la puerta para abrirla, hasta dejar al descubierto un pasadizo estrecho y serpenteante que conducía al exterior de la Montaña; desde el umbral, se oía el rumor de un salto de agua cercano.

Thork cruzó la puerta y avanzó por el pasadizo. Este giraba a menudo a la izquierda o a la derecha, pasaba en cierto momento junto a un arroyo saltarín, y continuaba más allá;

al cabo de unos treinta metros, más o menos, salió a la luz del día, a una amplia repisa abierta en lo alto del flanco de la Montaña.

A sus pies podía ver todo el valle que llevaba a las puertas de Kachar. También pudo ver los lugares de los que Kalgalth el Negro había arrancado la roca para enterrar la puerta; las abruptas laderas mostraban profundas cicatrices y amplias zonas removidas y devastadas. Recordó entonces las palabras del consejero Dalk: «Pareció que Kalgalth se hubiera enterado de que estábamos a punto de empezar la marcha contra Jord; vino y enterró la puerta bajo una masa de piedra que hizo que la anterior pareciera el pequeño montón que se excava en una tarde de trabajo. Nos costó casi tres meses desembarazar la entrada, y los trabajos finalizaron apenas una semana antes de vuestra llegada, DelfSeñor Thork.»

Al nordeste, Thork pudo ver las cumbres nevadas de las montañas del Murallón Sombrío; al sudeste, el reino de Kachar y, más allá, el país de Aven, tal vez hasta las mismas fronteras con Garia.

El DelfSeñor se irguió en aquel silencio aéreo, contemplando el mundo —montañas y bosques, valles y ríos, piedra, nieve y tierra—, y todo lo habría dado con gusto a cambio de una sola mirada a la preciosa faz de su amada princesa de Jord.

En el tercer día de su solitario retiro, Thork se asomó de nuevo al balcón de la Montaña. La tarde empezaba a declinar, y en la altura, nubes de tormenta cabalgaban entre los picos; los relámpagos herían el cielo, seguidos del fragor del trueno, y las nubes negras que pasaban apelonadas, empujadas por un viento racheado, dejaban ver de forma intermitente, por entre sus jirones, los imponentes montañosos alzados hacia la tormenta.

El viento azotaba a Thork, tironeaba de su capa, revolvía sus cabellos y su barba, como si a la tempestad inminente le irritara su mera presencia.

Y de súbito, vio un halcón rojo que cruzaba el cielo agitado, meciéndose en el viento tempestuoso y lanzando al espacio su grito de desafío:

¡Crii! ¡Crii!

Thork quedó inmóvil, mirándolo.

¡Crii! ¡Crii!

Y en su mente brotó el recuerdo de Elyn: cabello cobrizo, ojos verdes...

«Amada.»

—Halcón rojo contra el cielo oscuro, elévate por encima del trueno, el viento y el relámpago, y cabalga la tormenta, como hacía mi Elyn.

El halcón se elevó más y más, meciéndose en el viento, cabalgando sobre las blancas cimas de las montañas y sobre el abismo, entre las nubes grises amontonadas. De nuevo escuchó Thork un lejano /era/, /era/, como si la rapaz desafiara a los propios elementos.

«Qué parecido a mi Elyn.»

Más y más alto voló en círculo el halcón, y Thork se esforzaba tratando de distinguirlo aún...

«Amada.»

...mientras las lágrimas bañaban su rostro.

Empezó a llover; el agua caía con furia, pero él seguía inmóvil, llorando y observando al cazador que se remontaba a lo lejos en el cielo de tormenta. Finalmente, ya no pudo seguir con la vista el vuelo rojo del halcón; entonces se cubrió la cabeza con la capucha, dio media vuelta y entró de nuevo en la cámara.

«Dime, hijo mío, ¿cuál es el hechizo más poderoso?»

«El amor, Maestro, el amor;

el amor verdadero es el más poderoso de todos los hechizos.»

Epílogos

Thork reinó largos años y fue muy querido. Bajo su gobierno, Kachar prosperó y Piedra Negra volvió a convertirse en la Joya de los Châkkaholts. También hay quien afirma que por algún medio contribuyó a la recuperación de Jord, pero no ha quedado constancia del tipo de ayuda que prestó. Cuando murió, fue enterrado en un mausoleo de piedra en el que se había tallado una pareja de halcones rojos en pleno vuelo, un símbolo inusual en la tumba de un enano. Las canciones lo recordaron siempre como uno de los dos que juntos mataron a Kalgalth el Negro. Nunca se casó.

Durante generaciones, los harlingar y los châkka siguieron enemistados; y a pesar de que lucharon juntos en la guerra contra el Usurpador, y fueron de nuevo aliados en la guerra del Invierno, seguían irritándose cada vez que la casualidad los hacía encontrarse frente a frente. Hasta la guerra de Kraggen-cor, más de dos mil seiscientos años después de la muerte de Sleeth y de la conquista de su botín, no desapareció por fin el prolongado rencor existente entre enanos y jinetes: porque no hay odio, ni venganza, ni ofensa que duren eternamente; todas se extinguen algún día, se desvanecen en la inmensidad del tiempo o sucumben bajo el peso del amor. Aun así, el nombre de Elgo siguió siendo para siempre una maldición en boca de los châkka, y una alabanza en labios de los vanadurin.

Sólo sobrevivió una pieza significativa del tesoro de Sleeth el Orm: un pequeño cuerno de plata sujeto por un tahalí verde. En el pabellón había talladas unas figuras diminutas de jinetes cabalgando entre runas místicas. Regresó a Jord en la carroza fuertemente escoltada en la que viajaban Bram, hijo de Elgo y heredero de Jord, y su madre, Arianne; era el juguete favorito de Bram, que lo llamaba su «tan tan», porque no tenía más que tres años, casi cuatro, cuando Aranor lo hizo llamar para que regresara al Jordkeep. El cuerno se transmitió, como herencia de Elgo, de una a otra generación de jinetes vanadurin, hasta que un día pasó a las manos de un miembro del Pueblo Diminuto...

Pero ésa es otra historia.

Calendario parcial de los sucesos de Mithgar

Hacia 2E1400: Modru seduce a Andrak y lo empuja hacia el Lado Oscuro

Hacia 2E2200: La Separación; los draega (Lobos plateados) quedan atrapados en Mithgar; Dalavar (el Mago-lobo) decide quedarse junto a los draega

Hacia 2E2200: Fin de la guerra de la Prohibición; comienza la Segunda Era; Gargon atrapado en Kraggen-cor

3E8: Sleeth se apodera de Piedra Negra

Hacia 3E500: Comienza el sueño de los dragones (1.000 años: de 3E500 a 3E1500)

Hacia 3E1500: Los dragones despiertan (2.000 años: de 3E1500 a 4E1500)

3E1578: Nacen Elgo y Elyn (junio)

3E1589: Comienza la instrucción de Elyn como doncella guerrera, y de Elgo como guerrero

3E1594: Escaramuza de los naudron

3E1597: Elgo captura a Llama

3E1598: Elgo rapta a Arianne

3E1599: Elgo da muerte a Golga

3E1600: Nace Bram (21 de julio)

3E1601: Muerte de Sleeth

3E1602: Elgo y Brak se matan entre ellos; comienza la guerra entre harlingar y enanos; comienza la Búsqueda de la Montaña Negra; Baran muere a manos de Reynor

3E1603: Kalgalth el Negro da muerte a Elyn, y Thork mata a Kalgalth el Negro; finaliza la Búsqueda de la Montaña Negra; los enanos reclaman Piedra Negra

Hacia 3E2000: En Valon, los vanadurin derrotan a los partidarios del Usurpador; el Usurpador es derrocado; Valon, entregado como recompensa a los vanadurin; finaliza la Tercera Era

Hacia 4E1500: Comienza el sueño de los dragones (1.000 años: de 4E1500 a 5E481)

4E2018: Comienza la guerra del Invierno; Piedra Negra, sitiada

4E2019: Finaliza la guerra del Invierno; Piedra Negra, liberada; finaliza la Cuarta Era

5E231: Guerra de Kraggen-cor

Hacia 5E481: Los dragones despiertan (2.000 años: de 5E481 a 5E2481)

Traducción de palabras y frases

A

lo largo de los Comentarios a las trovas del bardo Estor, aparecen numerosas palabras y frases en lenguas distintas de la lengua común, el pellarion. Para los estudiosos interesados en el tema, se recogen en este apéndice tales palabras y frases. Las lenguas implicadas son varias:

châkur = lengua de los enanos

fjordsman = lengua de los fjordsmen

jüng = lengua de los jüngers

naudron = lengua de los naudron

slûk = lengua de los engendros

utruni = lengua de los utruni

valur = lengua de combate de Jord

La siguiente tabla muestra las equivalencias entre los términos más citados en los Comentarios en las lenguas de los jordios y los enanos.

Jordio (valur) Enano(châkur)

Drokh Hrok

Drokha Hroks

Guul Khol

Guula Khols

Enano Châk

Enanos Châkka

Gigante Utrun

Gigantes Utruni

Kraken Madûk

Rutch Ukh

Rutch Ukhs

Waldan Waeran

Waldana Waerans

Pueblo Diminuto Pueblo Diminuto

Wrg Grg

Engendros Squam

En el texto siguiente, se reseñan palabras y frases agrupadas según su lengua de origen. Allí donde es posible, se da la traducción directa []; en otros casos, la traducción se infiere del contexto { } de los Comentarios. También, cuando es aplicable, se señala el nombre más común ().

Châkur

[Lengua de los enanos]

¡Agan na stur ka Dechâkka! [¡Que ello no suponga deshonor para nuestros Antepasados!]

Châk [Enano]

Châkia {Hembras de los enanos}

Châkian {Una hembra de los enanos}

Châkka [Enanos, perteneciente o relativo a los enanos]
¡Châkka shok! ¡Châkka cor! [¡Las hachas de los enanos! ¡La fuerza de los enanos!]
Cheol {Año Nuevo}
Chod {metal blando de deterioro lento} (plomo)
Daun [Alba, amanecer]
¡Dök! [¡Alto!]
DelfSeñor {Señor de los subterráneos}
Dusken {puesta del Sol} (crepúsculo)
Elwydd, Lol an Adon... [Elwydd, Hija de Adon...]
Kraggen-cor {Fuerza de la montaña; montaña poderosa}
¡Kruk! [¡Excrementos!]
¡Kruk! ¡Dók, praug, dök! [¡Excrementos! ¡So, poni, so!]
¡Maht! [¡Silencio!]
Madûk (Monstruo maligno) (hèlarms, kraken, monstruo)
Mitheor {Tierra media} (Mithgar)
Montaña {Piedra viva} (piedra viva; montaña)
¡Nid pol kanar vo a Châkka! [¡Nadie debe saberlo excepto los enanos!]
¡Roo! ¡Roo! [¡Espero!] (llamada del cuerno de los enanos)
Sol Kani, den vani dak belka [Amigos magos, os damos las gracias por habernos salvado la vida]
Verdamigo {Compañero auténtico} (marido; mujer)
Zhar {Fuego líquido demoníaco} (petróleo)
Fjordsman
[Lengua de los fjordsmen]
Bloodgiel {Oro de sangre} (dinero manchado de sangre)
Stad [Estancia] (aldea; ciudad)
Stadfolk [Gentes de la estancia] (aldeanos; ciudadanos)
Stadholl [Local de la estancia] (alcaldía, ayuntamiento)
Weregield {Oro extraño; oro maldito}
Naudron
[Lengua de los naudron]
¡Daga! ¡Daga! {¡Mata! ¡Mata!}
Slûk
[Lengua de los engendros]
Dubh {Enano}
Gulgok {Maestro}
Jüng
[Lengua de los jünger]
¡Ghoda rhokho! {Detened vuestros caballos!}
¡Kaija, Wolc! {¡Bienvenidos, amigos!}
¡Kha! (¡Ya, arre!)
Utruni
[Lengua de los utruni]
Ar [el Sol]
¡Dakhu! {¡Mira arriba!}
¡Shak fhan! {¡Atención a la piedra!}
Valur
[Lengua de combate de Jord]
¡A-ro, a-ran! [¡Alerta, enemigos!] (llamada del cuerno jordio)
¡A-ran! [¡Alerta!] (llamada del cuerno)
Dracongiel {Tesoro de un dragón}
Faerygiel {Tesoro encantado}

¡Garn! {interjección intraducible que expresa frustración o ironía ante el inesperado curso de los acontecimientos}
 ¡Han, ta-ru! [¡Repliegue! o ¡Retirada!] (llamada del cuerno)
 ¡Hai roi! {una llamada entusiasta a congregarse}
 ¡Hál! [¡Salud!; ¡Hola!]
 ¡Hál Jordreich! [¡Salud al reino de Jord!]
 Harlingar {Sangre de Harl; descendientes de Harl}
 Harlingar, ot i markere fram... [Hijos de Harl, desde este punto en adelante...]
 Hèl {Infierno}
 Ic eom baec [He regresado]
 ¡Rach! {interjección intraducible que expresa frustración o rabia}
 ¡Ra-tan-ta! [¡Entendido!] (llamada del cuerno)
 ¡Rou! ¡Rou! ¡Rou! [¡Al ataque! ¡Al ataque! ¡Al ataque!] (llamada del cuerno)
 ¡Run! ¡Run! ¡Run! (llamada funeral del cuerno de Jord)
 Smut {tizne, suciedad}
 ¡Taaa! ¡Taaa! [¡Adelante, al paso!] (llamada del cuerno)
 ¡Taaa-tan, tan-taaa, tan-taaa! [¡Hasta la vista, adiós, adiós!] (llamada del cuerno)
 ¡Ta-ru, ta-ru, han! [¡Venid en paz!] (llamada del cuerno)
 ¡Ta-ra! ¡Ta-ra! [¡Al galope! ¡Al galope!] (llamada del cuerno)
 ¡Ta-ru! ¡Ta-ru! ¡Tan-tan ta-ru! [¡Vía libre! ¡Vía libre! ¡Jinetes y aliados, vía libre!] (llamada del cuerno)
 ¡Ta-ta! ¡Ta-ta! [¡Al trote! ¡Al trote!] (llamada del cuerno)
 ¡Ta-ti-ta! ¡Ta-ti-ta! [¡A medio galope! ¡A medio galope!] (llamada del cuerno)
 Vanadurin {Guerreros de la promesa}
 ¡V'takku, Vat! ¡Doda! [¡Ataca, Viento! ¡Mata!]
 Weregield {Oro extraño; oro maldito}

Glosario

A

Adon, la Prohibición de. Ver Prohibición, la.

Adon, Martillo de. Ver Kammerling.

Adon: la divinidad suprema de Mithgar. También conocido como el Padre de Todos.

Adonar: el mundo del Plano Superior en el que mora Adon.

Agnor: un hombre de Jord. Uno de los guerreros que desempeñaron el papel de jueces en la prueba de aptitud de Elyn para adiestrarse como doncella guerrera.

Ai: una exclamación de sorpresa, alegría u orgullo.

Ai-oi: una exclamación de sorpresa, o para llamar la atención.

Ala Roja: un halcón rojo criado por Elyn desde que era un polluelo. Elyn lo dejó en libertad en el momento de iniciar la Búsqueda de la Montaña Negra.

Ala: el caballo de Reynor. Muerto en la guerra de Kachar.

Alania: mujer de las Llanuras de Fian. Esposa de Aranor, y madre de Elgo y Elyn. Hija del conde Bost. Hermanastra de Mala. Alania murió de las fiebres cuando Elgo y Elyn eran aún pequeños.

alas de la Noche, en las: expresión de los vanadurin para referirse a la llegada de la Muerte.

Alce de Espuma: uno de los cuatro drakkares que llevaron a la mesnada de Elgo a las riberas de Rian, donde habitaba Sleeth el Orm. Sucumbió en el Gran Maelstrom durante una tormenta.

Alda: un hombre de Jord. Curandero. Uno de los componentes de la mesnada de Elgo que dio muerte a Sleeth en Piedra Negra. Murió en el Gran Maelstrom del mar Boreal.

Aldra: una mujer de Jord, dama de la corte de Aranor.

Alric: un hombre de Jord, maestro de tradiciones. Padre de Ruric.

altas águilas: criaturas fabulosas de tiempos antiguos. Se dice que tenían la facultad de hablar.

altfjelt: meseta elevada, altiplano.

Andrak: un mago. Fue aprendiz de Modru y luchó contra Adon en la guerra de la Prohibición. Sufrió la Prohibición. Muerto por Elyn de Jord durante la Búsqueda de la Montaña Negra.

Ángulo de Gron: el país de Gron (ver). Llamado Ángulo debido a su forma de cuña.

anillo de las hadas: conjunto de setas dispuestas en círculo. Se dice que tiene poderes mágicos especiales.

Ar (utruni: Sol): palabra utruni que designa el Sol.

Aralon: territorio situado al este del Khalian Mire.

arandelas: anillos de resorte, o mosquetones, utilizados como apoyos en la escalada.

Aranor: rey del pueblo de Jord. Esposo de Alania, y padre de Elgo y Elyn. Perdió muchos hombres en la guerra de Kachar.

Ardon: un hombre de Jord. Cuando era un adolescente, compitió en tiro al arco con Elyn, en la prueba a que ésta fue sometida para poder ser adiestrada como doncella guerrera.

Ardu: un hombre de Jord, hermano menor de Reynor. Cuando era joven, fue encargado de llevar la carta de Elyn a Aranor en Kachar, pero el ataque de Kalgath el Negro a Kachar le impidió entregarla. Su relato del ataque precipitó la Búsqueda de la Montaña Negra por parte de Elyn.

Ariane: mujer de Riamon. Esposa de Elgo y madre de Bram. Era hija de Hagor.

Arik: un fjordsman, capitán del Wyrmlargo. Fue el capitán de los asaltantes en la incursión de los fjordsmen contra Atli de Jute.

Arlan: un hombre de Jord. Cazador. Portador de la noticia de la incursión de los naudron en las tierras en disputa entre Jord y Naud. Formó parte de la mesnada de Elgo que dio muerte a Sleeth en Piedra Negra. Muerto ante las puertas de Kachar, durante la guerra de Kachar.

Arnsburg: ciudad situada aproximadamente en el centro de las tierras en disputa entre Jord y Naud. Aquí se libró la batalla en la que tanto Elyn como Elgo recibieron su bautismo de sangre.

atabal: tambor de pequeño tamaño, tamboril.

atalaya de guerra: colina artificial sobre la que se queman balas de paja a fin de advertir a los habitantes que hay guerra en la región.

Atli: un hombre de Jute, príncipe y más tarde rey. Vivió cierto tiempo con los fjordsmen, pero fue castigado al destierro por haber cometido un homicidio. Dirigió una incursión contra los fjordsmen, que originó una sangrienta represalia. Fue muerto por Tarly Olarsson en el curso del ataque de Arik contra Jute.

Aulf: un hombre de Jord. Capitán de la tropa que escoltó a Bram hasta Riamon, y que lo acompañó a su regreso, una vez concluida la guerra de Kachar.

Avagón, mar de: un gran mar interior meridional, abierto al océano Occidental por un estrecho paso marino.

Aven: un país que limita al norte y al oeste con las montañas del Murallón Sombrío, al sur con Riamon, y al este con Garia. El paso de Kaagor comunica Aven con Jord.

B

Bakkar: uno de los emisarios de los enanos muertos en el paso de Kaagor.

bandera de combate de Jord: un caballo blanco rampante sobre campo verde.

bandera de combate de Kachar: dos hachas de plata cruzadas sobre campo negro.

Baran: un enano de Kachar. Era DelfSeñor durante la guerra de Kachar. Hijo de Brak y Sien, y hermano de Thork. Sobrevivió al ataque del paso de Kaagor, y murió delante de las puertas de Kachar al ser alcanzado por una jabalina lanzada por Reynor a Bolk; el suceso precipitó la batalla final de la guerra de Kachar.

barcolargo. Ver drakkar.

Barda: un hombre de Jord. Capitán de la guardia del Jordkeep en la época de la batalla de Arnsburg.

Bargo: un hombre de Jord. Formó parte de la mesnada de Elgo que dio muerte a Sleeth en Piedra Negra. Muerto en Kachar por el virote lanzado por una ballesta, momentos después de la muerte de Elgo.

batalla del Crisol de Hèl: la batalla decisiva de la guerra de la Prohibición.

beitass: una pértiga ligera utilizada en un drakkar para cambiar la posición de la vela, de modo que ésta capte el viento favorable. Llamada también pértiga de barba.

Be jan: una pequeña aldea de las montañas de Xian.

Beryl: una mujer de Jord. Jefa de las costureras del Jordkeep.

bestias de los tiempos antiguos: criaturas legendarias de los albores de Mithgar.

Bisonte Marino: uno de los cuatro drakkares que llevaron a Elgo y su mesnada a las riberas de Rian. Se incendió y fue a pique durante el ataque de los fjordsmen a Jute.

bloodgiel (fjordsman: oro de sangre): oro o plata pagados a los parientes de los que han muerto injustamente.

Boer: un hombre de Jord. Mariscal del Reach del Norte.

Bogar: un hombre de Naud. Rey en la época de la batalla de Arns-burg. Padre de Halgar. Muerto en combate contra Kath.

Bokar: un enano de Piedra Negra. Era DelfSeñor en el momento en que Sleeth se apoderó de Piedra Negra.

Bolk: un enano de Kachar. Capitán en jefe de la guardia de Kachar. Jefe bélico después de la muerte de Baran y hasta el retorno de Thork. Fue expulsado de Kachar y desterrado a la fortaleza de Cielaire, en las montañas del Cielo.

bolsa, la: un gran saco hecho de piel de dragón, que Elgo llevó a Kachar y utilizó para insultar al DelfSeñor Brak. Thork empleó la piel para cubrir su escudo, lo que le hacía prácticamente invulnerable.

Borde, montes del: cordillera que forma un enorme semicírculo, en el norte de Riamon.

Boreal, mar: mar helado del norte. En él se encuentra el Gran Maelstrom.

Bost: un hombre de las Llanuras de Fian. Conde de las Llanuras de Fian. Padre de Alania y padraastro de Mala.

botelargo. Ver drakkar.

Brade: un hombre de Jord. Formó parte de la mesnada de Elgo que dio muerte a Sleeth en Piedra Negra. Precipitó el ataque a los emisarios de los enanos en el paso de Kaagor, el día siguiente al de la muerte de Elgo, y pereció en el curso de la refriega.

Brak: un enano de Kachar. DelfSeñor en la época de la muerte de Sleeth el Orm. Verdámico de Sien. Padre de Baran y de Thork. Mató a Elgo y fue muerto por él en las salas de Kachar.

Bram: hombre de Jord. Sucedió en el trono a Aranor. Hijo de Elgo y Arianne. Poseedor del cuerno de plata.

Brammie: nombre cariñoso dado a Bram cuando era niño.

Breeth, vado de: un vado en el río Judra, entre Jord y Naud.

Brelk: un utrun macho. Uno de los que rescataron a Thork en el momento de la destrucción de Dragonslair.

Brenden: un hombre de Jord. Elyn lo envió como explorador destacado al col de la Rendición, en su primer mando.

Brude: un hombre de Jord. Comandante del puesto avanzado en la frontera de Kath al que fue destinada temporalmente Elyn.

Bruth: un hombre de Jord. En su adolescencia, compitió con Elyn en la lucha con bastones, en la prueba a que fue sometida para poder ser adiestrada como doncella guerrera.

brye: musgo.

Burke: un hombre de Jord. Consejero en el Jordkeep.

Burlón, Elgo el. Ver Elgo.

buscador, el: nombre dado a la criatura que excavaba túneles bajo tierra para perseguir a Elyn y Thork en el interior del Skög.

C

Cabalgaolas: uno de los drakkares que llevó a la mesnada de Elgo a las riberas de Rian, donde moraba Sleeth el Orm. Destrozado por un kraken en el Gran Maelstrom durante un huracán, arrastró a la muerte a toda su tripulación; con él se hundió en el gigantesco torbellino una parte del botín de Sleeth.

cadáver hostil, el. Ver guula.

Caer Pendwyr: fortaleza meridional y corte de invierno del Rey Alto de Mithgar.

caldera: cúpula subterránea formada por la lava.

calzones: prenda ajustada que cubría las piernas, similar a los actuales pantalones.

capitán en jefe: rango superior al de capitán en los ejércitos de los enanos.

Carph: un país situado al sudeste de Xian.

casalarga: un amplio local de reunión con techumbre de hierba, en las aldeas de los fjordsmen.

Cavador: el poni de Thork. Muerto por la ventisca de Modru.

Cavernas Rojas, las: mineholt de los enanos en las Colinas Rojas. Era un famoso arsenal.

châk (plural: châkka) (châkur: enano): palabra que en el idioma de los enanos significa enano.

châkian (plural: châkia) (châkur: hembra enana): nombre que reciben las compañeras de los enanos. Hay razones para sospechar que no se trata de hembras del pueblo de los enanos, sino de razas iferentes, aunque el tema es un secreto celosamente guardado por las châkia.

châkka (châkur: enanos; de los enanos): término empleado en la lengua de los enanos para referirse a ellos mismos.

Châkkadom (châkur: enanidad): la globalidad del pueblo de los enanos.

Châkkaholt. Ver fortaleza de los enanos.

Châkkaholt de las montañas de Rigga. Ver Piedra Negra.

Chale: un utrun varón. Fue uno de los que rescataron a Thork en el momento de la destrucción de Dragonslair.

Challerain, Palacio de: fortaleza septentrional y corte de verano del Rey Alto de Mithgar.

Cheol (châkur: Año Nuevo): término que en la lengua de los enanos designa el Año Nuevo. Es la época de la celebración de la Fiesta del Invierno.

Cielaire: una fortaleza de los enanos en las montañas del Cielo, frente a Gothon.

Cielo, montañas del: cordillera que señala la frontera entre Gothon y Basq, y que sigue la orientación general este-oeste. Forma un arco al norte de las montañas del Murallón Sombrío, con cuyas estribaciones occidentales va a enlazar finalmente.

ciervos blancos: animales legendarios de la antigüedad.

Cinco Pueblos, los. Ver enanos.

cog: un tipo de barco mercante de vela.

Colmillos de Gron: montañas de los: cordillera montañosa orientada en sentido nortesur, que se extiende desde el mar Boreal por el norte hasta las montañas del Murallón Sombrío por el sur. Conocidas también como las Garras de Modru.

Comentarios, los: Ver Comentarios a las trovas del bardo Estor.

Comentarios a las trovas del bardo Estor: obra anónima contemporánea a los hechos narrados en este relato. Los Coméntanos contenían numerosas notas relativas a las obras musicales y poéticas del bardo, y las relacionaban con acontecimientos reales ocurridos en la historia de Mithgar. Después de ser traducidos, buen número de

fragmentos del texto permitieron reconstruir la historia de Elgo y Sleeth, y la de Elyn, Thork y Kalgath el Negro. Conocidos comúnmente como los Comentarios.

Condenación de Sleeth, la. Ver Elgo.

Corbin: rey de Aven. Sucedió a su padre, Randall, en el trono. Hermano de Haddon.

Corredor: el caballo de Bargo.

cote: casa de campo, alquería.

Crestan, paso de: paso en las montañas del Murallón Sombrío, entre Riamon y Rell.

Cuarzo, colinas de: alineación montañosa de escasa altitud al este de los montes del Borde. En ellas estaban situadas las Cavernas de Cuarzo, una fortaleza de enanos.

cuchillo largo: un cuchillo más largo que una daga pero más corto que una espada.

cuento de hogar: una aventura o narración fantástica contada para ilustrar alguna idea. Se llaman así porque esos cuentos solían relatarse en torno a los fuegos de campamento o a los hogares de las casas.

cuerno de plata: una pequeña trompeta de plata con runas incisas en el pabellón y siluetas de guerreros a caballo, agrupadas de dos en dos, grabadas entre los glifos. Labrado por una mano desconocida, para los enanos representaba un gran talismán temible. Quedó en poder de Sleeth el Orm cuando éste convirtió Piedra Negra en su guarida. Formó parte del botín conquistado por Elgo, la Condenación del Dragón. Bram, hijo de Elgo y por entonces un niño de pocos años, se lo quedó. Desde entonces, el cuerno pasó de una a otra generación de vanadurin, hasta que un día, en un gesto de generosidad, Vidron, un descendiente remoto de Elgo, lo regaló a Patrel Rushlock, un warrow. A partir de ese momento, el cuerno siguió el cumplimiento de su destino.

cuerno de toro negro: cuerno de señales utilizado en la guerra por los vanadurin.

D

Daagor: un gran dragón de Fuego, aliado de Modru en la Gran Guerra. Algunos sostienen que era más poderoso que Kalgath el Negro, mientras que otros aseguran que Kalgath el Negro era el más fuerte de los dos.

Dadora de vida. Ver Elwydd.

daemon: un espíritu maligno, sobrenatural o bien muy poderoso y destructor. Llamado también demonio.

daemonfuego: luz espectral, luminiscencia fantasmal o bien un incendio particularmente destructivo.

Dagan: un hombre de Jord. Muerto en la batalla de Arnsburg.

Dakan: un enano de Kachar. Explorador.

Dalavar. Ver Mago-lobo.

Dalek Mano de Hierro: un enano de Kachar. Capitán en jefe. Jefe de exploradores en la época de la guerra de Kachar.

Dalk: un enano de Kachar. Consejero.

Dama Boreal: nombre que los fjordsmen dan al mar Boreal (ver).

Darcy: una mujer de Jord, dama de la corte de Aranor. Una de las damas de compañía de Arianne.

daun (châkur: alba): término que designa el alba para los enanos.

DelfSeñor: señor de una fortaleza de enanos.

Delp: un enano de Kachar, padre de Brak y abuelo de Baran y Thork.

demesnes: dominios, posesiones.

demonio. Ver daemon.

Dendor: la capital de Aven.

Destructor, el. Ver Kalgath el Negro.

Devon: un hombre de Jord, curandero. Se ocupó de los heridos después del ataque de Kalgath el Negro al Jordkeep. Conocido también como Devon el Viejo.

Día de la Mitad del Año. Ver Día Largo del Año.

Día de la Primavera: el primer día de la primavera.

Día Largo del Año: el día más largo del año (21 de junio). Conocido también como el Día de la Mitad del Año.

Dokan: un enano de Kachar. Maestro minero. Muerto por Kalgath el Negro.

Doku: una aldea de las montañas de Xian.

Doncella Mística del Maelstrom: una legendaria doncella de poderes mágicos, que vive en el Gran Maelstrom. Una canción obscena cuenta que Snorri, hijo de Borri, fue capaz de satisfacer su lujuria, y como premio ella dejó que escaparan del remolino él y su perro de tres patas.

doncellas guerreras: las mujeres de Jord de épocas pasadas, que normalmente actuaban como mensajeras y exploradoras en el ejército jordio, aunque en ocasiones también entraban en combate.

Dorni: un enano de Kachar, aprendiz de minero. Testigo del ataque de Kalgath el Negro al equipo de Dokan.

Dracongiold (valur: oro de dragón): término usado por los vanadurin para referirse al tesoro acumulado por un dragón.

draega. Ver Lobos plateados.

dragonbarco. Ver drakkar.

dragones: uno de los pueblos de Mithgar. Lo componen dos grandes ramas: los dragones de Fuego y los dragones del Frío. Los dragones son criaturas poderosas, capaces de hablar. Son increíblemente fuertes. La mayoría tienen alas y pueden volar. No existe diferenciación entre sus ojos internos y externos, de forma que pueden ver en la oscuridad más completa, y percibir lo oculto,) no visto y lo invisible. No se dejan engañar por apariencias. Pueden utilizar sus sentidos para detectar toda clase de criaturas y de pueblos que se encuentren en sus dominios. En estado etérico, sueñan. Por lo general viven en cavernas remotas y arrasan las tierras vecinas. Duermen durante mil años, y están activos durante dos mil. A menudo buscan riquezas y las atesoran. Los dragones de Fuego vomitan llamas, y los dragones del Frío, vapores ácidos y venenosos. No existen dragones hembras; los dragones se aparean con los krakens. Los dragones citados en los Comentarios son Kalgath el Negro, Daagor, Ebonskaith, Garras Rojas, Skail, Silverscale y Sleeth el Orm. También son llamados drakes, orms y wyrms.

dragones de mar: serpientes marinas. Algunos aseguran que son las crías nacidas de la unión de los dragones y los krakens, y que después de una metamorfosis los dragones de mar machos se convierten en dragones, y las hembras en krakens. Conocidos también como serpientes de agua.

Dragonhide: piel de dragón. Su dureza era extraordinaria y ningún metal podía atravesarla.

Dragonslair: un volcán en las montañas del Murallón Sombrío. Extinguido hasta la muerte de Kalgath el Negro, cuya forma de morir originó una erupción.

drakes. Ver dragones.

drakkar: un barco largo y estrecho construido con planchas de madera solapadas. Movidos a vela y a remo, sus cascos flexibles les permitían cortar el agua a velocidades inigualadas en la época del presente relato. La flexibilidad del casco les permitía también maniobrar y girar con una celeridad impensable dada la estrechez de la quilla. En los Comentarios se mencionan cuatro drakkares: Wyrmlargo, Bisonte Marino, Cabalgaolas y Alce de Espuma. Llamados también dragonbarcos, botelargos o barcolargos.

drokha (singular: drokh) (valur: viles inmundicias): seres malignos, parecidos a los rutchas, de la estatura de un hombre. Conocidos también como hroks.

dubh (slúk: enano): término slúk que designa a los enanos.

Durek: un nombre frecuente entre los enanos del pueblo de Durek.

Durek Primero: el fundador de una de las cinco ramas del pueblo de los enanos.

E

Easton: una ciudad situada en las tierras en disputa, al noroeste de Arnsburg.

Ebonskaith: uno de los dragones citados en los Comentarios.

Egil: un fjordsman, capitán del drakkar Alce de Espuma. Murió en el Gran Maelstrom, al hundirse el barco con toda su tripulación durante un huracán.

Einrich: un hombre de Jord. Reachmariscal del Reach Oeste de Jord. Muerto en el curso de la carga inicial de la guerra de Kachar.

elfos: uno de los pueblos de Adonar. Algunos viven en Mithgar. Se distinguen dos corrientes: los Lian y los Dylvana. Su estatura oscila entre los ciento treinta y los ciento sesenta centímetros. Son esbeltos, ágiles y ligeros, de sentidos muy aguzados, reservados. Habitan en los bosques y son buenos artesanos.

Elgo: un hombre de Jord. Esposo de Arianne, y padre de Bram. Era hijo de Aranor y de Alania, y hermano gemelo de Elyn. Príncipe. Aventurero. Mató a Golga. Ideó el plan que acabó con la vida de Sleeth el Orm. Mató también a Brak y fue muerto por él. Conocido asimismo como la Condenación de Sleeth, el Libertador de Piedra Negra, y como Elgo el Matador del Dragón. Sin embargo, los enanos le aplicaban diversos calificativos despectivos: Elgo el Burlón, o Elgo el Falso, entre ellos.

Elise: una mujer de Jord, dama de la corte de Aranor. Una de las damas de compañía de Arianne.

Elwydd: hija de Adon. Es la diosa más comúnmente invocada por los enanos. Se dice que fue quien colocó a los pueblos en Mithgar. Conocida también como «La que trae la vida», o «Dadora de vida».

Elyn: una mujer de Jord, hija de Aranor y Alania. Hermana gemela de Elgo. Princesa. Compañera de Thork en la Búsqueda de la Montaña Negra. Mató a Andrak y fue muerta por Kalgath el Negro. Conocida también como «La que se oculta».

enanos: uno de los pueblos de Mithgar. Se conocen cinco grandes ramas. Los adultos alcanzan una estatura que oscila entre ciento veinte y ciento cincuenta centímetros. Tienen hombros anchos. Son agresivos, taciturnos, hábiles. Viven en minas y son excelentes artesanos. Conocidos también como châkka (châkur), los Cinco Pueblos, y el pueblo de la barba partida.

engendros: nombre genérico dado al Falso Pueblo.

escuadrón matatrolls: tropa compuesta por cincuenta o más enanos, adiestrados para enfrentarse con los trolls.

Espada de Plata, la: una espada especial de la que se decía que tenía el poder de matar al Alto Vülk (Gyphon). El arma desapareció en la región de la Marca de Dalgor en el curso de la Gran Guerra.

Espanto, bosque del: un bosque de Rhone, habitado, según rumores, por criaturas espantosas.

Estepas de Jord. Ver Jord.

Estor: un hombre de Pellar. Bardo. Autor de la Trova de Elgo, la Maldición del Dragón, así como de muchas otras composiciones, tal y como se señala en los Coméntanos a las trovas del bardo Estor, obra anónima.

estrellas melenudas: cometas. Se las considera heraldos de desgracias.

estribor: timonel colocado en la parte trasera derecha de un drakkar. El término ha pasado más tarde a designar el costado derecho del barco, mirando de popa a proa.

F

faerygield (valor: oro fantástico): término que designa entre los vanadurin cualquier tesoro legendario.

falsas barbas: nombre dado a los enanos por el Falso Pueblo.

Falso Pueblo, el: nombre genérico dado a los pueblos que se aliaron con Modru o Gyphon; entre ellos los dragones del Frío, los drokha, guula, hël-corceles, ogrus, rutchá, vulgs, y algunos hombres.

familiares del señor Muerte: nombre dado por Aranor a los cuervos y a los buitres.

Farrin: el mago que enseñó a los utruni una forma de la lengua común. Se cree que ese acontecimiento se remonta a la época de la Gran Guerra.

Fendor Piernas de Piedra: un enano de Kachar, maestro minero.

Fenn: un hombre de Jord. Formó parte de la mesnada de Elgo que dio muerte a Sleeth en Piedra Negra. Murió en el paso de Kaagor, en la escaramuza con Baran y los emisarios de los enanos.

Fiesta del Invierno: festival o celebración que se hace en mitad del invierno, en la época del Cheol (ver).

Fin de Año: el último día del año (31 de diciembre).

fjordclan: una familia o asentamiento de fjordsmen.

fjordhorn: cuerno utilizado para hacer señales de un drakkar a otro.

fjordsmen: una nación de gentes que viven en los fiordos abiertos al mar Boreal. Emparentados con los jordios.

fortaleza de enanos: ciudad fortificada en la que los enanos guardaban sus riquezas. Conocida también como Châkkaholt.

Fortuna, las tres caras de la: los tres aspectos que ofrece la suerte. Los jordios creían que la Fortuna tenía tres caras: una amable y sonriente, que significaba buena suerte; otra ceñuda, que significaba mala suerte; y la tercera invisible, que significaba no tan sólo el rostro de la Muerte, sino además desgracias cuya contemplación sería demasiado horrible.

Frío, dragones del. Ver dragones.

Fuego, dragones de. Ver dragones.

fuegos fatuos: luces fantasmales visibles de noche en los pantanos. Probablemente se deben al gas de los pantanos, aunque muchas personas que se han encontrado con ellos afirman que se trata de espíritus de los muertos. Llamados también luces fantasmas.

Fuerte, Harl el. Ver Harl.

G

Galdor: un hombre de Jord. En su primer mando, Elyn lo envió como explorador avanzado al col de la Rendición.

Galt: un enano de Kachar. Maestro taladrador.

ganchos: apoyos que se utilizan en la escalada, fijándolos en las hendeduras de la roca y pasando dobles cuerdas por ellos. Los actuales alpinistas los llaman pitones.

Gannor: un hombre de Jord, Hrosmariscal de Jord y Reachmariscal del Reach Sur. Primo de Aranor.

Garia: país que limita al norte con Aven, al este y sur con Alban, al sur y al oeste con el mar de Avagón y Pellar, y al oeste con Riamon.

Garras de Modru, las: nombre dado por Arik a los Colmillos de Gron.

Garras Rojas: uno de los dragones mencionados en los Coméntanos.

gigantes. Ver utruni.

Golga: un troll que aterrorizaba a los viajeros en el paso de Kaagor. Fue muerto por Elgo.

Gran Alianza: la alianza de los hombres, elfos, enanos, warrows y utruni, durante la Gran Guerra.

Gran Alineación: la alineación de todos los planetas en una recta trazada a partir del Sol. En los tiempos antiguos, había cinco errantes (planetas) conocidos. De aquí que, si en aquella época Mithgar y la Tierra eran una sola cosa, los cinco errantes serían Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno, que son los que pueden localizarse a simple vista.

Gran Guerra, la: parte de la guerra entre Gyphon y Adon que se desarrolló en Mithgar.

gran letanía, la. Ver Luz de las Estrellas, Invocación a la.

Gran Maelstrom, el: un enorme torbellino situado en el mar Boreal, en el estrecho que se abre entre el lugar en el que se precipitan en el mar los Colmillos de Gron y las islas del Peligro.

gran oso de Mithgar, el: un animal legendario, de épocas antiguas. Tal vez un oso de las cavernas de la época de las glaciaciones.

grg (châkur: gusanos de la descomposición): nombre dado por los enanos al Falso Pueblo.

Gris, río: río que marcaba la frontera occidental de las tierras en disputa entre Jord y Naud.

Grises, montañas: cordillera de Xian, que corre en sentido este-oeste.

Gron: el reino del Mal de Modru. Desierto e inhóspito, forma una gran cuña de tierra entre las montañas de los Colmillos de Gron, al este, y las de Rigga, al oeste, en tanto que el mar Boreal lo rodea por el norte.

guerra de Kraggen-cor: guerra entre los enanos y el Falso Pueblo por el reino de Kraggen-cor.

guía, El que. Ver Thork.

guula (singular: guul): seres salvajes, montados sobre hël-corceles, que viven del pillaje. Es muy difícil darles muerte. Conocidos también como cadáveres hostiles, el pueblo cadáver y khol.

Gyphon: una deidad cuya lucha con Adon para obtener el control de las Esferas fue conocida en Mithgar con el nombre de la Gran Guerra. Gyphon fue derrotado y precipitado al Abismo situado más allá de las Esferas.

H

Haddon: un príncipe de Aven. Hijo de Randall y hermano de Corbin.

Hagor: un hombre de Riamon. Rey. Padre de Arianne.

Hai: una expresión de sorpresa, júbilo o exaltación.

Hai roi: una llamada entusiasta a congregarse.

Haisu: una mujer de Xian, habitante de Doku. Hermana de Josai y de Meia.

halcón rojo: un halcón de Mithgar, de color rojizo. Se ha afirmado que tiene cobre en las alas, pues brillan con los reflejos de la luz del Sol.

Haldor: un hombre de Jord. Formó parte de la mesnada de Elgo que dio muerte a Sleeth el Orm. Murió en el mar Boreal.

Halgar: un hombre de Naud. Hijo de Bogar, a quien sucedió en el trono.

Harl: un gran dirigente de los jordios en épocas antiguas. Los harlingar (ver) reciben de él su nombre. Llamado también Harl el Fuerte.

harlingar (valor: sangre de Harl): los descendientes de Harl. El término se utiliza tanto para designar a los familiares consanguíneos de Harl, como a la nación de los vanadurin.

harlingar, lengua de combate de los: un antiguo lenguaje utilizado por los guerreros de Jord para mantener sus planes a salvo de oídos indiscretos.

Harold el Astuto: jefe guerrero de los harlingar, que, cuando se encontraba en desventaja numérica, utilizaba tácticas de guerrilla (golpes de mano rápidos) contra el enemigo.

Heido: un hombre de Xian. El alcalde del pueblo de Doku.

Hël: el infierno. Conocido también como el inframundo.

hël-corcel: una criatura parecida al caballo, de pezuñas hendidas, larga cola escamosa, ojos amarillos de pupilas rasgadas y aliento fétido. No es tan rápido como el caballo, pero su resistencia es muy superior.

hël-corredores: criaturas malignas que corren durante la noche (por ejemplo, los vulgs).

hëlarm: un kraken.

hierba gila: una hierba que desprende un vapor de olor acre que actúa como repelente para los insectos.

hierro negro: una clase especial de acero empleada por los enanos en la fabricación de armaduras y cotas de malla.

Hohgarda, los: todos los mundos del Plano Superior.

holt: vivienda, lugar de habitación.

hrok (châkur: gusano rastrero). Ver drokha.

Hrosmariscal (valor: mariscal a caballo): el más alto comandante de los guerreros de Jord, después del rey. Primero en la línea de sucesión al trono en el caso de que murieran el rey y todos sus herederos.

Hrut: un hombre de Jord. De joven, compitió con el sable de madera contra Elyn durante la prueba que debía decidir la admisión de ésta para ser adiestrada como doncella guerrera. Hrut murió, durante la batalla de Arnsburg.

Hundar: un utrun varón. Uno de los que rescataron a Thork en el momento de la destrucción de Dragonslair.

Hyree: un reino meridional de Mithgar, aliado de Gron en la Gran Guerra.

I

íncubos: demonios machos que atacan a mujeres dormidas y satisfacen en ellas su lujuria.

Inge: un poblado de Áralon donde fue llevado Thork para atenderlo de sus heridas, después de la destrucción de Dragonslair.

Invocación a la Luz de las Estrellas: ceremonia de los enanos dedicada a Elwydd, que se celebra al aire libre en la medianoche de la Noche Larga Anual. Conocida también como la gran letanía.

J

Jallor, paso de: paso en las montañas del Murallón Sombrío entre Jord y Aven, en el Reach Oeste de Jord.

Jenna: una mujer de Jord, dama de la corte de Aranor.

Jord: un país de Mithgar. Limita al norte con el mar Boreal, al este con Fjordland, Kath y Naud, al sur con las montañas del Mu-rallón Sombrío, y al oeste con los Colmillos de Gron. Conocido también con el nombre de las Estepas de Jord, porque la mayor parte del reino está formada por un amplio altiplano herboso.

Jordkeep: el castillo donde habitan los reyes de Jord.

Jordreich: un Reach de Jord.

Jordreich, la cabalgada del. Ver Vanadurin, cabalgada de los.

Josai: una mujer de Xian. Aldeana de Doku, hermana de Haisu y de Meia.

Joya de los Châkkaholts. Ver Piedra Negra.

Judra, río: un río que marca la frontera entre Jord y Naud.

Jüng: un país de Mithgar, en el Extremo Oriente.

justillo: camisa sin mangas, que no baja de la cintura.

Jute: un país de Mithgar. Es una gran isla, rodeada al norte, sur y oeste por el estrecho de Ryngar del océano Occidental, y al este por el propio océano Occidental.

jutlander: un habitante de Jute.

jutos: habitantes de Jute.

K

Kaagor, paso de: un desfiladero de las montañas del Murallón Sombrío, que sirve de paso entre las tierras de Jord y de Aven. Tiene unos treinta y seis kilómetros de longitud, y en general su altitud es baja y permanece abierto todo el año. Situado en el extremo oriental de Jord.

Kachar: una fortaleza de enanos en las montañas del Murallón Sombrío, en la frontera de Aven.

Kaito: una aldea de las montañas de Xian.

Kalgalath el Negro: un dragón de Fuego. Se ha dicho que era el dragón más poderoso de Mithgar, aunque otros otorgan ese título a Daagor. Se negó a apoyar a Modru en la

guerra de la Prohibición. Muerto por el Kammerling, empuñado por Thork. Llamado también el Destructor y el Saqueador.

Kalor Manos de Plata: un enano de Kachar. Jefe de los maestros de las tradiciones.

Kammerling, el: un martillo de combate de silverón, forjado, según la leyenda, por el propio Adon. Debía ser usado para matar al mayor dragón de todos en los días apocalípticos, y sirvió para matar a Kalgath el Negro. Talismán de poder, fue guardado por los utruni hasta que Kalgath el Negro lo robó; más tarde fue escondido por Andrak hasta que Elyn y Thork lo recuperaron. Conocido también como el Martillo de Adon o el Martillo de la Rabia.

Kaor: un enano de Kachar, maestro herrero.

Kath: un país de Mithgar. Limita al norte con Fjordland y el mar Boreal, al este con las tierras deshabitadas, al sur con Naud y al oeste con Jord.

Kemp: un hombre de Jord, muerto en la batalla de Arnsburg. Padre de Kemp el Joven. Conocido también como Kemp el Viejo.

Kemp el Joven: un hombre de Jord, hijo de Kemp el Viejo. Participó en la batalla de Arnsburg, y formó parte de la mesnada de Elgo que dio muerte a Sleeth en Piedra Negra. Murió delante de las puertas de Kachar, en el curso de la guerra de Kachar.

Khalian Mire, el: unas extensas marismas en el país de Khal. Limita con el reino de Aralon.

khol (châkur: el enemigo saqueador). Ver guul.

Kistan: un reino-isla del mar de Avagón, aliado de Gron en la Gran Guerra. Habitado por los vagabundos del mar (piratas).

knorr: un barco mercante de los fjordsmen.

Kraggen-cor (châkur: fuerza de la montaña, montaña poderosa): la mayor de todas las fortalezas de enanos. Situada en las montañas del Murallón Sombrío, bajo los cuatro grandes picos del Cuadrante. En la frontera entre Riamon, al este, y Rell, al oeste.

krakens: criaturas marinas maléficas. Son enormes y están provistos de tentáculos. Algunos de ellos viven en el Gran Maelstrom. Se aparean con los dragones. Conocidos también como hêlarms, krakes y madüks (châkur: monstruos malignos).

krakes. Ver krakens.

Kyla: una mujer de Jord, dama de la corte de Aranor y una de las damas de compañía de Arianne.

L

Larr: un hombre de Jord. Formó parte de la mesnada de Elgo que dio muerte a Sleeth en Piedra Negra. Muerto en el paso de Kaa-gor, en la escaramuza con Baran y los emisarios de los enanos.

legua: una medida de distancia, equivalente a unos cinco kilómetros.

lengua de combate: habla bélica especial, que se mantiene en secreto respecto a otros pueblos o naciones.

León Rojo, El: una posada de la ciudad de Dendor, en Aven.

Libertador de Piedra Negra. Ver Elgo.

Lissa: una mujer de Jord, dama de la corte de Aranor.

Lithon: un utrun varón. Era el guardián del Kammerling cuando éste fue robado. Muerto por Andrak.

Llama: el caballo de Aranor. Un enorme garañón rojo capturado por Elgo en las aguas de Skymere después de una larga caza.

Lobos, bosque de los: un enorme y espeso bosque en las tierras orientales de Aralon. Se dice que en él viven aún animales de la antigüedad.

lobos antiguos. Ver Lobos plateados.

Lobos plateados: lobos de Adonar. Una manada de ellos quedó aislada en Mithgar cuando Adon separó los Planos. Son inmortales, viven en el bosque de los Lobos con el

Mago-lobo y esperan la reaparición de la Espada de Plata y la guerra final contra Gyphon. Conocidos también como draega y lobos antiguos.

luces fantasmas. Ver fuegos fatuos.

Luzgrís: un draega que habitaba en el bosque de los Lobos. Capitaneaba una manada de Lobos plateados.

M

Madra: una mujer del pueblo de Inge, en el país de Aralon. Curandera. Curó las quemaduras de Thork después de la muerte de Kalgath el Negro.

mâduks (châkur: monstruos malignos). Ver krakens.

maestro de armas: título dado en Jord a quien adiestra a otros en el manejo de las armas.

magi (singular: magus): magos.

Mago-lobo, el: el mago Dalavar. Habita en el bosque de los Lobos con los draega.

magos: uno de los pueblos de Adonar. No son elfos ni hombres, sino tal vez una combinación de ambos. Se dice que los magos tienen una estatura que ronda los ciento ochenta centímetros. Sus orejas son un tanto puntiagudas y los ojos ligeramente rasgados. Se sabe que el tono de la piel presenta diferentes matices que van del gris al blanco, pero también se ha afirmado que existen magos de piel amarilla, morena o roja. Entre ellos hay seres que practican ciencias ocultas y poseen poderes. La mayor parte de los magos de Mithgar habitan en Xian, en la Montaña Negra o en sus cercanías.

magus. Ver magi.

Mala: una mujer de las Llanuras de Fian, hijastra de Bost y hermanastra de Alania. Tía de Elyn y de Elgo. Desempeñó un papel crucial en el apoyo logístico durante la guerra de Kachar. Quedó como administradora de Jord al partir Elyn a la Búsqueda de la Montaña Negra, hasta el regreso de Aranor.

Malo, el. Ver Modru.

mapa de los Magos: un gran globo de Mithgar, en la Montaña Negra.

marea crepuscular: el crepúsculo, desde el comienzo del mismo hasta la noche cerrada.

marea llana: normalmente designa el proceso del crepúsculo, desde su comienzo hasta la oscuridad plena, pero también puede designar todo el tiempo transcurrido desde la puesta de Sol hasta el amanecer.

marea nocturna: la noche, desde el crepúsculo hasta la aurora.

marea oscura: la noche.

Mariscal: en el ejército jordio, rango inmediatamente inferior al de Reachmariscal.

Marna: un hombre de Jord. Jefe de los heraldos del Jordkeep.

Martillo de la Rabia. Ver Kammerling.

Matador de Sleeth, el. Ver Elgo.

Matador del Dragón, el. Ver Elgo.

Meia: una mujer de Xian, aldeana de Doku. Hermana de Haisu y de Josai.

mesnada: compañía de gente armada.

mineholt: mina y lugar de vivienda de los enanos.

Mineholt Norte: fortaleza de enanos situada en los montes del Borde, en Riamon.

Mitheor (châkur: tierra media): nombre que los enanos dan a Mith-gar.

Mithgar: término empleado usualmente para designar el mundo, pero que también puede referirse a los reinos regidos por el Rey Alto. También llamado Mitheor (châkur: tierra media).

Mittegarda, los: todos los mundos del Plano Medio.

Modru: mago maligno, servidor de Gyphon. Capitaneó los ejércitos de Gyphon en Mithgar durante la Gran Guerra. Conocido también como el Malo y el Susurrante.

montaña: la traducción castellana de un término de la lengua de los enanos que designa la piedra viva de Mithgar. El símbolo M representa la palabra de la lengua de los enanos.

montaña de fuego: un volcán.

Montaña Negra: una enorme montaña de color oscuro que forma parte de las montañas Grises de Xian. Morada de magos.

morada de magos: lugar donde habita un mago.

Morgar: un hombre de Jord. Fue el capitán de la guardia del castillo durante la guerra de Kachar.

Mott: un hombre de Jord. Mariscal del Reach Norte.

Muerte marchita: la Prohibición (ver). Llamada así porque los pueblos afectados por la Prohibición se marchitan con la luz solar hasta quedar reducidos a cenizas.

muesca de vela: un método para medir el tiempo (se trazan muescas a intervalos regulares en una vela; cuando la cera se consume hasta una de ellas, ha transcurrido una «muesca de vela» de tiempo).

Murallón Sombrío, montañas del: gran cordillera de Mithgar que corre en dirección nordeste-sudoeste.

N

Naud: un país de Mithgar, limitado al norte por Kath, al este por las tierras deshabitadas, al sur por las montañas del Murallón Sombrío, y al oeste por Jord.

naudran (plural: naudron): un habitante de Naud.

Neddra: nombre de uno de los Untargarda, de donde procedía el Falso Pueblo.

nictitante, membrana: un párpado transparente que protege el ojo, sin ocultar la visión.

Njal: un fjordsman. Timonel de estribor en el drakkar Wyrmlargo. Muerto por un kraken en el Maelstrom durante un huracán.

Noche: el reino donde mora la Muerte, según la leyenda de los vanadurin.

Noche Larga Anual: la noche más larga del año (21 de diciembre).

O

Occidental, océano: gran mar situado al oeste de Mithgar, más allá del cual se afirma que existen otras tierras.

oculta, La que se. Ver Elyn.

Odar: un enano de Kachar. Uno de los emisarios muertos en el paso de Kaagor.

ofidio: perteneciente, relativo o parecido a las serpientes.

ogrus (valor: trolls): criaturas maléficas, rutchas gigantes. Su estatura alcanza entre cinco y cinco metros y medio. Inteligencia escasa. Habitan cavernas excavadas en la roca. Su fuerza es enorme. Aunque los afecta la Prohibición (ver), sus huesos resisten y no se marchitan hasta convertirse en polvo. Llamados también trolls.

Olar: un fjordsman muerto por Atli, el Juto, hecho que originó un pleito de sangre entre Fjordland y Jute.

Olarkith: los parientes de Olar.

Orm: otro nombre de los dragones (ver), que significa gusano.

Orth: un utrun hembra. Uno de los que rescató a Thork en el momento de la destrucción de Dragonslair. Orth podía hablar una forma arcaica de la lengua común.

osos que fueron hombres: criaturas legendarias, llamadas también hombres-osos.

Otar: un enano de Kachar. Formó parte del grupo que reclamó Piedra Negra, y llevó a Thork noticias de la guarida abandonada del dragón.

P

Padre de Todos. Ver Adon.

Palacio de Jord, el. Ver Jordkeep.

palillos: juego en el que se deja caer en montón cierto número de palillos, que deben ser retirados después de uno en uno sin mover los restantes.

Parn: un hombre de Jord. Mozo de cuadra.

Pedernal: el caballo de Ruric.

Peligro, islas del: archipiélago del mar Boreal, muy próximo al lugar en el que se hunden en el agua los Colmillos de Gron. Aquí se localiza el Gran Maelstrom.

Pellar: el reino más antiguo de Mithgar. Limita al norte con Ria-mon, al este con el mar Interior y Garia, al sur con el mar de Avagón, y al oeste con Jugo. Aquí mora el Rey Alto.

pepita de silverón, la: amuleto de «no presencia» llevado por Elyn (La que se oculta) durante la Búsqueda de la Montaña Negra. La pepita tenía el poder de hacer a la gente «invisible» o «inadvertida». Llamada también pepita de silvestrella.

Pequeño Gris: un río de Jord, cerca de la frontera con Kath. Afluente del río Gris.

Percha del Dragón: nombre de un pico de las montañas de los Colmillos de Gron que domina el Gran Maelstrom; se dice que los dragones se reúnen allí en la época del apareamiento con los krakens.

perro de tres patas: el legendario compañero de Snorri, hijo de Born.

pértiga de barba. Ver beitass.

Piedra Negra: una fortaleza de enanos en las montañas de Rigga, en la frontera con Rían. Invasión por Sleeth el Orm. Conocida también como el Châkkaholt de las montañas de Rigga, y como la Joya de los Châkkaholts.

pedra o fuego: forma de los funerales de los enanos. Los enanos creen que la piedra pura o el fuego liberan los espíritus de modo que éstos pueden reencarnarse más aprisa que si son enterrados bajo tierra, en cuyo caso las hierbas y las raíces aprisionan los espíritus durante un tiempo superior.

Pies Ligeros: nombre dado a Reynor por Ruric, por lo silencioso de sus movimientos cuando efectuaba un reconocimiento.

Pionero: un nombre que Elyn dio a Thork.

Plano Medio: uno de los tres Planos de la Creación, que contiene los mundos medianos, incluido Mithgar.

Plano Superior: uno de los tres Planos de la Creación, que contiene los mundos altos o Hohgarda.

Planos, los: todo lo existente. Se conocen tres Planos de existencia: el Plano Superior, que contiene los Hohgarda (los mundos altos); el Plano Medio, que contiene los Mittegarda (los mundos medianos); y el Plano Inferior, que contiene los Untargarda (los inframundos). Se discute la posibilidad de existencia de otros Planos adicionales, porque algunos eruditos han señalado la existencia del Gran Abismo, y se desconoce la presencia en él de ninguno de los tres Planos, por lo que podría ser residencia de algún otro sector de lo existente.

Plata, bosque de: un bosque de abedules y álamos temblones, situado en Aven, junto a la frontera de Kachar. Arrasado por Kalgath el Negro.

Pretendiente, el. Ver Usurpador.

Prohibición, la: privación de la luz del Sol de Mithgar dispuesta por Adon para todas las criaturas de los Untargarda como castigo por su ayuda a Gyphon durante la Gran Guerra. La luz diurna causa la muerte a todo aquel que desafía la Prohibición; el cuerpo del infractor se marchita hasta convertirse en un pellejo seco que se desintegra en polvo. Algunas criaturas de Mithgar, como los dragones del Frío, sufren también la Prohibición, aunque sus pieles los protegen del marchitamiento. Conocida también como la Muerte marchita.

pueblo cadáver. Ver guula.

pueblo de la barba partida. Ver enanos.

Pueblo Diminuto: uno de los pueblos de Mithgar. Los adultos tienen por lo general entre ochenta y ciento veinte centímetros de altura. Conocidos también como waerans (châkur: los cautelosos) y waldana (valur: el pueblo de madera).

Puerta del Crepúsculo: una puerta situada en el extremo occidental de Kraggen-cor, que se abre al pronunciar en voz alta una determinada palabra.

Pwyl: un hombre de Jord, curandero. Formó parte de la mesnada de Elgo que dio muerte a Sleeth en Piedra Negra. Muerto en el paso de Kaagor, en la escaramuza con Baran y los emisarios de los enanos.

R

Randall: un rey de Aven, padre de Corbin y Haddon.

Reach (de Jora): cada uno de los cuatro cuadrantes en los que se divide Jord (Reach Norte, Este, Sur y Oeste). En valor, el término se traduce por Reich.

Reach, bosque del: un gran bosque situado al oeste del Jordkeep.

Reachmariscal (de Reichmariscal): rango militar de los vanadurin inmediatamente inferior al de Hrosmariscal.

Reich (de Jord). Ver Reach (de Jord).

Reina del Verano: ser legendario que escapó de la prisión a que la había sometido el Rey Invierno gracias a la ayuda conjunta de los grandes elefantes peludos (mamuts) y los reyes de la Primavera y el Otoño, según una leyenda de los enanos.

Reino, piedra del: cada uno de los obeliscos que señalan las fronteras de los reinos; por ejemplo, hay una piedra del Reino en Val Kachar, que señala la frontera del reino de Kachar.

Rell: un país abandonado de Mithgar. Limita al norte con Arden, al este y el sur con las montañas del Murallón Sombrío, y al oeste con el río Tumbo, que lo separa de Rhone.

Rendición, col de la: un paso en las colinas rocosas que separan el Jordkeep de la frontera de Kath. Llamado así porque a menudo los viajeros sufrían los asaltos de bandidos emboscados en él.

repelente: aceite con un olor acre que repele los insectos.

retiro del DelfSeñor: cámara alta de Kachar a la que subían los DelfSeñores a meditar y descansar.

Reynor: un hombre de Jord. Formaba parte del ejército de Elgo que libró la batalla de Arnsburg. Fue uno de los componentes de la mesnada de Elgo que dio muerte a Sleeth en Piedra Negra. Sobrevivió a la escaramuza del paso de Kaagor, con Baran y sus enanos emisarios. Murió delante de las puertas de Kachar atravesado por una flecha lanzada por una ballesta, al tiempo que lanzaba su jabalina contra Bolk, durante la ceremonia de la finalización de la Tregua del Dragón entre Jord y Kachar. La flecha hizo errar el tiro a Reynor, y la jabalina lanzada por él fue a matar al DelfSeñor Baran. Esa muerte precipitó la batalla final de la guerra de Kachar. Conocido también como Pies Ligeros.

Rhondor: una ciudad y centro comercial en las orillas del mar Interior, junto a la desembocadura del río Ferroso. Dada la escasez de bosques en sus cercanías, la ciudad está construida con tejas, ladrillos y adobe.

rhondoriano: un habitante de Rhondor.

Rhone: un país abandonado de Mithgar. Limita al norte con las montañas de Rigga, al este y al sur con Arden y el río Tumbo, y al oeste por el río Caire, por Harth y por Rian.

Riamon: un reino de Mithgar, dividido en dos territorios escasamente poblados, Riamon del Norte y Riamon del Sur, sometido al anterior. Limita al norte con Aven, al este con Garia, al sur con Pellar y Valon, y al oeste con las montañas del Murallón Sombrío.

Rian: un reino de Mithgar, lindante al norte con el mar Boreal, al este con las montañas de Rigga y Rhone, al sur con el País desierto y los Boskydells, y al oeste con las Llanuras de Dalara y los Julián Tors. Para llegar a Piedra Negra, el viajero debe atravesar Rian.

Richter: un hombre de Jord, Reachmariscal del Reach Este. Muerto por Kalgath el Negro en Kachar.

Rigga, montañas de: cordillera que corre en sentido norte-sur entre Rian, al oeste, y Gron, al este, desde el mar Boreal por el norte hasta las montañas del Murallón Sombrío y el paso de Gruwen por el sur.

Roka: un hombre de Jord. Formó parte de la mesnada de Elgo que dio muerte a Sleeth en Piedra Negra. Sobrevivió a la escaramuza con fiaran y los emisarios de los enanos en el paso de Kaagor. Murió en la guerra de Kachar.

Roth: un hombre de Jord. Mariscal del Reach Norte. Muerto en la guerra de Kachar.
rück. Ver rutchá.

rûpt (sylva: gusanos de la descomposición): nombre dado por los enanos al Falso Pueblo.

Ruric: un hombre de Jord. Maestro de armas. Comandante del ejército de Elgo que libró la batalla de Arnsburg, y componente de la mesnada de Elgo que dio muerte a Sleeth el Orm en Piedra Negra. Sobrevivió a la escaramuza con fiaran y los emisarios de los enanos en el paso de Kaagor, y a la guerra de Kachar. Fue el único superviviente a la «maldición del Dracongield de Sleet». Llamado también el Viejo Lobo.

rutchá (singular: rutch) (valor: trasgos): criaturas malignas de Ned-dra, similares a trasgos. Miden de un metro veinte a un metro cincuenta de estatura. De piel oscura, boca grande con dientes separados y salientes, orejas largas y puntiagudas. Visten armaduras de cuero y bandas de tela arrolladas a las piernas. Son torpes y poco diestros con las armas. Llamados también riicks (en la lengua común) y ukhs (châkur: los pestilentes).

S

Sala de los Gigantes: un lugar donde moran los utruni, a mucha profundidad, en el interior de la piedra viva de Mithgar.

sala occidental: la cámara situada detrás de las puertas de Piedra Negra.

Salón Azul: fortaleza de enanos en la isla-reino de Gelen, en el océano Occidental.

Saqueador, el. Ver Kalgáth el Negro.

señales del martillo: un método para enviar señales a través de la roca, utilizando martillos. Su empleo está muy generalizado entre los enanos.

Separación, la: la divergencia mutua de la Tierra y Mithgar. Algunos estudiosos han afirmado que en tiempos Mithgar y la Tierra eran una misma cosa, pero que Adon las separó y las dejó aisladas la una de la otra.

serpientes de agua. Ver dragones de mar.

Sien: una châkian de Kachar. Verdámiga de Brak. Madre de Baran y Thork.

silverón: un metal raro y precioso de Mithgar. Probablemente se trate de una aleación. Llamado también silvestrella.

Silverscale: uno de los dragones citados en los Comentarios.

silvestrella. Ver silverón.

Skail: uno de los dragones citados en los Comentarios.

skald (fjordsman: bardo, poeta, cantor, narrador de sagas): un bardo.

Skaldfjord (fjordsman: fiordo del Bardo): un fiordo de Fjordsland. El nombre puede ser sustituido por los de Bardsfjord, Poetsfjord, Sagasfjord o Singersfjord.

Skaldfjordstad (fjordsman: la ciudad del fiordo del Bardo): poblado situado en el fondo del Skaldfjord.

Skög, el: un bosque enorme y enmarañado situado en el límite oriental de Aralon.

Sleeth el Orm: uno de los dragones mencionados en los Comentarios. Se trata del dragón del Frío que capturó Piedra Negra, la fortaleza de enanos situada en las montañas de Rigga, y se apoderó como botín del tesoro de los enanos. Fue muerto siglos más tarde por la mesnada de Elgo, siguiendo el astuto plan trazado por el propio Elgo.

Snorri del Mango Largo. Ver Snorri, hijo de Borri.

Snorri, hijo de Borri: héroe legendario del que se dice que supo satisfacer la lujuria de la Doncella Mística del Maelstrom, y pudo de esa manera escapar de sus temibles remolinos. Llamado también Snorri del Mango Largo.

Sombra: el caballo negro de Elgo.

squam (châkur: los falsos del inframundo): nombre dado en la lengua de los enanos al Falso Pueblo.

stad (fjordsman: lugar, aldea, ciudad): un asentamiento habitado de cualquier tipo.

stadfolk (fjordsman: pobladores del lugar): aldeanos, habitantes de una ciudad.

stadholl (fjordsman: casa de la ciudad): la alcaldía, el ayuntamiento.

strakes: planchas de madera solapadas.

súcubos: demonios hembras que atacan a los hombres dormidos y satisfacen en ellos su lujuria.

Susurrante, el. Ver Modru.

T

Tai: un hombre de Xian, antiguo mercader. Hizo funciones de traductor entre Thork y Heido. Conocido también como Tai el Viejo.

talismán de poder: artilugio que tiene un destino significativo o cataclísmico que cumplir. Si un talismán de poder se utiliza con fines maléficos, pasa a denominarse talismán temible.

talismán temible: un talismán de poder (ver), utilizado para hacer el mal.

Tamar: un hombre de Kath. Fue el jefe de la mesnada que en 3E1598 atacó en la frontera de Jord a una guarnición mandada por Brude.

Tarken: un mercader enano. Llevó a Brak de Kachar la noticia de la muerte de Sleeth el Orm.

Tarly Olarsson: un fjordsman. Mató a Atli con su hacha durante el asalto a Jute. Tarly murió durante la misma incursión.

Tejedor Invisible, el: el Destino.

Thorgald de Oíd: un hombre de Jord. Llevaba un parche en el ojo.

Thork: un enano de Kachar. Fue DelfSeñor después de la Búsqueda de la Montaña Negra. Era hijo de Brak y Sien, y hermano de Baran. Compañero de Elyn en la Búsqueda de la Montaña Negra. Mató a Kalgath el Negro con el Kammerling. Conocido también como «El que guía».

thorp: un pueblo o aldea.

thralls: siervos.

tierras en disputa, las: tierras de Jord entre el río Judra y el río Gris, reclamadas por Naud.

toro negro: especie de vacuno salvaje que habita en las tierras vecinas a la orilla septentrional del mar de Avagón. Fuente de los cuernos de toro negro.

Tregua del Dragón: tregua acordada entre pueblos enemigos cuando se ven atacados por un enemigo mayor: un dragón.

Trent: un hombre. Bardo.

troglodita: habitante de las cavernas, por lo general primitivo o deforme.

trolls. Ver ogrus.

Trygga: un fjordsman, capitán del Cabalgaolas. Fue arrastrado al abismo por un kraken en el Gran Maelstrom, durante un huracán.

tulwar: una espada curva o sable, empleada por los rutchas.

U

ukhs (singular: ukh) (châkur: los pestilentes). Ver rutchas.

unicornio: uno de los animales legendarios de la antigüedad.

Untargarda, los: todos los mundos situados en el Plano Inferior.

uñas de roca: pitones, apoyos en la escalada.

Usurpador, el: individuo cuya pretensión de reemplazar al Rey Alto precipitó la guerra del Usurpador, con la que finalizó la Tercera Era. Conocido también como el Pretendiente.

utruni (singular: utrun): uno de los pueblos de Mithgar. Algunos afirman la existencia de tres ramas de utruni, aunque en la actualidad se desconocen los nombres de dichas ramas. Sus características serían: los predominantemente grises, con matices del blanco al negro; los predominantemente castaños, del trigüeño al marrón oscuro; y los predominantemente rojos, del rosa al púrpura. Los adultos medían de cuatro metros a

cinco y medio de estatura, y eran amables y tímidos. Habitaban en el interior rocoso de Mithgar (en el propio lecho rocoso continental). Podían desplazarse por el interior de la roca sólida, apartándola al avanzar y cerrándola de nuevo a sus espaldas, sin dejar señal alguna de su paso. Tenían ojos relucientes, auténticas piedras preciosas según algunos. Veían con una «luz» diferente (posiblemente microondas de tipo neutrino) que los pueblos restantes.

V

Vaeran: un hombre de Jord. Reachmariscal del Reach Norte. Sobrevivió a la guerra de Kachar, aunque resultó herido de gravedad en la batalla final.

Valon: un país de Mithgar, de forma aproximadamente circular, con vastas llanuras herbosas. Limita al nordeste con Riamon y al sudeste con Pellar, de los que lo separa el río Argón; al sudoeste con Jugo, separado por las colinas Rojas; y el Anillo de Günar y el Gran Escarpe forman el límite nordoccidental, tras el que se encuentran Günar y Darda Galion. Valon fue asignado al pueblo de Jord como premio por sus servicios al auténtico Rey Alto en la guerra del Usurpador. Antes de ser ocupado por los vanadurin, la tierra era conocida con el nombre de Ellor.

valur (valur: nuestra lengua): antigua lengua de combate de los harlingar. Llamada también lengua de combate de los vanadurin.

vanadurin (valur: vínculo duradero): término bélico de los harlingar, que tiene el significado de Guerreros de la promesa.

vanadurin, cabalgada de los: forma de variar el paso del caballo, que posibilita recorrer entre sesenta y setenta y cinco kilómetros diarios durante un número considerable de días. Conocido también como la cabalgada del Jordreich.

vanadurin, lengua de combate de los. Ver valur.

verdamigo (châkur: compañero auténtico): término que en la lengua de los enanos equivale a marido o mujer.

vicario: el que actúa a las órdenes de otro. En la época de la presente historia, vicarios eran personas desprovistas de entendimiento y poseídas por la conciencia de Modru, que transmitía sus órdenes a lacayos situados a largas distancias y observaba los acontecimientos desde lejos.

vida, La que trae la. Ver Elwydd.

Viejo Lobo: sobrenombre dado a Ruric.

Viento: la yegua de Elyn. Muerta por la ventisca desatada por Modru.

vulgs (singular: vulg): criaturas grandes y negras, parecidas a los lobos. De mordedura virulenta. Padecen la Prohibición. Los vulgs actúan como exploradores y rastreadores del Falso Pueblo, además de dedicarse al pillaje.

W

waerans (singular: waeran) (châkur: los cautelosos): nombre dado por los enanos al pueblo diminuto.

waldana (singular: waldan) (valur: pueblo de madera): nombre dado por los harlingar al pueblo diminuto.

Wanderjahr: días o años de vagabundeo. Fue la época en la que muchos pueblos emprendieron largos recorridos por las tierras de Mithgar en busca de lugares adecuados para asentarse en ellos.

weregield (fjordsman, valur: oro extraño, oro maldito): nombre dado a un tesoro legendario o afectado por una maldición.

wereluz: una luz extraña o espectral.

Weyth: un hombre de Jord, capitán de la guardia del Jordkeep. Participó en la batalla de Arnsburg.

wrg (valur: falsos gusanos): nombre dado por los vanadurin al Falso Pueblo.

Wyrm largo: uno de los cuatro drakkares que llevaron a Elgo y su mesnada hasta Rían. Capitaneado por Arik, fue el único barco que pudo escapar del Gran Maelstrom, impulsado por los vientos desencadenados de un huracán salvaje.

wyrms: otro nombre de los dragones (ver). Significa «gusanos».

X

Xian: territorio situado en el extremo oriental de Mithgar, donde se dice que habitan los magos.

Y

Yermos, los: las tierras heladas del norte a las que huyó Modru después de la guerra de la Prohibición.

Z

zhar (châkur: fuego líquido demoníaco): un líquido incendiario transparente, posiblemente petróleo.

FIN